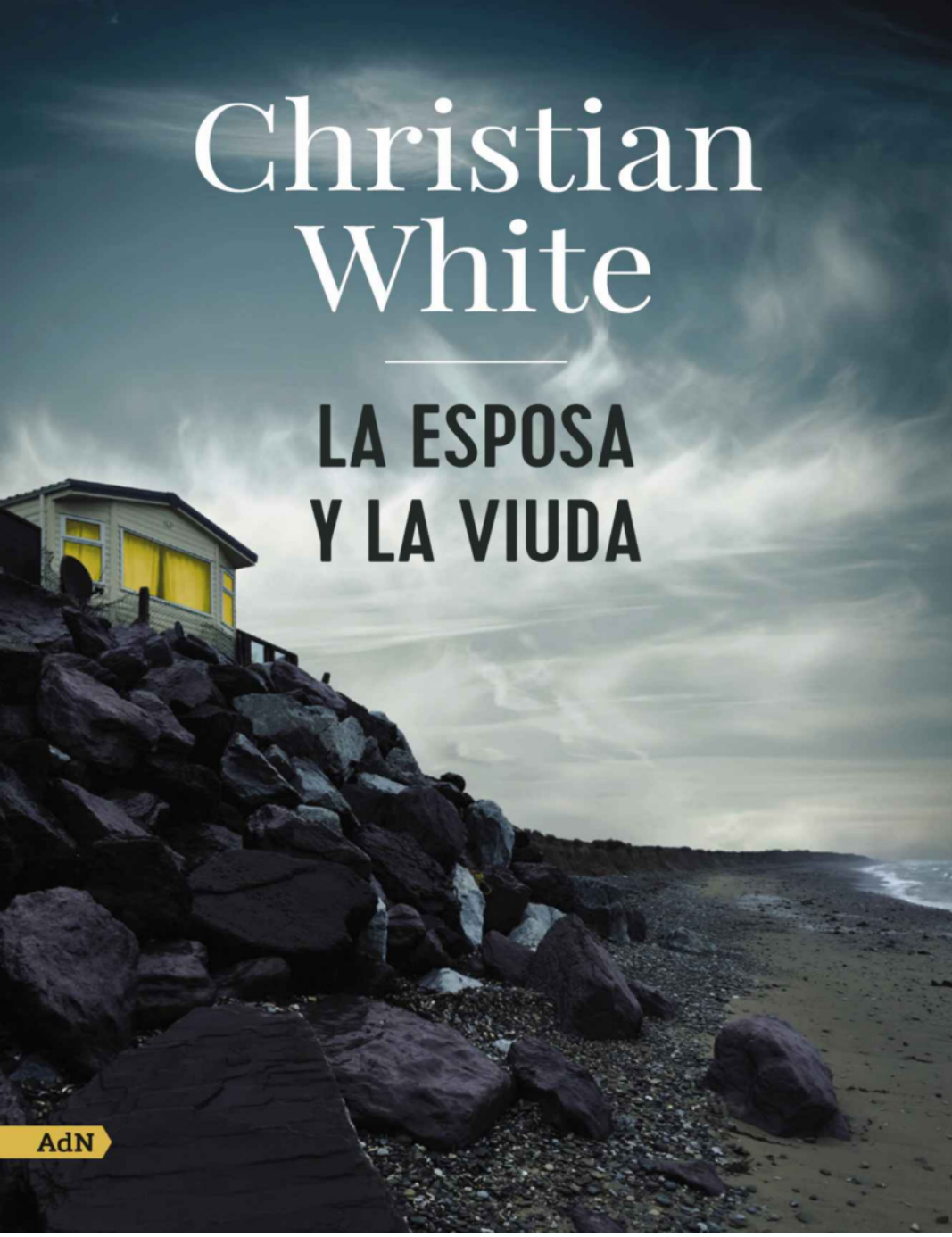
Christian
White
LA ESPOSA
Y LA VIUDA
AdN

¿Qué estarías dispuesto a pagar por desvelar los secretos que esconden tus seres queridos?

La esposa y la viuda es un thriller ambientado en una inquietante localidad isleña en pleno invierno, narrado desde una doble perspectiva: la de **Kate**, una viuda cuyo dolor se complica con lo que averigua sobre la vida secreta de su difunto esposo, y la de **Abby**, una habitante de la isla cuyo mundo se vuelve del revés al verse obligada a hacer frente al hecho irrefutable de que su marido es un asesino.

Pero, en la isla nada es lo que parece, y solo cuando esas dos mujeres aúnen esfuerzos podrán descubrir la historia completa de los hombres de su vida. Esta novela, brillante y cautivadora, lleva al lector al borde del precipicio y le hace preguntarse si de verdad conoce a sus seres queridos.

Christian White

LA ESPOSA Y LA VIUDA

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

AdN Alianza de Novelas

Para Sum

Prólogo

John despertó sobresaltado y pensó: «Hay alguien en casa». Acababa de oír un ruido abajo, un sonido como de labios secos y cortados al separarse, y luego unos pasos sigilosos por las escaleras.

Escudriñó la oscuridad que envolvía la cama y aguzó el oído, pero, salvo por el suave murmullo de la calefacción central, la casa estaba de nuevo en silencio. Se volvió de lado y miró a su esposa, que, a la tenue luz de luna que se colaba por la ventana, presentaba un aspecto fantasmal.

«Habrá sido otra pesadilla», se dijo.

¡Crac!

El ruido venía del descansillo de la primera planta: alguien había pisado la tablilla suelta del último peldaño de la escalera. No eran imaginaciones suyas. Estaba convencido.

Incorporándose, escudriñó una vez más la oscuridad. A medida que sus ojos se adaptaban a la escasa luz, fueron apareciendo las siluetas de los objetos que poblaban el dormitorio, como en una imagen que se enfocara poco a poco. Distinguió el contorno del armario enorme sobre un fondo negro; el aparador en el que se amontonaban las joyas de su mujer, que refulgían muy levemente a la luz de la luna como decenas de ojos diminutos… Un haz finísimo de luz se derramaba, titilante, por debajo de la puerta cerrada.

Se levantó con cuidado de la cama, abrió la puerta y salió. En el pasillo había una luz nocturna de Harry Potter. La habían puesto por su hija, Mia, para que no tuviera miedo cuando iba al baño por la noche. Una polilla gorda de color marrón revoloteaba a ciegas junto a ella, rebotando en la superficie una y otra vez. John la observó un instante, hipnotizado. ¿Sería eso lo que oía?

Entonces, de entre las sombras del fondo del pasillo, salió un hombre. John quiso hablar, pero el miedo le paralizó la mandíbula. El hombre avanzó un paso más. Era alto, corpulento y llevaba la cabeza afeitada. Vestía unas zapatillas de lona blanca y una recia cazadora negra que John conocía.

—Hola, John —le susurró el hombre—. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí… —consiguió contestar con un hilo de voz.

—¿Sabes a qué he venido?

—Sí —respondió John en voz baja—. Creo que sí.

1
La viuda

Kate Keddie ensayaba la sonrisa delante del espejo del baño del aeropuerto. Detestaba su boca. Le sobraban varios dientes para el tamaño de su cabeza, con lo que, cuando sonreía, parecía una psicópata peligrosa. Probó a curvar suavemente las comisuras de los labios. Pretendía dar una imagen de recato y seguridad en sí misma. El resultado fue Shelley Duvall sumergida en sales de baño.

—¿Qué haces con la cara? —le preguntó Mia.

Su hija de diez años acababa de salir de uno de los cubículos e iba a lavarse las manos. Se había atado a la muñeca el cordel de un globo en forma de corazón donde ponía «BIENVENIDO A CASA» y le botaba por encima como una boya.

—Nada —contestó Kate.

—¿Cuánto falta para que llegue papá?

—Diez minutos para que aterrice. Luego el avión tiene que abandonar la pista de aterrizaje, iniciar el rodaje hasta la terminal y, cuando tu padre desembarque, tendrá que recoger el equipaje, pasar el control de aduanas… Total, unas dieciséis horas.

—¡Venga ya, mamá! —dijo Mia pisoteando el suelo de hormigón pulido con esa especie de nerviosismo que suele reservarse para el día de Navidad. Nunca había estado tanto tiempo sin su padre.

John había estado dos semanas en Londres, asistiendo a un simposio sobre investigación de cuidados paliativos, y Kate había pasado casi todo ese tiempo tachando los días en el calendario con un rotulador rojo de trazo grueso, anhelando su regreso. Confiaba en que el viejo tópico de que la ausencia aumenta el cariño se aplicara en el caso de John, pero, en su fuero interno, temía que funcionara también al revés. Había leído en algún lado que bastaban dos semanas para perder una costumbre, ¿y qué era el matrimonio sino una costumbre?

Kate cogió a su hija de la mano y salió con ella a la terminal. La sala de llegadas del aeropuerto internacional de Melbourne estaba abarrotada de gente. Las familias se reunían bajo pancartas caseras, observando atentamente las grandes puertas de cristal esmerilado que las separaban del control de aduanas. A su espalda, los chóferes con traje negro garabateaban nombres en pizarritas blancas. Aquella

multitud desprendía una suerte de energía colectiva por la que, en vez de un centenar de pequeñas individualidades, parecían un todo grande cuyas partes se movían en pulsátil sincronía, como las patas de un ciempiés.

En cualquier momento, John asomaría por la puerta, tirando de su American Tourister azul, ojeroso y cansado del largo vuelo. Las vería y sonreiría feliz. No las esperaba. Se había empeñado en volver a casa en taxi y Kate le había hecho creer que le parecía estupendo, a sabiendas de que Mia y ella irían a buscarlo en coche al aeropuerto para darle una sorpresa.

Aunque estaba deseando ver a su marido, lo que ansiaba de verdad era devolverle las riendas. Se consideraba una buena madre, pero una madre nerviosa. Nunca había ejercido su papel con la aparente naturalidad de otras mujeres, del grupo de amigas de su madre, por ejemplo, o todas esas mamás tan capaces y atareadas que veía a la puerta del colegio. Kate se sentía mucho más cómoda con el respaldo de John.

—¿Crees que papá se habrá acordado de mis libras? —preguntó Mia mientras miraba fijamente la pantalla exterior de una oficina de cambio de moneda. Últimamente le había dado por coleccionar dinero de otros países.

—Se lo has recordado veinte mil veces —contestó Kate—. Dudo que tenga la desvergüenza de volver sin ellas.

—¿Cuánto queda ahora? —gruñó la niña.

—Cinco minutos. Mira el panel de llegadas. ¿Lo ves?

El vuelo QF31 de Qantas, procedente de Heathrow (vía Singapur) aterrizó en hora y sin incidencias. Se hizo entre la multitud expectante un silencio que, en cuanto salieron los primeros pasajeros, no tardó en dar paso a los gritos, las lágrimas y las risas. Algunos se arrojaban a los brazos de sus seres queridos, mientras que otros se abrían paso entre la multitud hasta los chóferes que los aguardaban o la parada de taxis situada un poco más allá.

Una mujer hermosa, con el pelo de color maíz recogido en una coleta, se derrumbó en los brazos del hombre que la esperaba; luego, olvidando por un instante dónde estaba y quién pudiera verla, lo besó apasionadamente en la boca. Muy cerca, una pareja de ancianos asiáticos agitaba la mano con frenesí para llamar la atención de un hombre que se dirigía a ellos empujando un carrito gemelar con dos niños dormidos en su interior. Kate los observó, aguardando su turno.

Le sorprendió un poco que John no hubiera sido de los primeros en salir. Siempre volaba en *business* y tenía acceso a colas rápidas y atención prioritaria.

Mia se puso de puntillas para explorar la multitud.

—¿Tú lo ves? —le preguntó a su madre.

—Aún no, bichito —contestó Kate.

Las dos tenían la vista clavada en las puertas de cristal, que volvieron a abrirse. Esa vez fue saliendo un grupo más reducido de pasajeros.

—¡Ya lo veo, ya lo veo! —chilló Mia, bajando el globo para orientar el mensaje hacia la puerta—. No…, espera… No es él —dijo desinflada.

La segunda oleada de pasajeros se dispersó y John seguía sin aparecer. Se cerraron las puertas de cristal, volvieron a abrirse. Salió renqueando un señor mayor, con un bastón en la mano izquierda y una Samsonite vieja y polvorienta en la derecha. El pasillo que dejaba a su espalda estaba desierto.

Kate comprobó el panel de llegadas, se aseguró de que estaban en el sitio correcto a la hora correcta y volvió a comprobarlo una vez más. La extrañeza dio paso a la preocupación.

—¿Mamá…? —dijo Mia.

—Tú sigue mirando, bichito. Habrán tardado en sacar su equipaje o le habrá tocado uno de esos agentes de aduana quisquillosos. Enseguida viene, ya verás.

Esperaron. Al final, para que no se le notara la angustia en la cara, Kate sacó el móvil y llamó a John. Le saltó directamente el buzón de voz. Volvió a intentarlo. El buzón de voz otra vez. «Se le habrá olvidado desactivar el modo avión», se dijo. Eso o se había dejado el cargador enchufado en la *suite* del hotel y había llegado a Australia sin batería.

Empezó a morderse las uñas.

Se abrieron las puertas de cristal. Kate inspiró agobiada. Salieron tres rezagados: una pareja de mediana edad que parecía ir discutiendo y un joven mochilero, sucio y con una maraña de rastas cayéndole por un hombro. No los esperaba nadie. Se cerraron las puertas, volvieron a abrirse. Esa vez salió despacio la tripulación, charlando con desenfado, felices de haber terminado el turno.

«¿Dónde estás, John?», pensó Kate.

Si hubiera perdido el vuelo, habría llamado, le habría mandado un mensaje de texto o un correo electrónico, ¿no? Aunque no supiera que iba a ir a recogerlo al aeropuerto, sabía que lo estaría esperando. Probó a llamarlo otra vez. Nada. Echó un vistazo a su alrededor. Se había ido casi todo el mundo, salvo un puñado de viajeros que estaban en las oficinas de alquiler de coches y un hombre con un mono gris que pasaba el aspirador por la franja de moqueta que había junto a las

puertas de la terminal.

—Mamá, ¿dónde está? —preguntó Mia.

—No lo sé, bichito. Pero ya vendrá. No te preocupes, que no pasa nada.

Sin apartar la vista de las puertas de cristal, Kate cogió a Mia de la mano y se la apretó fuerte. Siguieron esperando. Pasaron cinco minutos, luego quince más.

La última vez que habían hablado había sido por Skype, la mañana en que John tenía que coger el vuelo de vuelta de Londres. Kate y Mia compartían un sillón en el salón, inclinadas sobre la pantalla del MacBook. John estaba sentado en la cama de su habitación de hotel, a diecisiete mil kilómetros de distancia. Era la típica *suite,* empapelada de un verde claro y con el minibar a la izquierda y la carta del servicio de habitaciones a la derecha. El pasaporte, la cartera y el móvil estaban perfectamente apilados encima de la maleta, junto a la puerta.

—¿Ya estás preparado para salir? —preguntó Kate.

—Llevo las tres cosas que todo viajero veterano debe llevar —contestó él—: tapones para los oídos, diazepam y una novela de Haruki Murakami.

—¿El diazepam es una droga? —preguntó Mia.

—Sí, cielo —contestó él—, pero de las buenas —añadió riendo. Como tenía poca cobertura y la imagen llegaba con retardo, se congeló y saltó, y la risa sonó como salida de una pesadilla.

John tenía tres años más que Kate, pero parecía cinco años más joven. Conservaba una buena mata de pelo y sus rasgos eran limpios y simétricos. Era de natural esbelto y atlético. En la pantalla, su rostro parecía tener mejor color de lo normal. A fin de cuentas, era verano en Londres.

Mia se inclinó hacia delante, poniéndose de rodillas, hasta dejar la cara a escasos centímetros de la pantalla.

—Cuando subas al avión, siéntate detrás del ala —le dijo—. Ahí estarás más seguro si se estrella.

—La clase *business* está al principio del todo —respondió él.

—Ajá. Pues en casi todos los accidentes aéreos las primeras once filas quedan pulverizadas.

—Mia, a tu padre le sobran esas estadísticas —comentó Kate—. Además, ¿tú cómo sabes lo que significa «pulverizadas»?

—Internet —dijo la niña encogiéndose de hombros.

—Ha vuelto a desactivar el control parental —dijo Kate—. Nuestra hija, la jáquer.

John se recostó sobre los codos y miró a su izquierda, por encima

de la pantalla del portátil. Kate tuvo la sensación extraña y del todo injustificada de que no estaba solo. Lo achacó a sus paranoias.

—Quítale la búsqueda segura —contestó John al cabo de un rato y sin mucho entusiasmo. A Kate no le quedó claro si bromeaba o no—. La vida no tiene filtros, ¿por qué ponérselos a internet?

—Estupendo —dijo ella—. Esta noche podemos ver *El exorcista* y mañana todas las películas de *Rambo*.

John no rio.

—Nos empeñamos en proteger a nuestros seres queridos de determinadas verdades —dijo—, pero no sé si eso siempre es acertado, o justo. Si no hablamos de los monstruos de este mundo, no estaremos preparados para hacerles frente cuando nos salgan de debajo de la cama.

A Kate le habían dado muchísimas ganas de atravesar la pantalla con la mano y acariciarle la cara. ¿De qué monstruos hablaba?

—¿Estás bien, John? —le preguntó.

—Creo que sí —contestó él—. Creo que ya estoy preparado para volver a casa.

—¿Kate?

—Sí —contestó ella—. Kate Keddie.

—Aaah, Kate, la mujer de John. ¡Madre mía, cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

Chatveer Sandhu era el administrativo del Trinity Health Center for Palliative Care, donde John trabajaba como médico de cabecera.

—Perdona que te moleste —le dijo Kate—, pero me está costando un poco localizar a John y he pensado que igual tú me podías echar una mano. Entiendo que ha habido cambios en su vuelo de vuelta de Londres o en su agenda y se os ha olvidado avisarme…

Se hizo un silencio incómodo y Kate tuvo que contenerse para no llenarlo. Miró a Mia, que estaba sentada en una silla de plástico junto a la cabina de información, desesperada, mohína y con los ojos empañados.

—¿Sigues ahí, Chat? —preguntó Kate.

—Sí, perdona, es que… No tengo claro lo que me estás preguntando…

—Estoy en el aeropuerto y mi marido no.

Le pareció que había sido lo bastante directa, pero, después de otro breve silencio, Chatveer dijo:

—Te paso con Holly. No cuelgues.

—¿Que me pasas…? No, Chat, solo quiero…

Demasiado tarde; ya estaba en espera. Mientras aguardaba, siguió

mordiéndose las uñas. Se las mordió demasiado, hasta que le dolió.

De fondo sonaba música clásica: la inquietante *Sinfonía núm. 3,* de Henryk Górecki, una de las piezas favoritas de John. Una obra maestra apenas reconocida, según él. Antes de casarse, Kate pensaba que la música clásica era cosa de intelectuales pretenciosos. Ella se sentía más a gusto en compañía de Mariah Carey que de Claude Debussy. Pero, después de que John se pasara buena parte de su primera cita que si Wolfgang Amadeus esto y Ludwig lo otro, al día siguiente ella había ido a comprarse un CD doble recopilatorio con lo mejor de la música clásica y se había obligado a escucharlo. Ahora le gustaba…, o al menos eso creía.

—¿En qué puedo ayudarte, Kate? —le preguntó de pronto Holly Cutter al oído, muy seca e impaciente.

Holly Cutter era una de esas triunfadoras que dan asco. Además de la directora médica del Trinity, era enfermera, asesora espiritual, formadora médica, investigadora clínica, catedrática honoraria de la Universidad de Melbourne y consejera de la junta de la Sociedad Internacional de Cuidados Paliativos. La típica mujer de éxito.

—Hola, Holly —contestó Kate—. No sé por qué Chatveer me ha pasado contigo, pero estoy en el aeropuerto con Mia y, aunque el vuelo de John ha aterrizado, él no ha llegado. ¿Es posible que siga en el simposio o que su vuelta se haya pospuesto o demorado o…?

—No tengo ni idea, Kate —respondió Holly.

A Kate le dieron ganas de tirar el móvil bien lejos.

—En ese caso, ¿te importa volver a ponerme con Chatveer?

—Chatveer tampoco tiene ni idea.

Kate se sintió sofocada y estúpida, cabreada y pegajosa. Y Mia seguía llorando.

—No sé bien qué está pasando —dijo—, pero creo que ha habido algún problema de comunicación. John ha estado en Londres las dos últimas semanas, en un simposio sobre investigación de cuidados paliativos. Se supone que volvía a casa hoy…

—Escucha —terció Holly—, ignoro lo que sabes y lo que no, y tengo demasiado jaleo para involucrarme en este asunto, pero, si John ha asistido al simposio de investigación este año, a nosotros no nos lo ha comunicado.

—No entiendo —contestó Kate—. ¿Por qué no?

—Porque hace tres meses que no trabaja aquí.

2
La esposa

—¡Cabrones! —dijo Abby Gilpin lo bastante alto como para espantar a los cuervos.

Se estaban dando un banquete con la basura de una semana esparcida por la calle. El cubo que su hijo adolescente había sacado a la puerta de su casa para la recogida de esa mañana, después de que ella se lo recordara unas cincuenta y siete veces, había volcado con el viento y estaba tirado de canto, con la tapa ligeramente levantada, como una boca abierta.

Algunas bolsas seguían intactas, pero los cuervos las habían reventado casi todas y dejado al descubierto un revoltillo de restos de comida, envoltorios de plástico, cáscaras de huevo, posos de café y clínex usados. Preparándose para el hedor que iba a tener que soportar, Abby enderezó el cubo y empezó a recogerlo todo. Plantó la mano sin querer en un bulto blando y húmedo que soltó de inmediato, pero ya le chorreaba por la pernera izquierda de las mallas algo fétido e imposible de identificar.

Por lo general, le importaba poco su aspecto (solía llevar mallas negras y suéteres grandes), pero recoger basura de la calle a cuatro patas le parecía indigno hasta de ella. El suelo estaba mojado. Esa mañana había azotado la isla la tormenta más fuerte de la temporada y apenas había dejado de llover desde entonces, con lo que, aunque hubiera escampado un momento, no tardaría en llover otra vez.

Dándose prisa, consiguió meter en el cubo todas las bolsas menos una. Estaba a punto de cerrar de golpe la tapa cuando reparó en algo. A través del plástico traslúcido de la bolsa, vio un par de botas de trabajo de color tostado. Con el dedo índice, agujereó el lateral de la bolsa y miró dentro.

Las botas eran de su marido, Ray, y salvo por la suela algo embarrada y algún que otro raspón estaban como nuevas. A lo mejor se había equivocado de número al comprarlas, pero le pareció raro que las tirara en vez de guardarlas para donarlas al Ejército de Salvación. Junto con las botas, hechos un higo, había un pantalón militar de Ray y una de sus camisas grises de trabajo, con «ISLAND CARE» impreso en el bolsillo de la pechera. Aún olían al detergente con

perfume de limón que estaba siempre de oferta en el Buy & Bye.

Una ráfaga de viento gélido la hizo enfilar a toda velocidad el caminito de acceso a su casa y meterse en el garaje, con la ropa de su marido bajo el brazo. A oscuras, tiró fuerte del interruptor de cadena y, tras un reconfortante clic, parpadeó en el techo una hilera de fluorescentes. En aquel garaje de dos plazas tendrían que haber cabido por lo menos dos coches, pero, como casi todos los garajes, lo tenían convertido en una especie de trastero. Había torres inmensas e inestables de cajas de mudanza, contenedores de plástico, tiestos vacíos, bandas de resistencia que habían perdido su elasticidad, una máquina de musculación cubierta de telarañas, un tractor cortacésped que Ray había conseguido barato en un rastrillo hacía tres años para luego descubrir que, sorpresa sorpresa, no funcionaba…

Entre todo aquello habían hecho un amplio hueco rectangular para el vehículo de trabajo de Ray, una camioneta de cuatro puertas salpicada de barro. El único otro espacio abierto en medio de tanto trasto era el que ocupaba la mesa de trabajo de Abby, un armatoste manchado de pintura que habían encontrado en una tienda de antigüedades del continente. Por allí al fondo debía de estar la caja de la ropa usada que llevaban meses queriendo donar al Ejército de Salvación.

Camino del fondo del garaje, Abby acarició con los dedos su mesa de trabajo. Debía buscar tiempo para volver a sentarse allí cuanto antes, quizá alguna noche tranquila o durante el fin de semana, cuando los críos salían y Ray veía el fútbol. Había sido en aquella mesa donde, a base de ensayo y error y muchas escapadas a la biblioteca de Belport en busca de manuales, se había convertido en una taxidermista medio decente. Bien dobladitos sobre la mesa o en el panel portaherramientas de detrás había un delantal verde oscuro, cuchillas de escalpelo, guantes quirúrgicos, alfileres para insectos, sedal, gomas elásticas, naipes (para «acartonar» orejas), jabón de bórax (para curtir las pieles), pasta para modelar, herramientas para modelar, depresores linguales, pinzas, adhesivo instantáneo, una grapadora y una veintena de pares de ojos de cristal de diversos tamaños.

Debajo zumbaba una mininevera que contenía unas botellas de agua, un pack de seis botellines de cerveza y el siguiente espécimen de Abby: una zarigüeya que Susi Lenten había encontrado muerta al pie de los cables de alta tensión de delante de su casa. Junto a la nevera había un recipiente grande de plástico que contenía diversos productos químicos, soluciones para el curtido de pieles, agentes de decapado, luminol y bactericida.

De momento, solo había disecado ratones, ratas y aves. Los tenía en distintas estanterías de la casa, con hoyuelos y protuberancias donde no tocaba, aunque sus imperfecciones los hacían casi humanos. Por norma, solo usaba animales muertos de forma natural, con lo que no era raro que sus convecinos la llamaran cada vez que encontraban alguna criatura muerta en la carretera, en su jardín o en la playa. «Tengo una urraca en el balcón. La pobre se ha estampado contra la mosquitera. No lleva mucho muerta, pero date prisa porque no tardará en llenarse de moscas», le decían, o «Llévate esta rata de monte de mi congelador antes de que Shivaun me pida el divorcio; necesita el espacio y a mí ni se me ocurre discutir con una mujer tan embarazadísima»…

Abby no sabía por qué le gustaba la taxidermia ni se lo planteaba demasiado. Era una actividad tan desagradable como relajante que no le producía ningún beneficio económico. Los pocos animales que no se quedaba los regalaba, normalmente a personas que los aceptaban con los dientes apretados y cara de espanto. Pero aquel oficio tenía algo siniestro a la vez que maravilloso que seguía atrayéndola. «La muerte imitando la vida», se decía, y le gustaba cómo sonaba.

En una estantería polvorienta encontró por fin la caja de la ropa para donar, embutida entre una vieja manta de pícnic manchada de arena que olía a perro mojado (raro, porque no tenían perro) y una caja apilable de plástico llena de piezas de coche antiguas. Guardó el pantalón, la camisa y las botas de Ray con el resto de la ropa, apagó la luz y entró en casa.

Su hogar era una casita costera revestida de tablillas solapadas y repleta de cosas que no funcionaban: ventanas que no cerraban bien, tuberías escandalosas y tomas de corriente que chisporroteaban peligrosamente cada vez que enchufaban algo. Estaban ahorrando para hacer reformas, pero no tendrían suficiente hasta la próxima temporada, o quizá la siguiente.

Abby no tenía prisa por arreglarlo. Le encantaban todos y cada uno de los chasquidos y chirridos de aquella casa: el lamento del suelo de madera, el constante crepitar de la madera al dilatarse o contraerse, la mosquitera suelta que no paraba de portear en plena noche… No era una mujer quisquillosa, ni de esas que viven en silencio su desesperación y su temor a la vejez. No, Abby no era así. Estaba satisfecha. Era feliz.

Supo que su hijo de quince años estaba en la cocina antes de entrar siquiera; el fuerte olor a desodorante en espray Lynx lo delataba. Eddie estaba plantado delante de la encimera, con un delantal azul, picando ajo. Sería un hombre guapo algún día, en un futuro muy

lejano, pero de momento pasaba con torpeza por la fase Ichabod Crane de la pubertad: era delgaducho y un archipiélago de virulento acné le forraba la frente.

No levantó la vista cuando entró Abby.

—¿Qué cenamos hoy? —preguntó ella.

—Pizza gourmet vegetariana —contestó él con seriedad, la misma que podría haber empleado para dar una charla sobre la historia de la escalera.

—Suena exquisito.

Él se encogió de hombros y limpió con pericia la hoja del cuchillo en el delantal. Frunció los ojos y empezó a rebanar champiñones con rabia, como si los castigara por algo.

—Tranquilo —le dijo Abby—. No será vegetariana si te dejas un dedo ahí dentro, ¿sabes?

Eddie no dijo nada. Estaba de mal humor, dedujo Abby, que se cogió una cerveza de la nevera mientras su marido entraba en la cocina, recién salido del baño, oliendo a limpio y con el pelo mojado tras su ducha de después del trabajo.

—¿Cerveza? —le ofreció Abby.

—Con agua me vale.

—Agua en vez de cerveza —dijo ella frunciendo los labios—. Estás desconocido.

Abby corría, pero compensaba todo ese ejercicio con una cantidad poco saludable de grasas, azúcares y alcohol. Ray, en cambio, estaba en plan sano. No, eso era quedarse corto. Ray llevaba un régimen superestricto de alimentación y ejercicio rayano en la autolesión.

Nunca había tenido sobrepeso. Como mucho había estado fuerte, pero lo llevaba bien. En cambio, últimamente su pecho tenía contornos y relieves. La piel del cuello se le adhería a una mandíbula que ella jamás le había visto tan cuadrada y un montón de músculos nuevos le rellenaban las mangas de la camiseta. Aquel endurecimiento y fortalecimiento de su cuerpo le recordaba a Abby a una excavación arqueológica. Se imaginaba apartando con una brocha la arena, la tierra y la grasa hasta que solo quedara el esqueleto.

—A mí me suena a crisis de los cuarenta —le dijo Abby. Le llenó un vaso de agua del grifo y se lo dio—. Dentro de nada te veo metiéndote las camisas por dentro de los pantalones.

Ray suspiró y ella pensó que quizá se estaba excediendo, así que lo rodeó despacio con los brazos. Al hacerlo, sintió a Ray, pero también al anti-Ray, al Ray sin corteza. Recordó de pronto que llevaban un tiempo sin tener relaciones y más aún sin que ella lo viera completamente desnudo. Las últimas veces que lo habían hecho había

sido a oscuras, con las luces apagadas, después de beberse una caja entera de tinto.

Notó que Ray le rozaba los michelines con los dedos y se apartaba después. Otras mujeres menos seguras de sí mismas se habrían inquietado si sus parejas hubieran empezado a cambiar sistemáticamente su aspecto físico, pero Abby, aunque saberlo la hacía sentirse cruel y culpable, tenía claro que toda aquella obsesión con el bienestar físico no era más que una fase. El año anterior Ray había empezado a ir a clases nocturnas en el continente y se había declarado emprendedor. El anterior le dio por las franquicias. El mes siguiente probablemente empezaría a escribir aquella novela superventas de la que llevaba hablando desde que se conocían, quizá después de unas clases de piano.

Ella no tenía más que esperar a que se le pasara. Le fastidiaba pensarlo, pero no por ello era menos verdad. Lo que Ray no veía, o no quería ver, era que iba a necesitar algo más que unas horas en la cinta de correr o un semestre de clases de empresa para escapar de aquel peñasco. La isla sabía cómo atraerte, retenerte y susurrarte «Jamás te abandonaré, cariño». Abby había aprendido hacía tiempo que era más fácil entregarse que resistirse.

—¿Qué tiene de malo querer mejorar tu vida? —se oyó una voz procedente del pasillo en un tono que era como un pastelito de fresas espolvoreado de matarratas. Entró Lori haciendo sonar sus Doc Martens, vestida con una camiseta enorme de Nirvana y con una cara más larga que un día sin pan—. Por cierto, a Eddie se le ha olvidado guardar la leña y se ha empapado.

—¿Tienes los brazos de adorno o qué? —le replicó Eddie.

Lori puso los ojos en blanco. Era una chica guapa, de pelo moreno liso y rasgos que parecían expresamente seleccionados por un equipo de especialistas para que encajaran a la perfección en la forma de su cara. En torno a su decimotercer cumpleaños se había vuelto calculadora y reservada. Ya tenía dieciséis y aquello no parecía que fuese a cambiar. Aun así, Abby sabía que la pubertad era como las olas: tan pronto iban como venían. Y, si no, Lori al menos podía ser una empresaria de éxito algún día. Eso o una asesina en serie muy prolífica.

—Me parece bien que no te conformes, papá —le dijo.

—Gracias, cielo —contestó Ray.

—Me ha mirado a mí al decir «conformes» —terció Abby—. No son imaginaciones mías, ¿verdad?

Lori cruzó los brazos y dijo:

—Es que no entiendo por qué te empeñas en hacerlo sentir idiota.

—Y yo no entiendo por qué tú te empeñas en ser una borde —replicó Abby.

—No le supone esfuerzo —terció Eddie.

—Din, din, din —dijo Ray—. Fin del primer asalto. ¡A vuestros rincones!

Lori arrancó una nota adhesiva de la nevera y se la dio a su padre.

—Te ha llamado Eileen Betchkie. No me ha dicho para qué, pero se ha tirado un buen rato sin decirlo. No había forma de colgar.

—¿Eileen? —preguntó Abby—. ¿No has estado en su finca hoy?

Ray asintió con la cabeza.

—Me habré dejado alguna brizna de hierba sin cortar y querrá que vaya a arreglarlo. La llamo mañana.

Island Care era fundamentalmente un negocio de conservación centrado en el mantenimiento de las casas de veraneo desocupadas de la isla, pero, aunque Ray siempre estaba ocupado en temporada baja, no ganaba lo suficiente para salir adelante cuando volvían los turistas y, para llegar a fin de mes, aceptaba labores de mantenimiento de jardines y cortar el césped cuando podía. Odiaba trabajar para los del pueblo. A Abby le habría parecido más fácil relacionarse con conocidos, pero a Ray le resultaba un tanto humillante. Aun así, no estaban en condiciones de rechazarlo.

—Será que se siente sola —dijo Abby.

—O que le mola papá —insinuó Lori.

—Me temo que tenéis razón las dos —terció Ray.

Se sentó a la mesa y miró fijamente un taco tremendo de facturas, como si por mirarlas mucho fueran a cambiar las fechas de vencimiento.

—¿Tú podrías pillar algún turno más en el Buy & Bye? —le preguntó a Abby.

—En esta época del año, lo dudo —contestó ella. Luego, al verle la preocupación en los ojos, añadió—: Pero puedo preguntar. Saldremos adelante, ya verás.

—Siempre —dijo él—. Si hay algo que esta familia sabe hacer es sobrevivir.

3
La viuda

—John Paul Getty III era nieto de un magnate del petróleo estadounidense —dijo Fisher Keddie, yendo de un lado a otro de la sala de interrogatorios bien iluminada de la segunda planta de la comisaría de Brighton—. Lo secuestraron en 1973 y, cuando su abuelo se negó a pagar la recompensa, los secuestradores le enviaron por correo la oreja de John Paul. ¡La oreja! —El padre de John se había empeñado en quedar con Kate en comisaría. Era un hombre bajito y corpulento, con entradas y unas gafas que parecían demasiado pequeñas para su cara. Su mirada, por lo general profunda y sesuda, parecía la de un demente—. Luego están Walter Kwok —prosiguió—, Frank Sinatra Jr… La lista es interminable. Todos hijos de hombres ricos, capturados con la intención de obtener por la fuerza la riqueza de sus familias. Eso es lo que está pasando. No puede ser otra cosa.

El policía que les estaba tomando declaración esperó pacientemente a que Fisher dejara de despotricar. Era un hombre grande que, por lo visto, se había dejado sin afeitar unos pelillos negros esa mañana. Le brotaban solitarios a modo de penacho en el carrillo izquierdo y Kate no podía dejar de mirárselos. Aunque les había dicho su nombre, ella no lo recordaba, y la chapa que llevaba en el bolsillo de la pechera estaba demasiado descolorida para leerlo.

—¿John tiene alguna cicatriz o tatuaje identificables? —preguntó el agente en cuanto pudo meter baza.

—Me parece que no me está escuchando —espetó Fisher—. Esta familia vale mucho dinero. Tendríamos que estar…, no sé…, pinchando teléfonos, preparándonos para la llamada en la que nos pidan la recompensa. Y, sí, tiene una cicatriz irregular en el antebrazo izquierdo, de cuando se cayó de un columpio a los nueve años.

—Eso no es así —intervino Kate—. Se la quitó un cirujano plástico antes de nuestra boda. Odiaba aquella cicatriz. A mí me gustaba, pero él la odiaba. Decía que parecía una alubia cocida.

El policía tecleó la respuesta con dos dedos en el ordenador y leyó la siguiente pregunta.

—¿Alguna enfermedad que pudiera hacerlo vulnerable?

—No —contestó Kate.

—¿Toma John algún medicamento por prescripción facultativa?

—¿Se imagina que fuera una mujer la que hubiera desaparecido? —preguntó Fisher sentándose con ellos a la mesa—. Ya habrían sacado los helicópteros y a los perros policía e irían de casa en casa.

—¿Tiene antecedentes de drogodependencia o alcoholismo?

—No —contestó Kate.

—¿Su marido ha manifestado alguna vez pensamientos suicidas? —preguntó el policía, más seco que una tostada sin mantequilla.

—¡Cielo santo! —exclamó Fisher—. No, por supuesto que no. John es un tío normal. Es feliz.

«¿Lo es?», se dijo Kate. La sensación de que no hablaban de su marido, sino de un desconocido, iba en aumento. Empezaba a darse cuenta de que presentar una denuncia de desaparición era muy similar a pedir un préstamo o acudir a una entrevista de trabajo: te hacían montones de preguntas y con cada una te ibas sintiendo más bobo y más ingenuo.

—¿A qué se dedica usted, señora Keddie? —preguntó el policía.

A Kate le fastidiaba aquella pregunta.

—Soy ama de casa.

—¿Tiene hijos?

—Una niña, Mia, de diez años. No me parecía bien mandarla al colegio, así que está con su abuela.

El policía vio una motita de porquería en la barra espaciadora y la limpió con un dedo bien humedecido en saliva.

—¿A su marido le gusta ser médico?

—No es médico; es especialista —lo corrigió Fisher—. Y, sí, le gusta. Lo disfruta muchísimo.

—Aun así, trabajar en cuidados paliativos debe quemar mucho. Mi mujer y yo tuvimos que meter a mi suegro en un sitio de esos el año pasado. No podíamos permitirnos el Trinity, pero supongo que serán todos más o menos igual. Se mastica la muerte, lo impregna todo. Tiene que ser muy deprimente pasar tu jornada laboral ahí metido. ¿Por eso lo dejó John?

—No lo sé —reconoció Kate, procurando que la resignación no se le notara en la voz—. No me lo dijo.

—¿No le dijo por qué se había ido?

—¡No le dijo que se había ido! —terció Fisher—. No nos lo dijo a ninguno, vamos. Nos enteramos ayer.

—¿Se lo ocultó a los dos? —preguntó el policía—. ¿Por qué cree que haría algo así?

—Ni idea —contestó Kate—. Ojalá lo supiera.

El policía se recostó en la silla.

—Háble me de ese congreso médico.

—Es un simposio de diez días sobre investigación de cuidados paliativos. El Trinity envía a alguien todos los años. Va cambiando de sede. El año pasado fue en San Francisco; el anterior fue en Suecia, creo. John no quería ir, pero falló alguien a última hora y no le quedó otro remedio.

—¿A última hora?

—Se enteró unos días antes de irse.

—Pero usted tiene motivos para creer que no ha ido a ese congreso.

—He llamado al hotel donde se celebraba. En teoría, John se alojaba allí, pero no había rastro de él en los registros. Me he puesto en contacto con la compañía aérea. Los datos que me dio sobre el vuelo eran correctos, pero él no subió a ningún avión. Por lo visto, ni siquiera compró un billete.

—¿Tiene idea de dónde ha podido estar su marido las dos últimas semanas?

—No —contestó ella.

La pregunta verdaderamente importante era dónde había estado John los últimos tres meses. La inundaron las náuseas. Se sintió descompensada: tenía unas partes del cuerpo entumecidas y otras doloridas. Se notaba una opresión en el pecho. Oscilaba sin control entre el temor por su marido y la rabia que le daba, entre preguntarse dónde estaba y dónde había estado. Si no iba a trabajar todos los días con las camisas limpias que Kate le planchaba y le dejaba preparadas, ¿adónde iba? ¿A qué dedicaba el día? ¿Con quién estaba?

—¿Ha contactado con su marido desde que se fue?

—Hemos hablado por Skype cada dos días.

—¿Y le parecía que llamaba desde Londres?

—Daba la impresión de que llamaba desde una habitación de hotel. No se veía el Big Ben al fondo, pero yo no tenía motivos para dudar de que estuviera en Londres.

—Al hablar con él, ¿tuvo en algún momento la sensación de que algo iba mal?

«Si no hablamos de los monstruos de este mundo, no estaremos preparados para hacerles frente cuando nos salgan de debajo de la cama», le susurró la voz de John.

—Lo vi nostálgico, como si nos echara de menos —contestó Kate—. Me dijo que estaba deseando que acabara su viaje.

—¿Algo más?

—¿Como qué?

El policía se encogió de hombros con excesivo desenfado.

—¿Lo notó raro? ¿Ausente? ¿Detectó algo inusual en su conducta?

Esas cosas que una esposa siempre percibe… —Fisher resopló con desdén y, levantándose, suspiró exageradamente. Se acercó a la ventana. Cerró fuerte los ojos para protegerse de un haz de sol polvoriento y meneó la cabeza. El policía lo observó un instante—. ¿Tiene algo que añadir, señor Keddie?

—Kate no es de las que… —No terminó la frase—. Olvídelo, no es nada —dijo con un manotazo al aire.

—¿De las que qué? —quiso saber ella.

La miró y luego agachó la cabeza.

—No eres de las que «perciben» esas cosas, Kate. Si lo hubieran estado coaccionando o amenazando de algún modo, él te habría hecho…, no sé…, alguna seña cómplice o algo así.

—No hubo nada de eso.

—Pero ¿estás segura? Porque… no te ofendas, Kate, pero tú puedes ser ambigua de cojones. Pasiva hasta rozar la invisibilidad. Joder, necesito un cigarrillo. Me revienta que no se pueda fumar aquí.

Kate apretó mucho los labios y procuró ignorarlo. Estaba preocupado por su hijo y proyectaba su angustia en ella. Pero sus palabras se le quedaron grabadas: «Pasiva hasta rozar la invisibilidad». ¿No era así como le gustaba a John?

El policía carraspeó impaciente y preguntó:

—¿Su marido o usted tienen alguna autocaravana, cabaña, casa de veraneo, inmueble de alquiler desocupado o algo por el estilo?

—Tenemos una casa de veraneo en Belport Island —contestó ella, notándose los ojos de Fisher en la nuca—, pero John no iría allí. No le gusta la isla.

—¿Y por qué compraron una casa allí si a su marido no le gusta la isla?

—No la compramos —contestó ella—. La casa fue un regalo de boda de los padres de John.

—Pasábamos los veranos allí cuando John era un crío —espetó Fisher.

El policía se recostó de nuevo en la maltrecha silla de oficina y silbó.

—¡Caray! A mí por mi boda solo me regalaron una fuente de loza y un par de tostadoras.

Ni a Kate ni a Fisher les hizo mucha gracia el comentario; al menos en eso estaban de acuerdo.

—¿Sospecha que alguien haya podido secuestrar o hacer daño a su marido?

—La verdad es que no… —contestó ella.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera querer hacerle daño? ¿Tiene

enemigos? ¿Alguien con quien no se lleve bien?

Fisher inspiró hondo, dispuesto a despotricar otra vez, pero el policía levantó una mano para silenciarlo.

—Se lo pregunto a la señora Keddie —dijo y, volviéndose hacia Kate, aguardó su respuesta.

—No —respondió ella—. Todo el mundo adora a John. Es muy cariñoso, encantador. Es esa persona con la que todos se quieren sentar en una cena.

—Entonces, ¿piensa que es más probable que se fuera por su cuenta?

—Mi hijo no se iría sin decírselo a nadie —espetó Fisher—. No le haría eso a Mia.

—¡Ni a mí! —repuso Kate.

Fisher no dijo nada. El resplandor azul del monitor se reflejó en los ojos del policía.

—¿Cómo calificaría su matrimonio? —le preguntó a Kate.

—¿Cómo lo calificaría?

—¿Lo considera satisfactorio? —la orientó.

Ella fue a decir algo, pero de pronto se le secó la garganta. Antes, cuando pensaba en su matrimonio, veía una casa imponente y una finca inmensa en lo alto de un acantilado. Ahora veía la misma casa, sujeta con tocones huecos, medio podrida e infestada de termitas, cada vez más inclinada sobre el borde del acantilado.

—Feliz —contestó—. Calificaría nuestro matrimonio de feliz.

«Otra vez esa palabra», se dijo y echó mano de la bolsa de gimnasio que tenía entre los pies. La subió a la mesa y abrió la cremallera. El policía enarcó una ceja.

—¿Qué hay en esa bolsa?

—He leído en internet que querrían confiscar los equipos electrónicos de John y extraer muestras de su ADN. He traído su iPad, su cepillo de dientes, su peine y un par de cuchillas de afeitar viejas que he encontrado en el armarito del lavabo. No sé cómo funciona el ADN, pero igual pueden sacar algo de aquí. Me he puesto guantes para guardarlo todo en la bolsa.

El policía ladeó la cabeza y juntó los labios como si fuera a decir «¡Ay, qué detalle!».

—Si esos objetos fueran necesarios, ya se lo comunicarán. De momento, quédeselos usted.

Kate volvió a cerrar la cremallera, sintiéndose estúpida. Escondió las manos debajo de la mesa y se clavó las uñas en las rodillas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Fisher—. ¿Van a activar una alerta de desaparición?

—Ese tipo de alertas solo se usan con niños desaparecidos —contestó el policía—. Este informe se introducirá en el sistema, se distribuirá y se cotejará con los de ambulancias y hospitales.

—¿Y ya está?

—Por lo que me ha contado, no hay indicio de dolo. En términos generales, un cónyuge ausente que no haya cometido un delito o un adulto que simplemente no da señales de vida durante un tiempo suele considerarse de bajo riesgo.

—¿De bajo riesgo? —espetó Fisher—. ¿De bajo riesgo? ¡Es mi hijo!

—Fisher, por favor —le dijo Kate—. Perder los nervios no ayuda.

—Quedarse sentado esperando tampoco.

—Miren —dijo el policía—, en la mayoría de los casos de este tipo, la persona desaparecida aparece por su cuenta al cabo de uno o dos días. Entretanto, hablen con amigos y familiares, averigüen si alguien ha tenido noticias suyas, pregunten en los sitios donde solía refugiarse, como el gimnasio o la taberna del barrio… Pero yo, en su lugar, empezaría por investigar por qué dejó su trabajo.

El Trinity Health Centre for Palliative Care era un edificio extenso con fachada de cristal, rodeado de jardines autóctonos y tapiado por un seto alto y bien cuidado que lo aislaba del ruido de la ciudad. Era un sitio tranquilo, solía decir John, a pesar de toda la gente que iba allí a morir, o precisamente por eso. A Kate no le parecía tan tranquilo. En el mejor de los casos, le producía escalofríos; en el peor, como ese día, le resultaba perturbador.

No le había dicho a Fisher que iba a ir allí. Se habría empeñado en acompañarla y Kate no sabía cuánto más podía estar con él sin volarse la tapa de los sesos.

Dejó el Lexus al fondo del aparcamiento, junto a una pequeña yurta de madera sobre cuya puerta se había impreso «SALA DE ORACIÓN». La yurta se comunicaba con el edificio principal mediante un túnel de cristal. Kate lo enfiló hasta una amplia zona de recepción pintada en azules y verdes pastel y decorada con elementos inofensivos e introspectivos. En medio del vestíbulo había una fuente de agua burbujeante de estilo japonés. A veces se preguntaba adónde iban a morir los pobres, porque seguro que no podían permitirse un sitio así.

Un hombre delgado de veintitantos andaba trajinando detrás del mostrador, vestido con un traje gris a medida y un turbante negro. Cuando Kate se acercó, levantó la cabeza y sonrió agradable. Al ver quién era, su sonrisa se desvaneció.

—Kate, hola… ¡Qué sorpresa!

—Hola, Chatveer —dijo ella—. ¿Está Holly?

—¿Has quedado con ella?

—Solo serán unos minutos.

Chatveer tamborileó discretamente con los dedos en el mostrador, miró hacia el pasillo bien iluminado que conducía al centro médico y se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Me permites un consejo de amigo, Kate? —«¿Somos amigos?», se preguntó ella—. Holly me ha comentado el… —hizo una pausa para elegir bien sus palabras— malentendido que ha habido entre John y tú, y no quiere verse implicada. Y, sinceramente, a ti tampoco te conviene implicarla. Habla con John. Es lo mejor para todos, créeme.

—Lo haría si pudiera —contestó Kate—, pero John ha desaparecido.

Las palabras se le clavaron en la boca como objetos punzantes.

—¿Desaparecido?

—Llevo tres días sin verlo ni hablar con él. Tiene que haber un motivo para que no me comentara que había dimitido de su puesto, y tiene que haber alguna relación entre eso y donde coño esté ahora. Por favor.

Cabeceó afirmativamente una sola vez.

—Voy a buscar a Holly.

Holly Cutter sentó a Kate a una de las mesas de la cafetería y le ofreció un té verde. Cuando Kate lo rechazó, Holly se preparó uno en el aparador del rincón.

Un número escaso de empleados limpiaba las mesas, abrillantaba los cubiertos e intentaba parecer ocupado. Cerca de la zona de servicio había sentadas dos mujeres de mediana edad, que Kate supuso que eran hermanas, con dos cafés solos y un sándwich empezado entre ambas. Una de ellas lloraba; la otra contemplaba el jardín a través de una hilera de ventanas salpicadas de lluvia que recorrían la pared del fondo.

Kate recordó lo que había dicho el policía de guardia: aquel era un sitio verdaderamente deprimente en el que pasar la jornada laboral. John rara vez le hablaba de su trabajo y ella rara vez le preguntaba. Trabajar en cuidados paliativos no era como otros empleos. Cuando volvía a casa al final de la jornada, no pegaba que le dijera tan contenta: «¡Hola, cariño! ¿Qué tal tu día?». Si los amigos o la familia le preguntaban por su trabajo, John cambiaba de tema enseguida. Tenía media docena de clichés en la recámara: «Sienta bien poder ofrecer algo a cambio», «Muchas personas no tienen a nadie más», «Estar rodeado de tanta muerte te recuerda lo valiosa que es la vida».

Kate había supuesto que John hablaría si lo necesitaba, pero de pronto se preguntaba si la habría estado protegiendo de algo. ¿Sería aquel uno de los monstruos de los que no habían hablado?

Holly volvió, se sentó enfrente de Kate y se miró de inmediato el reloj.

—No tengo mucho tiempo —le dijo.

—Solo quiero hacerte dos preguntas —contestó Kate—. Necesito saber por qué dimitió John y por qué me lo ocultó.

La otra frunció el ceño.

—No sé si voy a poder ayudarte con la última, pero quizá pueda responderte a la primera. La dimisión de John fue idea mía.

—¿Lo despediste?

—No, le hice ver lo que estaba en juego si se quedaba. —Sumergió la bolsita de té, le dio unas vueltas sujetándola por el hilo y luego la dejó a un lado de la mesa, donde cayó con un chof—. John estaba haciendo un buen trabajo aquí y ha sido una lástima perderlo. Era increíble con los pacientes, el personal lo adoraba y sus investigaciones estaban dando resultados muy positivos; eso no hará falta que te lo diga.

—No —mintió Kate, porque John no le había mencionado nada de ninguna investigación.

—Me dio mucha pena que se marchara —prosiguió Holly—, pero me habría dado más que se quedara.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Te ha hablado John alguna vez de la «angustia existencial»? —le preguntó Holly y Kate negó con la cabeza—. Tampoco me sorprende. Es un concepto difícil de explicar a alguien que no sea del gremio. Además de ser médico aquí, John hacía de psicólogo. Es lo que tiene trabajar en cuidados paliativos. Nosotros no curamos, orientamos, pero, por mucho que tranquilices a un paciente terminal, el resultado es siempre el mismo. La cosa está en ayudarlos a encontrar la paz antes del final.

»En Occidente tenemos una relación horrorosa con la muerte —continuó—. Nos pasamos la vida procurando no pensar en ella, pero, a la vez, albergamos la esperanza de que, cuando llegue el momento, podamos reconciliarnos con ella. Parece que nuestra filosofía es: «Ya me enfrentaré a esto cuando toque», pero rara vez es así. Muy a menudo, los que están cerca del final hablan de una especie de… vacío.

—¿Un vacío?

Holly asintió y se miró los dedos como si no fueran suyos.

—Hay mucha tristeza en este lugar, Kate, pero hay mucha más

rabia, mucho más remordimiento. Como directora médica del centro, ya no practico mucho la medicina, pero todavía paso mucho tiempo hablando con nuestros pacientes, con los que aún están en condiciones de hablar, claro. A veces hablamos del tiempo o de la música que les gusta o de quién ha ganado al críquet; otras veces me dicen cosas como «No veo a Dios por aquí» o «¿Qué he hecho yo para merecer esto?». Hablan de la falta de paz, de la angustia existencial.

Kate guardó silencio y la dejó continuar.

—Cuando llevas suficiente tiempo en este mundillo, no te cuesta nada diagnosticarla. A veces se la ves al paciente con solo mirarlo a la cara. La mirada se les oscurece un par de tonos. Por lo general, es algo que detectamos en los pacientes, pero, de cuando en cuando, se lo vemos también a los empleados.

—¿Me estás diciendo que John padecía «angustia existencial»?

—Lo que te digo es que, hace siete meses, observé que la mirada se le había oscurecido un par de tonos.

—¿Qué pasó hace siete meses?

Holly se encogió un poco de hombros, como un robot, y susurró casi para sí:

—Que reventó el dique.

—No te entiendo.

—Trabajar en un entorno así es agotador desde el punto de vista emocional —contestó Holly—. Así que aquí ponemos en práctica algo que llamamos «la hoja que se lleva la corriente». Es una forma rápida de autoterapia pensada para deshacerte de pensamientos negativos. Consiste en visualizar una corriente de agua, coger cada pensamiento negativo y colocarlo en una hoja, soltarla en el agua y dejar que se la lleve la corriente. Pero no se pueden soltar muchas hojas al agua sin que se forme un dique.

—¿Y eso fue lo que le pasó a John? ¿Que estaba… estresado?

—Se estresa la gente que trabaja en bufetes de abogados o en agencias de diseño. Los que trabajan en cuidados paliativos se angustian.

Kate negó con la cabeza, frustrada. Había ido allí en busca de respuestas y Holly no le estaba ofreciendo más que metáforas y eufemismos. Le daban ganas de abofetearla, de pedirle que le hablara como un ser humano, pero se limitó a inspirar hondo y preguntar:

—¿Cuál fue la hoja que hizo reventar el dique?

Holly se recostó en la silla y dio un sorbo a su té verde.

—¿Te habló John alguna vez de Annabel? —Kate meneó la cabeza —. Annabel era paciente de tu marido. Sesenta y tantos, demasiado joven para estar aquí. En un estadio avanzado de fibrosis pulmonar. Es

una enfermedad crónica y degenerativa en la que el tejido de los pulmones se llena de cicatrices y se endurece, lo que dificulta la respiración y la llegada de oxígeno al torrente sanguíneo. No tiene cura y se produce por multitud de razones. Se estaba sometiendo a radioterapia para el cáncer de pulmón. Era fumadora. La radiación acabó con el cáncer, pero le produjo la fibrosis. El universo puede ser cruel a veces. Annabel y John se apreciaban mucho. No debemos tener favoritos, pero a veces conoces a alguien con quien congenias y, cuando eso ocurre, es imposible no lamentar su pérdida.

—¿Y eso fue lo que ocurrió?

—Cuando murió Annabel, John se quedó muy tocado —dijo Holly, cabeceando afirmativamente—. Estas cosas son acumulativas, pero, si tuviera que señalar un punto de partida, yo diría que la muerte de Annabel fue la hoja que hizo que reventara el dique. Después de eso, se volvió distante, frío. Empezó a tomarse el almuerzo en el coche, a regañar a las enfermeras… Levantó un muro.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Kate.

—Le recordé que, si necesitaba hablar, me tenía aquí, pero que, si su trabajo continuaba resintiéndose, íbamos a tener una conversación más seria. Al día siguiente me presentó su dimisión.

El remordimiento la fue inundando como un banco de niebla. Su marido había estado angustiado y, por alguna razón, ella no se había dado cuenta. «Pasiva hasta rozar la invisibilidad», le había dicho Fisher. El acierto de su descripción le escocía. Tampoco era solo con John; había sido esa mujer en el trabajo, quizá aún lo fuera con sus amigos y en el consejo escolar, donde se esforzaba por materializar las ideas atrevidas de otros. Era la ayudante complaciente, la partidaria acomodadiza, la conductora de emergencia, siempre disponible cuando los demás bebían. Así estaba a salvo. Por eso había pasado buena parte de los últimos veinte años metida en una burbuja. Era un espacio muy cómodo, calentito y seguro, y ella se habría quedado allí dentro muy a gusto. Pero desde lo del aeropuerto, desde lo de la comisaría, desde que había sabido que John había llorado la pérdida de una mujer cuya existencia ella ignoraba, las paredes de su burbuja se habían ido debilitando. ¿Qué saldría de allí?

—Intenta entenderlo —le dijo Holly—. Nadie deja un trabajo en cuidados paliativos porque lo asciendan o le ofrezcan algo mejor. Se van porque, si se quedan, los consume. Yo no quería que John se fuera, pero tampoco que le ocurriera eso.

Las mujeres de mediana edad que estaban sentadas junto a la ventana se levantaron, se abrazaron un buen rato y regresaron a la zona de habitaciones.

—¿Dónde crees que está ahora, Holly? —preguntó Kate—. ¿Adónde va la gente con «angustia existencial»?

La otra volvió a encogerse de hombros como un robot y se miró el reloj una vez más. Kate ya tenía todo lo que iba a conseguir allí y no le parecía mucho. Imaginó las orillas de un riachuelo infladas e invadidas de hojas muertas; luego se vio a sí misma sumergiéndose bajo el agua.

4
La esposa

Abby se puso bocarriba y se envolvió bien en las mantas para protegerse del frío matinal. Ray se agitó a su lado, soltó un largo bostezo y, bajando los pies al suelo, se frotó la cara con aquellas manos grandes. Tenía su propio horario y no solía hacer una jornada de trabajo estándar, con lo que no era habitual que madrugara tanto.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó Abby—. No me prives de mi calientacamas.

—La semana pasada hice unas reparaciones en la casa de Lance y Sally Thinner y me parece que se me olvidó cerrar las condenadas contraventanas. El viento era bastante fuerte anoche. No me voy a quedar tranquilo hasta que vaya a ver si ha habido daños.

—¿Esa es la casa de la sauna exterior?

—Sauna y baño de vapor —la corrigió él—, que, por lo visto, son cosas distintas.

La empresa de mantenimiento de Ray prestaba servicio a casi la mitad de los inmuebles de la isla. Además del cuidado general del jardín y las reparaciones de los daños producidos por las tormentas, mantenía los caminos de acceso y los canalones libres de hojas secas; los jardines, limpios de ramas y árboles caídos; los sistemas de alarma en perfecto funcionamiento, y evitaba que los asaltaran los okupas o les entraran a robar.

En una caja fuerte que llevaba en el suelo de la camioneta, guardaba las llaves y los códigos de las alarmas de todas las casas que cuidaba. Pero, como Ray no se cansaba de recordarle a Abby, pasearse por casoplones vacíos no era tan glamuroso como ella pensaba. Le decía que casi todos los días se sentía como Jack Nicholson deambulando por los pasillos de aquel hotel espeluznante, siempre pendiente de los fantasmas de las niñas muertas.

—Confiemos en que no te vuelvas loco y asesines a tu familia con un mazo de críquet —le había dicho Abby en una ocasión.

—¿No era con un hacha?

—En el libro es un mazo de críquet. Lo cambiaron para la película.

—Me fío de tu palabra.

Abby sonrió al recordarlo mientras Ray se levantaba con un

gruñido y buscaba la camisa de trabajo que había dejado preparada sobre el respaldo del sillón orejero del rincón la noche anterior. Se la abotonó deprisa para protegerse del aire gélido. El fuego de la planta baja mantenía la casa caldeada por las tardes, pero, por más que lo atizaba Abby, las brasas siempre se apagaban por la noche.

—¡Joooder! —susurró furioso—. Hace un frío que pela. No me responden los putos dedos.

—Ya lo veo —dijo ella señalándole la pechera de la camisa.

Ray se miró: se la había abotonado mal. Maldijo por lo bajo y volvió a empezar.

—Hoy trabajas hasta tarde, ¿no?

—Turno de noche. No me esperes levantado.

—Como dos barcos que se cruzan de madrugada, entonces —comentó él.

Cuando se fue de la habitación, se llevó consigo un poco de calor. Ella lo oyó enfilar el pasillo y salir a la calle; lo oyó arrancar y resucitar con un lamento la camioneta de trabajo, incorporarse a Milt Street y perderse a lo lejos. Quedaron solo los petirrojos gorjeando al otro lado de la ventana.

Deseando tomarse un café, Abby se levantó sin ganas e hizo la cama antes de bajar a encender el fuego. Le costó lo suyo porque las únicas ramitas que encontró estaban húmedas. Lo cebó durante unos minutos y luego deambuló inquieta por la estancia mientras se hacía el café y el murmullo sordo de la cafetera de filtro llenaba el aire.

Dos tazas más tarde, sonaron los despertadores y el estruendo de tuberías cuando los niños se levantaron, seguido inmediatamente de una discusión sobre el agua caliente y los turnos de baño asignados. Lori fue la primera en aparecer, haciendo resonar por la cocina sus Doc Martens llenas de raspones y manchadas de barro.

—¿No puedes dejar esas cosas en la entrada? —le preguntó Abby.

—No, salvo que quieras que llegue tarde al bus. Tardo como una hora en atármelas.

Lori sacudió la caja de Pop-Tarts, metió unos cuantos pastelitos de manzana en el tostador y observó cómo se hacían.

—Yo que tú, me andaría con cuidado —la advirtió Abby—. Creo que fue Nietzsche el que dijo que, si miras fijamente un tostador, el tostador te mira a ti.

—Ja, ja —contestó Lori.

Se puso un café y, mirándose en la jarra de la cafetera, se arregló el flequillo. Sus ojos penetrantes iban enmarcados en una capa gruesa de perfilador negro.

—Estás guapa —le dijo Abby.

—No pretendo estar «guapa» —replicó la cría.

—Bueno, guapa no, guay. Molona.

—¿«Molona»?

—¿Gótica? ¡Yo qué sé! Lo que sea que pretendas lo has conseguido.

Lori bebió a sorbos su café, tan negro como su vestuario.

—Ay, mamá, mira que eres boba. ¿Puedo ir a casa de Finly después de clase, con Carry y Elise? Elise no sabe qué ponerse para la boda de su hermano y nos ha pedido que vayamos a echarle una mano. ¿Me dejas ir?

—¿Cómo vuelves a casa?

—Terminaremos antes del último ferri.

—Te dejo con una condición: que me des un abrazo.

—¿En serio?

—Venga, que por uno no te vas a morir.

—¿No te preocupa tener que conseguir mis muestras físicas de afecto con sobornos?

—Una pizca —contestó Abby.

Lori suspiró y protestó:

—Genial.

Le dio a su madre un abrazo brevísimo y, durante un instante fugaz, desapareció la adolescente y solo quedó la niña en brazos de Abby. Pero entonces los pastelitos de manzana salieron disparados del tostador y Lori se escabulló para recogerlos.

Después entró Eddie en la cocina, arrastrando los pies, y fue abriendo con vehemencia los armaritos en busca de los cereales. Se había puesto su sudadera con capucha favorita encima del uniforme del colegio y llevaba tan apretados los cordones de la capucha que apenas se le veía la cara por un huequito, como si fuera una ninfa del bosque asomando nerviosa desde el interior de una cueva.

—Buenos días, niño —dijo Abby.

Eddie gruñó una respuesta y se frotó los ojos para despejarse.

—¡Madre mía! —le dijo Lori—. Parece que acabas de aprender a caminar erguido.

Eddie le hizo la peseta a su hermana y ella le respondió con su propio dedo corazón, con lo que, al parecer, quedaron empatados.

Abby corría la misma ruta dos veces por semana.

Esa mañana, saliendo de casa, giró a la izquierda para subir por Harvill Hill Road y se notó la cuesta arriba en los muslos. Los arbustos salados que punteaban la calle estaban empapados de rocío y la brisa los sacudía con violencia. Más adelante, el cruce de Brown con Delahunt estaba inundado. Ocurría todos los años por esas fechas y

tardaban casi todo el invierno en drenarlo. El consistorio había plantado allí un par de caballetes naranjas de señalización para que los conductores frustrados no se la jugaran.

Una lluvia torrencial le azotaba la cara, le caía a chorros por las mejillas y le empapaba las zapatillas. Sus michelines de invierno zangoloteaban. La rodilla izquierda le hacía un ruido preocupante cada equis pasos y tenía una sensación rara en el tobillo, pero siguió corriendo. Le encantaba correr en invierno. La combinación de endorfinas y frío intenso era estimulante.

En lo alto de la colina, la vista panorámica de la isla se abría y revelaba amplias parcelas de densos matorrales y un puñado de lagos de agua dulce al sur; al norte, se extendía el pueblo como percebes sobre una ballena panza arriba. Por lo menos dos tercios de las casas de la isla estaban vacías en aquella época del año, sombrías e inútiles, como calcetines sin pies.

Cuando hacía buen tiempo, Belport se llenaba de turistas, campistas y veraneantes, pero en cuanto se iba el sol, la gente se marchaba con él. Se echaban las cortinas en las habitaciones con olor a cerrado, se tapaban los muebles con fundas de plástico y todos los chalés de cedro que salpicaban la costa de la isla se quedaban desiertos durante prácticamente la totalidad de los nueve meses siguientes. La isla tendría que haber parecido más grande con menos gente, pero, por alguna razón, era al revés, como si el mar le fuera ganando terreno. Una vez había intentado explicarle a Ray aquella sensación, pero él le había respondido con un montón de datos sobre la erosión.

Más allá de la isla, Abby pudo ver el ferri que se acercaba, abriendo un surco espumoso entre Belport y la península de Bellarine que los conectaba a modo de cordón umbilical.

Desde Harvill Hill, giró a la derecha y bajó corriendo a Bay Street, la avenida principal de Belport. Un solo semáforo horizontal colgaba en el cruce de Bay con Bramwell, parpadeando en ámbar en medio de aquella tarde gris iluminada por la tormenta. A un lado de la calle estaba la estación de servicio All-You-Need; al otro, el Belport Inn, conocido familiarmente como el Belly, un pub irlandés repleto de lámparas de vidrio de colores y cuadros de tema náutico.

Los restaurantes, las tiendas de regalos y el kiosco de prensa estaban cerrados en temporada baja. Apiñados al fondo de Bay Street estaban la oficina de correos, la biblioteca pública y la comisaría de Belport.

Según se acercaba a la costa, se alzaba a su derecha la feria del puerto, perfilada bajo un cielo cubierto. La verja de entrada estaba cerrada con candado. El Sky Winder, una montaña rusa aburridísima,

se hallaba inmóvil y silenciosa, y su andamiaje era como una caja torácica gigante e irregular. La noria, en verano un anillo centelleante de luces amarillas, estaba a oscuras.

Abby siguió corriendo, por el paseo marítimo, cruzando los campings de la orilla hasta la playa, cuya arena estaba húmeda y compacta. Las aguas azules picadas del estrecho de Bass se extendían sin fin a su derecha. El aire olía a peces y a sal.

Una bandada de gaviotas nerviosas la observaban desde debajo del toldo de la tienda de cebo cerrada a cal y canto, como si se preguntaran por qué se castigaba así aquella humana.

Se le había instalado en el costado izquierdo un pellizco que le producía punzadas de dolor por todo el abdomen, pero siguió corriendo. Su respiración era intensa y arrítmica; sus piernas, como juncos secos, se estremecían con cada zancada. Sus tripas eran como anguilas resbaladizas queriendo escaparse de un cubo. El temor a hacérselo encima nunca había sido más real. Le dolía, pero era un dolor maravilloso, uno que le recordaba que estaba viva.

No paró a recobrar el resuello hasta que llegó al enorme rompeolas de piedra que había en el extremo más alejado de la playa. Separaba la playa del embarcadero del otro lado. Unas matas enormes de algas enredadas se adherían al muro como tentáculos. Atornillado a él había un letrero de advertencia: «FUERTES CORRIENTES, OBJETOS SUMERGIDOS, ROCAS RESBALADIZAS, AGUAS POCO PROFUNDAS, OLAS INESPERADAS. Prohibido beber alcohol, prohibido bucear». Con espray de pintura roja, alguien había escrito encima: «PROHIBIDO DIVERTIRSE».

Con las manos en las caderas, se irguió y contempló el mar mientras recobraba el aliento. Entre mayo y octubre, no era raro ver rorcuales, ballenas francas australes, ballenas azules e incluso alguna que otra orca pasar por la isla en su peregrinaje anual desde su zona de cría en la Antártida hasta aguas australianas más cálidas, pero ese día las aguas parecían hostiles y hurañas. Costaba imaginar que algo quisiera sumergirse en ellas. «Tampoco es que ocurran grandes cosas en la superficie», se dijo.

Abby cambió su ruta habitual para pasar por el Buy & Bye, el supermercado cuyo dueño, Henry Biller, le ofrecía tres turnos de trabajo en invierno y seis en verano. Cuando Abby entró, Henry, un hombre recio, de mejillas sonrosadas y sonrisa amable, barría un suelo ya inmaculado.

—Dudo que vayas a poder dejarlo aún más limpio —le dijo ella.

—Si hay tiempo de vaguear, hay tiempo de limpiar —respondió Biller sonriente—. Llegas con tres horas de antelación, por cierto.

—Pasaba por aquí y he pensado en acercarme a recoger la paga para poder ingresarla en el banco antes de que cierren. De todas formas, ¿me dejarías trabajar si viniera con estas pintas?

Él reparó en el pelo empapado en sudor y chorreando lluvia.

—Tienes razón —contestó—. ¿Me vigilas la tienda mientras voy corriendo a la caja fuerte?

Se limpió las manos en el delantal y se escabulló entre las tiras de plástico de la cortina de la trastienda que conducía al muelle de carga. No hacía falta vigilar la tienda mientras no estaba porque, aparte de ella, no había nadie. El supermercado tampoco era enorme, pero el espacio estaba muy bien aprovechado. Había doce lineales y, en un alarde de optimismo, Henry había instalado siete cajas, aunque rara vez se usaban más de dos. Había tres filas cortas de carros de compra y una sección grande de bebidas alcohólicas en la esquina superior derecha. El establecimiento estaba siempre surtidísimo en verano, pero Biller dejaba que las existencias mermaran en temporada baja.

Soplaba de la bahía un viento muy frío que aullaba por las lomas rocosas y escarpadas de la isla con intensidad suficiente como para sacudir los ventanales de la tienda. Al otro lado del cristal, con «ULTRAMARINOS/BEBIDAS ALCOHÓLICAS/¡CEBO!» escrito del revés, la bahía se veía salvaje y oscura.

—Esta va a ser grande también —dijo Biller cuando volvió.

—Na, no tendremos otra gran tormenta en lo que queda de temporada —contestó Abby—. Esta isla no está hecha para emociones tan fuertes.

Biller le entregó el sobre amarillo. Le pagaba en negro para no tener que declararlo.

—No está todo. La cosa anda floja. ¿Te importa que te dé el resto la semana que viene?

Abby vaciló un instante. Podría haberle dicho que toda la isla andaba justa de dinero y que los Gilpin no eran una excepción, pero, en cambio, asintió con la cabeza y se metió el dinero por el sujetador deportivo.

—Casualmente iba a preguntarte si podía hacer algún turno extra.

Biller se humedeció los labios y se metió las manos en los bolsillos del delantal.

—Lo siento, Ab.

—Tranquilo —le dijo ella—. Es lo que traen nueve meses de tranquilidad, ¿no?

—Eso es lo que nos decimos siempre.

Se volvió a mirar la tormenta eléctrica que se estaba formando en el horizonte. Una lancha motora solitaria se acercaba traqueteando al

puerto de Elk, huyendo de ella.

Cuando Abby llegó a casa, había un coche patrulla aparcado a la entrada. Una mujer de impecable uniforme policial azul andaba rondando su puerta, agachándose a mirar por las ventanas.

—¿Tiene orden de registro? —le gritó Abby, sobresaltándola.

Bobbi rio.

—¡Serás zorra! ¡Menudo susto me has dado!

Se abrazaron. Abby y Bobbi solían trabajar juntas en el Buy & Bye, donde Bobbi se quejaba de tener que llevar zapatos y sujetador, y al final siempre terminaba quitándoselos. Había dejado el súper hacía años para entrar en la policía, pero Abby y ella se habían hecho aún más amigas después.

—He venido a por tus porquerías de bebé —dijo Bobbi—. Me manda Maggie.

—No son porquerías, te lo juro.

—Tienen quince años.

La pareja de Bobbi, Maggie, estaba embarazada de ocho meses y medio, y llevaba pidiéndole la ropita usada de Eddie y Lori desde que el feto era del tamaño de un cacahuete, pero Abby se había hecho la loca. No sabía bien por qué. No es que Ray y ella tuvieran pensado engendrar un tercero, pero la idea de regalar todas aquellas monadas del año catapum le producía una extraña tristeza.

—Ven conmigo —le dijo Abby.

Condujo a Bobbi por el pasadizo exterior que conectaba la casa con el garaje. Casi había escampado, pero un atranco en el canalón del tejado hacía caer un torrente de agua al césped y convertía la tierra en barro. Tuvieron que rodearlo.

—Esto es como un puto zoo —espetó Bobbi al entrar en el garaje.

En la estantería que recorría la pared del fondo, había algunos animales disecados que Abby no había conseguido regalar. Piezas pequeñas, sobre todo: pájaros, ratones, alguna rata de monte y un sapo gordo y gris que a Abby le había costado una barbaridad desollar.

—Creo que estoy mejorando —dijo Abby—. Puede que incluso esté preparada ya para el conejo que Whitley Higgins me tiene guardado en su congelador. Se lo encontró en el escalón de la puerta de servicio de su casa y cree que su gato lo llevó hasta allí para mí. Todavía no tengo del todo claro qué voy a hacer con las orejas.

—A veces me pregunto cómo somos amigas —le soltó Bobbi.

Mientras Abby sacaba el cajón de madera donde guardaba la ropa de bebé, Bobbi cogió el libro de bolsillo maltrecho y lleno de hojas

con las esquinas dobladas que había en la mesa de trabajo. En la cubierta se veía un paisaje de árboles muertos y a los pies de estos un contorno de tiza que dibujaba dos cadáveres, entrelazados. El título, impreso en letras rojas brillantes, rezaba: *Los asesinatos de Buck River: una historia real de familia, venganza y traición*.

—Si quieres que te lo preste, ya casi lo he terminado —le dijo Abby.

Bobbi le dio la vuelta al libro entre las manos, asintiendo con la cabeza.

—¿Es bueno?

—Tiene miga, Bob. En 1986, encontraron dos cadáveres cerca de ese río, en Denver. Uno era de un tío negro de sesenta y tantos al que habían matado de un disparo de escopeta que le había reventado el pecho y el otro era el de un adolescente fugado, muerto de un fuerte traumatismo craneal. Los cadáveres se abandonaron a menos de diez metros el uno del otro, pero la policía no encontraba relación entre los dos.

Abby leía mucho en invierno y las novelas de investigación criminal basadas en hechos reales eran sus favoritas. Era extrañamente adecuado para un sitio como Belport, donde las calles no parecían vacías, sino vaciadas.

Dejó el cajón encima de la mesa de trabajo y levantó la tapa. Estaba lleno de cazadoras, gorros y botitas diminutas. Hasta había guardado aquel gorro de punto gordito de color azul eléctrico que habían comprado para una excursión a la nieve cuando Eddie todavía llevaba pañales. Le enseñó un bodi de rayitas verdes y negras e inhaló todos los recuerdos atrapados en sus fibras. La llenó de nostalgia.

—Esto lo compramos en un mercadillo de Queensland —dijo Abby —. Está cosido a mano.

—Dios, ¿quién iba a decir que tus críos habían llegado a ser lo bastante monos para llevar algo así? —espetó Bobbi, que acababa de sacar uno de los antiguos pijamitas de Lori, de una pequeñez casi imposible.

—Ya, ¿verdad? ¿Qué les ha pasado? No me puedo creer que cupieran en esto…

—Ay, no —contestó Bobbi, metiendo el dedo por un agujero dentado en la base del pijamita, más o menos del tamaño de una moneda de cincuenta centavos—. Ab, ¿cuánto hace que no miras esto?

Abby no contestó. Acababa de descubrir un par de patucos de lana roja plagados de agujeros. Fue mirando todo el cajón, sacando una prenda tras otra. Todo estaba apolillado. Le dolió más de lo que debería haberle dolido.

Cuando empezaba a hacer frío, aparecían polillas por toda la isla. Gordas, marrones y ciegas, se reunían en grupos enormes junto a la luz del porche de Abby, zumbando al unísono, salvajes y caóticas, como un centenar de piezas de un todo mayor. Se adherían a las rejillas de ventilación de encima de la caja de Abby en el súper, esperaban a que fuera a partir un trozo de leña viejo y danzaban descontroladas delante de los faros de su coche. Y encima se comían la ropita de bebé de sus hijos.

—Maldita sea —dijo en voz baja.

—No te fustigues. Esas cabronas se meten por todas partes. Hace un par de mañanas oí a Maggie soltar un berrido de la hostia. Se acababa de servir un cuenco de cereales de salvado y estaban llenitos de larvas de polilla. Le dije que tampoco era para tanto, que ella no es precisamente vegetariana, pero no le hizo mucha gracia.

—Me pregunto por qué —contestó Abby.

—No, ahora en serio, ¿estás bien?

Abby dobló la ropita con cuidado, volvió a meterla en la caja y la tapó. Se encogió de hombros.

—Sí, es que es como un mal presagio.

Justo entonces, sonó el transmisor de radio que Bobbi llevaba en la solapa. Al principio solo se oía un chisporroteo, pero luego una voz ronca de hombre dijo:

—Bobbi, ¿andas por ahí? Cambio.

Bobbi se llevó el dedo índice a los labios. A fin de cuentas, estaba de servicio. Apretó el transmisor y contestó:

—¿Qué pasa, sargento?

—Necesito que te acerques a Beech Tree Landing —respondió la voz del otro lado—. Esto va a ser algo gordo, Bobbi. Cambio.

Abby y Bobbi se miraron intrigadas.

—No pinta bien —terció Abby, pero ninguna de las dos pudo ocultar la emoción.

5
La viuda

Kate vivía en una elegante mansión victoriana renovada en la zona residencial de Caulfield. Era diáfana y luminosa, con pasamanos y ventanas de cristal emplomado, ambos originales. El amplio salón estaba forrado de ventanales que, al atardecer, reflejaban y refractaban la luz como un prisma. Pero ya hacía rato que había anochecido y John andaba por ahí, al otro lado de aquel cristal y de aquella oscuridad.

Y, de pronto, aun bajo techos de cuatro metros de altura, Kate sintió claustrofobia. Mientras buscaba a su hija, sus zapatillas resonaban con fuerza en el parqué de roble. En circunstancias normales, se habría esmerado por cumplir su propia norma de descalzarse en casa, pero unos cuantos arañazos ya no le parecían gran cosa.

Mia estaba sentada en el sofá de piel del salón con su abuela, Pam. Apenas había hablado o comido desde que habían vuelto del aeropuerto sin su padre y ahora miraba soñadora por la ventana. Sin la luz de la entrada encendida, el cristal era un espejo negro que reflejaba una versión pálida y fantasmal de la hija de Kate.

Pam no oyó acercarse a Kate: estaba completamente sorda de un oído y no quería ponerse audífonos porque se negaba a parecerse tanto a su madre. Aunque tenía setenta y tantos años, conservaba la piel suave y tersa de alguien más joven. Agarraba fuerte con las manos un bolso Gucci y un extravagante par de gafas de sol *cat eye* de Saint Laurent de seiscientos dólares.

—Papá te quiere mucho y estoy convencida de que te echa mucho de menos —le dijo Pam a Mia—. Lo que pasa es que tiene que estar fuera un poco más. Por trabajo, solo eso. Volverá pronto.

—¿Cuándo? —preguntó Mia.

—En cuanto pueda, cariño.

Los padres de John se habían plantado en la casa y habían acampado allí. Fisher no paraba de fumarse un cigarrillo detrás de otro; Pam, en cambio, estaba tan tranquila que inquietaba. Kate no sabía cuál era peor.

Se sentó en el sofá, arrimó a Mia a su cuerpo y le dijo:

—En realidad, bichito, eso no es exactamente así. Lo cierto es que no tenemos del todo claro dónde está tu padre ahora mismo, pero lo estamos buscando. Seguro que, esté donde esté, intenta volver con nosotras. ¿Tienes hambre?

—Comeré cuando papá vuelva a casa —contestó la niña.

—No sabemos cuánto va a tardar, bichito.

—¡No sabéis nada!

—Muy bien. Pues no comas si no quieres —espetó Kate—. Me da igual.

Mia se escabulló enfurruñada del sofá, subió con gran estrépito las escaleras y se encerró en su cuarto dando un portazo. Kate cerró los ojos y rezó, rogó, suplicó para que Pam se estuviera calladita dos puñeteros segun…

—Solo tiene diez años —dijo Pam—. Una de las principales tareas de una madre es filtrar.

«La vida no tiene filtros…»

—No quiero asustarla, Pam, pero tampoco mentirle.

—Hasta una falsa esperanza es mejor que la desesperanza absoluta, querida. Sobre todo para una cría. —Sonrió—. Sé que no eres creyente, pero mi madre solía decir que un poquito de oración nos ayuda a sentirnos mejor. ¿Rezas conmigo?

Aun con su hijo desaparecido, Pam había tenido tiempo de retocarse el maquillaje antes de bajar del cuarto de invitados, tan enjoyada que tintineaba como el trineo de Santa Claus. O se había tomado un diazepam o sabía algo que Kate ignoraba.

Pam se sacó del bolso un pequeño misal y pasó hojas, pensativa, un rato; luego paró y levantó la vista con una sonrisa satisfecha.

—Este es perfecto.

Fisher paseaba nervioso al otro lado de la puerta corredera de cristal, yendo y viniendo por la terraza, fumando un cigarrillo tras otro, con el móvil pegado a la oreja. Miró a Kate de reojo por el cristal, apagó el cigarrillo, se guardó la colilla en el bolsillo de la pechera y volvió a entrar, trayendo consigo un olor que a Kate le recordó a los exnovios de su madre.

Pam cogió a Kate de la mano.

—He pensado que nos vendría bien rezar un poco, cariño —le dijo a Fisher—. Estamos todos un poco abrumados. ¿Nos acompañas?

Fisher se pasó una mano por el pelo, ya algo escaso en algunas zonas, se sentó al lado de su mujer y suspiró. Pam le soltó la mano a Kate lo justo para santiguarse y después volvió a envolverla con sus dedos calientes y regordetes.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dijo,

mirando con los ojos entrecerrados el libro que tenía en el regazo—. Dulce y bondadoso san Antonio, cuyo corazón siempre estuvo lleno de compasión humana; nuestro hijo, John, ha desaparecido y precisa tu orientación. Por favor, susúrrale al oído nuestro ruego al tierno Niño Jesús y…

—¿Hay alguien a quien no hayamos llamado aún? —preguntó Fisher—. ¿Algún amigo o compañero?

—¡Fisher! —lo reprendió Pam en voz baja pero contundente.

—Deberíamos hacer una lista —volvió a interrumpirla él—, anotar todas las personas con las que ha estado en contacto en el último mes, desde los del gimnasio hasta quien le hace el café por las mañanas.

—¡Fisher! —espetó Pam, que aún tenía a Kate cogida de la mano y le dio un fuerte apretón. Le clavó los anillos refulgentes, pero ella no dijo nada.

Sin mediar palabra, Fisher volvió a la terraza y se encendió un cigarrillo nuevo. Kate titubeó un instante y luego lo siguió.

Hacía una noche tranquila y despejada. Un avión surcó el cielo por encima de ellos, produciendo destellos de rojo y azul en el amplio manto negro. Por debajo del avión y más allá del extenso jardín de sauces llorones, la ciudad relucía bajo una luna inmensa. La luz de la luna era sombría; la oscuridad que la rodeaba, densa y profunda como el océano.

Fisher estaba plantado junto a la barandilla, manoseando una cajetilla roja de tabaco. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Kate se acercó a él. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. Kate miraba al horizonte, escuchando la fuerte inhalación de humo de cigarro y la exhalación larga y sibilante de después.

—Lo que has dicho de mí en comisaría… —empezó ella—. Lo de que soy ambigua, pasiva hasta rozar la invisibilidad…

—¿Podemos dejar eso para otro momento? —dijo Fisher—. Ando rumiando todo este lío. Siento lo que he dicho, de verdad, pero…

—Tienes razón —lo interrumpió ella. Él le dio una calada al cigarro y no contestó. Kate lo observó un instante y después se volvió de espaldas a la luna—. Me ves como a alguien que necesita protección —continuó, rescatando aquellas palabras de lo más hondo de su ser, de un lugar oscuro y recóndito—. Lo piensas porque John también lo piensa, y él lo cree porque yo se lo he permitido. Pensaba que era lo que quería, que así era como quería que fuera. Así que lo he fomentado, lo he alimentado, pero yo no soy así, Fisher.

Él se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Y cómo eres?

—Soy más fuerte de lo que la gente piensa, así que, por favor, de

ahora en adelante, no me trates como si fuera una cría ni me mires como si fuera una histérica. Por respeto, háblame claro.

Fisher se estremeció.

—De acuerdo —dijo.

—De acuerdo.

Fisher lanzó el cigarrillo al jardín que se extendía delante de ellos como un vacío infinito. La colilla navegó por el aire un momento, estalló en un montón de chispas rojas y después se extinguió. Kate dejó que aquello pusiera fin a su conversación y volvió dentro.

Mia estaba en su cuarto; se había puesto el pijama enterizo de Spider-Man que le había regalado John. La habitación era luminosa, repleta de amarillos y azules, pero la niña sentada en la moqueta con las piernas cruzadas, por alguna razón, carecía de color. Tenía las manos juntas, con las yemas de los dedos pegadas, y susurraba.

—¿Puedo entrar? —preguntó Kate.

La niña se encogió de hombros y su madre decidió interpretarlo como una invitación. Se sentó a su lado y le preguntó:

—¿Estabas rezando?

—Supongo —contestó Mia—. No sé. La abuela me ha dicho que le puedo pedir a Dios que traiga a papá a casa. ¿Es verdad que Dios nos puede leer el pensamiento?

—Tu abuela cree que sí.

—Tengo miedo de que, si Dios me lee el pensamiento, no nos devuelva a papá.

—¿Por qué dices eso, bichito?

Mia se encogió de hombros.

—Porque a veces tengo malos pensamientos.

—Como todos —dijo Kate—. No se pueden tener siempre buenos pensamientos. Las personas no somos así.

—Es que… —continuó la niña mirándose las uñas— a veces tengo malos pensamientos sobre Dios.

—¿Como qué?

—Pues, por ejemplo, ¿cómo metió Noé a todos esos animales en un arca? Además, si el planeta se llenó de lluvia, sería agua dulce y, entonces, ¿cómo sobrevivieron los peces de agua salada? ¿Y dónde fue a parar toda esa agua? Y, por cierto, ¿por qué mató Dios a todos esos niños egipcios? Y lo de Abraham y…

—Para el carro, bichito.

—Vale —dijo Mia—, perdona.

«Para el carro» era una expresión que se usaba mucho en aquella casa. Si Mia explicaba de qué parte del cerdo venía el beicon mientras

desayunaban, describía el ciclo de las larvas cuando se cruzaban con un animal muerto en la carretera, enumeraba los distintos modos de ejecución empleados en la pena de muerte en Estados Unidos o un millón más de cosas perturbadoras que encontraba en internet, «Para el carro» la frenaba en seco.

—Está bien cuestionarse las cosas —le dijo Kate—. Yo aún no he decidido si me trago lo de Dios, pero no hace falta que pienses en todo eso ahora mismo.

—Es que no puedo evitarlo y, si Dios existe de verdad y me lee el pensamiento, sabrá que estoy pensando todo eso y, si sabe que estoy pensando todo eso, igual no quiere devolvernos a papá.

—Si Dios existe de verdad, lo entenderá. Y, si no, tu padre va a volver a casa de todas formas, Mia.

—¿Cómo lo sabes?

«Porque no sobreviviré sin él», se dijo Kate.

—Porque tiene una razón para volver: tú.

El rostro de Mia recobró una pizca de color. Se acurrucó en el regazo de Kate, que la estrechó contra su cuerpo, notó el calor de su cuerpecito en el suyo y creyó que iba a echarse a llorar.

Hacia las tres de la madrugada, Kate se metió en la cama, grande y vacía, se hizo un ovillo bajo las mantas y se dijo que John iba a volver. Volvería a casa, calentaría el lado frío del colchón, y ella despertaría en sus brazos.

Esa noche lloró un buen rato. Habría llorado desconsoladamente, lo necesitaba, pero no le apetecía que la oyeran, así que lo hizo entre babas, convulsiones y sacudidas. Era como una botella de champán descorchada muy despacio; no podía permitirse el estallido. Después de varias horas terribles, su mente empezó a tranquilizarse y su cuerpo entró en una especie de modo de espera. No llegó a dormir profundamente; estaba como en fase de animación suspendida. «Que me despierten cuando John vuelva a casa.» Pero debió de dormir, porque, cuando sonó el teléfono, tardó unos segundos en reconocer el sonido.

—John… —susurró con voz ronca y siniestra en la oscuridad. Buscó a tientas el móvil. Se había acostado aferrada a él y lo había perdido entre la maraña de sábanas. Veía la pantalla iluminada bajo la sábana encimera; oía su timbre apagado. Lo rescató y pulsó el botón de contestar sin mirar quién era. En el fondo, sabía quién era—. ¿John?

Se hizo un silencio al otro lado de la línea y luego un hombre con acento de Oriente Medio le dijo:

—Perdone que la moleste tan tarde, señora, pero soy Tom, de Sanctuary Security. Según nuestro sistema, ha saltado una de las alarmas de su domicilio.

Pensando en Mia, Kate bajó los pies al suelo y encendió la lámpara de la mesilla. Tenía las piernas calientes y sudorosas; se había acostado con vaqueros.

—¿Está seguro? —preguntó—. Yo no oigo ninguna alarma.

—¡Qué raro! —dijo el hombre de la empresa de seguridad, que había empezado a masticar algo; sonaba como si diera mordiscos a una manzana—. ¿Podría confirmarme que se encuentra en el 118 de Neef Street, en Belport Island?

—¿Belport Island? No, yo estoy en mi casa, en Caulfield. Quizá se refiera usted a nuestra casa de veraneo.

—¿Me está diciendo que no se encuentra usted en esa dirección, señora?

—No, claro que no.

—Pues hay alguien allí.

6
La esposa

Las dos últimas horas antes del cierre eran especialmente lentas en el Buy & Bye. Abby sola en la tienda, con la única compañía de sus propios pensamientos y el hilo musical, por el que sonaba una versión instrumental del *Father and Son* de Cat Stevens.

Bobbi le había prometido pasarse por allí a contarle los detalles escabrosos de lo que su sargento había considerado que podía ser «algo gordo», pero, de momento, brillaba por su ausencia. Mientras esperaba, Abby repuso el contenido de la nevera de Schweppes, completó la vitrina de las bebidas alcohólicas, actualizó el cesto de las ofertas, barrió el suelo, pasó la mopa por la sección de congelados, fregó la charcutería, recolocó las frutas y verduras, limpió el frigorífico de la sala de descanso, engrasó aquel condenado carro al que le chirriaba una puñetera rueda y se miró el reloj.

El tiempo pasaba superdespacio; se le estaba haciendo más largo que un sermón de Pascua. Cada vez que pasaba un vehículo por delante de la tienda, Abby se inclinaba sobre el mostrador y buscaba el blanco y azul del coche patrulla de Bobbi, deseando entretenerse con algo. Estaba a punto de comprobar la fecha de caducidad de los cartones de leche cuando vio que se acercaba a la puerta un Saab antiquísimo de color verde. Le faltaban todos los tapacubos menos uno y le habían reventado el cristal de una de las ventanillas de atrás, tapada con un *collage* de bolsas de la compra blancas, que aleteaban al viento como agallas.

Se abrió la puerta del Saab y bajó de él una mujer de unos setenta y tantos años con zapatos de tacón, tambaleándose como un potrillo recién nacido. Eileen Betchkie. A pesar del frío, Eileen iba con una minifalda ajustada y un top de tirantes más ajustado aún, con la cinta del sujetador rosa colgando estratégicamente de un hombro; llevaba el pelo rubio de bote, perfilador azul oscuro y un buen par de tetas de mentira. «Si no fuera por sus andares, sería una *drag queen* de la hostia», se dijo Abby. Caminaba encorvada, como si llevara a hombros los fantasmas de todos sus errores pasados, y, a juzgar por los chismorreos del pueblo, había cometido unos cuantos. Se había casado cuatro veces, arruinado dos, y la habían condenado otras tres por

posesión de drogas y una por prostitución. Claro que eso eran solo rumores. Si algo abundaba en Belport eran los cotilleos.

Cuando entró en la tienda, sonó el timbre de encima de la puerta. Era de espaldas anchas y el frío le había puesto la carne de gallina. Tenía los brazos musculosos y bien tonificados, como si se hubiera pasado la vida cortando leña.

—Hola, cielo —dijo al llegar a la caja donde estaba Abby.

—¿Qué tal, Eileen?

—Ay, no sé. Creo que estoy deprimida. O sola. O las dos cosas. ¿Has visto *60 Minutes* esta noche? Han hablado de una mujer de no sé qué parte del Reino Unido que se murió viendo la tele y nadie se dio cuenta en siete años. ¡Siete años!

Eileen era una de las clientas más habituales del Buy & Bye y Abby ya había empezado a meter en bolsas sus productos de siempre: dos paquetes de Winfield y cinco litros de *pinot noir* de Rawlings, que tenía el honor de ser su vino más barato envasado en una de esas cajas estancas con dispensador. Ella lo pronunciaba tal cual, sin afrancesarlo, y su lema en la vida era «No cojas nada del último estante si lo vas a pagar tú».

—¿Tú te imaginas lo que quedaría de la pobre mujer cuando su familia por fin se molestó en ir a verla? Estaba momificada, licuada, puaj. Hazme un favor, Abby: si pasa una semana sin que me veas por aquí, ven a mi casa.

—Por supuesto —contestó Abby—. Forma parte del servicio que ofrecemos en Buy & Bye. Te ayudamos a encontrar lo que buscas, te lo guardamos en bolsas y, de vez en cuando, vamos a tu casa a asegurarnos de que no eres un cadáver.

Eileen rio. Sus dientes eran de una blancura y una perfección poco naturales.

—A propósito de abandono, ¿por qué tu marido ignora mis llamadas? A lo mejor no tengo tanto dinero como el resto de sus clientes, pero mi viejo solía decir que «Todos los clientes son el cliente más importante». Vendió Holdens durante cuarenta y seis años y disfrutó hasta el último segundo. Habría muerto allí mismo, en el concesionario, si la gota no le hubiera afectado tanto.

—Más vale que le preguntes a Ray, Eileen. ¿Se ha dejado algo por hacer en tu casa?

—No ha venido —contestó la otra—. Hay una hilera de niaulís a la entrada del cobertizo más viejos que yo y, con el invierno que hemos tenido, bastará con un pedo fuerte para tumbarlos todos. Ray me dijo que los cortaría, pero no he vuelto a saber nada de él. A ver, yo prefiero que me lo hagáis vosotros, cielo, pero el pequeño Wei, el de la

tienda de cebo, me dijo que me lo hacía por la mitad. Es chino. Son más profesionales que nosotros, eso siempre lo he dicho.

—¡Qué raro! —dijo Abby.

—¿El qué?

—No, nada, que juraría que Ray me dijo que había estado en tu casa. Seguro que me he liado, tranquila.

—Bueno, sea como sea, dile que venga a talarme los condenados niaulís —le dijo quitándole el envoltorio de plástico a una de las cajetillas de Winfield y dejándolo en el mostrador para que Abby lo tirara. Se llevó el cigarrillo a los labios y se sacó un encendedor azul de entre los pechos—. Tranquila, bonita, que no me lo voy a encender aquí dentro —añadió al verle la cara a Abby.

Cuando Eileen salió a la calle en penumbra, parpadeó el semáforo de delante del escaparate. Era la última clienta del día. Bobbi aún no había aparecido. Abby pasó el resto de su turno cerrando con tranquilidad. Al volver a casa en coche, contempló la isla desde lo alto del monte y vio encendidas las luces de todos los casoplones de veraneo. La iluminación estaba temporizada, pensada para disuadir a los rateros y los okupas. Todo aquel vacío interminable la espeluznaba, así que buscó en la radio una canción que pudiera cantar y subió el volumen a tope.

Ya en casa, Abby se encontró a Ray en el dormitorio. Se estaba preparando la ropa para el día siguiente y estudiaba el contenido del armario de los dos como un explorador podría estudiar una tablilla misteriosa con inscripciones en una lengua olvidada.

—Te pones lo mismo todos los días —le dijo, sobresaltándolo—. ¿Cómo es que te cuesta tanto?

—Bueno, ya sabes, hay que vestirse para el trabajo soñado y todo eso.

Ella miró al interior del armario. Era casi todo gris porque estaba repleto de camisas de trabajo grises con «ISLAND CARE» impreso en el bolsillo de la pechera.

La entristecía que Ray pasara la jornada laboral solo. Le recordaba al olor de una fiambrera infantil con el almuerzo, le hacía imaginar a un anciano comiendo a solas en un restaurante. Ya había intentado contratar ayudantes alguna vez, pero nunca le duraban mucho. La temporada anterior había contratado a Russ Graves, un hombre al que, en palabras del propio Ray, le faltaba un hervor: no era lo bastante listo para aburrirse ni lo bastante imaginativo para sentirse solo. Pero al final resultó que estaba tan aburrido como solo. En su carta de dimisión explicaba que, si no lo dejaba, seguramente se llenaría los bolsillos de piedras y se arrojaría al mar desde el puerto de

Elk.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó Abby.

—He pasado casi toda la tarde intentando sacar una zarigüeya muerta de la piscina cubierta de Dan y Louise Buckley —contestó él.

Se quitó la camiseta interior.

—¿Me la has traído para que la diseque?

—Iba a hacerlo, pero tenía pinta de llevar mucho tiempo en el agua. Y olía. Dudo que ni siquiera tú te fueras a acercar a ella sin vomitar. ¿Tú qué tal? ¿El trabajo bien?

—Lo de siempre —respondió ella.

—¡Qué tarde llegas! ¿Has hecho horas extra?

—Delahunt Street es un lago —dijo Abby quitándose el pantalón de vestir y poniéndose el pantalón de pijama viejo y raído—. He tardado diez minutos más en llegar a casa.

—Tardará por lo menos veinticuatro horas en drenar, y eso si no vuelve a llover esta noche, cosa que dudo.

—Madre mía, ¿cuándo nos hemos convertido en una de esas parejas que hablan del tiempo? —Tiró la camisola de Buy & Bye al cubo de la ropa sucia y se metió en la cama—. ¡Joder, hace un frío que pela aquí dentro! Date prisa y ven a calentarme.

Ray se deslizó enseguida en la cama y ella le hizo la cucharilla con vehemencia.

—Esta noche ha venido Eileen Betchkie —dijo Abby.

Ray tensó de pronto los músculos de los brazos; luego se relajó. Fue algo momentáneo, apenas perceptible para un ojo no entrenado, pero una esposa nota esas cosas.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Me ha dicho que no has ido a su casa, pero juraría que ayer me dijiste que habías estado allí. Por lo visto tiene un montón de niaulís que van a salir volando en cuanto alguien se tire un pedo cerca. Bueno, ella me lo ha dicho con más gracia, pero tú ya me entiendes.

—Te juro por Dios que esa mujer no sabe lo que dice —contestó él —. Estuve el día entero en su jardín con la motosierra y o no se dio cuenta o se le ha olvidado, no sé qué es peor. La verdad, no sé si debería vivir ella sola en esa casa.

Abby inhaló despacio.

—Entonces, ¿sí que fuiste ayer a su casa?

Ray guardó silencio un momento y después se volvió de lado para mirarla a la cara y le preguntó:

—¿Dónde iba a estar si no?

—Poniéndome los cuernos con otra, obviamente.

Él rio y la miró a los ojos con sinceridad.

—Yo jamás te pondría los cuernos, Ab. ¿Sabes por qué?

—¿Porque estoy demasiado buena?

—No, porque en esta isla hay muy poco donde elegir.

—¡Qué cabrón!

—Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo ella.

Ray le dio un beso en la mejilla y se volvió hacia el otro lado para apagar la lamparita de la mesilla de noche. A los pocos minutos, ya estaba roncando.

Por razones que no entendería hasta mucho después, Abby se pasó casi toda la noche dando vueltas, despertándose cada dos por tres, agitada como un barco en aguas bravas.

7
La viuda

Kate no sabía cuánto tiempo se quedaría en Belport. Estaba convencida, no sabía por qué, de que John se alojaba en la casa de veraneo que tenían en la isla. Había hecho saltar la alarma, tampoco sabía por qué, y ella no tenía más que ir a buscarlo. Fácil. Le daba igual que la empresa de seguridad hubiera mandado ya un coche a comprobarlo y no hubiese encontrado nada. Seguro que John estaba allí. Se lo llevaría a casa a rastras y ya se ocuparían de los pedazos de su matrimonio roto después.

Por desgracia, Kate no era estúpida. Sabía que no iba a ser tan fácil. Puede que tuviera que pasar una o dos noches en la isla, así que hizo las maletas como si pensara estar seis meses en Europa. Encerrados en la maleta que arrastraba hasta el coche había seis sujetadores (sin tirantes, deportivos y con relleno entre otros), dos parkas de invierno, tres vaqueros, un vestido, tres pares de zapatos (había tenido que sacar el cuarto para poder cerrar la maleta) y, lo más raro de todo, un bañador. Al parecer, ya no sabía ni hacer una maleta.

Desde la desaparición de John, esas cosas tan sencillas se habían vuelto casi imposibles. Preparar comidas, por ejemplo, de pronto le parecía una extraña costumbre extranjera, innecesariamente complicada. La noche anterior había querido hacerle unos fideos a Mia y se había encontrado enseguida perdida en medio de un mar de utensilios. Al final, se había hincado de rodillas en el suelo de la cocina, había pedido una pizza y había estado llorando hasta que se la habían traído.

Mia, que iba a pasar los próximos días en casa de sus abuelos, había hecho el equipaje con más sensatez. Todo lo que necesitaba le había cabido en su mochila rosa. Para alivio de Kate, su hija no había insistido en acompañarla a la isla. Quería ir, desde luego, pero, como era una niña sabia, había optado por no proponerlo siquiera.

Se metieron en el Lexus y Kate arrancó el motor.

—¿Seguro que no quieres hacer pis antes de que nos vayamos?

El trayecto en coche hasta la casa de Pam y Fisher era corto, pero Mia tenía la mala costumbre de darse cuenta de pronto de que tenía que ir al baño a los pocos segundos de que la verja electrónica se

cerrara a sus espaldas.

Mia se miró la vejiga como si le consultara y luego negó con la cabeza.

—No tengo ganas.

Kate hizo un cambio de sentido al final del caminito de acceso a la casa y se incorporó despacio a la carretera. Hacía una mañana triste y el tráfico era lento. Fue avanzando poco a poco, como si vadeara unas aguas profundas.

Llegaron al adosado de tres plantas de Pam y Fisher en Brighton poco después de las nueve de la mañana y Kate se volvió a mirar a su hija.

—Dos noches —dijo en un tono tranquilizador, tanto para Mia como para sí misma—. Tres como mucho. —La niña asintió con resignación, se desabrochó el cinturón y suspiró. Fue un suspiro hondo, demasiado hondo para alguien de su edad y demasiado cargado de pena y de preocupación—. ¿Estarás bien? —le preguntó.

—Perfectamente, mamá. ¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—Que si estarás bien…

—Por mí no te preocupes, bichito. Estoy bien. Y volveré a casa dentro de un par de días.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Fisher y Pam salieron a recibirlas. Fisher, que se había empeñado en ir a Belport también, llevaba al hombro un bolso de viaje. La idea de pasar tantísimo tiempo con su suegro la llenaba de una angustia particular, pero, si le hubieran dado a elegir entre ir sola e ir con él, habría elegido lo segundo.

Mia bajó del asiento del copiloto y Fisher la cogió para abrazarla y le dijo:

—Hazme un favor: cuida de la abuela en mi ausencia, ¿vale?

—Vale, abuelo —contestó la niña con tristeza.

A su espalda, Pam cruzó el jardín en zapatillas de ir por casa y fue dejando huellas profundas en la hierba húmeda. Le cogió ambas manos a Kate y le dio un beso suave en la mejilla.

—Sé que te tienes que marchar ya, pero quiero decirte algo antes de que te vayas. Es importante.

—¿El qué?

Pam se apartó un poco, pero siguió apretándole fuerte las manos.

—John está bien —le susurró.

—Lo sé. Me parece que únicamente necesitaba estar solo un tiempo. Lo traeremos a casa, Pam.

—¡John está bien! —insistió su suegra, y Kate se preguntó si había oído lo que acababa de contestarle—. He tenido un sueño.

—¿Un sueño?

—¿Sabes esos sueños que tengo a veces…? Siempre sé cuando significan algo real. Yo estaba a las puertas del cielo —dijo Pam levantando la vista a las alturas—. No me dejaban pasar, claro, pero sí asomarme. Pude ver perfectamente el trono de John y ¿sabes qué? —Soltó una carcajada como de loca—. Que estaba vacío. El trono de John estaba vacío porque aún no le toca sentarse en él. Sigue vivo, Kate. Sigue vivo, estoy convencida. Ya verás como tengo razón. Ya verás.

Kate y Fisher se miraron preocupados por encima del capó del coche.

—La hermana de Pam viene de Beechworth para echarle una mano con Mia —dijo él como si le hubiera leído el pensamiento.

Kate asintió con la cabeza y sonrió nerviosa. Se arrodilló para mirar a Mia a los ojos y le dijo:

—Llámame cuando te apetezca, día o noche; aunque no pase nada. Tienes que ser fuerte hasta que vuelva, ¿vale?

La niña cabeceó afirmativamente.

—Dos noches.

—Tres como mucho.

—Oye, mamá…

—Dime, bichito.

—Sé fuerte tú también.

Solo se podía acceder a Belfort Island mediante un trayecto de treinta minutos en ferri desde un puerto de la península de Bellarine, a poco más de dos horas de allí. Tardaron un rato en salir de la ciudad, pero luego el tráfico se disolvió y la autopista quedó despejada y en línea recta.

Kate se mantuvo en el carril lento y unos kilómetros por debajo del límite de velocidad. Su conducción lenta debía de estar frustrando a Fisher, pero no le pidió que acelerara. A diferencia de él, ella no tenía prisa por llegar. Para Kate, la isla era un frío signo de exclamación al final de una frase: una vez allí, se revelaría el drama en el que estuviera atrapado John y le pondría la vida patas arriba. Allí, en la carretera, aguantando con comas y punto y coma, era fácil creer que todo había sido un error, que John tendría una explicación sencilla para lo ocurrido. Mientras la frase siguiera abierta, aún había cabida para la esperanza. Por llamarlo algo. «Negación» también valía.

Cuanto mayor era el silencio entre Fisher y Kate, más se sumergía

ella en su fantasía. Durante aquel trayecto que conocía tan bien, quiso creer que John se había adelantado a preparar la casa de la playa para ellas. Siempre olía a cerrado cuando llegaban, así que él había ido antes para ventilarla. Había retirado las sábanas que cubrían los muebles, puesto ropa limpia en las camas y las esperaba a Mia y a ella. Imaginó que quien ocupaba el asiento del copiloto era su hija en vez de su suegro. Era fácil si no apartaba la vista de la carretera ni se volvía a mirarlo. Sí, Mia iba en el coche con ella. A esas alturas, ya se habría dormido, agotada después de pasar el primer tramo del viaje hablando de las conchas que recogería en la playa y jugando al veoveo o a contar los Volkswagen Escarabajo que veían por la carretera. Cuando por fin llegaran, sería otra vez verano y soplaría una brisa cálida. John, que estaría sentado en el balancín del porche, las recibiría con una sonrisa cariñosa. Con la mano libre, porque en la otra llevaría una cerveza, daría unas palmaditas en el asiento para invitarla a acompañarlo. Y Kate lo haría.

—Probablemente se habrá escapado a algún sitio unos días —dijo Fisher—. Lo hacía a veces cuando era adolescente.

Eran las primeras palabras que decía cualquiera de los dos desde que habían salido de la ciudad e irrumpieron en la fantasía de Kate como el chasquido de una rama seca al romperse.

—¿A qué te refieres?

—Una vez nos contó que había estado en el campamento del colegio, pero, cuando Pam le lavó los vaqueros a los pocos días, se encontró un tique del McDonald's de la ciudad. Se había escapado una noche y se había alojado en un albergue. Lo reprendimos y nos replicó que necesitaba estar solo un tiempo. —Sacó un cigarrillo, pero no se atrevió a encenderlo. En cambio, lo hizo rodar por la palma de su mano—. Entiendo por qué lo ha hecho. No del todo, supongo, pero comprendo la necesidad de estar a solas. Lo que no me cabe en la cabeza es que haya ido a Belport. Siempre ha odiado ese sitio.

—¿Siempre?

—¿No lo sabías?

—Siempre protesta cuando vamos, pero pensaba que de niño sí le gustaba.

Fisher suspiró. Fue un suspiro hondo, rebosante de cosas no dichas.

—Quizá alguna vez, pero, aun de crío, no acababa de relajarse cuando estábamos en la isla. Cuando os regalamos la casa, pensé que por fin vería Belport como lo veía yo en su día: una evasión, un lugar donde desconectar. Pero no fue así.

Kate no apartó los ojos de la carretera. La maleza asomaba por detrás de los quitamiedos metálicos que perfilaban la autopista. Un

tramo había sido arrasado por un terrible incendio forestal hacía uno o dos veranos. El arcén aún estaba calcinado, pero la vegetación de detrás era verde y frondosa.

—¿John te ha contado alguna vez que me pidió mi bendición antes de proponerte matrimonio? —preguntó Fisher—. Vino a buscar mi aprobación. Le dije que la cosa no iba así, que normalmente era al padre de la novia a quien había que convencer, pero solo quería saber si me parecía buena idea, si te consideraba un buen partido.

—No lo sabía —contestó ella.

Fisher se miró la alianza de oro bruñido; le apretaba tanto que a Kate le recordó al cordel con el que se dividen en porciones las salchichas caseras.

—Se pasó la infancia buscando la aprobación de otros. Pam cree que es porque yo era demasiado duro con él y no lo elogiaba lo suficiente, pero a mí me parece que él es así. Es de los que le dan demasiadas vueltas a todo.

—¿Qué le contestaste?

—Le dije que eras una apuesta segura.

«Una apuesta segura.» ¿Lo decía como un piropo?

Kate había tardado un tiempo en entender por qué John había elegido casarse con ella, habiendo muchas otras mujeres en su vida mucho más atractivas e interesantes. Podría haberse casado con quien quisiera. Kate tenía un aspecto físico fácil de olvidar. Era callada, como un pato que se desliza en silencio por un estanque. Sin embargo, John la había cortejado a ella, con vehemencia, como un hombre que sabe perfectamente lo que quiere.

Con los años de matrimonio, había ido quitándole capas a su marido, logrando vislumbrar su pasado, y había llegado a entender por qué la había elegido a ella. John había tenido otra relación seria antes de Kate. Tenía nombre de estrella de cine: Audrey Finn. Era guapísima y una artista de mucho talento. En más de una ocasión, Kate había cotilleado su perfil de Facebook después de una o dos copas de vino blanco. Audrey Finn conocía la lengua de señas porque su hermana era sorda. Su padre era una especie de diplomático y ella había pasado épocas de su infancia en Japón y en Estados Unidos. Por lo que John le había contado, no había conseguido mantener el interés de Audrey.

Entonces llegó Kate, que había terminado sus estudios universitarios hacía dos años y trabajaba en una firma contable de bajo nivel en la periferia norte. Nunca había tenido novio formal ni había viajado. Ni loca habría abandonado a alguien como John, y él lo sabía.

—Kate, no hace falta que diga esto, pero pase lo que pase, sea lo que sea lo que descubramos en esa isla, Mia y tú siempre vais a contar con apoyo.

—¿Pase lo que pase?

—He estado intentando entender por qué se habría ido John a Belport, por qué no te contó que había dejado el trabajo, por qué nos ha mentido… y se me ocurren un par de explicaciones y…, bueno, ninguna es buena. —Kate se humedeció los labios y pisó más fuerte el acelerador. El velocímetro fue acercándose a la velocidad máxima permitida y luego la sobrepasó—. Solo digo que deberíamos prepararnos —añadió Fisher—. Mentalizarnos. Puede que estemos a punto de descubrir cosas de John que habríamos preferido no saber.

—¿Como qué?

Fisher miró por la ventanilla.

—Todos tenemos cosas que es mejor esconder, cosas que uno debe guardarse para sí, cosas que, si llegaran a salir a la luz, cambiarían la forma en que nos ven los demás. Lo que vengo a decir es que ¿hasta qué punto conocemos a los demás?

Kate se preguntó qué oscuros secretos tendría enterrados su suegro.

—Piensas que tiene una aventura, ¿verdad? —Se lo dijo sin apartar la mirada de la carretera, pero notó que él la observaba—. A lo mejor conoció a alguien allí en verano, alguna mujer del pueblo, y han mantenido el contacto. Ahora es muy fácil.

—John no haría algo así —contestó Fisher, pero sus palabras eran como un decorado de un plató de Hollywood, montado con contrachapado y pintura barata—. Estás acelerando, Kate.

Kate se pasó al carril de adelantamiento, bordeó a un BMW plateado y volvió a situarse bruscamente en el carril de la izquierda.

—Habla claro, por favor.

—De acuerdo —prometió él—. Sí, al principio me pregunté si estaría viéndose con otra. Cuando un hombre hace algo impropio de él, suele haber una mujer de por medio. Ahora, fíjate tú, preferiría que fuera eso lo que ha ocurrido.

—¿Preferirías que estuviera teniendo una aventura?

—Comparándolo con la alternativa, la verdad, sí.

Kate retiró un poco el pie del acelerador.

—¿Cuál es la alternativa? —preguntó.

—He estado pensando en lo que te dijo su jefa, lo de la «angustia existencial». No lo había oído en mi vida, pero resume muy bien una época de la adolescencia de John. Durante un tiempo, se volvió… oscuro.

Ella asintió con la cabeza.

—Recuerdo las fotos de su fiesta de presentación en sociedad. Parecía la boda de Alice Cooper.

—No lo digo solo por la ropa negra y el *heavy metal* —terció Fisher —. Estaba obsesionado con la güija, la demonología y el asesinato. Empezó a leer novelas de terror de ese loco estadounidense…, Lovecroft o algo así, y no paraba de investigar sobre un poeta centenario llamado Aleister Crowley, que dirigía una secta ocultista. Pam le impuso la lectura de la Biblia y le salió el tiro por la culata, como era de esperar. Fue entonces cuando ella empezó a ofrecerse voluntaria en todas las misas, pensando que así podría compensar una cosa con la otra.

—Eso fue hace mucho tiempo, Fisher. Todos pasamos por distintas fases cuando somos jóvenes e intentamos averiguar quiénes somos. Igual estás mezclando cosas que no tienen nada que ver.

—Sí, supongo que intento encontrarle una explicación a esto, la que sea.

Las palabras de su suegro la inquietaron, pero también la alivió verlo tan vulnerable cuando siempre le había parecido frío y distante. Le hacía parecer tridimensionalmente humano.

Fisher se volvió de lado, miró por la ventanilla y no habló más en todo el viaje.

Las enormes puertas metálicas del ferri se abrieron como las fauces de un leviatán y Kate entró con el coche. Delante llevaban una autocaravana con una pegatina en la luna trasera que declaraba: «NOS ESTAMOS GASTANDO LA HERENCIA DE NUESTROS HIJOS».

Kate había ido a Belport por última vez hacía seis meses, cuando hacía tanto calor que no te podías sentar en cubierta sin protector solar del cincuenta. La gente iba por allí en bañador y bikini, y la espera en el kiosco era de quince minutos. En la bodega del ferri había un atasco tremendo de coches, repletos de material de acampada y con kayaks atados a las bacas. Esa vez, en cambio, el ferri iba prácticamente vacío.

Fisher se acercó al kiosco a por café mientras Kate salía al aire gélido de la cubierta principal. El trayecto en ferri era solo de media hora, con lo que enseguida vio Belport a lo lejos, como una concha de tortuga gigante salpicada de musgo. Un banco de bruma de mediodía surcaba el agua y ocultaba algunas partes de la isla.

Pensó en lo que había dicho Fisher, en lo de mentalizarse para lo que pudieran encontrar. Si no hablaban de los monstruos de aquel mundo, no estarían preparados para hacerles frente cuando les salieran de debajo de la cama. ¿Qué monstruos la esperaban en

Belport?

8
La esposa

Lori estaba en el porche, mordiéndose como una posesa la uña del meñique, con la cara del que se mete por una calle equivocada en un mal barrio. Eddie se había adelantado a coger el autobús, pero ella se había rezagado. Algo la preocupaba.

Abby la miraba por la ventana de la cocina, escondida detrás de la frondosa jardinera que vivía en el alféizar, como un documentalista a la espera del siguiente movimiento del objeto de su estudio. Lori, que no tenía ni idea de que la espiaban, se apartó dos pasos del porche, dio media vuelta y entró de nuevo en casa, titubeó, y dio media vuelta otra vez.

Su madre dio unos golpecitos en el cristal. Lori se sobresaltó.

—¿Te preocupa algo? —le gritó—. Te pareces a tu padre la noche en que naciste.

—No es nada —le respondió Lori, y bajó los escalones que conducían al jardín.

Abby se calzó las deportivas y le dio alcance. Iba en pijama, pero no había nadie allí que se lo fuera a censurar.

—¿Qué pasa, Lori? —le preguntó.

—Nada, de verdad —contestó su hija mirándose las botas y dando patadas al último escalón del porche—. Te iba a preguntar…: ¿va todo bien entre papá y tú?

—Perfectamente —respondió Abby—. ¿Por qué?

Lori se encogió de hombros.

—No sé. Igual no es nada. Se me escapa el bus.

—¡Joder, Lori, suéltalo de una vez!

La niña suspiró.

—Muy bien. Papá se ha vuelto a levantar superpronto esta mañana, y yo me levanto superpronto para hacer pis, y pensaba que estabais discutiendo o algo así, porque, cuando me he acercado a la puerta del baño, lo he oído…

—¿Qué?

—Es que no lo quiero decir…

—Uf, Lori…

—No, joder, no era eso… ¡Qué asco!

—Entonces, ¿qué?

—Igual han sido imaginaciones mías, pero juraría que estaba… llorando.

Ray no lloraba. Serían imaginaciones de Lori y, si no, se le ocurría un millón de explicaciones lógicas. Lo malo era que, en ese momento, mientras iba de habitación en habitación por su casa vacía, no se le ocurría ninguna.

Había montones de cosas que hacer en la casa: ropa limpia que doblar, leña que cortar, *The Buck River Murders* que leer, una zarigüeya que desollar y disecar…, pero la idea de pasar el día encerrada llenaba a Abby de una tristeza honda y misteriosa, así que, en su lugar, decidió salir a correr otra vez.

Cuando llevaba unos minutos haciendo su ruta habitual, ya tenía los pulmones ardiendo e irritados, y le costaba respirar. Si no bajaba un poco el ritmo, estaría dolorida una semana, pero no conseguía parar. En cuanto reducía la zancada o bajaba la velocidad para esquivar un tronco arrastrado por el mar, se apoderaban de ella los malos pensamientos sobre Ray, que le pesaban como una chaqueta mojada.

Primero le había dicho que estaba trabajando en casa de Eileen Betchkie, pero la propia Eileen lo negaba. Luego había estado llorando en el baño. Pasaba algo, algo malo, y Abby le pedía a Dios que no tuviera que ver con otra mujer.

Llegó al rompeolas, se plantó debajo del letrero de «PROHIBIDO DIVERTIRSE» y sintió una arcada. Se dobló, jadeando. Contempló el mar. La bruma formaba una pared blanca justo después de las boyas. Por un segundo, le pareció como si el continente no existiera. Vio a un pelícano emerger de ella como por arte de magia, sobrevolarla y soltarle una caca al lado.

Al erguirse, oyó voces. Había unos viejos escalones de piedra que subían hasta la parte superior del rompeolas. Al otro lado estaba Beech Tree Landing, un conjunto de rampas de botadura de hormigón. De allí venían las voces. Subió los escalones, se asomó por encima del muro del rompeolas y se quedó helada.

—¡Joooder! —susurró y sus palabras quedaron atrapadas en una brisa ártica que se las llevó consigo.

Había cinco coches patrulla en el extenso aparcamiento asfaltado. Más allá, cruzado en dos de las plazas extralargas donde solían dejar los remolques, había un furgón blanco con el rótulo «POLICÍA CIENTÍFICA» estampado en él. Los técnicos, vestidos con los monos blancos y los gorros de papel azul, correteaban de un lado a otro con

bolsas de plástico con cierre de cremallera y cajas de pruebas. Abby buscó a Bobbi entre los policías, pero no vio más que a inspectores muy serios cuyos rostros no le eran familiares.

Una lancha policial se acercó trazando un arco alrededor de las rampas de botadura, meciéndose y escorándose en el agua. Había dos agentes plantados a la entrada principal del embarcadero, vigilando. Los dos llevaban unas chaquetas enormes y amorfas con franjas reflectantes cosidas en las mangas. Ninguno de ellos miraba hacia donde estaba ella, pero mantuvo la cabeza gacha por si acaso, arrodillada en el último escalón del rompeolas. Era como si alguien hubiera montado un plató de cine en la isla.

Vio a una mujer bajar del furgón de la científica, cargada con una cámara con teleobjetivo y un *flash* potente instalado en ella. Se reunió con un puñado de oficiales a la entrada del embarcadero.

Al fondo estaba la antigua terminal de ferris, un edificio de tablillas de madera ruinoso, abandonado y tapiado hacía un decenio, tras la construcción de una terminal moderna a la vuelta de la esquina, en Elk Harbour. Las olas y el aire salobre habían manchado las paredes del edificio de un verde pálido y el tejado parecía un Jackson Pollock de excrementos de pájaro. La mujer, acompañada de los otros agentes, se dirigió a la terminal y desapareció en su interior.

Por eso habían llamado a Bobbi. «No pinta bien.» Abby estudiaba atentamente la escena, reteniendo a propósito cada detalle para poder comparar observaciones con ella después. Abby llevaba todo un museo del horror en la oscura quietud de sus pupilas (como le sucedía a casi todo el mundo, suponía), cuyos estantes estaban forrados de Ann Rule y John Berendt, y cuyas paredes decoraban fotos de crímenes y retratos de asesinos en serie.

—… no debería estar aquí —interrumpió sus pensamientos una voz seria. Abby estaba tan embobada que no había reparado en que se le acercaba un agente de policía, con una mano en la cadera y la otra en el arma enfundada—. ¿Ha oído lo que le he dicho?

—Es que…

—Tiene que marcharse —insistió él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

El agente enarcó sus pobladas cejas negras.

—Nada bueno —contestó, manteniéndose firme y mirándola furioso.

Abby asintió con la cabeza y, bajando de nuevo a la playa por los escalones de piedra, dejó atrás la escena del crimen. Dio media vuelta y siguió corriendo hacia el interior. Se olvidó por completo de lo que Lori le había contado y se fue de allí sintiéndose secretamente

entusiasmada.

Cuando llegó a lo alto de Harvill Hill Road, se volvió para mirar hacia el mar. El ferri estaba entrando en la isla.

9
La viuda

El ferri de la isla atracó en Elk Harbour, en Belport, a las doce y veinticinco del mediodía. Se abrió el portón de la bodega, que descendió hasta una de las rampas y escupió el Lexus como un trozo de carne atascado en la garganta. Kate y Fisher siguieron la carretera y cruzaron el paseo marítimo hasta el pueblo propiamente dicho.

—Hacía mucho que no venía por aquí —comentó Fisher a la vez que contemplaba por la ventanilla el muestrario de bosque costero que iban dejando atrás—. No entiendo que haya quien quiera vivir aquí todo el año. El aislamiento me volvería loco.

—Yo me lo he llegado a plantear —reconoció Kate—. De hecho, todos los veranos, el último fin de semana de nuestras vacaciones, no pienso en otra cosa. Sobre todo por Mia. Ahora los críos se hacen mayores enseguida. Siempre he pensado que una infancia en la isla sería sencilla, humilde…

—¿Qué?

—Iba a decir «segura».

—Mmm… —dijo él—. Yo también pensaba eso antes.

Llegaron a Bay Street, que siempre estaba atestada de turistas. Ese día, en cambio, era un sitio gris, como el resto de Belport.

Casi todas las tiendas y restaurantes por los que pasaban estaban cerrados hasta diciembre: Island Gifts, donde Mia se había comprado una foca de peluche y como una treintena de postales que no había llegado a mandar; Pond & Beyond Seafood, donde hacían un granadero azul a la brasa de primera y siempre te regalaban una ración de aros de cebolla; Belport Bike, Kayak Hire… La ferretería, la lavandería y el Buy & Bye seguían abiertos, pero había poco movimiento dentro. El coche de Kate era, al parecer, lo único que se movía.

—¿Quieres parar a comprar algo primero? —preguntó Kate.

—No, vamos directos —contestó Fisher.

—¿Te encuentras bien?

Pareció sorprenderle la pregunta. Seguramente no se lo preguntaban a menudo.

—Creo que sí. ¿Tú?

—Creo que sí. De momento. No paro de pensar en cómo voy a explicarle todo esto a Mia. En el mejor de los casos, llegamos allí y nos encontramos a John instalado en la casa, resolviendo sus cosas. ¿Qué le digo yo a la niña? ¿«Papá necesitaba unas vacaciones»? ¿Hasta qué punto debo protegerla?

—John tenía más o menos su edad cuando falleció mi madre. Me hizo un montón de preguntas raras: si a la abuela le entraría hambre estando bajo tierra, si le habían hecho agujeros en el ataúd para que respirara…, cosas así. No es lo mismo, ni mucho menos, pero pienso que lo más importante es escuchar.

En lo alto de Bay Street, Kate giró a la izquierda para coger Ewing Street y luego a la derecha hacia Double Bluff Road, que la llevó a la parte más alta de la isla. Llegó a un cruce en T y tomó Neef Street a la izquierda. Había pasado en coche por aquella calle infinidad de veces, pero no recordaba haberlo hecho nunca sin John o Mia. Ir por allí contemplando las casas vecinas solía ser como volver a casa. De pronto, en cambio, se le hacía raro, inquietante. La mansión de pizarra gris en forma de cubo que antes consideraba elegante a la vez que moderna ahora le parecía una nave espacial alienígena. La residencia de dieciséis dormitorios que en su día le había recordado a *Downton Abbey* de repente parecía una casa embrujada.

Por fin llegaron a la casa de veraneo, aislada de la carretera por una valla de madera alta, y a Kate no le pareció la misma, sino una réplica de la que habitaban en verano, quizá porque no estaba acostumbrada a verla en temporada baja —el césped estaba algo descuidado y el paisaje era sombrío— o porque de pronto la teñía todo lo malo ocurrido en los últimos días.

«¿Ha cambiado la casa o he cambiado yo?», se dijo.

Cruzó la verja y aparcó al final del caminito de acceso, detrás de un bosquecillo de abedules que parecían más sanos que durante el último caluroso verano. No había nada a la entrada, ni luces en la casa. Cuando apagó el motor, se hizo un silencio absoluto: ni un ruido de tráfico a lo lejos, ni de obras.

El aire era fresco. Kate se había llevado dos parkas de invierno, pero no iba a entretenerse en sacar la maleta. Quería entrar. Se separó de Fisher, avanzó aprisa en medio del frío y se detuvo delante de la puerta. Llevaba la llave, pero, que ella recordara, en Caulfield no había más copias. Impulsada por una corazonada, metió la mano debajo de los escalones de entrada y encontró la falsa piedra ocultallaves que tenían para emergencias y visitas de parientes. En el interior del receptáculo de plástico estaba la llave dorada oxidada.

Abrió la puerta, desactivó la alarma y se coló dentro. Se quedó un

instante en el umbral y exploró rápidamente la entrada. Sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la escasa luz. Todas las persianas de la vivienda estaban bajadas, tal y como las habían dejado el último día del verano. Bajó la vista al suelo. Les habían metido una tarjeta de visita por debajo de la puerta: «SANCTUARY SECURITY: ¡CUIDAMOS DE USTED!».

—¡John! —gritó.

No respondió nadie, así que entró. Fisher la siguió al vestíbulo y después arriba para comprobar los dormitorios.

—¡John! —lo llamó él—. Hijo, ¿estás aquí?

Kate entró en la cocina y, casi por instinto, echó un vistazo a la nevera. Era un armatoste antiguo, con un montón de imanes en la puerta, y John había prometido cambiarla en cuanto se cansara de funcionar, pero, de momento, seguía dando guerra. Dentro había unas botellas de agua, unas tarrinas de humus y un litro de leche. Miró la fecha de caducidad: válidos hasta dentro de tres días. Además de lo de la nevera, dentro del microondas había un táper de macarrones con queso sin tocar.

En la encimera había una bolsa de la compra marrón. Impresas en uno de los lados había dos bes trabadas. Dentro encontró unas cápsulas de valeriana, manzanilla, tres tipos de antihistamínicos, una botella de litro de Wild Turkey, galletitas saladas, un paquete de cinco sobres de fideos instantáneos Mi Goreng y una caja de Frosties.

También en la encimera, junto al teléfono, había una nota adhesiva amarilla en la que ponía «S. Hallston 14:00». No tenía ni idea de quién era S. Hallston ni de qué significaba aquella nota, pero la letra, desde luego, era de John. Ahí estaba la prueba irrefutable de que John había estado allí. Aquella confirmación hizo que le dieran ganas de vomitar y de reventar una pared de un puñetazo, aunque no necesariamente en ese orden.

A continuación, enfiló de puntillas el pasillo de la planta baja, asomándose a todas las habitaciones por las que pasaba, comprobando si había algún indicio de presencia humana. El lavadero, el baño, el aseo, el cuarto de invitados… Todas las puertas estaban abiertas de par en par.

Miró en el salón, pero no había ni rastro de él. Iba a dar media vuelta, pero titubeó y se asomó de nuevo a la estancia. Había algo distinto, pero no conseguía ver qué. Un televisor de plasma y los lomos de decenas de DVD y Blu-rays la miraron desde el mueble grande de ocio pegado a la pared, enfrente de la chimenea. El sofá modular de tres piezas estaba justo como lo recordaba, igual que la gruesa alfombra azul en la que a Mia le gustaba tumbarse para ver la

tele. Pero había algo distinto, estaba convencida.

Entonces lo vio. El rincón derecho del fondo del salón siempre había tenido las marcas de decenas de personas con su estatura. Habían heredado la pared con la casa y los nombres con la pared. No estaba solo John, sino también sus primos y sus amigos. En cuanto Mia había sido lo bastante mayor, John había empezado a señalar también su altura cada verano, y cada verano Mia se había maravillado de lo mucho que había crecido. Hacía dos años, su hija se había empeñado en que Kate por fin entrara a formar parte de aquella pared y ella había accedido con orgullo. Pero, de pronto, todos los nombres y las estaturas habían desaparecido. La pared era de color blanco huevo, como el resto de la estancia. Era como si hubiera entrado en un mundo paralelo en el que todo era idéntico salvo aquella pared, un detalle aparentemente insignificante.

Kate pasó el dedo por la pintura nueva: aún estaba algo húmeda.

—¿Qué has estado haciendo aquí, John? —susurró.

Salió de allí enseguida, algo espeluznada, y subió las escaleras para echar un vistazo al dormitorio de matrimonio. Habían quitado las sábanas al final de sus últimas vacaciones, pero la cama estaba más o menos hecha. El cuarto tenía un tinte amarillo nada natural; la tenue luz del atardecer se colaba por las cortinas. Le daba a la escena un aspecto de recuerdo que a Kate le apetecía visitar. Si aquello hubiera sido una película, un *flashback* los habría mostrado a John y a ella tumbados en la cama, haciendo la cucharita, haciendo el amor o leyendo los periódicos dominicales.

Al otro lado de la cama, debajo de la ventana, encontró la maleta de John. Se arrodilló, abrió la cremallera. Toda la ropa que ella creía que se había llevado a Londres estaba allí, lavada y bien dobladita: pantalones, camisas, calcetines, ropa interior y bolsa de aseo. En un compartimento transparente de la tapa de la maleta, había un cuaderno de piel negro. Lo sacó y lo hojeó.

Estaba lleno de dibujos. Kate reconoció enseguida el estilo poco técnico y algo infantil de John: montones de líneas finas irregulares, sombreado tramado y perspectiva distorsionada. Pero, hasta entonces, solo había visto sus garabatos en los márgenes del periódico dominical: casitas y cubos transparentes. Nunca lo había visto dibujar nada así.

Había utilizado lápices de colores, que le habría robado a Mia de su cuarto, y todos eran de tonos oscuros: negros, marrones fuertes y rojos intensos. Había quince bocetos en total y todos mostraban la misma escena: una estancia oscura y sin elementos decorativos y un hombre mirando al rincón. Página a página, como en uno de esos libros

animados, la figura iba ganando detalle, pasando de una sombra a un hombre de pelo corto con zapatillas de deporte y una cazadora negra que le quedaba grande. En las cuatro últimas páginas, una grieta dentada y alargada se formaba en el rostro del hombre. De su interior, brotaban unas formas pequeñas y marrones.

—Polillas —susurró, aunque tenía ganas de gritar. Luego, en lo más hondo de su ser, Holly Cutter le dijo: «Angustia existencial».

Mientras cerraba el cuaderno y se lo guardaba en el bolsillo, notó que un dedo se posaba suavemente en su cabeza. Sobresaltada, soltó un aspaviento y se giró de golpe. Al ver que no había nadie, se pasó las manos por el pelo y vio caer un polvillo. Se habría desprendido del techo.

Miró arriba. Allí había una especie de trampilla con aspecto de tapa de alcantarilla plana y rectangular que daba acceso a un altillo oscuro. Mia lo llamaba «la puerta del tejado» y, cuando era más pequeña, creía que en el altillo vivía un horrendo ogro comeniños. Si se abría la puerta, el ogro bajaba por la noche y gateaba por el pasillo hasta la cama de Mia.

En todos los años que había pasado comprobando la puerta del techo, solo la había encontrado abierta una vez (John se la había dejado entornada después de subir a por sus antiguos CD de Sonic Youth)…, hasta ese día. Había un espacio del grosor de un lápiz entre la tapa y el borde de la abertura. John no tenía motivos para subir allí, claro que tampoco los tenía para estar en Belport.

Kate recordó una publicación que había leído hacía unos días en Facebook. Era una noticia de un hombre que vivía solo en un apartamento de Kioto, Japón. Al observar que le desaparecía comida de la cocina, el hombre había instalado cámaras de seguridad en todas las habitaciones del apartamento y, cuando se había sentado a ver las imágenes, había visto a una mujer saliendo con sigilo del armario del pasillo en plena noche, comiéndose la comida de su cocina y usando su baño. Llamó a la policía, la detuvieron y la mujer confesó que llevaba meses viviendo allí.

—¿Kate? ¡Kate! —la llamó Fisher desde el otro lado del pasillo—. ¡Ven!

Ella siguió su voz hasta el cuarto de Mia, que estaba pintado de un azul intenso. Fisher estaba en el rincón, estudiando algo que Kate no veía porque se lo tapaba el inmenso armario. Encima del armario, había una caja grande de plástico llena de juguetes de verano de Mia y, pegados a las grandes puertas, había pósteres de gatos yoguis.

—¿Qué pasa? —quiso saber Kate.

—¿Esto te suena? —le preguntó Fisher.

Cruzó el cuarto y se quedó pasmada. Alguien había pegado una cama individual a la pared y la había hecho con sábanas blancas completamente nuevas. Habían tapado una zona de la pared con un papel pintado verde claro. También había una nevera de hotel, Dios sabe de dónde, con una carta del servicio de habitaciones encima. En la carta, vio impreso «HIGH HOLBORN, LONDRES». Lo que estaba viendo era un plató de grabación.

—¡Madre mía! —exclamó—. Parece una habitación de hotel.

—Me parece que esa es la cosa. ¿Os llamaba por Skype a Mia y a ti desde aquí?

Kate intentó responder, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Ya había empezado a resignarse a que John le había mentido respecto a su viaje a Londres, pero ver el cuarto de su hija convertido en un plató de televisión hacía aún más siniestra la mentira. Aquello era premeditado, deliberado, hostil. Como un animal que percibe la presencia de un depredador, sintió la necesidad imperiosa de salir corriendo. En ese instante, no quería más que vender la casa y no volver jamás. El comprador se podía quedar con los muebles, los electrodomésticos, la ropa de cama, los bañadores, los juguetes y la puta habitación de hotel del High Holborn…, o quemarlo todo.

—No sé qué me asusta más —dijo—: que John viniera a esconderse aquí o que se haya largado con tanta prisa. En la cocina hay bolsas de la compra sin vaciar y comida en el microondas. Algo malo ha ocurrido, Fisher.

A Fisher le sonó el teléfono. Se lo sacó del bolsillo con la velocidad con que un pistolero desenfunda el arma y se lo pegó a la oreja.

—Sí, diga, soy Fisher Keddie… ¿Oiga?

—¿Quién es? —preguntó Kate.

Él aguzó el oído y negó con la cabeza.

—No sé. Aquí hay poquísima cobertura.

—La señal es mejor en la terraza trasera.

Fisher cabeceó afirmativamente y salió aprisa del dormitorio. Kate iba a seguirlo, pero se detuvo un instante ante la ventanita que daba al jardín delantero. Justo delante había un haya vieja y alta a la que Mia, ignoraba por qué, había llamado Simon. Por lo general, lo único que se veía era la copa, pero, siendo invierno, había perdido las hojas y Kate podía ver la calle entera a través de sus ramas esqueléticas.

Había una camioneta de trabajo salpicada de barro cerca de la esquina de Milt Street, con «MANTENIMIENTO» estampado en un lado. No distinguía al conductor, pero le dio la impresión de que vigilaban la casa. Fisher iba con gran estrépito de un lado a otro del pasillo,

hablando con urgencia. Kate lo miró un instante. Cuando se volvió de nuevo hacia la ventana, la camioneta salió del arcén, hizo un cambio de sentido y desapareció por la cima del monte.

Fisher volvió a la habitación, pálido.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate.

—Era la policía de Belport.

—¿Sí…?

—Que…

—¿Qué, Fisher?

—Quieren que vayamos al Belport Medical enseguida —contestó él como si le costara pronunciar cada palabra.

—¿Al hospital? —lloró Kate—. ¿Por qué? ¿Es John? ¿Le ha pasado algo? —Fisher se miró las manos—. Maldita sea, Fisher —espetó—. ¿Qué ha ocurrido?

10
La esposa

—Han encontrado un cadáver —espetó Henry Biller, histérico y algo mareado.

Era su noche libre, pero se había pasado por el súper cuando volvía a casa desde el Belly para coger una pizza congelada y cotillear un poco. Había entrado en el súper dándose aires y con una sonrisita de flipado, como diría Lori, con las mejillas coloradas del frío y unas cuantas cervezas de más en el cuerpo. Venía con una decena de teorías sobre el aumento de la presencia policial en la isla, y no era el único.

Hacía una noche fría y ventosa, y Abby había esperado que fuera uno de esos turnos muertos; en cambio, estaba habiendo más actividad de lo habitual. Había tenido un tráfico constante en su caja y todo el mundo quería hablar de lo mismo: ¿qué habría pasado en Beech Tree Landing?

Caddy Larson, que trabajaba en el kiosco del ferri de la isla, le contó a Abby que la jornada matinal había estado repleta de polis. Había tenido que meter en el horno una bandeja extra de empanadillas de huevo y beicon solo para complacerlos. Según Paul y Liz Ryan, que se llevaron una tarrina tamaño familiar de helado y una botella de Jim Beam, la policía iba por las casas preguntando si alguien había visto u oído algo sospechoso. Chris De Luca, que vivía en una autocaravana junto al faro, juraba haber oído hablar de «fiambre flotante» en la frecuencia policial de su equipo de radioaficionado.

Abby les había contado a todos lo que había visto en Beech Tree Landing, y el respeto que despertaba su relato le había producido una especie de extraña satisfacción. Las hipótesis iban desde que hubiera en la isla un laboratorio de estupefacientes hasta una sucursal del crimen organizado o algún asesino en serie fugitivo, pero el consenso general era…

—La poli ha encontrado un cadáver —repitió Biller dando palmas.

—Eso se rumorea —contestó Abby.

—No es un rumor. —Se acercó, se inclinó sobre la caja y bajó la voz a un susurro, como si eso diera credibilidad a la noticia—. Te lo digo yo: han encontrado un cadáver en la isla. En el pub no se habla

de otra cosa.

—¡En Belport no se habla de otra cosa! —replicó Abby—. ¿Qué has oído tú y a quién se lo has oído?

—Hoy han venido dos polis a verme —contestó Biller sonriente.

—¿Han venido a verte? ¿Hoy? ¿A la tienda?

—Ajá. No eran de aquí. Creo que nos han mandado un puñado de polis del continente para que ayuden con la investigación. Uno de ellos parecía un feto con placa; el otro se creía Colombo. Me ha preguntado si había visto entrar en la tienda a algún desconocido últimamente, a cualquiera con ademanes sospechosos.

—¿Y qué les has contestado?

—Les he pedido que concretaran —dijo—. Entonces me han enseñado una foto de un hombre del que, cito textualmente, «buscaban información». La foto parecía sacada del carné de conducir.

—¿Te sonaba?

Biller se subió los vaqueros polvorientos y puso los brazos en jarras.

—Estuvo aquí hace unos días.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Le atendiste tú?

Biller asintió con aire de suficiencia.

—Yo no le vi nada raro. Me pareció muy normal y tampoco andaba paranoico ni pendiente de si lo seguían ni nada de eso. Si lo habían pillado en algo chungo, desde luego lo disimulaba muy bien, y eso ha sido lo que les he dicho a los polis.

—¡Qué repelús… que haya estado aquí! —dijo Abby—. ¿Qué crees tú que ha pasado?

—Con tanto poli en la isla, habrá sido asesinato, ¿no? Así que deduzco que el tío de la foto está muerto o ha matado a alguien. —La miró con ojitos siniestros—. ¿Qué has oído tú?

Le contó lo que le habían dicho a ella Caddy Larson, Paul y Liz Ryan, y lo que Chris De Luca había oído por la emisora policial. Luego le describió la escena del crimen del embarcadero, dejándose lo mejor para el final. Biller la escuchó nerviosísimo, salpicando la conversación de alguna que otra cabezada afirmativa, algún «¡Caray!» y algún «¡Je-sús!».

—¿De verdad has visto la escena del crimen? —preguntó Biller.

—Ajá —contestó ella—. Toda esa zona estaba abarrotada de policía. Hasta tenían una lancha en el agua y había técnicos de la científica entrando y saliendo de la antigua terminal de ferris.

—La terminal de ferris —repitió él—. Pues eso plantea toda una lista de nuevos interrogantes.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ya sabes lo que dicen de ese sitio, ¿no? De lo que se cuece

allí…

—No, ¿qué?

A Biller se le acentuaron las arrugas de la frente. Abby había visto ese gesto unas cuantas veces, en los rostros de muchos vecinos de Belport de los de toda la vida. Biller intentaba decidir si podía confiar en ella.

—Igual no debería contártelo —contestó él.

Abby llevaba dieciocho años en la isla y, a todos los efectos, era tan de fiar como cualquiera de los autóctonos, pero, claro, no era de allí. No había nacido en el Belport Medical. Todas las comunidades tenían niveles de secretismo, supuso, verdades ocultas y puertas secretas. Su veteranía en la isla le había concedido acceso a muchísimas de esas puertas secretas, pero, por lo visto, aún le quedaban algunas bajo llave.

—¡Venga ya, Biller! —dijo—. ¿Qué pasa con la terminal de ferris?

—Bueno, hay quien dice que la terminal es un…, ya sabes, un «escondite».

—¿Un escondite?

—Un sitio donde se reúnen los gais para mantener relaciones sexuales sin compromiso. Así que se me ocurre que podría haber sido un delito de odio o un intento de chantaje que se haya torcido o, yo qué sé, igual ha sido una disputa de amantes.

—No lo entiendo —dijo ella—. ¿Por qué iba a querer nadie tener relaciones sexuales en ese edificio viejo y asqueroso, sea gay o no?

Biller negó con la cabeza.

—Ay, Abby, mi tierna e ingenua Abby.

—Bueno, en cualquier caso, esto va a ser lo más gordo que ha pasado en la isla desde que Big Jenny varó en la playa. —Así era como llamaban los del pueblo a la ballena franca austral de quince metros que había varado en Belport en 1993. El cadáver era demasiado grande para moverlo, así que el consistorio la había descuartizado y se la había ido llevando a pedazos en camiones—. Y estiró la pata… —añadió Abby.

—Querrás decir la aleta, cielo —le dijo Biller con un guiño.

Abby miró por el cristal del escaparate de la tienda. Se había hecho completamente de noche en Belport.

—Supongo que era solo cuestión de tiempo —dijo Biller.

—¿Cuestión de tiempo?

—Que era cuestión de tiempo que el mundo real nos echara el guante.

—Un asesinato en la isla —dijo Abby—. Es trágico, pero también como…

—¿Emocionante? —ofreció Biller.
—¿Soy horrible por pensarlo?
—Eres humana, cielo.

Su turno terminó asombrosamente rápido. Después de cerrar, Abby hizo el recuento de resguardos y calculó la recaudación de la noche, algo que, Biller se alegraría de saberlo, le llevó más rato que en días anteriores. Tiró el dinero por un tobogán conectado a la caja fuerte y pasó la mano por la bancada de interruptores de la luz que había a la entrada de la sala de personal. El supermercado se quedó a oscuras.

Abby caminó con decisión hacia su Volvo pequeño y maltrecho, procurando no pensar en el frío que hacía. Mientras avanzaba, escudriñaba las sombras, medio esperando que el asesino de Belport se abalanzara de pronto sobre ella en la oscuridad. Al tiempo que acariciaba el extremo puntiagudo de la llave del coche en el bolsillo, notó que se despertaban y aguzaban sus sentidos.

Cuando se había mudado a la isla, su quietud invernal la había impactado, pero no había tardado en digerirla. De hecho, después de la locura del verano, casi anhelaba esa paz. Pese a todo, aún la inquietaba a veces: un súbito despertar por un crujido en el tejado, el chasquido de una rama en el bosque, su breve trayecto del súper al coche cuando la isla entera estaba convencida de que había un asesino suelto…

A salvo en el coche, estaba a punto de arrancar el motor cuando un par de faros le produjeron un destello en el retrovisor. Se giró en el asiento para mirar por la luna trasera y divisó la silueta de un Jeep Cherokee aparcado al otro lado de la calle, a la sombra del templo de la Iglesia Unida.

Abby bajó un poco la ventanilla, asomó la cabeza y gritó:

—¿Bobbi?

—¡Sí, soy yo! —le respondió una voz familiar.

Cuando Abby se subió de un brinco al lado de Bobbi, la luz del habitáculo se encendió con un parpadeo y dio al rostro de su amiga un tono amarillento y poco saludable. Su aspecto era horrible. Tenía ojeras y bolsas en los ojos, se le había deshecho la coleta y le caía por un lado de la cara una maraña de pelos revueltos. Llevaba una botella de tequila abierta en las manos, de esa marca barata con el tapón en forma de sombrerito mexicano rojo. Aún llevaba la camisa azul pastel del uniforme policial que tan poco la favorecía y la pistolera vacía en la cadera.

—Cierra la puerta —le dijo.

Abby hizo lo que le pedía.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Es Maggie? ¿El bebé?

La luz del habitáculo se apagó despacio y Abby vio transformarse los rasgos de Bobbi mientras le daba un trago a la botella, hacía una mueca y aporreaba el salpicadero con el puño.

—Maggie y el bebé están bien. Están genial, de hecho, razón por la que no puedo llevarme esta mierda a casa. Por eso estoy aquí.

—¿Qué ocurre, Bobbi? —preguntó Abby—. Llevo desde ayer esperando noticias tuyas.

Bobbi bebió otro trago y preguntó:

—¿Qué has oído de lo que está pasando en el pueblo?

—Solo rumores, de momento. Biller cree que habéis encontrado un cadáver.

Bobbi contempló Bay Street e hizo una mueca. Sus ojos volvieron despacio a la botella, y bebió.

—Biller tiene razón.

—¿Sí?

Un escalofrío siniestro, aunque no del todo desagradable, le recorrió la espalda.

—En la academia de policía, como parte del entrenamiento, nos enseñan un montón de fotos muy explícitas —dijo Bobbi—: víctimas de tiroteos, accidentes de tráfico, suicidios…, lo que se te ocurra. Toda clase de desastres. Pero tiene sentido, porque está pensado para que te curtas. No quieren que eches la pota cada vez que llegas a la escena de un crimen. Solo que ver las fotos y lo que yo he visto hoy es como ver un oso en el zoo y encontrártelo en el bosque.

A Abby se le aceleró el corazón. Se sintió despierta, viva.

—¿Has visto el cadáver? —preguntó.

Bobbi dio un trago largo, que fue como si contestara que sí. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se las limpió con las mangas de su uniforme policial. Abby sintió el impulso de abalanzarse sobre su mejor amiga y abrazarla, pero a Bobbi no le gustaban los abrazos, ni siquiera de Maggie. Así que, en su lugar, Abby le metió un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja.

—¿Sabéis quién es? —preguntó Abby—. Por lo visto, Biller cree que no era de la isla.

—Es un veraneante. Tiene una casa de veraneo en la isla, pero solo Dios sabe qué hacía aquí en esta época del año.

—Gracias a Dios —dijo Abby.

—¿Gracias a Dios? ¿Gracias? ¿Se puede saber por qué, exactamente, le das gracias a Dios?

—Perdona, no quería decir eso. Solo he pensado que gracias a Dios que no es de la isla. Obviamente, es trágico, terrible y una putada muy

gorda de todas formas, pero bastante tenemos con que haya habido un asesinato en el pueblo. Si la víctima fuera alguien conocido… —Bobbi acarició la boca de la botella con el dedo y luego se la llevó a los labios—. ¿Me dejas ver la foto? —Bobbi se volvió hacia ella con los ojos entornados, recelosos. Abby había visto esa mirada unas cuantas veces, normalmente después de que le hablara a alguien de su afición por la taxidermia—. Hoy ha ido un par de polis a ver a Biller —añadió Abby enseguida—. Le han enseñado una foto del tío. Si Biller lo ha atendido alguna vez, es muy probable que yo también.

No era toda la verdad y, si Bobbi era una agente de policía medio decente, y Abby suponía que así era, lo sabía tan bien como ella. Abby quería ver la foto por una sola razón: curiosidad. La misma que la llevaba a insertarle un escalpelo en la tripa a un animal muerto.

Bobbi dio un último trago a la botella de tequila y le enroscó el tapón en forma de sombrerito mexicano. Encendió la luz, se llevó la mano al bolsillo de la pechera y le pasó una foto a su amiga. En ella se veía a un hombre guapo y bien afeitado mirando fijamente a la cámara. Aunque no sonreía, tenía un rostro risueño. La foto estaba cortada por los hombros, pero se le veía el cuello de una camisa de vestir de color carbón que le daba un aire corporativo, como de banquero o de abogado quizá.

—¿Te suena? —preguntó Bobbi.

—No —contestó ella, decepcionada—. ¿Qué pensáis que le ha ocurrido? ¿Baraja alguna hipótesis la policía?

—Aún es pronto para eso, pero ya sabes cómo es Belport. Aquí no hay secretos y, si hay alguno, no dura mucho. Siempre hay alguien que sabe algo. —Se guardó la foto—. Debería volver a casa. Maggie se va a preocupar.

—¿Estás bien para conducir? —le preguntó Abby.

Bobbi asintió y le susurró:

—Gracias por dejarme vomitarte mis penas.

—Para eso están las amigas —le contestó Abby apretándole la mano.

11
La viuda

El aparcamiento del Belport Medical Centre era extenso y estaba vacío, salvo por un coche patrulla solitario estacionado cerca de la entrada. Kate aparcó y miró a Fisher, que no le quitaba ojo a una ambulancia detenida delante de la puerta de Urgencias. Había dos sanitarios recostados en ella, compartiendo un cigarrillo.

—¿Preparado? —le preguntó ella.

—¿Te soy sincero?

—Sí.

—No sé si voy a poder con esto, Kate.

—No tienes por qué, Fisher —le dijo ella—. Les basta con uno de los dos.

—No quiero dejarte sola.

—No pasa nada, Fisher. Quédate aquí.

—Lo gracioso es que, si Pam estuviera aquí, ella sí podría —dijo derrotado—. Sé que probablemente piensas que está loca y supongo que un poco sí lo está, pero esa mujer tiene una fe con la que lo supera todo. Con ella tendría suficiente para bajar de este coche y entrar ahí. —Se volvió hacia ella y le preguntó—: ¿Estás segura?

Kate asintió con la cabeza, cerró la puerta del coche y se dirigió al hospital. Una inspectora recia vestida de paisano la esperaba en recepción. Estaba repantigada en una silla de plástico, absorta en sus pensamientos, mordiéndose las uñas. Se puso en pie en cuanto la vio acercarse.

—Señora Keddie… Hola, soy la inspectora Barbara Eckman. He hablado con su suegro por teléfono.

Se dieron la mano.

—Encantada —contestó Kate, por absurdo que pareciera. Sonrió sin pensarlo y luego, al recordar dónde estaba, frunció el ceño.

Eckman ladeó la cabeza en un ángulo peculiar y miró un instante al infinito, como si intentara recordar algo que había ensayado.

—¿Está preparada? —le preguntó entonces en voz baja.

¿Lo estaba? El corazón le galopaba en el pecho. Temblaba y tenía frío. Percibía una especie de oscuridad primitiva suspendida sobre ellas que la seguía como una sombra y que, cuando bajara y viera el

cadáver, se le colgaría de los hombros y la hundiría y se quedaría con ella para siempre.

—Sí, estoy preparada —contestó.

Eckman la condujo a una hilera de ascensores y pulsó el botón. Al entrar en uno de ellos, Kate sintió claustrofobia y angustia. Se imaginó una vaca gorda empujada por un pasadizo flanqueado por vallas de acero, ajena a lo que la esperaba en el matadero.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su marido? —le preguntó Eckman.

Su tono era mucho más serio que el del sargento de guardia de Melbourne. Aquel hablaba con una mujer paranoica con una imaginación calenturienta. Eckman le hablaba como a una viuda, a pesar de que ella confiaba desesperadamente en no serlo. Se aferraba al sueño que Pam le había contado, el del trono vacío de John en el reino de los cielos, y esperaba que fuese profético.

—Dos días antes de que, en teoría, volviera a casa —contestó Kate.

—¿Tiene idea de por qué pudo venir a la isla?

—No —contestó ella—. No supe que estaba aquí hasta que la empresa de seguridad me avisó. Él me había dicho que estaba en…

—Londres, sí —terminó la frase Eckman—. He leído la denuncia de desaparición que puso usted.

Le dio la impresión de que el tono de la inspectora era reprobatorio y se preguntó por un momento si aquella rutina suya de poli de pueblo nerviosa y sudorosa sería teatro. A fin de cuentas, ¿no era la esposa normalmente la principal sospechosa? Si Eckman estaba analizando sus reacciones, ¿qué le parecían? Kate no sabía cómo debía comportarse alguien en aquella situación. A lo mejor tenía que haber estado llorando como una Magdalena o chillando o inconsolable.

Llegaron al sótano y enfilaron un breve pasillo.

—Es aquí —dijo Eckman y, deteniéndose delante de una puerta, se volvió hacia Kate—. Señora Keddie, si necesita más tiempo…

—No, gracias. Estoy bien.

La inspectora la miró un momento; luego abrió la puerta y la condujo a una salita de identificación. No olía a formol como Kate había esperado, sino a pino y cereza artificiales. El techo era bajo. Si John estuviera allí, tendría que encorvarse, se dijo. Entonces la oscuridad que la había seguido le susurró: «Pero si John está aquí, ¿sabes?, solo que al otro lado del cristal».

Miró por una ventana del ancho de la sala y que, supuestamente, permitía ver la estancia en la que tenían el cadáver. De momento, la otra sala estaba oculta por una cortina arrugada de color lila. Kate cerró los ojos y, por última vez, se permitió imaginar a John en el

porche delantero de la casa, cerveza en mano, pidiéndole que se sentara a su lado con unas palmaditas en el asiento del balancín.

Eckman cruzó la sala, corrió la cortina de izquierda a derecha y dejó al descubierto una estancia blanca al otro lado del cristal, un híbrido de quirófano y congelador industrial. Una fila de fluorescentes zumbaba sobre una batería de sólidas cámaras mortuorias de acero. En el centro de la sala había una camilla también metálica. Debajo, en el austero suelo embaldosado, había un sumidero. Sobre la camilla había un cadáver, cubierto de la cabeza a los pies por una sábana de plástico. De color rosa.

«¿Por qué rosa?», se preguntó Kate como si importara.

Un técnico sanitario altísimo se encontraba junto al cadáver. Llevaba guantes de látex empolvados de color rosita y un gorro de quirófano desechable a juego. Hacía frío de sobra allí dentro para que la respiración del hombre se convirtiera en vaho. Alargó el brazo y dobló la sábana dos veces, primero hasta el cuello y después hasta la pelvis.

Kate había supuesto que el cadáver tendría el aspecto de un cuerpo dormido. No. Parecía muerto. Nada más verlo, sintió un sofoco. La piel resultaba fantasmal, arrugada y encharcada. Los ojos estaban cerrados, pero la boca estaba abierta. Tenía una raja larga y estrecha de un lado a otro del cuello, como una segunda boca, con los labios separados.

Como no podía parar de hacerse preguntas, pensó si los peces se habrían comido parte de John mientras estaba en el agua. Había oído que eso podía ocurrir. Le recordó un viaje familiar que habían hecho a Bali hacía años. John había metido los pies en un tanque de peces doctores y los pececillos habían acudido en tropel y él había reído como un bobo mientras le mordisqueaban la piel muerta porque le hacían cosquillas.

—Quiero entrar ahí —dijo.

—Me temo que eso no es posible —le contestó Eckman—. Esto le va a sonar un poco macabro, pero, en teoría, el cadáver se considera una prueba policial y hay que evitar cualquier posibilidad de contaminación.

—No suena macabro, suena absurdo.

—Lo siento.

—¿Quién ha hecho esto?

—Lo estamos investigando, señora Keddie. Disponemos de varias pistas en distintas fases de desarrollo.

—¿Quién le ha hecho esto?

Ya no se lo estaba preguntando a la inspectora, sino al universo,

que de pronto parecía un matón de patio de colegio que tiraba piedras a los coches que pasaban sin pensar en las consecuencias.

—¿Es él? —preguntó Eckman—. ¿Es su marido? —La palabra se formó en los labios de Kate, redonda, plena, absoluta, pero no era capaz de pronunciarla—. ¿Señora Keddie?

—Sí.

—Lo siento mucho —continuó Eckman—, pero, para que la identificación sea válida oficialmente, debe indicar el nombre del difunto.

—No puedo… No…

Le había afectado más de lo que esperaba. Había albergado esperanzas. Esperanzas de verdad. Aquello podría haber sido un error, una identificación incorrecta, un malentendido, pero no era ninguna de esas cosas. Era real. Estaba ocurriendo.

—¿Necesita un momento? —preguntó Eckman.

Se le agarrotaron las rodillas y, por un instante, se imaginó abalanzándose sobre el cristal y abriéndose la cabeza. Entonces notó que una mano le cogía la suya. Pensó que era la de la inspectora y, sobresaltada por aquel gesto íntimo, se dio la vuelta y vio a Fisher a su lado, mirando fijamente por el cristal.

—Se trata de John Morgan Keddie —dijo Fisher—. Es él. Es mi hijo.

De camino al motel, no hablaron. Aquella noche el Blue Whale Motor Inn sería su hogar. Eckman les había dicho que no iban a poder alojarse en su casa de veraneo durante unos días porque la estaban registrando, pasándole el escáner y sacando huellas. Cuando Fisher había llamado al motel para ver si tenían habitaciones libres, el hombre que le había cogido el teléfono le había dicho: «Amigo, en esta época del año, todas las habitaciones están libres».

No era difícil entender por qué. Presidía el motel una ballena gigante de fibra de vidrio plantada en el césped. No era una ballena azul, como habría sido de esperar, sino una orca, colocada en una permanente posición de salir a la superficie, moteada de un decenio de excrementos de pájaro. Ya debía de ser fea cuando la habían instalado allí, pero ahora, con el desgaste de años de terribles tormentas, calor abrasador y aire salobre, se había convertido en una monstruosidad. La pintura negra y blanca se había levantado y caído, y había dejado al descubierto una panza de un rojo descolorido que parecía sangre vieja. Tenía un ojo podrido y el otro desaparecido.

Kate sintió una punzada de remordimiento por alojarse allí sin Mia. Su hija estaba obsesionada con aquella ballena de fibra de vidrio y estaba convencida de que alojarse en una de las habitaciones de ese

motel sería como dormir bajo el agua, que las paredes serían de cristal y, al otro lado de ellas, nadarían los peces y las anguilas. John le había explicado que era un motel normal, seguramente con sábanas viejas, mala cobertura móvil y manchas misteriosas en los colchones. Lo máximo que podía esperar era un despertador con forma de concha marina o una cortina de baño de tema acuático. Mia mantenía la esperanza.

Le dolía pensar en su hija. Ni siquiera se veía con fuerzas de tener con ella «la conversación», de hacer frente a la avalancha que generaría. Pam se lo habría dicho ya. Fisher había llamado a su mujer en el aparcamiento del hospital; Kate lo había observado desde el interior del Lexus mientras una lluvia fina cubría las ventanillas. Luego su suegro había vuelto a subir al coche y había dicho: «Hecho».

Kate casi podía oír a Pam diciendo: «Papá está en el cielo ahora, con Jesús, María y Charlie». (Charlie era el conejito de Mia, que había sufrido una muerte inesperada al precipitarse al denso tráfico matinal por la verja de la casa.) Tal vez fuera preferible que Mia se enterara de ese modo. Seguro que Pam era más delicada con ella. Aun así, mientras lo pensaba, le vinieron a la memoria las palabras de John.

—Si no hablamos de los monstruos de este mundo… —dijo en voz alta.

—¿Qué es eso, cielo? —preguntó Fisher.

—Nada.

Cuando llegaron al motel, Kate aparcó a la sombra de la orca. Recogieron las llaves en recepción y, sin mediar palabra, se separaron. No había peces nadando al otro lado de las paredes de la habitación, por fin lo pudo comprobar. Las paredes eran de pladur barato, la cama demasiado blanda y el aire olía a húmedo. Aun así, era un sitio calentito donde refugiarse del azote del viento del océano.

Colgó el cartel de «NO MOLESTAR» por fuera de la puerta, se sentó a los pies de la cama e intentó llorar. Había cargado todo el día con una granada de mano emocional y, si no tiraba de la anilla y la soltaba cuanto antes, le iba a estallar en las manos. No le salió ni una lágrima. Puede que estuviera conmocionada, o rota por dentro.

Un par de minutos después, le sonó el móvil. La llamaba Mia. No lo cogió y se sintió la peor madre del mundo.

12
La esposa

—Que la víctima sea de fuera no implica que el asesino también lo sea —sentenció Lori, que, inusualmente contenta, señalaba a Abby con el tenedor, sacudiéndolo como si fuera una varita mágica.

Para bien o para mal (normalmente para mal), los Gilpin eran una de esas familias que cenan en la mesa. Abby habría preferido comer siempre delante de la tele (ella se había criado así y había salido bien), pero, para Ray, las «cenas en familia» eran importantes. Imaginaba media hora cada noche en la que sus seres queridos se pasaran la sal como si fuera una caracola y hablaran de sus esperanzas, sus sueños, sus miedos. Rara vez había sido así. Cuando los críos eran pequeños, la cena solía alargarse hasta una hora porque Ray se enredaba contándoles algo mientras Abby les servía una cucharada extra de helado napolitano, pero, cuando Eddie y Lori llegaron a la pubertad, las «cenas en familia» se convirtieron en «cenas con desconocidos».

Ahora, por lo general, Abby y Ray forzaban la conversación y sonsacaban información a sus hijos como podían. Era como sacar agua de un pozo con una pajita. Eddie arrastraba la comida por el plato, Lori lanzaba miradas asesinas por la mesa y Abby engullía lo que fuera para terminar cuanto antes.

Esa noche fue distinto. El hallazgo del cadáver había vuelto parlanchina a Lori. Estaba sentada al borde de la silla, inclinada hacia delante y concentrando la atención de toda la sala.

—El asesino podría ser alguien que conocemos —dijo—. Puede que ni siquiera sea su primera víctima. Igual lo hace todo el tiempo. A lo mejor ha atraído a cientos de personas a la isla y luego ha echado sus cadáveres a los tiburones en Elk Harbour, pero estaba vez la poli ha llegado antes que los tiburones y…

—Coge aire, cielo —le dijo Abby.

—Yo solo digo que para mí tiene sentido —concluyó—. ¿Qué piensas tú, papá?

Ray estaba sentado enfrente de ella, echándose sal en la comida como un poseso. Le tocaba cocinar a Abby y no era lo suyo. Había echado en la cazuela un paquete de *fetuccine* con salsa carbonara y

después había repartido en cuatro cuencos lo que no se había quedado pegado al fondo. Los cuatro tenían una maraña nada apetecible de pasta lacia y cremosa.

—Pienso que tiene que haber algo más agradable de lo que hablar a la hora de la cena —contestó él cambiando de marcha—. ¿Qué tal hoy en clase, Eddie? —Eddie estaba muy pensativo, mirando fijamente la boca de una lata de cocacola, con la capucha tan cerrada y tan ajustada a la cara que debía de privarlo de visión periférica. No contestó a su padre—. Tierra llamando a Eddie —dijo Ray chascando los dedos.

Eddie se estremeció, levantó la vista parpadeando y masculló:

—¿Eh?

Lori puso los ojos en blanco exageradamente.

—Una de esas novelas policíacas basadas en hechos reales de mamá está ocurriendo aquí, en la isla, y mi hermano se queda dormido mientras tanto. —Se metió en la boca el tenedor repleto de pasta, tragó fuerte para pasar la comida y añadió—: ¿Sabéis quién podría ser el asesino? Denny Chow. Tú lo conoces, Eddie; es de tu curso.

—Uy, sí, ese tío es raro —contestó Eddie—. Es esquizoide o algo así. La semana pasada vino a clase con una mancha grande en el culo. Parecía que se hubiera cagado encima y fuera paseando la plasta por ahí.

—Eso lo descarta, entonces —terció Abby—. Siempre que interrogan al vecino de un asesino en serie dicen: «Parecía un tío tan normal…», nunca: «Sí, sabía que era un asesino perturbado porque llevaba los pantalones manchados de mierda». —Lori rio y sus carcajadas le sonaron curiosas, como el canto de un ave exótica. Hacía muchísimo que no las oía—. Lo digo en serio. El que lo haya hecho parecerá normal.

—Te descartamos, entonces —soltó Lori.

—Lo mismo digo.

—A lo mejor tiene algo que ver con la mafia de Melbourne —añadió Lori—. Puede que la víctima tuviera una deuda de juego con ellos y, como no la podía pagar, lo han mandado a dormir con los peces, ya sabes.

Abby se levantó a cogerse una cerveza. Al ponerse en pie, las piernas se le contrajeron de dolor. Se había pasado corriendo. De camino a la nevera, se volvió hacia Ray.

—Biller me ha contado una cosa muy rara sobre la terminal de ferris que hay cerca de donde se ha encontrado el cadáver. Dice que era un «escondite» gay. ¿Tú lo sabías?

—Eso se decía cuando yo era un crío —contestó él encogiéndose de

hombros—, pero también dicen que hay un cocodrilo en el lago Azul, una red de narcotráfico que opera desde el faro y una familia de enanos cabezones que viven en los túneles de debajo de la salina y salen por las noches a devorar niños.

—Los cabezasandía —confirmó Lori—. Eso también lo he oído yo.

—Lo que quiero decir es que los rumores de este pueblo son como cubos perforados: no se pueden llenar de agua.

—No sé… —terció Abby—. Le he estado dando vueltas a eso del escondite gay. Si tienes algo que ocultar, tienes algo que proteger, y si tienes algo que proteger, tienes algo por lo que matar.

—Ha muerto una persona —espetó Ray. Cambió de forma sutil la atmósfera de la cocina; de pronto, parecía que faltaba aire. Abby, Eddie y Lori se volvieron hacia Ray, como colegiales a los que acabaran de pillar fumando. Él los fue mirando uno por uno, pero a Abby le sostuvo la mirada más rato—. Ha muerto una persona en nuestra isla —añadió despacio—. Eso no es divertido ni emocionante ni una tontería; es trágico, triste y da miedo. Deberíamos mostrar un poco de respeto. Cuando lo creas oportuno, puedes decir algo tú también, Ab.

Abby sintió una punzada de resentimiento, se deshizo de ella y acto seguido interpretó lo mejor que pudo su papel de progenitora adulta operativa.

—Vuestro padre tiene razón.

—¿En serio? —soltó Lori—. Si a ti te ponen todas estas cosas, mamá. ¿Has mirado nuestra librería últimamente? Está repleta de asesinos en serie, matanzas, secuestros de niños y…

—Eso es distinto —la interrumpió Abby.

—¿Por qué?

Miró a Ray.

—Porque esas cosas no ocurrieron en Belport.

—Ya, pero pasaron en otro sitio. Tu argumento no tiene sentido.

—Eso es porque soy adulta. Los adultos podemos decir cosas sin sentido. Así que cambia de tema y cómete la pasta.

Lori miró el cuenco.

—Aaah, que es pasta…

Después de la cena, la familia se dispersó. Eddie se encargó de fregar los cacharros, Lori se encerró en su cuarto a fingir que terminaba los deberes y Ray subió a darse una ducha. Abby pasó de la cerveza al tinto y se llevó una copa al garaje.

Encendió la luz y luego la vieja estufa halógena de debajo de la mesa, que se puso incandescente y llenó la estancia de un olor a polvo

quemado. Se echó por los hombros la mantita de punto, dejó la copa de vino en la mesa y abrió la neverita. Dentro, envuelta en una bolsa de plástico con el logo de las dos bes de Buy & Bye, estaba la zarigüeya que Susi Lenten había encontrado muerta al pie de los cables de alta tensión de la entrada de su casa.

Abby estudió un instante la forma que se ocultaba bajo la bolsa. Nunca había trabajado con nada tan grande. Los pájaros, los ratones y las ratas eran más difíciles de disecar que los mamíferos de mayor tamaño porque todo era más pequeño, al menos eso decía *El gran libro de la taxidermia* que había sacado de la biblioteca. Solo que cuanto mayores eran, más reales parecían.

Al meter el brazo en la nevera, la mantita de punto que se había echado por encima se enganchó en una uña que sobresalía de la bolsa y le resbaló de los hombros. Aunque pusiera la estufa a tope, el garaje, que estaba mal aislado, era imposible de caldear. Podría haber disecado sus animales en la mesa de la cocina, donde se estaba calentito, pero tenía la certeza de que Ray se habría divorciado de ella si se lo hubiera insinuado siquiera.

Tres polillas marrones gordas salieron de pronto de debajo de la neverita y aletearon brevemente en la barbilla de Abby. Ella fue a darles un manotazo, pero se le escaparon. Se alzaron en formación desigual hasta uno de los fluorescentes del techo y empezaron a golpearse contra él una y otra vez.

Abby las observó, pensando en el cajón de ropita de bebé echada a perder. Si hubiera tenido un espray insecticida a mano, se las habría cargado allí mismo. Claro que eso habría infringido la norma de Ray de atraparlas y soltarlas. Siempre que entraba alguna araña u otro insecto en la casa, su marido se empeñaba en capturarlo, normalmente con el vaso de plástico de *Batman Forever* que tenían debajo del fregadero, y soltarlo en el bosque costero que bordeaba el fondo de su jardín. Daba igual lo peluda o espeluznante que fuera la criatura; en el 106 de Milt Street no se mataba nada.

Cuando el animal ya estaba muerto, en cambio, había luz verde. Abby pensó en aquello mientras sacaba la bolsa de la neverita y la depositaba con cuidado en la mesa de trabajo. Bebió un buen sorbo de vino y se puso el delantal verde oscuro y unos guantes quirúrgicos.

Desenvolvió el cadáver. Era una zarigüeya de cola anillada adulta de pelo gris y blanco. A juzgar por su expresión, no esperaba lo que le había ocurrido. Pasaba por encima de los cables y, de pronto, zas, Kentucky Fried Zarigüeya.

—Hola —le dijo—. ¿Cómo te llamas? —La zarigüeya la miró boquiabierta, con ojos vidriosos y saltones—. Tienes cara de Trevor —

decidió—. Yo soy Abby y hoy voy a ser tu estilista.

Se acercó el taburete, encendió la radio, donde sonaba una canción de TLC, y cogió el resplandeciente escalpelo X-ACTO. Le puso una cuchilla clásica de punta fina y empezó a trabajar. Con la primera inserción de la cuchilla, toda su aprensión por abordar la tarea con un animal más grande se esfumó.

El primer paso en taxidermia era retirar y preservar la piel. Comenzando por la barriga, Abby fue abriendo una línea, despacio y con firmeza, procurando no pinchar los intestinos. Ya había cometido ese error hacía unos cuantos especímenes: le había hecho una muesca al intestino de una rata de monte y el hedor que se había desprendido había sido casi tan intenso como para hacerla salir corriendo, casi tanto, de hecho, como para hacerla colgar el delantal, guardar el bórax y decir ¡nunca más!

Recorrió con el escalpelo la cara interna de la piel, haciendo pequeñas pasadas controladas. Con la mano izquierda, retiró la piel. El manual describía aquella parte del proceso como quitarle al animal la chaqueta y los pantalones, pero ella lo veía más como pelar una naranja.

Después de TLC sonó el *Dreamlover,* de Mariah Carey, y Abby se preguntó quién coño había puesto la radio en aquella emisora. Se habría levantado a cambiarla si no hubiera tenido las manos ocupadas. Aun así, no tardó en sorprenderse tarareando en cuanto entró en una especie de estado de hipnosis. Por primera vez en veinticuatro horas, no estaba pensando en el cadáver, al menos no en el humano. Solo se oía el golpeteo de las polillas contra la luz, a Trevor, la zarigüeya de cola anillada, y a Mariah…

—¡Joder!

Con un movimiento breve y rápido, se había pasado la cuchilla por el pulgar de la mano izquierda. Sintió un súbito calor en la herida, y la sangre caliente brotó enseguida de debajo de un corte recién hecho en el guante quirúrgico. Soltó la herramienta, se envolvió con el puño derecho el pulgar izquierdo y lo estrujó. No quería mirarlo; no quería saber si el corte era profundo. No parecía que fuera a necesitar puntos, pero sabía por experiencia que el dolor de verdad vendría después.

Se bajó del taburete y se acercó al banco de herramientas de Ray, donde estaba segura de que guardaba un botiquín para el trabajo. Empezó a latirle el pulgar. Sin dejar de presionar, pasó entre las cajas de plástico y los tiestos vacíos, dejó atrás la máquina de musculación con telarañas y el viejo tractor cortacésped oxidado y llegó al banco que recorría toda la pared del fondo.

Aquellos eran los dominios de Ray. Aparte de la camioneta, era lo

más parecido que su marido tenía a un despacho. Estaba repleto de diversas herramientas eléctricas. Encima de una caja de plástico llena de recibos y etiquetada por un lado como «IMPUESTOS» con rotulador negro grueso, había una motosierra Stihl manchada de barro y, apoyado en una torre de manuales para torpes, un soplador de hojas Buffalo Turbine cubierto de hierba.

Le llevó casi un minuto de búsqueda desesperada encontrar, por fin, el botiquín. Estaba a punto de entrar corriendo en casa, chorreando sangre por el corte irregular que se había hecho en el guante quirúrgico, cuando lo vio, puesto de canto, encajado entre el banco y la pared del fondo. Debía de haberse caído hacia atrás. Se arrodilló despacio, fue a cogerlo con la mano buena y se detuvo un instante. La tapa del botiquín estaba medio abierta y dentro había algo que parecía…

«¿Eso es un trasero?»

Sacó el botiquín a la luz y se lo llevó a su mesa de trabajo. Soltó el cierre, levantó la tapa y se quedó de piedra. Lo primero que pensó fue que en aquel botiquín no iba a encontrar lo que buscaba, porque, en lugar de vendas, gasas y pomada para los sarpullidos, había una pila de revistas bocabajo. El destello de piel sonrosada de la contracubierta de la primera llevó a Abby a su segundo pensamiento: «He encontrado el alijo de porno de Ray». Sabía que a casi todos los hombres los ponía cachondos la pornografía y no podía censurarle a su marido que quisiera satisfacer sus necesidades, pero le parecía un sitio terrible para esconder sus revistas: podría haberlas encontrado uno de los niños.

Le dio la vuelta a la primera revista para tener una idea más clara del tipo de mujeres que le iban a Ray. ¿Jovencitas, rollo lésbico, maduritas o… *Mountain Stud?* En la cubierta, un rubio descamisado la miraba lascivo. Lucía un pecho bien torneado y depilado, y hacía morritos con la boca. Una mano la tenía en la nuca, mientras con la otra se bajaba la bragueta de los vaqueros.

Confundida, fue dando la vuelta una por una a todas las revistas y las extendió en la mesa, lo que proporcionó una idea clarísima de la situación: *Y-Mag, Boyz, Truck Stop, Man O Man*… Se le abrió despacio la boca, como si fuera una herida, y se olvidó de la que se había hecho en el pulgar izquierdo, que seguía sangrando. El pánico fue inundándola como humo mientras sus ojos saltaban alocados de un hombre desnudo a otro. Algunos hacían músculo para la cámara; otros, abrazados con fuerza, se besaban apasionadamente. En otra, cuatro hombres negros cuyo rostro se había recortado se alzaban sobre un joven blanco que juntaba las manos como si rogara o rezara.

Más tarde, cuando repasara mentalmente el momento una y otra vez, encontraría casi irrisorio todo aquello. Se imaginaría congelada en un peculiar retablo: una mujer con delantal verde oscuro, una mano apretando el dedo enguantado y ensangrentado de la otra, el cadáver a medio desollar de una zarigüeya de cola anillada en una mesa de trabajo y un ejemplar de *Stud-Fucker* abierto delante de ella, con una huella perfecta del pulgar ensangrentado en la esquina inferior izquierda del póster central.

En cambio, en ese momento, solo quería deshacer los últimos cinco minutos de su vida. Volvió a guardar las revistas sin pensar si las colocaba en el orden en que las había encontrado. Le daba igual. No quería más que perderlas de vista. Cerró de golpe el botiquín, lo encajó de nuevo en el hueco entre el banco de Ray y la pared, y entró en casa a por una tirita.

13
La viuda

—Esto es lo que sabemos —dijo la inspectora Eckman—. Esta mañana nos ha llamado Ben Norbo, el dueño del puesto de cebo del paseo marítimo. Nos ha dicho que ha encontrado lo que parecía un coche abandonado en Beech Tree Landing.

Kate y Fisher estaban sentados enfrente de ella, al otro lado de una mesa llena de cercos de café en un cuartito de la comisaría de Belport. Había una ventanita que ofrecía una vista clara de una senda de hormigón mojada que corría entre la comisaría y la casa de al lado. Llovía otra vez. Apenas había parado desde que habían llegado a la isla.

—El vehículo estaba sumergido al final de una de las rampas de botadura, como si alguien lo hubiera aparcado en la parte superior, lo hubiera puesto en punto muerto y lo hubiera dejado deslizarse poco a poco —prosiguió Eckman—. Ben iba a sacar su Riva Aquarama y casi destroza el casco porque no había visto el coche en el agua.

—¿Riva Aquarama? —preguntó Kate.

—Es un tipo de embarcación —contestó la inspectora—. Al principio, Ben supuso, como nosotros, que el coche lo habían tirado unos críos después de robarlo para dar una vuelta con él. Ocurre más a menudo de lo que podrían pensar. Roban un coche en el continente haciéndole el puente, reúnen entre todos el dinero necesario para traerlo en el ferri y luego se deshacen de él. Unas veces lo tiran al mar y otras le prenden fuego. Pensamos que había sido eso.

—Pero no —terció Fisher, que se había traído un cuadernito e iba tomando notas.

—Me temo que no. Mandamos a un agente a echar un vistazo y pedimos una grúa para sacarlo del agua. —Hizo una mueca—. Encontramos a su marido sentado al volante.

Kate se notó un calor y un picor repentinos. Se sentía sola e irreal. En aquellos momentos, era como una barca vieja amarrada en un rincón de un muelle. La necesidad de soltarse y dejarse arrastrar por las olas era imperiosa. De no haber sido por Mia, quizá lo hubiera hecho.

—El coche era de alquiler y estaba a nombre de su marido —dijo

Eckman—. No sabemos con certeza cuánto tiempo estuvo allí antes de que lo descubrieran, pero, a juzgar por el estado de descomposición, creemos que al menos cuarenta y ocho horas.

—¿Está segura? —preguntó Kate—. La empresa con la que tenemos contratada la alarma me llamó anoche. Alguien hizo saltar el sistema de seguridad. Si John ya estaba…

Eckman no la obligó a terminar la frase.

—Puede que la alarma se disparara accidentalmente o que la activara algún animalillo curioso, pero también existe la posibilidad de que anoche entrara en la casa otra persona. Los de la científica van para allí a echar un vistazo. Tendrán que proporcionarnos sus huellas hoy mismo, antes de marcharse de comisaría —dijo la inspectora.

Fisher levantó la vista de sus anotaciones.

—¿Por qué? ¿Somos sospechosos?

—Hay que compararlas con las que encontremos en la casa, nada más.

Fisher garabateó algo en su cuadernito.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Kate—. ¿Cómo…? ¿Cómo mataron a John?

Su suegro la miró de reojo y esperó a que Eckman contestara.

—Como ha pasado un par de días bajo el agua, se han destruido muchos indicios forenses —dijo sin más—, pero sabemos que le seccionaron la carótida.

—¿Eso qué significa exactamente? —preguntó Kate.

—Que le cortaron el cuello —terció Fisher y sus palabras sonaron punzantes y viperinas.

—Sí —confirmó Eckman—. Aún no hemos dado con el arma homicida.

—¿No estaba dentro del coche, con John? —quiso saber Fisher.

—No.

—¿Y han registrado los alrededores?

—Estamos en ello ahora mismo, pero, de momento, no ha habido suerte.

Fisher se sintió aliviado.

—Si John no tenía el arma consigo, no hay posibilidad de que…

—¿De qué?

—De que se quitara la vida.

Kate se estremeció, como si un par de manos carnosas acabaran de cogerla por los hombros y le hubieran gritado «¡Buuu!».

—Pues claro que no —dijo—. ¿Cómo se te ocurre algo así?

Su suegro no contestó; se limitó a anotar algo en el cuadernito.

—Había muy pocos indicios de lucha —comentó Eckman—. Ni

siquiera le dio tiempo a desabrocharse el cinturón. Por eso creemos que John conocía a la persona que lo atacó. Incluso puede que esa persona lo llevara hasta allí con engaños. Estamos revisando el registro de llamadas de su móvil y sus correos electrónicos. ¿John conocía a alguien en Belport? ¿Alguien con quien pudiera haber hablado o a quien pudiera haber visitado?

—Que nosotros sepamos, no —respondió Kate—. Ni siquiera sabíamos que había venido aquí.

—A propósito de eso —dijo la inspectora abriendo la cremallera de un portadocumentos de piel negra y sacando tres fotos—. John llegó a la isla hace dos semanas, el día que les dijo que se iba a Londres. —Dejó la primera foto en la mesa y se la acercó para que la vieran—. Esto lo hemos sacado de las cámaras de seguridad del ferri. Esa reliquia necesita urgentemente una actualización de seguridad, pero creo que coincidirán conmigo en que es él.

La foto tenía mucho grano, poca calidad y mostraba un gran angular de la cubierta principal del ferri de la isla. Había mucho espacio negativo en la imagen (la cubierta blanca limpísima, la barandilla de acero, el mar al fondo…) y un hombre a solas en una esquina. Contemplaba el mar, con las manos metidas en los bolsillos de una parka gruesa y un bolso de viaje entre los pies. Tenía la cara ligeramente ladeada hacia la cámara, como si algo a la derecha del ferri le hubiera llamado la atención. Una barcaza quizá o una manada de delfines. El hombre era alto, delgado y, sin la menor duda, John.

Kate no había pensado en ningún momento que a su marido lo hubieran llevado a Belport por la fuerza, en contra de su voluntad, encerrado en el maletero del coche de algún secuestrador desquiciado o a punta de pistola en una zódiac por un mar agitado, pero verlo allí de pronto, dirigiéndose a la isla voluntariamente, le dolía.

—Tengo un par de agentes visionando las grabaciones de seguridad del ferri de todos los días a partir de ese, pero, de momento, no lo han visto. Damos por supuesto que ese fue su primer y único viaje a la isla. Pagó en efectivo y compró un billete de vuelta para el día siguiente a su asesinato, de lo que deduzco que probablemente tenía intención de volver a casa cuando le dijo que lo haría.

Aquello la reconfortaba, en cierto modo. Indicaba que, en otra realidad, una en la que no lo hubieran asesinado, habría vuelto a casa ocultándole su viaje secreto, quizá para siempre. A ella le habría dado igual porque no lo habría sabido. Habría pasado el resto de su vida en gozosa ignorancia. También confirmaba, al menos para Kate, que John no había ido a Belport a suicidarse, como sospechaba Fisher. ¿Por qué iba a comprar alguien un billete de vuelta de un sitio del que no

pensaba volver?

Eckman les enseñó la segunda foto.

—Esta imagen la captó una cámara montada sobre la puerta del templo de la Iglesia Unida de Bay Street —dijo—. La pusieron para saber quién estaba dejando que su perro hiciera la caquita de la noche a la puerta del templo. Tiene un ángulo raro, pero ofrece una vista limpia del aparcamiento que hay junto al Buy & Bye de enfrente. —¿El supermercado sigue ahí? —preguntó Fisher.

—Sí, sigue ahí —contestó Kate, que conocía bien el Buy & Bye.

Era una tienda pintoresca y carísima, con una sección de juguetitos en la que a Mia le encantaba curiosear. Allí solían hacer ellas dos la compra de toda la familia durante el verano, una buena excusa para salir de casa y que John pudiera leer tranquilo un rato.

Se acercó para mirar la foto. En ella se veía un aparcamiento abierto al público y el muro de ladrillo de la iglesia. Al fondo, estaba de nuevo John, esa vez saliendo del supermercado con dos bolsas llenas en las manos. En aquella foto, la cara de John estaba en línea directa con la cámara. No tenía el ceño fruncido de preocupación ni marcado de angustia. Su rostro no revelaba nada; su expresión era indescifrable.

—No hay cámaras dentro de la tienda, pero estamos casi seguros de que solo fue allí dos veces. La primera el día que llegó, a comprar… —Hizo una pausa, sacó del portadocumentos la fotocopia de un resguardo de compra y leyó—: Pan, leche, carnes y verduras enlatadas, agua embotellada, un alargador, dos regletas, pilas, una linterna de dinamo y chocolate.

—Parece que se estuviera abasteciendo —comentó Kate.

Eckman asintió con la cabeza y prosiguió.

—Volvió a la tienda el día en que creemos que murió y compró la comida que encontraron en la casa.

Fisher, que había cogido por su cuenta la tercera foto que la inspectora había dejado en la mesa, preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

Le pasó la foto a Kate. Era la imagen de dos hombres en un porche viejo y destartalado, tomada seguramente por una cámara de seguridad doméstica. El primero de ellos era John. En aquella sonreía y eso llenó de rabia a Kate. Con todo el engaño que había organizado, aún tenía la desvergüenza de sonreír. ¡Sonreír! Su rostro se le hizo de pronto desconocido. Fisher bien podía haberse referido a John cuando había preguntado «¿Quién es ese hombre?».

El otro, al que Fisher señalaba con el dedo, era un tipo de pecho fornido y brazos cortos y rollizos. Estaba medio de espaldas a la

cámara y se le veía una calva prominente en medio de una mata de pelo fuerte. Estaban los dos plantados en un césped descuidado y ocupado por un montón de piezas de coche viejas, una barbacoa oxidada y un par de barriles de combustible vueltos bocabajo.

—Ese es Russ Graves —dijo Eckman—. Ha vivido en la isla toda la vida y es un poco el excéntrico del pueblo. Sale adelante haciendo trabajillos, con la compraventa de artículos de segunda mano y cosas así. Al examinar los correos electrónicos de John hemos visto que respondió a un anuncio que Russ puso en Gumtree.

Fisher garabateó «Russ Graves» en su cuadernito.

—¿De qué era el anuncio? —preguntó Kate.

—De exterminadores eléctricos de insectos —contestó Eckman.

—¿En esta época del año? ¿Para qué iba a querer John un exterminador?

—Exterminadores —la corrigió Eckman.

—¿Cómo?

—Russ Graves tenía once exterminadores eléctricos en venta. John se los compró todos.

—Eso no tiene sentido —terció Fisher—. Y, cuando algo no tiene sentido, suele no ser verdad.

La inspectora se esforzó visiblemente por ocultar su frustración.

—Lo entiendo, señor Keddie, pero, por favor, centrémonos. Quería preguntarles por la falsa habitación de hotel que John había montado en su casa.

—Lo hizo para que pareciera que me llamaba por Skype desde Londres —contestó Kate.

—Se tomó muchas molestias para mantener una mentira —dijo Eckman—. ¿Por qué no le dijo que venía a Belport?

Kate meneó la cabeza. Empezaba a estar harta de que le hicieran esa pregunta. Cada vez que la oía, le parecía que conocía a John un poco menos. Se llevó la mano al bolsillo y agarró el cuaderno de los dibujos de John. Seguramente la inspectora iba a necesitar verlo.

—No lo sé. Hay algo más. Un par de cosas, en realidad. La pared del salón estaba recién pintada. Ignoro lo que significa eso o si significa algo, pero…

—Sí, estoy al tanto de la pared pintada —la interrumpió Eckman—, pero eso no es lo que nos preocupa ahora mismo, señora Keddie. Necesito comprender lo de la habitación de hotel.

Kate guardó silencio un instante y luego soltó el cuaderno y volvió a ponerse las manos en el regazo.

—A propósito de ese tal Graves… —dijo Fisher—. ¿Tiene antecedentes? Ha instalado una cámara de seguridad en el porche. Eso

ya es sospechoso.

Eckman inspiró hondo.

—Aún estamos investigando al señor Graves, pero tiene coartada y, de momento, parece bastante sólida.

—¿No hay más sospechosos? —resopló Fisher—. ¿Ninguna prueba de verdad? ¿Nada tangible?

La inspectora titubeó. Sacó y escondió la lengua un par de veces, como una tortuga que asomara nerviosa la cabeza.

—Por si sirve de algo, señor Keddie, estamos en ello, se lo aseguro.

—Ahora mismo no sirve de una puta mierda —replicó Fisher.

—Fisher, por favor —le pidió Kate.

Él meneó la cabeza y repasó sus anotaciones. Kate se volvió hacia la inspectora y le preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Aún tenemos unas cuantas pistas que seguir —contestó Eckman —. La ventaja de que ocurra algo así en una comunidad tan pequeña es que, por lo general, si sucede algo fuera de lo normal, la gente se da cuenta. Si me permiten la ordinariez, aquí tenemos un dicho: «No puedes cagar hoy sin que alguien lo huela mañana».

14
La esposa

Desde la calle, el Belly, el pub de la esquina de Bay con Bramwell, desprendía una luz cálida y anaranjada en aquella noche lluviosa. En su interior forrado de papel pintado verde con motivos florales, había una estancia principal salpicada de mesas de merendero. Las paredes estaban abarrotadas de fotos enmarcadas, en blanco y negro, del Belport de los años treinta y cuarenta. En una chimenea de piedra grande situada bajo una repisa tallada en madera de deriva chisporroteaba un fuego.

Cuando a Abby había empezado a dársele bien la taxidermia, la propietaria del Belly, Sheila Gosnell, le había prometido colocar su pieza más preciada sobre aquella repisa. Seguramente había imaginado un ciervo majestuoso con una amplia cornamenta retorcida. Abby se preguntó qué diría si la obsequiaba con Trevor, la zarigüeya de cola anillada.

Abby y Bobbi se sentaron en un cubículo junto al fuego. Abby con un tinto; Bobbi con un blanco. Había sido idea de Bobbi que salieran a tomar una copa, pero era Abby quien la necesitaba de verdad. ¿Habría captado su amiga una especie de petición de socorro telepática que ella había emitido sin querer al encontrarse aquello en el botiquín?

—¿Desde cuándo no hacíamos esto? —preguntó Abby brindando con ella—. Pensaba que habías dejado de beber, en público al menos, hasta que Maggie soltara al bebé y pudiera acompañarte.

—Te lo debía, después de la lata que te di en el coche la otra noche —dijo Bobbi encogiéndose de hombros—. Pero quería hablarte de una cosa. ¿Qué te ha pasado en el pulgar?

Abby se miró la tirita que acababa de ponerse alrededor del corte limpio que se había hecho con el escalpelo X-ACTO. Después de lavarse la sangre, había descubierto que solo tenía una rajita un poquitín más ancha que la de un corte hecho con papel, solo que, igual que ese tipo de cortes, dolía de la hostia.

—Gajes del oficio de la taxidermia —contestó—. Por cierto, yo también tengo que contarte algo.

Bobbi se recostó en el cubículo y se llevó una mano a la nuca.

—Las damas primero —dijo inclinando la copa.

Abby dio un sorbo a su vino y empezó a hablar. Le contó a Bobbi lo de *Mountain Stud* y el rubio que se bajaba la bragueta de los vaqueros. Su amiga la escuchó con la boca bien cerrada y sin que su expresión revelara nada. La única vez que habló fue para despachar a Jim Biggins, un parroquiano del Belly que se había acercado borracho a preguntarle a Bobbi por el asesinato, aunque, después de unos cuantos Woodstock con cocacola de más, había sonado a «asedinado».

Cuando Jim pilló la indirecta y se fue, Abby terminó de contar lo suyo, Bobbi se encorvó hacia delante, apoyándose en los codos, y bebió. Abby le vio algo en la mirada que la puso nerviosa; era como si estuviera haciendo una especie de cálculo complejo. Guardó silencio un buen rato y luego dijo:

—Joooder.

—Sí, joooder —coincidió Abby.

—¿Le has preguntado a él?

—No sé si sabría cómo hacerlo.

—A ver…, para empezar, que mire ese tipo de revistas no significa que sea gay. La sexualidad no es cuestión de blanco o negro, y de eso te puedo hablar con conocimiento de causa. ¿Por qué crees que la bandera del arcoíris tiene tantos colores?

—Desde el punto de vista lógico, eso ya lo sé; desde el emocional, no puedo dejar de preguntarme si se imaginará a Brad Pitt cuando folla conmigo.

Bobbi esbozó una sonrisa y bebió un sorbo de su *chardonnay*.

—¡Qué va! Yo creo que Ray es más de Richard Gere.

—No me estás ayudando.

—Pero si lo has dicho tú misma: Ray y tú seguís haciéndolo. Eddie y Lori son la prueba de que lo habéis hecho por lo menos dos veces, y no creas que me he olvidado de todas aquellas charlas sobre sexo que teníamos a las tantas de la noche en el Buy & Bye. Le ponen tus cositas, es lo que quiero decir. Así que, puestos a suponer, yo diría que igual siente un poco de… curiosidad.

De pronto, Abby tuvo un oscuro presentimiento que la sobresaltó como un susto de película de terror a medianoche. La antigua terminal de ferris era un escondite gay. O al menos eso se decía. ¿Hasta qué punto sentía curiosidad Ray? ¿Lo suficiente para…?

«¡Basta!», se ordenó, poniéndole enseguida la tapa a aquel pensamiento y guardándolo, igual que había tapado el botiquín. Lo cierto era que no tenía forma de saber lo que Ray hacía con aquellas revistas. A lo mejor se las había encontrado en una de las casas que cuidaba; había muchos pervertidos ricos en Neef Street. Eso no explicaba que las hubiera escondido detrás de su banco de trabajo,

pero era algo a lo que agarrarse.

—Tengo que hablarlo con él, ¿verdad? —dijo Abby.

—Me temo que sí —contestó Bobbi.

Abby apuró el vino y meneó la cabeza. Luego fue a la barra a por más bebida.

—Te toca —le dijo a su amiga cuando volvió al cubículo y se sentó.

—¿Eh?

—Me has dicho que querías hablarme de algo. ¿De qué? —Bobbi se revolvió nerviosa en el asiento y bebió un trago de vino. Por lo visto, para contarle lo que fuera necesitaba un porrón de alcohol. Eso no era buena señal—. Por Dios, Bobbi, ¿qué pasa? Me estás acojonando.

—Iba a pasar por tu casa para contarte esto —empezó su amiga—, pero he pensado que sería más fácil sin los críos… y sin Ray. Aunque la verdadera razón por la que he preferido hacerlo aquí es que no paraba de pensar en mis padres. Siempre que tenían que tomar una decisión importante, daban un largo paseo en coche, fuera lo que fuera: qué coche comprar, si había llegado el momento de meter a la abuela en una residencia…, cualquier cosa. Conducían y conducían sin un destino en mente y no volvían hasta que no tuvieran un plan claro. —Bobbi sonrió—. Paradójicamente, el último paseo en coche que dieron fue para decidir si merecía la pena salvar su matrimonio. Por si te lo preguntas, la respuesta es no.

Bebió. Abby esperó a que continuara.

—Un día le pregunté a mi padre por aquellos paseos largos en coche —dijo—. Pensaba que igual el movimiento o la inercia lo ayudaban a pensar. Me contestó que le estaba dando demasiadas vueltas, que la cosa se resumía en: «Donde se come, no se caga». Hay cosas que es mejor solucionar fuera de casa.

—¿Y has preferido cagar donde bebemos? —preguntó Abby.

Bobbi rio.

—Sí. Supongo que sí. —Se recostó en el asiento y se metió las manos pequeñas en los bolsillos del cortavientos. Se estaba calentito en el pub, pero no se lo había quitado.

—Es sobre el asesinato, ¿a que sí? —preguntó Abby—. Sabes que siempre puedes contar conmigo, Bob, y entiendo que no te puedas sincerar con Maggie, pero seguro que la policía tiene algún servicio de terapia…

—No es eso —la interrumpió la otra—. Es sobre el asesinato, pero no es lo que piensas. —Bobbi bebió, cabeceó y se resignó—. Hemos estado revisando el registro de llamadas de la víctima —empezó—. Y cuando digo «hemos», me refiero a la inspectora que lleva el caso. Había una copia impresa en el mostrador de recepción que yo no

debería haber visto, pero se me ha ocurrido echar un vistazo. Sentía curiosidad y he pensado que a lo mejor reconocía alguno de los números. No hizo muchas llamadas, un total de seis en las dos semanas que estuvo aquí antes de que lo mataran. De esas seis, he reconocido dos. La primera era a Speedy Pizza. Los llamó cuatro días antes de lo ocurrido. La segunda…

Sonó un tema de Paul Simon en la máquina de discos y Bobbi se distrajo un momento.

—¿Sí…? —la instó Abby.

—La segunda llamada la hizo el día en que murió, a las 11:16, y duró cuatro minutos y cuarenta segundos —continuó—. Y, oye, no he venido aquí a asustarte ni a acusar a nadie de nada. Solo quería ponerte al tanto. Se me ocurren un montón de explicaciones y con una buena es suficiente.

—¿Qué intentas decirme, Bobbi?

—El día en que murió, la víctima hizo una llamada… a tu casa.

—¿A nuestra casa? —preguntó Ray extrañado—. Imposible. Será un error.

Al volver a casa, se lo había encontrado tumbado en el sofá viendo la tele, pero se había incorporado para hacerle sitio. Buscó a tientas el mando a distancia detrás del cojín del sofá y apagó el televisor, confundido. ¿O preocupado?

Abby se sentó a su lado, entrelazó los dedos, los desentrelazó y se levantó.

—Bobbi dice que no hay motivo para que cunda el pánico. Solo me lo ha contado para que estemos al tanto. Seguramente vendrá una inspectora a interrogarnos y…

—Ab, para, para. ¿Una inspectora? ¡Qué locura! Igual fue una equivocación, no lo saben.

—La llamada duró cuatro minutos y cuarenta segundos —contestó ella—. Demasiado para una equivocación.

Ray frunció el ceño.

—¿Sería uno de los críos?

—Fue a pleno día. Los críos no estaban en casa. Les preguntaré, para asegurarme.

Ray enmudeció.

Un agradable olor a leña ardiendo llenó la estancia. El viento se colaba por la chimenea de la estufa de leña, avivando las llamas y produciendo un aullido espeluznante, curiosamente inquietante. Pensándolo bien, a lo mejor no era inquietante en absoluto. Puede que *Jingle Bells* le hubiera sonado igual a Abby en aquellos momentos.

Bobbi le había hecho un nudo en la cabeza y, de momento, Ray no había hecho nada más que apretarlo.

—Fue el día de la tormenta fuerte, Ray —le dijo ella en voz baja. Él se estremeció al oírlo. Debió de intuir lo que ella estaba a punto de decir, pero la dejó decirlo de todas formas—. Los niños estaban en el cole, yo en el Buy & Bye y tú…

—Me tomé la mañana libre —reconoció—. Llovía demasiado para trabajar.

—Entonces, ¿estuviste en casa?

Por un instante, al resplandor anaranjado e intermitente de la estufa de leña, tenía un aspecto siniestro. Recordó al rubio de la cubierta de *Mountain Stud*. Luego se calmó. Chasqueó la lengua.

—Ahora que lo pienso, sí que recuerdo haber recibido una llamada ese día.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Llamó un tío preguntando por Island Care. Un posible cliente, nada más. Todos esos veraneantes piensan que contratar un servicio de mantenimiento para el invierno es tirar el dinero hasta que llegan a su casa y se encuentran un nido de avispas debajo del porche o una familia de zorros voladores en el cuarto de invitados.

—O sea, que llamó para contratarte…

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Quería saber lo que hacía y cuánto le iba a costar. —Se tiró del lóbulo de la oreja un segundo y luego meneó la cabeza—. Se lo expliqué todo con detalle y me dijo que se lo pensaría y me volvería a llamar. Cuando vi que no llamaba, supuse que había cambiado de opinión. Ahora sé qué pasó en realidad. Da bastante repelús pensarlo. Me pasaré por comisaría mañana, camino del trabajo, para aclararlo todo; no les diré que Bobbi nos ha puesto al tanto, claro. Belport es un sitio pequeño. Seguro que soy solo una de las muchas personas que estuvieron en contacto con él.

—Pidió algo a Speedy Pizza —comentó Abby asintiendo con la cabeza.

—¿Ves? —terció él y volvió a tirarse del lóbulo de la oreja.

Si Ray le hubiera contado aquello antes de que ella abriera el botiquín, posiblemente lo habría creído. No habría tenido motivos para no hacerlo. Pero, si podía guardar un secreto como aquel, ¿cómo iba a distinguir ella la ficción de la realidad? Aunque casi era preferible que lo creyera, ¿no?, porque ¿cuál era la alternativa?

Quería preguntarle por las revistas, pero no estaba segura de querer saber por qué las tenía.

—Ray, ¿hay algo de lo que deba preocuparme? —fue lo único que consiguió decirle.

Él la miró un instante, sonrió, se puso unas esposas imaginarias y se entregó.

—Me has pillado, poli —le contestó.

A Abby no le hizo mucha gracia.

15
La viuda

Zas…, zas…, ¡ZAS!

El ruido venía de fuera y, aunque era de madrugada, no la había despertado; que ella recordara, no había pegado ojo desde que había apagado la lámpara de la mesilla.

Aguzó el oído.

Zas…, ¡ZAS!

Bajó con sigilo de la cama, a oscuras, y se dio con la silla en la rodilla. Al llegar a la ventana, descorrió la cortina casi esperando encontrarse a un asesino demente intentando colarse en la habitación. En cambio, vio a Fisher. Iba vestido con un albornoz del motel hecho trizas, llevaba en la mano un cubo metálico vacío y, tambaleándose, asaltaba la máquina de hielo. Tiraba de la lengüeta, que estaba atascada. Dejó el cubo en el suelo, se arrodilló y volvió a intentarlo. Por lo visto estaba demasiado mamado para reparar en el cartel, pegado con celo a menos de medio metro de su cara, donde se advertía en letras rojas brillantes: «NO FUNCIONA. PERDÓN X LAS MOLESTIAS».

—Puta máquina de los cojones —masculló, rindiéndose.

Al ponerse de pie, tiró sin querer el cubo metálico y lo hizo rodar. Se lo quedó mirando y se encogió de hombros. Lo abandonó y volvió dando bandazos a su habitación, tambaleándose a izquierda y derecha. Kate lo vio pelearse con la cerradura hasta que por fin cayó dentro.

Pensó en volver a acostarse, pero sabía que no iba a dormir. En su lugar, agarró la bandejita de silicona de los cubitos de hielo que había en el minibar y salió al frío de la noche. Hacía un frío tremendo. Corrió a la puerta de Fisher y llamó con los nudillos. No abrió nadie, así que volvió a llamar. Por fin, vio su rostro en la ventana de al lado de la puerta. Los ojos enrojecidos de su suegro la recorrieron de la cabeza a los pies y de nuevo a la cabeza. Parecía borracho, y siniestro.

Desapareció de la ventana y, después de pasearse quince segundos por la habitación arrastrando los pies, abrió la puerta.

—Kate, ¿qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Va todo bien?

—Tengo hielo —dijo ella.

—¿Cómo dices?

—Que te he visto pelearte con la máquina y he pensado que igual te venía bien.

Le pasó la bandejita de hielos.

—Ah, vale, gracias —contestó él—. Me estaba tomando una copita antes de acostarme. Me ayuda a dormir.

—¿Te importa que te acompañe? —le preguntó.

—Ah… —La miró extrañado y luego echó un vistazo a su habitación—. No, claro. Pasa.

La habitación de Fisher era idéntica a la suya, pero al revés. Había una botella vacía de Chivas Regal en el escritorio y otra recién abierta al lado. Sirvió un vaso para cada uno y añadió unos cubitos de los que le había llevado Kate.

—Espero que te guste solo —le dijo pasándole el vaso—. No tengo con qué mezclarlo.

—Así está bien.

Kate se sentó en la cama y dio un sorbo al whisky escocés. Le escoció al tragarlo, pero le calentó la tripa de inmediato. Por lo general, no podía con las bebidas fuertes, pero beberse el Chivas a sorbitos fue como meterse despacio en un baño de agua caliente, demasiado al principio, pero perfecta después. Estuvo callada un buen rato. Le preocupaba que Fisher prefiriera estar solo, pero, cuando se terminaron la bebida, enseguida sirvió dos más.

—No parecía él —dijo Fisher en voz baja, dejando que el hielo tintineara en el vaso—. O sea, parecía él, pero no del todo.

—Como si lo vieras a través del objetivo de una cámara —terció ella.

Su suegro asintió con la cabeza. Sacó un cigarro de la cajetilla, se lo puso entre los labios y preguntó:

—¿Te importa?

—Creo que las habitaciones tienen detector de humos.

—He encontrado un truquito. —Se levantó, tambaleándose, recobró el equilibrio y fue a abrir la ventana. Si tenía frío, lo disimulaba muy bien. Se acercó una silla a la ventana, se sentó y fumó—. Tú no llegaste a conocer a mi padre, ¿verdad? —le preguntó.

—No.

El abuelo de John llevaba cinco años muerto cuando ellos se habían conocido. De enfisema, si no le fallaba la memoria.

—Era un cabronazo inflexible —dijo Fisher—. Un gilipollas, en realidad. Como no se debe hablar mal de los muertos, diré que llamaba a las cosas por su nombre, que no se andaba con rodeos, que no toleraba a los tontos, pero todo eso se resume en que era un

gilipollas. —Le dio una calada al cigarrillo y bajó la vista a la copa que se estaba tomando, venciéndose un poco en la silla—. No soportaba ver llorar a otro hombre. Que yo recuerde, solo lloré una vez delante de él. A los diez años. Había tenido un encontronazo con unos niños mayores. Volvía del colegio en bici y había atajado por «el erial», que era como llamábamos a aquella parcela grande de tierra seca en forma de porción de pizza que había cerca de donde yo me crie. Tres chicos me hicieron una seña para que parara. Andaban tonteando por la enorme boca de salida del desagüe de tormenta. Uno de ellos eran Jim Haskin. Le faltaban varios tornillos y estaba más zumbado que la pipa de un indio, solíamos decirle. A la cara no, claro. No recuerdo los nombres de los otros dos, pero tengo la viva imagen de sus caras sucias.

Kate no dijo nada.

—Fueron esos dos los que me bajaron a la fuerza de la bici —dijo Fisher—, pero fue Haskin quien la metió por la boca del desagüe, le dio un buen empujón para hacerla rodar a la oscuridad y me ordenó que fuera a buscarla. Se juntaron los tres alrededor del desagüe para verme entrar por él. A los dos pasos, se me salía el corazón por la boca. A los tres, estaba a punto de gritar.

Sonrió, pero su sonrisa era trágica, distante, y a Kate le dio escalofríos.

—La oscuridad en aquel desagüe era absoluta, como la muerte —continuó él. Hipó y casi se le cayó el cigarrillo. Kate estaba en la otra punta de la habitación, pero le vio los ojos llorosos—. Aquella oscuridad había engullido mi bici y quería engullirme a mí también. Así que eché a correr. Joder, me encantaba aquella puta bici. Seguirá allí, seguramente, oxidada y esperándome en la oscuridad.

—Fisher, tenías diez años. Cualquiera habría llorado en una situación así. Yo lo haría si me pasara ahora.

—Mi padre no pensaba lo mismo —contestó él con un desdén añejo en la voz—. Entré por la puerta llorando como un cachorrillo y él me miró como si no fuera nada, menos que nada. No es solo que el llanto le pareciera una debilidad, es que lo asqueaba. Yo lo asqueaba, le producía ganas de vomitar. ¿Sabes lo que me dijo, Kate?

—¿Qué?

—Compórtate como un hombre. —Apuró el cigarrillo, lo apagó en el alféizar de la ventana y tiró la colilla a la oscuridad de la noche—. ¡Compórtate como un hombre! Me pareció un comentario tan desacertado para un niño que me juré que, si alguna vez tenía un hijo, las cosas serían diferentes, pero ¿qué dice la Biblia de los pecados de los padres? ¿Que se castigará con ellos a los hijos de los hijos hasta la

tercera y la cuarta generación? Pam lo sabría.

—Tú eres buen padre, Fisher —dijo Kate—. Te lo dice alguien que tuvo un asco de padre. Los pecados que tu padre cometiera terminaron con él.

—Si eso fuera cierto, habría impedido que John viniera aquí. Tuvo que dar señales de que algo no iba bien.

—Si las dio, yo tampoco las vi. —Bebió—. ¿Por qué crees que vino a Belport, Fisher? Si lo atrajo hasta aquí la misma persona que lo llevó a Beech Tree Landing, ¿por qué mintió sobre dónde estaba?

En un rincón de la habitación había una lámpara de cristal de colores que producía sombras alargadas e irregulares en la pared y en el techo. Fisher las estudió mientras sorbía el whisky.

—¿John te habló alguna vez de sus terrores nocturnos?

—No.

—Cuando era adolescente, quince o dieciséis, empezó a tener pesadillas. Unas pesadillas horribles. Se despertaba en plena noche, llorando y gritando. Aquello se convirtió en un trastorno del sueño en toda regla. Se volvió insomne, bajaron sus calificaciones, empezó a quedarse dormido en sitios raros y… a ver cosas.

—¿Ver cosas?

—El sueño es algo muy curioso. Si no duermes lo suficiente, tu cabeza hace locuras. Después de estar uno o dos meses sin dormir apenas, John empezó a tener alucinaciones.

—¿Qué clase de alucinaciones?

—Oía susurros inexistentes, veía siluetas oscuras y sombras por el rabillo del ojo. Luego empezó a ver a «la visita». Así lo llamaba él. —Fisher tragó saliva como si algo invisible le obstruyera la garganta; después continuó—. La visita venía sobre todo por la noche. Se plantaba en un rincón del cuarto de John y lo observaba. Una vez le pedí que la dibujara y pintó un hombre con cazadora negra que tenía una raja grande en la cara de la que salían un montón de…

—Polillas —terminó Kate.

—¿Qué? —dijo Fisher.

—Encontré un cuaderno en la casa. Perdona, tendría que habértelo enseñado, pero es que… Lo tengo en mi habitación. Todos esos dibujos de un hombre lleno de polillas que le salían por la cara. Es lo mismo.

—No —replicó Fisher—. Por entonces, eran orugas. —Kate sintió un súbito escalofrío—. Fue hace mucho. Tomaba cantidad de fármacos: clomi… clomipra no sé qué y luego zolpidem un año entero. Al final cesaron las pesadillas. —Se levantó y rellenó los vasos—. Nunca supimos qué las había producido. Fue un poco como ponerle

una tirita en una costra que sabíamos que se iba a infectar. A Pam le preocupaba que lo hubieran maltratado, lo hubieran agredido sexualmente o hubiera sufrido alguna clase de trauma.

—¿Eso es posible?

Fisher se encogió de hombros.

—Si ocurrió, John no lo recordaba o no quería hablar de ello.

—¿Crees que eso tuvo algo que ver con que viniera a la isla? —preguntó ella.

—Tenía cápsulas de valeriana, manzanilla y tres tipos de antihistamínicos que había comprado en la tienda. Todo eso ayuda a dormir. Ahora que lo pienso, la botella de litro de Wild Turkey también podría considerarse un somnífero.

—John no necesitaba somníferos. Yo me habría dado cuenta. Dormía a su lado.

—¿Tú crees? ¿Lo habría notado él si hubiera sido al revés?

«¿Hasta qué punto conocemos a los demás?», se dijo Kate.

—Entonces, ¿qué insinúas? —preguntó ella—, ¿que volvía a tener pesadillas?

Fisher asintió con la cabeza, bebió y dijo:

—Creo que por eso compró todos esos «somníferos» y creo que por eso compró los exterminadores eléctricos.

—No lo entiendo.

—Me da que, por lo que sea, la visita había vuelto.

Kate se estremeció. De pronto tuvo frío. Puede que fuera porque, con la ventana abierta, se había escapado todo el aire caliente o porque las palabras de Fisher la hubieran despejado.

—Aunque eso fuera verdad, ¿qué tiene que ver con Belport?

Fisher se levantó, apoyándose en la pared para mantener el equilibrio, y cerró la ventana. Apuró el whisky y dejó el vaso vacío en la mesilla de noche.

—Es tarde —dijo—. ¿Te importa que lo dejemos por hoy?

—Fisher…

—Estoy cansado, Kate. Nada más, de verdad.

16
La esposa

Cuando Abby se levantó, Ray ya se había ido. En su lado de la cama había una suave abolladura con la forma de su cuerpo. Se puso unas mallas ya usadas y bajó de puntillas a preparar café y encender el fuego.

Nada más plantar un pie en la cocina, empezó a sonar el teléfono como si la hubiera estado esperando.

—¿Diga?

—Buenos días, cielo. No te he despertado, ¿verdad?

Era Henry Biller, que seguramente la llamaba desde su minúsculo despacho sin ventanas a la puerta del muelle de carga del Buy & Bye.

—No —contestó ella mientras encendía la cafetera de filtro—. ¿Qué pasa?

—Hoy necesito un par de manos más en la tienda y, como querías más turnos, has sido mi primera opción. La poli está instalando una cosa que llaman «oficina de colaboración ciudadana» a la entrada del centro cívico para que la gente se acerque a contar lo que sepa del asesinato, y eso significa dos cosas: que no tienen ni idea y que Bay Street va a ser una feria.

La cafetera burbujeó e inundó la cocina de aroma a café recién hecho. Oyó ruido en el pasillo. Los niños se habían despertado y se estaban arreglando para ir a clase.

—Sé que te pedí trabajo extra, Biller, pero tengo mucho lío ahora mismo. ¿No puede hacerlo otro?

—Danny está en el piso de su novia en el continente, Enza es tan útil como unas ubres en un toro y Marge no se pone el audífono por las mañanas, así que no va a oír el teléfono.

—Entonces, cuando me has dicho que había sido tu primera opción…

—Me refería a que eres la única —terminó la frase Biller—. ¿Cuánto tardas en llegar?

—Dame una hora.

—Me salvas la vida —dijo él—. Si alguna vez llego a instaurar el premio al empleado del mes, tú vas a ser la primera.

—Ajá —dijo ella y colgó.

Subió al baño y se dio una ducha; luego sacó del cubo de la ropa sucia la camisola marrón del B & B. Olía igual que el mostrador de charcutería que Abby había limpiado en su último turno, así que se echó más desodorante de lo habitual.

Cuando volvió a bajar, se cruzó con Eddie, que estaba calzándose al lado de la puerta de la calle.

—Buenos días, hijo —lo saludó dándole una palmadita en el trasero al pasar—. Pásalo bien en clase. Aprende cosas.

—Hola, mamá; adiós, mamá.

El crío abrió la puerta y ya tenía un pie fuera cuando Abby le gritó:

—Oye, Eddie, espera un segundo.

—No dispongo de más si quiero pillar el bus.

Ella se acercó a la puerta y miró por encima del hombro de su hijo. Hacía buen día, pero el césped estaba cubierto por una capa gruesa de escarcha.

—¿Le has notado algo raro a tu padre últimamente? —le preguntó.

—¿Raro? ¿A qué te refieres?

Era una buena pregunta. No le contó a Eddie que la víctima había llamado a casa. No quería asustarlo; además, sabía que, si lo hacía, se lo diría a Lori, que ya estaba lo bastante entusiasmada con el asesinato.

—A nada en concreto —contestó ella—. Solo me preguntaba si tú lo habías notado como… raro.

—No sé —dijo Eddie—. No. No creo. ¿Por?

—Por nada. Olvídalo. Corre, que se te escapa el bus.

Eddie se colgó la mochila de un hombro y se metió las manos en el bolsillo delantero de la sudadera. Se despidió con una breve cabezada, como un monje, bajó corriendo los escalones de la entrada y cruzó aprisa el césped, haciendo crujir la escarcha con las zapatillas.

Mientras conducía, Abby no paraba de rumiar lo ocurrido. Pensó en las revistas, en la llamada de cuatro minutos y cuarenta segundos a su casa, en Ray llorando en plena noche en el baño de los niños para que ella no lo oyera… Eran piezas de un todo mayor, como huesos de un dinosaurio cubiertos de tierra, y ella, arrodillada en el suelo, retiraba la arena con una brocha e iba dejando al descubierto a una bestia sin la menor idea de qué bestia sería ni qué aspecto tendría.

¿Quería saberlo?

Sus pensamientos se detuvieron en seco cuando subió la cuesta de Neef Street y vio la camioneta de Ray aparcada a la puerta de una inmensa mansión de estilo georgiano.

Abby tenía que ir a trabajar, así que pensó en pasar de largo, pero

algo que Bobbi le había dicho en el Belly la noche anterior de pronto cobró relevancia: «Donde se come, no se caga».

Las cosas de las que tenía que hablar con Ray se empezaban a amontonar y habría preferido hablarlas en casa, pero aquello era como si la isla le dijera «Ya es hora».

Pasó con el Volvo entre dos colosales pilares de piedra y siguió un camino de acceso largo y recto hasta la casa. El edificio se alzaba imponente, como un castillo embrujado, en medio de una finca extensa. Había una grieta en la fachada, justo por encima de la ventana de la tercera planta. La grieta seguía un trazo irregular que se detenía debajo del tejado, como en la Casa Usher.

Aparcó junto a la camioneta de Ray, al fondo de una entrada grande en forma de herradura. Su marido tenía la caja de herramientas abierta en la zona de carga de la camioneta. La puerta principal también estaba abierta de par en par. Ray debía de estar aireando la casa. Subió aprisa los escalones y se detuvo en el umbral.

—¿Ray? —lo llamó. No oyó más que el eco de su propia voz resonando en el inmenso recibidor. Entró y recorrió con brío la casa, llamando a gritos a su marido—. ¿Ray? ¿RAY? —Había habitaciones espléndidas en todas las direcciones, con sus chimeneas abiertas y su mobiliario sofisticado envuelto en plásticos protectores, y todas las ventanas de la fachada oeste ofrecían una vista sin obstáculos del mar —. ¿Hola? ¿Ray?

Una punzada de miedo le recorrió la espalda al ver que Ray no contestaba. ¿Y si…? ¡Chas! El sonido la sobresaltó. Venía de fuera. Recorrió la casa, salió por la puerta de servicio a un amplio jardín autóctono, un mar de color bajo un cielo descolorido. Eucaliptos de corteza fibrosa e imponentes hayas mirto espumaban a lo largo de la valla trasera. La finca se extendía hasta la reserva natural de Belport, una franja de bosque profunda, oscura y silvestre.

Salvo por una pequeña población de serpientes marrones orientales, todos los animales que te podían matar en Belport vivían en el agua. Uno podía recorrer las sendas o deambular por las carreteras solitarias de la isla sin miedo a que lo atacaran, se lo llevaran a rastras y lo devoraran, pero Abby no podía evitar imaginarse sombras de bestias gigantescas acechando en aquellos bosques.

Si había aprendido algo en los últimos dos días era que había mucho que temer en aquella isla.

¡Chop!

Siguió el sonido por un caminito de piedra serpenteante hasta un césped recién cortado. Encontró a Ray, hacha en ristre, retirando un eucalipto que había caído sobre una fuente de jardín, volcada a los

pies de Ray. Estaba hundido hasta la rodilla en un revoltijo de madera destrozada y ramas estrechas y retorcidas.

Por el montón de leña que había hecho, llevaba allí un buen rato. Había trocitos de madera por todo el césped. Hacía mucho frío esa mañana, pero a Ray le corría el sudor por la frente. Se acercó despacio para no sobresaltarlo y evitar que se cortara un dedo del pie. Lo vio fuerte y guapo, pasándose el peso del hacha de la mano izquierda a la derecha, levantándola mucho y golpeando con precisión. Partió una rama con un chasquido seco y agudo, y Abby notó en el aire una liberación de tensión casi tangible.

—Hola, cariño —le dijo.

Él levantó la vista e hizo una mueca.

—¿Abby?

—He entrado cruzando la casa. La puerta estaba abierta. Espero que no te importe.

—¿Me estás siguiendo?

La acusación la pilló por sorpresa.

—¿Siguiéndote? No. Pasaba por aquí en coche camino del trabajo y… ¿Por qué te iba a seguir?

Ray dejó el hacha apoyada en el árbol caído y se subió el cuello de la camiseta a la cara para limpiarse el sudor. Le dejó una manchita de porquería en forma de araña por encima del ojo derecho.

—Perdona, estaba a lo mío y me he asustado. No suelo tener otra compañía que la de los pájaros.

El viento se le coló a Abby por debajo de la camisola del uniforme y le produjo un escalofrío.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó señalando el árbol caído.

—Llevo un par de temporadas esperando a que este cayera. Tenía muchos años ya, pero aguantaba como un campeón. Ojalá hubiera caído unos centímetros más a la izquierda y evitado tumbar la fuente.

—¿Has hablado con la policía?

—Aún no.

—Dijiste que ibas a ir a primera hora, antes de trabajar.

—Sé lo que dije, pero aún no lo he hecho. Pasaré por el pueblo cuando termine de limpiar todo esto.

—Joder, Ray, no es que se te haya olvidado comprar leche —le soltó Abby, frustrada, o quizá asustada—. La policía va a querer hablar contigo y preferiría que no lo hicieran delante de los niños. Entiendo que tengas miedo, pero seguro que lo único que quieren es comprobar e investigar tu coartada.

—¿Comprobar e investigar? —se mofó él—. Esto no es una novela policíaca, Ab, y no tengo miedo, estoy ocupado. Dije que lo haría y lo

haré.

—¿Por qué te pones a la defensiva con este asunto? —preguntó ella.

Ray respondió levantando el hacha, asestando un golpe y atravesando una rama muerta y húmeda con un chasquido discordante.

—¿Qué haces aquí, Abby?

—Ya te lo he dicho. Pasaba por delante y…

—¿Qué haces aquí de verdad?

—No quería cagar donde dormimos —contestó ella. Él recolocó las manos en el mango del hacha y le lanzó una mirada asesina, esperando a que continuara, así que Abby continuó—. ¿Sabes cómo me hice esto? —le preguntó levantando el pulgar vendado de la mano izquierda—. Estaba en el garaje, desollando esa zarigüeya que me reservó Susi, y me corté. Pensé que encontraría una tirita en el botiquín que tienes detrás de tu banco de trabajo, pero, en su lugar, encontré tus revistas.

—No sé de qué me hablas, Ab.

—De *Boyz, Truck Stop, Man O Man, Stud-Fucker*…

—¡Madre mía! —exclamó Ray y apretó mucho los labios.

Sus músculos se tensaron. Acarició con un dedo el mango del hacha, mirando al bosque de niaulís que delimitaba la finca.

—¿Lo conocías, Ray? —le preguntó ella—. Al tío al que han asesinado, al que llamó a casa, ¿lo conocías?

—Pues claro que no. Llamó a casa, me preguntó cuánto cobraba por el mantenimiento y ya está. De verdad, Abby, no sé qué mosca te ha picado, joder.

—¿A mí? Ray, ¿qué se supone que tengo que pensar yo? ¿Por qué tienes revistas de esas?

—No es… —Se interrumpió y se apoyó el hacha en un hombro. La hoja estaba pringosa de resina que a Abby le pareció sangre—. No es lo que piensas.

—Lori te oyó llorar la otra noche —dijo Abby.

—Ah, ¿sí? —replicó él con súbita frialdad—. Pues le agradecería que dejara de dar por culo y a ti también.

Abby retrocedió instintivamente y estuvo a punto de tropezar con un cascote de hormigón de la fuente rota. Ray, que había estado mirando con fijeza el árbol caído, levantó la vista. Tenía el rostro desencajado. Su piel parecía cerosa a la luz matinal, como la de una figura del Madame Tussauds. Su mirada le era ajena. Ella no conocía aquellos ojos y, por un momento, tampoco a aquel hombre.

—No te metas, cariño —le dijo él.

—¿Qué?

—Olvídate de esas revistas, de la llamada telefónica, y no te metas. Ya te he dicho que yo me ocupo de eso y lo voy a hacer.

—No sé si puedo hacerlo, Ray.

Por un instante, desconcertada y aterrada, imaginó a su marido abalanzándose sobre ella, levantando el hacha por encima de los hombros y... De pronto, sus bromas sobre Jack Torrance y el mazo de cróquet dejaron de tener gracia.

—¿Ni siquiera por los niños? —preguntó él.

—¿Qué me estás diciendo, Ray?

—Que te andes con cuidado, Abby, y que no te metas, joder.

Ray levantó el hacha y enterró con fuerza la hoja en el tronco del árbol. Acto seguido enfiló brioso el caminito de piedra en dirección a la casa. Mirando hacia el oeste, Abby contempló las aguas azules y profundas del estrecho de Bass y le dieron ganas de sumergirse en ellas.

17
La viuda

Kate despertó con la mente despejada, pero su gozo duró bien poco, porque enseguida sonó el teléfono. Acababa de amanecer y por fin había empezado a adormilarse.

—¿Diga? —dijo medio grogui.

—¿Te he despertado? —oyó susurrar una vocecilla al otro lado.

—¿Mia?

—Sé que es muy temprano, pero como dijiste que podía llamarte cuando me apeteciera…

Parecía inestable. Le notó que había estado llorando.

—Pues claro, bichito —contestó Kate procurando controlar su propia voz. Tuvo que hacer un esfuerzo por no echarse a llorar, pero, a la vez, la sorprendió verse sonriendo a primera hora de la mañana. Era estupendo oír la voz de su hija—. ¿Estás bien?

Se hizo un breve silencio y luego Mia dijo:

—No sé. Creo que sí. ¿Vuelves a casa pronto?

—Muy pronto —contestó ella.

—La abuela me ha dicho que estaban hablando de papá en la tele, pero no me ha dejado verlo ni me ha contado qué decían.

Kate se incorporó y se rodeó las rodillas con un brazo. Cerró fuerte los ojos para no llorar.

—¿Cómo está la abuela?

—Rara. Está bien, pero un poco loca. Esta mañana, yo estaba viendo vídeos en YouTube y me ha preguntado qué veía, así que le he enseñado un vídeo de un mono que iba a lomos de un cerdo y se ha reído tanto tanto que le temblaba el cuerpo entero, como cuando yo finjo que me electrocuto, pero después, de repente, ha empezado a llorar.

—La gente hace cosas raras cuando está triste —le dijo Kate—. Lo siento, bichito. Debería estar ahí contigo y tendría que haber estado a tu lado para contarte lo de papá. Últimamente no… no sé si he sido muy buena madre.

—No pasa nada —contestó por fin Mia—. La gente hace cosas raras cuando está triste, ¿no?

En el breve silencio que siguió, se imaginó a Mia sentada en el

suelo al lado de la cama del cuarto de invitados, oliendo a limpio y a flores, como los carísimos jabones de señora mayor de Pam. Mia estaba solo a dos horas de distancia, pero la sentía mucho más lejos.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Mia.

—¿Quién?

—Papá.

La pregunta la dejó pasmada. Inspiró hondo y mintió.

—Como si estuviera dormido.

—A veces, en los funerales, dejan el ataúd abierto para que puedas ver. ¿El de papá también será así?

—No lo sé, bichito.

—Tendrán que embalsamarlo —dijo Mia vocalizando bien la palabra—. Eso es cuando te sacan toda la sangre y te meten productos químicos para que la carne no se pudra y así no huelas.

—¿Eso te lo ha contado la abuela? —preguntó Kate.

—Lo he buscado en internet —contestó ella. Kate se imaginó su cara, aquellos ojos despiertos y llenos de curiosidad morbosa—. Después te cortan las uñas, te echan gomina en el pelo y te maquillan. Aunque seas chico. Te maquillan igual. A veces los ojos no se quedan cerrados y los pegan con adhesivo instantáneo. Ah, y otras veces, si el cuerpo suelta…, bueno…, cosas, usan pañales de plástico. Perdona, ya paro el carro.

Kate pensó en dejar a los monstruos debajo de la cama y le dijo:

—No, bichito, sigue. ¿Qué pasa luego?

Después de colgar a Mia, Kate no pudo volver a dormirse. Se puso a darle vueltas a una serie de cuestiones prácticas. ¿Cuándo debía empezar a planificar el funeral? ¿A quién debía comunicar la muerte de John? ¿Qué iba a hacer con la casa de veraneo?

Abrumada y mareada, se levantó de la cama y se dio una ducha. Se sentó en las baldosas y cerró los ojos. Imaginó que su dolor era arena y que el agua caliente la arrastraba consigo. Fue en vano. Salió de la ducha, se secó y se vistió. Se hizo una taza de café instantáneo y, como no había leche en el minibar, se lo tuvo que tomar solo; luego se sentó en el colchón esponjoso del motel.

Encendió la tele y zapeó un rato; después se tumbó en la cama y miró al techo. Cuando la luz del día inundó la habitación, pensó en la trampilla de la casa de veraneo. Se imaginó la abertura del grosor de un lápiz y se preguntó qué habría al otro lado, si es que había algo.

Dos cafés más tarde, ya no aguantaba metida en la habitación, agarró las llaves del coche y decidió ir a dar un paseo. De camino al Lexus, se detuvo a la puerta de la habitación de Fisher y miró por la

ventana, casi esperando ver una luz encendida. Estaba a oscuras. La noche anterior, su suegro se había bebido una botella de Chivas antes de que llegara ella, así que supuso que estaría durmiendo la mona unas horas más. Llamó suavemente a la puerta, por si acaso.

Salió Fisher, más rápido de lo que esperaba. ¿Estaba sentado en la oscuridad?

—¿Te he despertado? —le preguntó.

Él negó con la cabeza y se pasó una mano por el pelo.

—Creo que no he dormido nada.

—Voy a salir. ¿Quieres que te traiga algo?

Fisher levantó un dedo como diciendo «Espera un segundo». Se metió en la habitación y salió de nuevo un segundo después.

—No me queda tabaco. ¿Te importaría?

—En absoluto.

Ella se subió al coche, condujo hasta Bay Street y se detuvo delante del Buy & Bye, donde John había parado a comprar, vestido con una parka y una expresión indescifrable. El súper no había abierto aún, así que se dirigió a Neef Street.

Paró en el arcén de enfrente de la casa de veraneo y exploró la finca en busca de coches patrulla. Casi esperaba encontrarla repleta de policía, fotógrafos forenses y técnicos de la científica, pero estaba tranquila y silenciosa. Alguien había estado allí, porque se veían múltiples rodadas de barro de entrada y salida del caminito de acceso y sujeto a la verja había un precinto amarillo que decía en bucle «PROHIBIDO PASAR».

Kate saltó por encima de la verja (si la hubiera abierto, habría reventado el precinto policial) y enfiló a pie el caminito de acceso. Suponía que, en teoría, lo que estaba haciendo era colarse en la escena de un crimen, pero aquella era su casa y no podía quitarse de la cabeza la imagen de la trampilla ligeramente abierta. La llamaba.

Sorteó el precinto policial y entró en la casa. Se habían dejado todas las luces encendidas. Había marcas profundas en la moqueta, de las botas de los policías, supuso. Las barandillas de la parte inferior de la escalera estaban cubiertas de polvillo blanco, igual que los picaportes de las puertas.

Cogió una linterna de debajo del fregadero de la cocina y una escalerilla plegable del lavadero. Se las llevó arriba, al dormitorio de matrimonio, y las puso debajo de la trampilla. Seguía abierta, un poquitín. Con sumo cuidado, subió por la escalera desvencijada hasta el cuarto peldaño. El borde de la trampilla estaba repleto de telarañas y porquería, pero había marcas de dedos en el polvo. Alguien había estado allí recientemente. Se preguntó si el registro policial habría

sido tan exhaustivo como para examinar el altillo, pero no parecía probable.

Abrió la trampilla. Al otro lado solo encontró oscuridad. Apuntó la linterna al interior, pero no vio más que telarañas colgando de las vigas vistas del techo. Subió al último peldaño de la escalera para meter la cabeza por el agujero. Si de verdad quería echar un vistazo dentro, iba a tener que entrar. La escalera se tambaleó cuando quitó el pie de ella, pero, por suerte, no volcó.

Tras recuperar el equilibrio, iluminó nerviosa el espacio inmediato a su persona, por si había arañas, y luego la estancia entera en busca de monstruos y asesinos. El techo era bajo y sus paredes en pendiente estaban forradas de aislante de color rosa. Había una antigua pizarra magnética guardada a la izquierda de la trampilla y un cajón lleno de periódicos antiguos. Deslizó la luz de la linterna hacia delante e hizo un aspaviento. En el suelo polvoriento había huellas de pies descalzos que iban hasta el fondo del altillo.

—¿Hola? —gritó.

Si alguien hubiera contestado, Kate habría salido por la trampilla tan rápido que se habría partido el cuello, pero el altillo estaba en silencio. Desgarró sin querer con la nuca una telaraña gruesa e, histérica, empezó a quitarse sedosas tiras blancas del pelo; luego procuró tranquilizarse. La luz de la linterna temblaba. Enfocó con ella las huellas de pies y las siguió. Una tras otra, fueron adentrándola en la oscuridad.

El espacio era reducido y hacía calor. Se le aceleró el corazón. El sudor se le fue acumulando en el cuello de la camiseta. El altillo era a la vez claustrofóbico y un hueco inmenso e interminable. Se clavó algo duro en el pie y puso cara de dolor. Al enfocarse la linterna, vio una pesa antigua manchada de pintura. John se había traído un juego de pesas a la isla hacía años con la intención de entrenar todas las mañanas, pero no recordaba haberlo visto usarlas jamás.

Exploró el altillo de izquierda a derecha y vio el interruptor de la luz. Lo pulsó con el pulpejo de la mano, pero no ocurrió nada. Estaba a punto de marcharse cuando reparó en que el cable de la luz estaba desenchufado. En su lugar, había una regleta a la que se habían conectado varios ladrones y prolongadores que serpenteaban por la oscuridad como víboras. La encendió.

Lo primero que oyó fue una especie de zumbido grave que retumbaba en sus oídos desde distintos niveles del altillo; luego fueron produciéndose destellos de luz, uno tras otro: azules deslumbrantes, verdes luminosos y blancos intensos. Los exterminadores eléctricos. Kate contó once, todo el alijo de Russ Grave. Estaban amontonados en

diversos puntos por todo el altillo, formando una especie de perímetro irregular de un rincón al otro.

Aterrada, imaginó a la visita de John, sus ojos negros y su rostro sin rasgos distintivos, la boca fina abierta y las polillas saliéndole por ella e inundando la estancia. Con el altillo de pronto completamente iluminado, ya no necesitaba la linterna. Veía perfectamente la estela de pasos que zigzagueaban entre diversas pilas de cosas (un cajón de cazuelas y sartenes, un montón de periódicos empolvados y una caja de cartón en la que ponía «JUGUETES DE BEBÉ DE MIA») y después se reunían junto a un objeto pequeño: una caja de caudales metálica y negra.

Dos círculos perfectos en el polvo le indicaron que alguien se había arrodillado delante de la caja. Iba a cogerla, pero reculó cuando uno de los exterminadores soltó un chasquido fuerte a su espalda. Se volvió, casi esperando ver al ogro comeniños de Mia gateando hacia ella. Un insecto desafortunado había visto su fin en uno de los exterminadores, nada más.

Al centrarse de nuevo en la caja fuerte, observó que brillaba a la luz y no tenía polvo. Quiso levantar la tapa, pero estaba cerrada con llave. Buscó una llave y no vio ninguna. Agitó la caja y le corrió por la mejilla una gota de sudor. Hacía demasiado calor allí dentro; aquel sitio era demasiado pequeño, demasiado raro. Sentía que se asfixiaba y fue corriendo a apagar la regleta. Mientras se extinguía el resplandor de los exterminadores eléctricos, se descolgó por la trampilla, colándose por ella con los pies por delante.

En los minutos que tardó en cerrarla y recoger la escalera de mano, se convenció de que todas las respuestas que había ido a buscar allí estaban encerradas en aquel objeto metálico, que dejó en la mesa de la cocina para ir a por la caja de herramientas de debajo del fregadero. Dentro había unos cuantos tornillos sueltos, un juego de destornilladores de IKEA, un tubo de adhesivo instantáneo seco y un martillo de orejas.

Probó primero con los destornilladores, experimentando con distintos tipos y tamaños. Metió, clavó y meneó cada uno de ellos en la cerradura, pero esta no cedió. Luego lo intentó con el martillo. Sostuvo firmemente la caja con la mano izquierda y, con la derecha, le asestó un martillazo. El primer intento fue débil, penoso. Estaba siendo demasiado cauta. El segundo fue fuerte; el martillo cayó sobre la tapa con un tintineo quejumbroso. La onda expansiva le reverberó por todo el brazo. Solo consiguió abollarla.

—¡Maldita sea! —dijo asestándole un tercer martillazo, más por frustración que por otra cosa.

Con la esquina de la cabeza del martillo se pilló el dedo índice de la mano derecha y una punzada de dolor la sacudió entera. Chilló, soltó el martillo y tiró con rabia la caja, que salió disparada de la cocina, se estampó contra la pared del pasillo y cayó al suelo en medio de una lluvia de polvo de yeso. En la pared había una hendidura triangular, pero la condenada caja de caudales seguía cerrada.

Presa de una rabia incontrolable, una tristeza aplastante y un dolor físico real, se echó a llorar, en silencio al principio y desconsoladamente después. Cayó de rodillas en el suelo de linóleo y soltó todo lo que llevaba dentro. Luego, entre hipos y lágrimas, gritó.

Cuando Kate volvió al coche, le sorprendió ver a un hombre curioseando en su interior a través de las lunas tintadas, haciéndose sombra con las manos. El hombre había aparcado su propio vehículo, una camioneta de trabajo, justo detrás de su Lexus. En un lateral de la camioneta llevaba estampado «MANTENIMIENTO». Ya había visto aquella camioneta el día anterior, estacionada a la puerta de la casa. Entonces no había podido distinguir al conductor, pero esa vez sí pudo ver que se trataba de un hombre de treinta y muchos o cuarenta y pocos.

—¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó nerviosa.

El hombre se volvió bruscamente, haciendo crujir la gravilla con sus botas. Cuando lo tuvo de frente, vio que era bastante guapo: de cejas pobladas y mirada triste e intensa que lo hacía parecer pensativo. Tenía alguna cana y llevaba una camisa de trabajo de color gris claro con «ISLAND CARE» bordado en el bolsillo de la pechera.

—Mierda, perdone —dijo—. Pasaba por aquí y he visto su coche aparcado delante. ¿Conoce al hombre que vivía aquí? —preguntó señalando la casa en cuya puerta zigzagueaba el precinto policial amarillo.

Ella asintió con la cabeza.

—Soy su mujer —respondió ella, aunque suponía que, al menos oficialmente, eso ya no era cierto. Era su viuda. ¡Viuda! Una palabra difícil, demasiado afilada para tragársela, pero demasiado caliente para tenerla en las manos.

—He sentido mucho lo ocurrido. La isla entera está conmocionada. —Reparó en la caja de caudales que ella llevaba debajo del brazo—. ¿Qué tiene ahí?

—Nada —contestó ella dándole vueltas—. He perdido la llave.

—¿Quiere que la ayude a abrirla?

—No quiero molestarlo.

—No es molestia —dijo él tendiéndole la mano—. ¿Me permite?

Ella vaciló, pero luego se la entregó. El hombre la estudió un

segundo; después se la llevó a su camioneta y la depositó en la zona de carga. Abrió una caja de herramientas roja y sacó un martillo y un destornillador de cabeza plana. Kate contempló la calle. Todas las casas grandes estaban vacías en esa época del año. Estaba allí sola con aquel tipo.

—Eso ya lo he intentado yo —comentó.

Ignorándola, él encajó la punta del destornillador en la cerradura y le dio unos golpecitos al mango con el martillo. Después de tres o cuatro golpes estratégicos, la cerradura saltó al interior de la caja. El hombre dejó las herramientas e intentó levantar la tapa. Al final, forzándola, consiguió abrir la caja. Miró el contenido un instante, que se hizo frío e interminable; luego volvió a cerrar la caja y se la devolvió.

—Gracias —le dijo ella.

—No hay de qué.

El hombre volvió a guardar las herramientas al fondo de la camioneta, se subió y se fue. Kate esperó a perderlo de vista. Después se sentó al volante de su coche, echó el seguro a las puertas y abrió la caja de caudales.

18
La esposa

Biller tenía razón. Bay Street era un circo. Había un montón de coches estacionados alrededor del centro cívico, un edificio de ladrillo de bajo presupuesto que compartía una franja de terreno con la biblioteca de Belport.

La policía había instalado su oficina de colaboración ciudadana en el amplio césped de la entrada, una extensión de frondosa hierba verde que se volvía amarilla en verano. El dispositivo, más que una oficina, era un camión blanco alargado al que se había adosado una carpa. Bajo la carpa había una mesita con café y galletas. Alguien había puesto un canto rodado encima de las servilletas para que no se volaran.

Varios agentes andaban por allí, charlando con los vecinos. Uno jovencito con cara de crío hablaba con Mario Brumniach, que organizaba excursiones de pesca en temporada alta. Estudiaban juntos un mapa de la isla, que Mario señalaba con el dedo sin parar. Cerca, la anciana Nancy Malerman, que debía de rondar ya los noventa, apoyada en su andador, le daba la tabarra a un fornido sargento.

Abby vio todo aquello mientras pasaba por delante con el coche a paso de tortuga. Conducía despacio, en parte porque las calles estaban abarrotadas de vecinos demasiado entusiasmados para mirar si venía algún coche, pero también porque sentía curiosidad.

No, ya no era curiosidad. Al principio sí lo era: un asesinato en Belport suponía una ruptura de la monotonía de la vida en la isla. Le había producido la misma comezón que la taxidermia, la novela policíaca o aflojar la marcha al pasar por delante de un accidente en la autopista. Pero estaba descubriendo que la delincuencia era preferible vivirla de lejos, en un lugar seguro y calentito, junto a la chimenea o al borde de la piscina en un complejo hotelero de vacaciones.

De pronto todo le parecía demasiado cercano, demasiado real, como ir a un zoo sin jaulas. Aquello, aunque aún no supiera lo que era, se le había metido en casa. Ray lo había metido en casa. «No te metas, joder.» En esos momentos, no le parecía tan mal consejo.

Todas las plazas del aparcamiento del Buy & Bye estaban ocupadas y, al final, tuvo que dejar el coche enfrente, en el de la Iglesia Unida.

El súper era un hervidero de gente. No tanto como en verano, pero casi. Solo había una caja abierta y la cola llegaba hasta la carnicería.

Biller estaba en la caja, escaneando, sudando y sonriendo en igual medida. Si hubiera sido un dibujo animado, le habrían puesto el signo del dólar en los ojos.

—¡Esa es mi chica! —bramó al ver a Abby—. La caja tres está abierta y lista para cuando puedas.

Abby se situó detrás de la caja, se quitó el abrigo y se remangó. La mitad de la otra cola fue corriendo a su encuentro. Pasó la siguiente hora atendiendo clientes sin parar. Eran sobre todo compras pequeñas: aperitivos, bebidas, tabaco… Nadie había ido allí a hacer la compra de la semana. Si The Sweet Drop Chocolate Shop hubiera estado abierta en esa época del año, o Love Bite's Bakery o Muffins 'n Stuff o, joder, hasta The Dreamy Ice-Creamery, seguramente la mayoría de sus clientes habría ido allí.

Todo el mundo quería hablar del asesinato, pero Abby decidió no darles conversación. Solo iba a conseguir angustiarse o, peor aún, terminar revelando sus preocupaciones. En su lugar, se centró en escanear códigos de barras y guardar las cosas en bolsas, en «El siguiente, por favor» y «Que pase un buen día». Si se descentraba, aunque fuera un segundo, las palabras de Bobbi la estaban esperando como una pila de platos sucios: «Siempre hay alguien que sabe algo». ¿Sería ella ese alguien?

Al final, la cola fue disolviéndose, los compradores felices del Buy & Bye fueron saliendo al frío de la calle y Abby y Biller tuvieron un momento para pensar. Biller no perdió el tiempo.

—¿Qué sabes tú, Abby? —le preguntó limpiándose el sudor de la frente con el faldón del polo y enseñando de paso la tripa blanca.

—¿Qué sé de qué? —respondió ella, aunque sabía perfectamente lo que le preguntaba. Biller esperó—. Muchos chismes y poco más —dijo.

Biller sacó las bolsas de basura de las dos cajas, que llevaban una semana sin cambiar, y anudó los extremos; luego, con un exceso de entusiasmo, cargó con ellas y se dirigió a la puerta.

—Hazme el favor de reponer la nevera de cocacolas, Ab. Ah, y limpia el vómito del lineal tres. Rose Furleo ha entrado con su pequeño Bernie y deja que esa pequeña fiera campe a sus anchas. Por cierto, ¿a quién se le ocurre ponerle Bernie a un niño?

—Creo que nunca te había visto tan contento —le dijo Abby.

Biller se detuvo a medio camino de la puerta y soltó de golpe las bolsas, que aterrizaron en el suelo con un chof.

—Bueno, es que da la casualidad de que tengo un cotilleo muy jugoso sobre el asesinato, por si te interesa.

—Lo cierto, Biller, es que no sé si deberíamos seguir intercambiando cotilleos, por muy jugosos que sean. ¿No te parece un poco irrespetuoso?

Su jefe le dedicó una mirada que ella interpretó como de cierto recelo o cierto estreñimiento.

—¿Qué tal se ven las cosas desde ahí arriba, Abby?

—¿Eh?

—Desde tu torre de marfil.

Ella puso los ojos en blanco y dijo:

—De acuerdo, cuéntame ese cotilleo jugoso.

Él sonrió.

—Vale, ¿tú conoces a mi exmujer, Helen?

—Oficialmente no, pero, con todo lo que me has contado de ella, tengo la sensación de que sí.

Por lo que había podido extraer de lo que le había contado su jefe, Helen Biller, de soltera Watts, era un monstruo demoníaco de cuento popular, una criatura maligna que arrebataba el corazón a los hombres valientes y galantes para zampárselo después en el adosado de tres dormitorios de Barwon Heads, adquirido con los beneficios del divorcio.

—Verás, yo tengo la costumbre, por así decirlo, de llamarla por teléfono cada vez que me agarro un pedo —empezó Biller—. A veces le digo que sigo enamorado de ella, otras que ojalá estuviera muerta, pero la mayoría simplemente hablamos.

—¡Qué afortunada! —comentó Abby.

—El caso es que anoche fue una de esas. Llevaba dos tercios de la botella de Glenfiddich que me había cogido como regalo de cumpleaños anticipado y, cuando quise darme cuenta, ya había marcado su número. Helen jamás reconocería esto delante de mí ni de nadie, pero ella adora Belport. Le gusta estar al día de lo que pasa en la isla y nos pusimos a hablar de lo único que merece la pena hablar ahora mismo por aquí. Resulta que una amiga de una amiga suya es técnico de esos de la científica, de los que empolvan las superficies para sacar huellas y recogen muestras de ADN. Por lo que cuenta, en el interior de la terminal de ferris había sangre por todas partes. —Abby no dijo nada—. Con salpicaduras hasta en las vigas, dice —añadió él cabeceando brevemente, impresionado—. ¿Qué te parece?

—Me parece que voy a ir a limpiar el vómito de Bernie —contestó ella.

—¡Hoy estás hecha un tostón!

—Tú siempre dices que «Si hay tiempo de vaguear, hay tiempo de limpiar».

Meneando la cabeza, Biller cogió las bolsas de basura y las sacó a rastras al contenedor. Cuando salía, se cruzó con una morena que entraba. Iba vestida de distintos tonos de gris y lucía una melena lisa por los hombros. Las manos le colgaban a los lados como a un pistolero. Poseía una belleza natural. No llevaba maquillaje, pero tenía la piel limpia y suave. Su mirada era honda y amable, pero algo triste.

A Abby la cautivó de una forma extraña. Quizá porque no la conocía, algo inusual en esa época del año. No parecía poli, claro que tampoco Bobbi. Su ropa era demasiado cara para una periodista, pero, entre poli y reportera, habría apostado por lo último.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó Abby—. ¿Busca algo?

La mujer se estremeció, levantó la vista como si saliera de un trance y la miró extrañada.

—Tabaco —contestó.

—Ahora mismo —dijo Abby abriendo el armarito de debajo de la caja donde tenían los cigarrillos—. ¿Qué marca? Tenemos tabaco de liar, mentolados, puros… Si le va el rollo gótico, igual hasta hay alguno de clavo de olor al fondo de la vitrina.

La mujer no sonrió. No pareció pillar la broma. Eso la hizo pensar en Lori.

—Me llevo una cajetilla azul de Sterling.

—Excelente elección —dijo Abby socarrona—. Nunca me pude permitir esta marca cuando fumaba, pero me habría gustado. Lo dejé cuando me quedé embarazada. Claro que habría dado igual. Aun así, no me los habría podido permitir.

Estaba desvariando. La mujer torció la boca en un amago de sonrisa.

—¿Cuántos años tiene ya?

—La niña tiene dieciséis, aunque parecen treinta y siete —contestó Abby—. Y tengo un niño de quince que la sigue de cerca. ¿Usted tiene hijos?

La mujer asintió con la cabeza, pero prefirió no explayarse. Volvió a forzar una sonrisa, pagó el tabaco y dijo:

—Gracias, Abby.

—¿Cómo sabe mi nombre?

La otra puso los dedos en forma de pistola y apuntó a la plaquita que Abby llevaba en la pechera y que declaraba en letras de un rojo intenso: «¡HOLA, SOY… ABBY!».

—Ah, vale —contestó.

Mientras la mujer salía de la tienda, Abby pensó que su ropa parecía demasiado cara, demasiado impoluta, demasiado intacta para apestar a humo de cigarro. Antes le encantaba el olor de un pitillo

encendido, pero desde que tenía hijos le daba ganas de vomitar más que Bernie Furleo.

Entonces le vino a la cabeza un nuevo pensamiento, como si hubiera estado dando vueltas en un circuito de espera hasta que los controladores aéreos le dieran autorización. Quizá fuera porque estaba pensando en ropa vieja justo cuando oyó a Biller soltar las bolsas en el contenedor, pero se retrotrajo de pronto a la noche de la gran tormenta.

Al volver a casa, se había encontrado la basura de una semana en la calle. El viento había volcado el cubo. Recordó los cuervos que se habían acercado a darse el festín con su basura y aquella última bolsa de plástico que había rodado hasta el centro de Milt Street.

Cuando terminó su turno, Abby condujo a casa en paralelo al paseo marítimo. Los restos de vegetación costera que salpicaban la carretera se mecían y danzaban con la brisa del mar, vivos y misteriosos. A su izquierda, un terraplén herboso y empinado trepaba hasta la reserva natural; a su derecha, diez metros más abajo, las olas rompían en las rocas escarpadas. Mientras conducía, se dijo: «Haz esto y que sea lo último».

Ya en casa, se dirigió a la puerta lateral del garaje y entró. Buscó a tientas el interruptor de cadena y tiró. Se encendieron con un parpadeo los fluorescentes. Guiñando los ojos para protegerse de su intensidad, se plantó en el espacio vacío de hormigón manchado de aceite donde solía estar aparcada la camioneta de Ray y contempló su banco de trabajo, detrás del cual estaba escondido el botiquín. Luego deslizó la mirada hacia la hilera de estanterías que recorría todo el largo de la pared del fondo.

Sacó la caja de ropa para donar y la abrió. Dentro, justo donde las había dejado, estaban la camiseta de trabajo de Ray, el pantalón militar y las botas de color tostado. Se puso unos guantes quirúrgicos de látex, sacó con cuidado las botas, el pantalón y la camiseta y se dijo: «¿Dónde coño me estoy metiendo?».

Hizo hueco para la ropa en su mesa de trabajo, entre las cuchillas de escalpelo, los alfileres de insectos, los depresores linguales, las pinzas, el mazo de goma y la grapadora. Los fluorescentes zumbaban en el techo y se oía un goteo incesante procedente de algún rincón oscuro del garaje.

Se arrodilló para buscar entre su material de taxidermista. Bien escondida junto a la neverita había una caja grande de plástico. La sacó, le quitó la tapa y hurgó entre botecitos de plástico, frascos y frasquitos de cristal en busca del luminol. Además de desempeñar un

pequeño papel en el proceso de limpieza de la taxidermia, el luminol lo usaban los técnicos de la policía científica para detectar restos de sangre en la escena del crimen, porque, al entrar en contacto con el hierro de la sangre, emitía un resplandor azul que podía verse en una estancia a oscuras.

Procurando distribuir el producto químico de manera uniforme y concienzuda, Abby roció el pantalón, la camiseta y las botas, y rezó para que la puerta del garaje no se abriera y entrase la camioneta de Ray. Cuando estuviera segura de haber usado suficiente luminol, no tenía más que apagar las luces. Si el luminol detectaba sangre, lo sabría de inmediato. Plantada en el centro del garaje, agarró el interruptor de cadena e inspiró hondo tres veces.

19
La viuda

En el interior de la caja fuerte metálica de color negro había una esquela de un párrafo de longitud, perfectamente recortada de un periódico. Los años habían amarilleado el papel y los daños producidos por el agua habían emborronado la tinta en algunas partes, pero aún se podía leer:

David E. STEMPLE
Arrebatado de este mundo el 7 de agosto de 1996.
Espéranos al otro lado, Dave. Le sobreviven dos hermanas amantísimas, un hijo querido y una esposa amada, Annabel.

—¿Quién es David Stemple? —preguntó Fisher cuando Kate le pasó la esquela para que la leyera.

Estaban en la habitación de su suegro en el Blue Whale Motor Inn. Fisher estaba sentado al escritorio, listo para darse una ducha, con una toalla azul colgada del cuello como si fuera una serpiente mascota.

—No tengo ni idea —contestó Kate—, pero esto lo he encontrado dentro de una caja fuerte en el altillo de la casa de veraneo.

—¿En la casa? ¿Has vuelto allí? Kate, está precintada.

—Ya, ya…

—La inspectora Eckman nos pidió expresamente que no…

—Lo sé, Fisher. Es que… estaba harta de sentirme tan impotente.

—Hazme el favor de estarte quietecita un rato —le dijo su suegro —. Te mueves tan rápido que me están dando náuseas.

Desde que había llegado, Kate paseaba nerviosa de un lado a otro de la pequeña habitación de motel, pero, después del comentario de Fisher, se sentó en la cama y se metió las manos entre las piernas. Su suegro parecía a punto de vomitar, pero probablemente tuviera más que ver con el Chivas.

Fisher volvió a leer la esquela con los ojos enrojecidos y entornados y luego se frotó el puente de la nariz.

—Esta esquela es de 1996. ¿Cómo sabes que no ha pasado los últimos veintitrés años en el altillo? Aunque supongo que Pam y yo aún teníamos la casa por entonces y no se me ocurre por qué podría querer ninguno de nosotros guardar algo así.

—La caja fuerte era prácticamente lo único limpio de todo el altillo polvoriento —le explicó Kate—. Aunque haya estado siempre ahí arriba, alguien la ha mirado muy recientemente.

—Entonces, es una prueba.

—Una prueba que la poli ha pasado por alto —dijo ella.

—No deberíamos ni tocarla —replicó él dejando la esquela con cuidado en la mesa—. Podría contener huellas o ADN. Esto podría pertenecer a quien lo ha matado, Kate.

—Era de John —respondió ella con rotundidad—. O se la trajo a la isla o la desenterró al llegar aquí.

—¿Cómo estás tan segura?

—¿Te acuerdas de los exterminadores eléctricos de los que nos habló Eckman? Estaban allí arriba también, en un círculo alrededor de la caja fuerte. Es como si lo hubiera dispuesto así para…, no sé…, que lo protegieran de lo que sea que había dentro de la caja.

—¿Del fantasma de David Stemple? —preguntó Fisher con sequedad.

Echó dos aspirinas efervescentes en un vaso de agua y vio cómo se deshacían entre burbujas mientras hacía girar el líquido en el vaso para acelerar la disolución.

—Tenía miedo de algo, Fisher —dijo ella.

Él asintió con la cabeza.

—Lo sé. No pretendía ser impertinente. Es que todo esto es… demasiado. —Cogió el vaso de aspirina, a pesar de que no se había deshecho del todo y flotaban en el agua varios trozos grandes del medicamento, y se lo bebió de un sorbo, con cara de asco por el sabor —. ¿Has probado a mirar en internet?

—Google me da trescientos mil resultados. Es un nombre bastante corriente.

—Stemple —dijo él, paladeando la palabra como el que cata un vino—. Ahora que lo pienso, igual sí me suena. Voy a llamar a Pam. Igual ella sabe algo. ¿Estás bien, cielo?

Kate se había inclinado hacia delante, aún sentada en la cama, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Se había pasado el matrimonio mirando a su marido por el ojo de una cerradura y, cuando por fin vislumbraba lo que había al otro lado de la puerta, lo que no la confundía la aterraba.

—Es que no entiendo por qué no acudió a mí con lo que fuera que le estaba pasando, joder.

«Esto es lo que pasa cuando no hablamos de los monstruos.»

Detectó en el rostro de Fisher un destello de algo que podría haber sido remordimiento, pero enseguida se deshizo del gesto.

—Nada de esto es culpa tuya, Kate. John tenía una red de apoyo. Podría haber acudido a muchas personas.

—Pero yo soy su mujer, Fisher. Soy su…, soy su… «amada esposa». —Se interrumpió un momento y se acercó a la mesa a coger la esquela —. «Su amada esposa, Annabel» —leyó en voz alta.

—¿Qué pasa? —preguntó Fisher al verle la cara.

«La muerte de Annabel fue la hoja que hizo que reventara el dique», le había dicho Holly Cutter en la cafetería vacía del Trinity Health Centre.

—Tengo que hacer una llamada —dijo Kate.

—Me alegro de oír tu voz —comentó Chatveer Sandhu. —Kate lo imaginó sentado detrás del mostrador de recepción, rodeado de azules pastel y de obras de arte discretas y fáciles de olvidar, escuchando el burbujeo de aquella fuente tan extravagante—. En el Trinity a todos nos dolió mucho la noticia. ¿Recibiste las flores que te mandamos?

—No —contestó Kate—. Pero no he estado en casa. Me alojo temporalmente en Belport.

Kate había vuelto a su habitación para hacer la llamada y estaba sentada en la cama, contemplando la orca de fibra de vidrio por la ventana. Una gaviota mojada se lanzó en picado sobre ella y aterrizó en el sitio seco de debajo de la cola en alto.

—¿Ya sabes cuándo será el funeral? —preguntó Chatveer.

—Hasta dentro de unas semanas no. Hay mucho que organizar aún.

Lo cierto era que ni se había parado a pensar en cosas como los preparativos del funeral, las flores, los panegíricos y, francamente, ahora sabía que había dos versiones de John: el marido y el desconocido. Tendría que encontrar un modo de conciliar esas dos versiones antes de que nadie hincara la pala en la tierra.

—Supongo que querrás hablar con Holly —dijo Chatveer—. Ahora mismo está en una reunión, pero le puedo dejar el recado o pasarte con su buzón de voz.

Estaba casi convencida de que la reunión era inventada. Después de la visita sorpresa de Kate al Trinity, Holly habría pedido expresamente que no le pasaran ni una llamada suya. O eso o estaba delante de Chatveer en ese momento, haciendo aspavientos y susurrándole «¡Dile que no estoy!».

—En realidad, esperaba poder hablar contigo —le dijo ella—. Quería preguntarte por una de las pacientes de John: Annabel. ¿La recuerdas?

—Annabel —repitió Chatveer—. Por supuesto. Fibrosis pulmonar avanzada. Era una vieja cascarrabias, pero a todos nos caía bien. Sí,

señora.

—Holly me dijo que a John le afectó mucho su muerte.

Lo que le había dicho en realidad era que, a la muerte de Annabel, John «se quedó muy tocado».

—Cuando trabajas en un sitio como el Trinity, es imposible no conectar con ciertos pacientes —contestó Chatveer con ternura, visiblemente satisfecho de poder consolar a la pobre viuda—. Yo no soy más que un simple administrativo con pretensiones y, aun así, me paso la mitad de la semana llorando y la otra mitad mirando ofertas de empleo. Pero, ¿sabes qué?, entre John y Annabel había algo verdaderamente especial. Él pasaba horas con ella al terminar su turno. Hablaban o veían *Modern Family*. Bromeaban como si fueran viejos amigos. Se le daba fenomenal, Kate, pero no todo el mundo supo apreciar su conexión.

—¿A qué te refieres?

—El hijo de Annabel era… —Hizo una pausa para elegir bien sus palabras y luego bajó la voz—. Era todo un personaje. Nadie sale del Trinity, al menos en el sentido corpóreo, y, cuando Annabel vino a nosotros, estaba claro que le quedaba poco. Pero, por lo visto, su hijo encontraba demasiado deprimentes los centros de cuidados paliativos. En todo el tiempo que ella estuvo aquí, debió de venir a verla dos veces, tres como mucho. A ver, yo procuro que la verdad, el amor y la empatía guíen mi existencia, pero a veces hay que echarle pelotas. No le costó tanto venir cuando ya había muerto.

—¿Por qué lo dices?

—Pues… —Chatveer se interrumpió y luego enmudeció.

—¿Qué pasa?

—Es que… No sé si debería contarte esto.

—Holly no tiene por qué enterarse.

—No es solo por Holly —contestó el otro—. John tampoco te contó nada de esto, ¿no? —Ella no respondió—. Lo siento, Kate, pero sus razones tendría.

Ella lo meditó un momento.

—La penúltima cosa que John me dijo fue «Si no hablamos de los monstruos de este mundo, no estaremos preparados para hacerles frente cuando nos salgan de debajo de la cama». Me ocultó muchas cosas para protegerme, pero se dio cuenta demasiado tarde de que era un error.

Se hizo un silencio largo; después Chatveer inspiró hondo, tranquilamente.

—Annabel incluyó a John en su testamento, Kate.

Ella se inclinó hacia delante en la cama, pegándose el teléfono a la

oreja.

—¿En serio?

—Le dejó una cantidad pequeña, no sé exactamente cuánto, pero, cuando su hijo se enteró, amenazó con denunciar al hospital y acusó al personal del centro de manipular a personas vulnerables para sacarles el dinero. Las acusaciones eran infundadas, por supuesto, pero estaba furioso.

—¿Cómo de furioso?

—No lo bastante para hacer lo que estás pensando, estoy convencido —dijo Chatveer—. Si te soy sincero, tenía parte de razón. Este tipo de cosas son habituales en cuidados paliativos, sobre todo con los pacientes que están más solos. Tienen dinero y quieren que valga para algo, destinarlo a algo. Pero no es ético. Si John se hubiera enterado en vida de Annabel, le habría puesto freno.

—¿Esto tiene algo que ver con la renuncia de John?

—Oficialmente, John dimitió —le dijo, ya casi susurrando—. Extraoficialmente, Holly no le dejó alternativa. Si el hijo de Annabel siguiera adelante con su amenaza de demandarnos, y parece bastante probable que lo haga, la cosa se complicaría muchísimo. No me malinterpretes; Holly antepone las necesidades del personal del Trinity a todo lo demás, pero ya sabes que es de las que salen corriendo. John se convirtió en una responsabilidad, así que se deshizo de él.

Fuera, escampó lo suficiente para que la gaviota saliera despacio de debajo de la cola de la orca y alzara el vuelo.

—¿Cómo se apellidaba Annabel? —preguntó Kate.

—Ahora mismo no me acuerdo.

—¿Podrías mirarlo?

—No sé, Kate —contestó el otro—. No puedo ignorar la confidencialidad médico-paciente.

—No te lo pediría si no fuera importante —le dijo ella—. Por favor.

Chatveer no dijo nada, pero Kate lo oyó teclear.

—Stemple. Annabel Stemple.

—¿Alguna vez habló de su marido? ¿Se llamaba David?

—Uf, a todas horas —respondió él socarrón—. Si no recuerdo mal, murió hace tiempo.

«El 7 de agosto de 1996.»

—¿Sabes cómo murió? —preguntó Kate.

—No, pero me da la impresión de que fue inesperado. Repentino, incluso.

—¿Por qué lo dices?

—Por cómo lo recordaba ella: hablaba más de las cosas que no habían podido hacer que de las que habían hecho.

De pronto, Kate pensó en los años que le quedaban por delante. John no iba a volver para compartirlos con ella.

—Necesito un último favor —le dijo ella—. ¿Tienes los datos de contacto del hijo de Annabel?

Otro chasquido de lengua contemplativo.

—¿Qué fue lo último?

—¿Cómo?

—Me has dicho que lo penúltimo que te dijo John fue lo de los monstruos. ¿Qué fue lo último?

—Que ya estaba preparado para volver a casa.

Chatveer exhaló y luego lo oyó teclear otra vez. Poco después, lo oyó de nuevo al otro lado de la línea.

—¿Tienes bolígrafo para anotar la dirección?

Kate se acercó al escritorio a por papel con el membrete del motel.

—Adelante.

—¡Anda! —dijo él.

—¿«Anda» qué, Chat?

—El hijo de Annabel. Vive en Belport.

20
La esposa

Cuando Abby estaba a punto de apagar la luz del garaje, se le ocurrió una pregunta aterradora: «¿Y ahora qué?». ¿Qué iba a hacer si el luminol revelaba que había sangre en la ropa de Ray? ¿Iría corriendo a la policía a llevarles las pruebas o cargaría con el secreto de su marido adonde fuera como si se tratase de un tumor? ¿Qué debía hacer una esposa? ¿Hasta dónde debía llegar por amor? Otro pensamiento la asaltó de pronto: ¿sería su marido un asesino? Aun a pesar de la llamada misteriosa, el alijo secreto de porno gay y su reciente actitud defensiva, no se lo imaginaba quitándole la vida a otro hombre.

«Pero eso no es del todo cierto —le susurró una vocecita malvada —. Te lo puedes imaginar porque has sido testigo de su lado oscuro.»

—¿Todos los hombres tienen un lado oscuro? —se preguntó en voz alta como si aquella conversación no estuviera teniendo lugar en su pensamiento. Su voz, al resonar en las paredes del garaje, le sonó desconocida.

«¿Y todos los hombres se comportan como Ray cuando les sale el lado oscuro?»

Abby y Ray discutían de vez en cuando, como cualquier pareja, pero rara vez lo bastante alto como para que los vecinos salieran a husmear. Él jamás le había pegado ni nada parecido, pero sí era cierto que tenía mal genio y ella había visto ese genio transformarse en una bestia de dientes afilados.

Lo llamaba «el lado oscuro». La última vez que lo había visto sacarlo había sido una noche calurosa de verano hacía mucho tiempo, cuando ella estaba embarazada de ocho meses y medio de Lori. El recuerdo la azotó de pronto. Se convirtió en una trampilla y Abby cayó por ella dando tumbos y retrocediendo en el tiempo hasta que…

… hacía diecisiete años y Abby y Ray estaban a medio camino de casa. Volvían del Belport Medical. Habían tenido que salir corriendo a Urgencias porque Abby estaba convencida de que se había puesto de parto. Resultó que tenía falsas contracciones o «la tripa llena de

pedos», como lo había descrito el médico.

Hacía una noche asfixiante. El aire acondicionado del viejo Datsun no funcionaba (el coche había terminado en el desguace seis meses después cuando Abby había derrapado en el arcén de Old Harbour Road, por la gravilla suelta, y se había empotrado en el buzón de ladrillo de Les y Kathleen Bale), así que todas las ventanillas iban bajadas. El aire caliente inundaba el coche y traía consigo un aroma a fogata y fiesta al aire libre.

Era mediados de enero. En Bay Street había un atasco brutal. Emparedados entre un BMW amarillo y un Mercedes plateado, se dirigían a casa a trompicones, avanzando un máximo de quince centímetros cada vez. La senda estaba repleta de turistas bronceados. Una pandilla de quinceañeras en bikini mantenía una guerra de globos de agua. La cola de The Dreamy Ice-Creamery salía de la tienda y serpenteaba por la calle. Del Belly emanaba música de David Bowie. Dentro, como de costumbre, un puñado de hombres y mujeres de mediana edad reventaban la pista de baile.

Ray lo veía todo desde detrás del volante del Datsun y gruñía.

—Antes la isla entera era territorio de caza —dijo manteniendo en la medida de lo posible la distancia entre el coche que llevaba delante y el suyo—. Los aborígenes venían remando desde el continente a por marisco y huevos de cisne. Mira cómo está ahora.

—No te ofendas, Ray, pero no me apetece hablar de marisco y huevos de cisne en estos momentos.

Su tripa llena de pedos se había quedado en un estado permanente de náuseas.

—Yo solo digo que, con la pasta que despilfarra esta gente cada año, casi se podría curar el hambre en el mundo.

El hecho de que tanto Abby como él, y el resto del pueblo, dependieran del turismo para sobrevivir parecía habérsele escapado temporalmente.

Por fin el tráfico se aligeró lo suficiente para que pudieran correr.

—Mira eso —dijo Ray señalando los coches aparcados en línea—. Deportivo, deportivo, Mercedes, deportivo… ¡Ese es un Blackhawk, por el amor de Dios! ¿Tienes idea de lo que cuesta un Blackhawk?…El coche se sacudió bruscamente un instante y luego resonó un súbito chasquido metálico. Ray, que había pisado con suavidad el freno para dejar cruzar a un crío con una BMX por el paso de cebra, apretó con fuerza el volante y los dientes aún más fuerte.

Abby, que no llevaba puesto el cinturón porque era como una boa constrictor alrededor de su tripa de embarazada, salió disparada hacia delante. Soltó un ruido, una especie de quejido aterrado y

desesperado, y se envolvió el vientre con las manos.

Les habían pegado un golpe por detrás.

—¡La madre que los parió! —masculló Ray, respirando fuerte por el subidón de adrenalina. Le temblaban las manos—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —contestó Abby.

—Podrías haberte hecho daño, haber hecho daño al bebé.

Se giró hacia ella, con la mirada distante, oculta tras una bruma de rabia que crecía con rapidez. Ray miró por el retrovisor y después se retorció en el asiento para mirar por la luna trasera.

—¡Putos turistas! —espetó.

El coche de detrás era un Mercedes. Tenía daños superficiales en el morro, pero nada que no pudiera arreglarse con un poquito de dinero de papá. El conductor tendría veintipocos y algo de pelusilla en el mentón. Se inclinó sobre el volante para inspeccionar los daños y después se volvió hacia su novia, sentada en el asiento del copiloto, y dijo solo con los labios «Ups».

—Podría haberte hecho daño —repitió Ray.

—Estoy bien, Ray.

—Le habría hecho daño al bebé.

—Ray, respira, no hagas nada que…

Pero era demasiado tarde. Ya se había bajado del Datsun, apretando los puños, colorado, con la cabeza hacia delante. Dejó la puerta del conductor completamente abierta y se acercó furioso al Mercedes. El conductor bajó también, con una sonrisa de medio lado, y Abby se inquietó. Cada vez más tensa, se giró en el asiento para mirar.

Con el ruido de la calle, Abby no distinguía lo que decía el conductor, pero oyó a Ray porque estaba gritando.

—¡Puto imbécil! —le gritó—. Si vas a venir a mi isla a conducir como un puto demente…

Abby abrió la puerta del copiloto y bajó del coche como pudo, agarrándose con una mano al techo del Datsun y sujetándose la tripa con la otra. Bajó justo a tiempo de ver al conductor poner los ojos en blanco.

—Relájate, tío —le dijo—. Íbamos como a dos kilómetros por hora. Yo te pago la…

—Me importa una mierda la velocidad a la que fuéramos ni lo que me vayas a pagar. Mi mujer está embarazada, puto capullo rico.

El crío de la BMX, por el que Ray había frenado para que pudiera cruzar, estaba sentado en la bici, observando pasmado y nervioso. Una horda de jóvenes que iban bebiendo cerveza se detuvo a presenciar el alboroto, igual que una parejita que empujaba el cochecito de su bebé.

Los conductores de los coches que se habían quedado atrapados detrás empezaron a pitar.

—Mira, no sé qué decirte, tío; ha sido sin querer —dijo el conductor del Mercedes mirando nervioso de reojo a su novia, que seguía en el coche y, cuando Abby la miró, echó el seguro a la puerta —. Nos damos los datos para el seguro y nos olvidamos. No hay motivo para que esto nos estropee la noche.

—Ray —lo llamó Abby—. ¡Venga, vámonos!

—Vuelve al coche, Ab.

—Pero…

—Te he dicho que vuelvas al puto coche —le soltó girándose hacia ella; luego se volvió de nuevo hacia el conductor. Ray ya no estaba allí. Le había salido el lado oscuro.

—Joder, tío, no trates así a tu chica —le dijo el otro—. Ella no tiene la culpa de que su marido sea un psicópata.

«Ay, no», se dijo Abby.

—¿Qué me has llamado?

Los coches de atrás siguieron pitando y se amontonó más gente para ver el caos que se estaba organizando en plena Bay Street.

—Tranquilízate, Ray —le pidió Abby—. Por favor, sube al coche.

—¿Quieres que lo cubra mi seguro o no? —le preguntó el joven conductor.

—Te crees que todo se arregla con dinero, ¿verdad?

—Lo que tú digas, tío. Estás disgustando a tu chica y acojonando a la mía, así que me voy.

—Tú no vas a ningún lado hasta que yo lo diga. —De pronto nervioso, el joven sacó las manos de los bolsillos y empezó a cambiar el pie de apoyo del uno al otro—. La gente como tú no aprende — espetó Ray—. Tus papás te sacan de todos los líos a golpe de talonario hasta que eres lo bastante mayor para hacerlo tú. Pero tienes que aprender. Podrías haberle hecho daño a mi mujer.

—Lo sé —contestó el otro retrocediendo con las manos en alto—. Lo siento mucho.

—Conmigo no te disculpes; discúlpate con mi mujer.

Antes de que el joven pudiera decir nada más, Ray lo agarró del brazo y lo arrastró hasta donde estaba Abby. Su novia gritó histérica desde el interior del coche. A su alrededor la gente protestaba a voces: «¡Cálmate, hombre, que no es más que un crío!», «¡Déjalo en paz! ¡Que alguien llame a la policía!», «¿Se te pira la pinza, tío? ¡Si mide la mitad que tú!».

Ray no parecía oír a ninguno de ellos. Estaba en otro sitio, lejos de ellos, de la razón. El conductor del Mercedes se revolvía a su lado,

pero, por suerte, no contraatacaba. Se volvió hacia Abby, sollozando, con un miedo hondo, resonante y traumático escrito en la cara.

—Lo siento —gimió—. Lo… lo siento.

Aumentaron las voces reprensoras alrededor. Abby le agarró a Ray la mano que tenía libre, se la apretó fuerte, le clavó las uñas en la piel y le dijo:

—Piensa en lo que estás haciendo. —Ray se volvió a mirarla. Tenía el rostro desfigurado por la misma mueca demencial que le vería diecisiete años después, cuando, plantado delante de un eucalipto caído, le diría «¡Que no te metas, joder!»—. Cariño, déjalo estar —le pidió ella con toda la calma de que fue capaz.

De algún modo, en medio de los gritos de la gente y de los pitidos de los coches atrapados en el atasco, Ray la oyó. Despacio, relajó la mandíbula, sus ojos volvieron a enfocar y el lado oscuro se esfumó. Su marido volvió a ella.

Ray soltó al joven. No se dieron los datos del seguro, pero al Datsun tampoco le había pasado gran cosa. Abby dudaba que el conductor del Mercedes volviera a pegarle a ningún otro coche por detrás.

Ellos dos volvieron a casa sin hablar.

Más tarde, cuando estaban en la cama, tumbados encima de la colcha, viendo girar el ventilador de techo, Ray le dijo que lo sentía. A la luz tenue de la lamparita de la mesilla, le había parecido un niño perdido, más asustado si cabe que el joven del Mercedes.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó ella—. Nunca te había visto desbarrar de ese modo. —Él culpó de su arrebato al estrés de ser padre primerizo. La falsa alarma de parto lo había angustiado. Estaba cansado, nada más—. Prométeme que no volverá a ocurrir —le dijo Abby.

—Ab, no tienes que preocuparte por mí.

—Esta noche me has acojonado mucho —contestó ella—. Así que prométemelo.

—Te lo prometo.

Abby le dio un beso suave en la boca y se puso de lado, en parte porque era la única postura en la que estaba cómoda, pero también porque no le apetecía verle más la cara a su marido esa noche. Estuvo despierta mucho rato, hasta mucho después de…

… apagar la luz. Se quedó plantada en la oscuridad del garaje, con la mano en el interruptor de cadena, y, con pasmo y desconcierto, vio encenderse el luminol como una fosforescencia en la pared de una cueva subterránea. La sustancia, activada por la sangre atrapada en las fibras de la ropa de Ray, refulgía en azul. Había salpicaduras en la

pechera de la camisa, más en las botas y un charco grande en la pernera izquierda del pantalón militar.

Abby se sintió desconectada.

Cuando el resplandor azul del luminol se extinguió y la envolvió de nuevo la oscuridad del garaje, recordó al joven que conducía el Mercedes aquella noche. Sollozaba espantado, triste. Y así estaba ella.

«¿Y ahora qué? —se dijo—. ¿Y ahora qué, joder?»

21
La viuda

El hijo de Annabel Stemple vivía en una calle poco concurrida, Sunset Strip, una perpendicular entre Neef Street y Old Harbour Road. Cuando Kate había empezado a ir a Belport hacía un decenio, era una de las zonas más exclusivas de la isla. Desde entonces, la mayoría de las casas que salpicaban la calle se habían vendido, iban a convertirse en urbanizaciones y se encontraban en diversas fases de transformación. Aquel era un mundo de hogares a medio construir, vallas metálicas y parcelas de tierra muerta.

Kate siguió el GPS hasta una casita apartada de la carretera por un jardín silvestre repleto de malas hierbas, hojas secas y ramas caídas. Había una decena de gnomos con la pintura desconchada esparcidos por el césped, la mayoría volcados o engullidos por la naturaleza. La casa parecía algo ladeada, brotaba hierba de los canalones y una de las ventanas estaba tapiada con lamas de palé.

Por un instante, se preguntó si habría hecho bien yendo allí sola, pero estaba convencida de que contarle a la policía lo que había averiguado gracias a Chatveer iba a ser una pérdida de tiempo y no le apetecía que Eckman volviera a tratarla con aires de superioridad. En cuanto a Fisher, entraría allí en modo apisonadora y lo empeoraría todo. Pero la verdadera razón era que quería descubrir los secretos de John, fueran los que fueran, antes que nadie más. Si sabía la verdad, podía proteger a Mia de ella; a pesar de lo que John le había dicho, quizá había monstruos que era preferible dejar escondidos. Había dos coches aparcados a la entrada. Uno de ellos, un Commodore antiquísimo de color azul, llevaba montones de pegatinas en la parte de atrás. Una rezaba: «¿Quieres ver a Dios? Pues sigue comiéndome el culo». Otra: «Las vacunas producen adultos». Luego había clásicos como «Mi otro coche es un Porsche», «Pita si estás cachondo» y «Ojo: freno por nada». En medio de todo aquello, había una pegatina de la Cruz del Sur. El segundo coche estaba montado sobre unos bloques de hormigón y le faltaban las dos ruedas traseras.

Aparcó el Lexus en la acera de enfrente y se dirigió a la casa. Cruzó con brío la verja de entrada y el jardín (si perdía el impulso, quizá se acobardara) y llamó fuerte a la puerta.

Pasaron diez segundos, veinte. No abrió nadie, así que volvió a llamar, más fuerte esa vez.

—¡La madre del cordero! —se oyó una voz desde dentro—. Ya voy, ya voy. —Se abrió la puerta y apareció un hombre con los rasgos oscurecidos y distorsionados por la maltrecha mosquitera—. ¿Sí?

—¿Eres Marcus Stemple? —preguntó Kate.

El tipo bostezó al tiempo que se rascaba las pelotas.

—¿Qué vende? ¿Seguros, ONG o religión?

—No vendo nada —contestó ella sin inmutarse—. Me llamo Kate Keddie. Conociste a mi marido, John. Era médico en el Trinity Health Centre. Cuidó de tu madre.

Stemple abrió la mosquitera y se acercó para ver bien a Kate. Era un hombre delgado, de veintimuchos y extremidades largas insertadas en un tronco compacto y sólido a modo de araña patilarga. Tenía el rostro pálido como el de un vampiro, el pelo moreno y grasiento, y los ojos hundidos y sembrados de patas de gallo. Dejó que la mosquitera se cerrara a su espalda de un portazo que sobresaltó a Kate.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó.

—John vino a Belport hace un par de semanas —contestó ella—. Luego, hace cuatro días, lo asesinaron.

Marcus eructó y acto seguido asintió.

—Sí, algo he oído. Tiene a todo el pueblo en estado de alerta. ¿Y yo qué pinto en todo eso? —Kate se sacó del bolsillo de los vaqueros la esquela de David Stemple y se la dio. Marcus la leyó sin inmutarse, la dobló y se la devolvió—. Nunca la había visto. Esa esquela tiene veintitrés años. ¿De dónde la ha sacado?

—La he encontrado entre las cosas de John.

—¿Y por qué la tenía él?

—Confiaba en que pudieras ayudarme a averiguarlo.

Marcus se hizo sombra con la mano y escudriñó la calle. En medio de aquel paisaje gris, el Lexus de Kate llamaba la atención como un pulgar hinchado y enrojecido.

—¿Ha venido sola? —Aunque la pregunta era inquietante, Kate asintió con la cabeza—. Supongo que puede pasar —le dijo él—, pero no suelo recibir visitas, así que no tengo café ni té ni bollitos ni nada de eso.

—De acuerdo —contestó Kate.

El hogar de Marcus Stemple era espartano y casi parecía provisional. No había mascotas ni plantas. Sus únicos muebles eran un escritorio y una silla de madera, un sillón junto a la ventana que ninguna ONG habría querido y una mesita de centro forrada de botellines de cerveza vacíos, ceniceros y una cachimba extravagante.

Las paredes eran del color de la mostaza quemada y flotaba en el aire un olor a humedad rancia.

Marcus se dejó caer en el sillón y los cojines exhalaron polvo. Kate se sentó en la incómoda silla de madera, junto al escritorio, en el que había una mugrienta máquina de escribir Royal Epoch.

—¿Eres escritor? —preguntó ella.

—No usaría esa carraca si lo fuera —respondió él—. Era de mi padre. Como casi todo esto.

—¿Cuánto hace que vives en Belport?

—Ah, no vivo aquí. Si tuviera que vivir aquí, me pegaba un tiro. Solo estoy de paso. Hace dos o tres años me metí en un pequeño lío —dijo entrecomillando en el aire «un pequeño lío»—. Perdí el trabajo porque mi jefe era gilipollas. Me quedé sin dinero y, como mi madre se negaba a poner un pie aquí, pero tampoco quería venderlo, pensé que este viejo tugurio era un sitio tan bueno como cualquier otro para aclararme.

«Dos o tres años son mucho tiempo para estar de paso en un sitio», se dijo Kate.

—Siento mucho lo de tu madre —dijo.

—¿La conocía?

—No, pero, por lo que me han contado, John y ella se llevaban muy bien. Me he enterado de lo que pasó, que lo incluyó en su testamento.

Marcus se humedeció los labios.

—A juzgar por el Lexus aparcado ahí fuera, yo diría que no era la primera vez que John apretaba las tuercas a sus pacientes. Colarse de ese modo en los últimos días de vida de una persona y manipularla para quedarse con el fruto de su esfuerzo es un negociete bastante chungo. ¿Cree que por eso se lo han cargado?

Kate se estremeció y, peor aún, Marcus se dio cuenta.

—John no era de esos —dijo—. Si tu madre le ofreció algo fue porque quiso.

Marcus se levantó de golpe y, por un instante, Kate pensó que la iba a agredir, pero entonces pasó por su lado y entró en la cocina contigua, dejando tras de sí un hedor a sudor, a falta de higiene, a tigre, como decía Mia.

La cocina estaba abarrotada de cosas y manchada de nicotina. Habían retirado el fregadero y quedaba a la vista una cavidad rectangular llena de tuberías oxidadas y telarañas. Una nevera antiquísima ronroneaba como un músico callejero borracho. Agarró una de las cervezas, volvió al salón, se dejó caer otra vez en el sillón y la miró como diciendo «Soy un hombre ocupado, así que ve al grano o

lárgate».

—¿Llegaste a conocer a John? —preguntó Kate.

—Claro.

—¿Cuándo?

Marcus se encogió de hombros, bebió y se lo pensó.

—Hace unas dos semanas.

—¿Dos semanas? ¿Seguro?

—Ajá. El doctorcito estaba sentado justo en el mismo sitio que usted ahora.

Kate se aferró a los brazos de la silla de madera como el que tiene miedo a volar, como si aún fuera a poder percibir las vibraciones de cuando John se había sentado allí.

—¿Vino aquí, a esta casa? ¿Lo… lo sabe la policía?

—¿Por qué lo iba a saber? —preguntó Marcus y luego eructó.

—Porque estaban montando una cronología de los hechos, nada más. Para averiguar los movimientos de John en la isla antes de…

—A mí nadie me ha preguntado nada —contestó él—. Y si está pensando lo que yo probablemente también pensaría, no. No tuve nada que ver con lo que le pasó. Una cosa es desearle la muerte a alguien y otra muy distinta matarlo.

—Ah, no, yo no…

—Sí, claro que sí.

—¿Por qué vino John aquí? —preguntó ella.

—No llegué a enterarme —contestó Marcus—. Igual pudo haber venido a ayudarme como a zurrarme, o a ambas cosas.

—¿A qué te refieres?

Rio para sí.

—Lo que digo es que vino con ganas. Quería hacer las paces. Se disculpó. Mire, no era mi intención que lo despidieran, solo que no me hacía gracia que se aprovechara de mi madre y eso fue lo que le dije. Por mi parte, ahí terminaba el asunto.

—Pero no fue así.

Arañó la etiqueta de la cerveza con la intención de arrancarla.

—Quiso devolverme el dinero que mi madre le había dejado. Me dijo que yo lo necesitaba más que él. No soy una puta obra de caridad, y se lo dije también, pero el tío no cedía. Iba… a piñón fijo.

—¿Por qué lo dices?

—Se había empeñado en que yo necesitaba la pasta, pero lo que pasaba es que él necesitaba devolvérmela. La muerte de mi madre lo había dejado jodido. Más que a mí, incluso. Estaba obsesionado y buscaba otro sitio en el que proyectar su obsesión.

—A lo mejor se sentía culpable de que Annabel lo hubiera incluido

en su testamento —sugirió Kate.

—Se sentía culpable de algo, eso está claro —respondió el otro—. Créame, los que somos así nos olemos unos a otros.

Se recostó en el sillón para contemplar Sunset Strip, por el estrecho pasillo y a través de la mosquitera.

—¿Hablasteis de alguna otra cosa? —preguntó ella.

Marcus se subió el cuello alto hasta los labios y lo chupó como un lactante. Tragó saliva y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Me hizo muchas preguntas sobre mi padre.

—¿Qué clase de preguntas?

—Quería saber qué recordaba de su muerte. Yo tenía cinco años cuando ocurrió, así que solo me acuerdo de que mi madre lloraba mucho y de que nos llevaron a Mollymook, a casa de mi tía Rita, que tenía un perro que era un puto peñazo.

—¿Por qué tenía John tanto interés en tu padre? —quiso saber Kate.

—Eso pregúnteselo a él. Si quiere probar, tengo una güija por ahí.

—¿Cómo murió tu padre?

Marcus se detuvo a medio trago, dejó el botellín en la mesita de centro y la miró furioso.

—¿No lo sabe?

—Solo sé que fue repentino —contestó ella.

—«Repentino» —repitió él—. Sí, podría llamarse así.

22
La esposa

Mientras reunía el valor para entrar, Abby escuchó el repiqueteo de la lluvia en el techo del Volvo. Estaba aparcada en Old Harbour Road, enfrente de Deepwater Living, el edificio de apartamentos de Bobbi.

Inspiró hondo unas cuantas veces, se obligó a bajar del coche y se encaminó al edificio. Seis o siete cuervos presidían la valla metálica que separaba el bloque de apartamentos del solar vacío de al lado. La observaban. Uno de ellos le graznó con una inquina que casi le pareció personal.

Localizó el número del apartamento de Bobbi en el telefonillo: 2B. Alguien había añadido «olleras» con rotulador negro grueso y lo había convertido en «2-Bolleras». La recorrió un escalofrío. Resultaba tentador pensar que Belport era un microcosmos progresista aislado del continente e inmune a sus prejuicios, pero entonces se encontraba una cosa como aquella que le recordaba que era una ingenua. Pensó en lo que ocurría en el interior de la antigua terminal de ferris y se dijo que, si el pueblo fuera tan tolerante como ella creía, no haría falta que existieran sitios como ese.

Pulsó el botón. El telefonillo chisporroteó y luego se oyó una voz dulce y relajante.

—¿Sí?

Era la novia de Bobbi, Maggie.

—Soy yo.

—¿Podrías concretar un poco? —dijo Maggie—. En circunstancias normales, no preguntaría, pero pudiendo haber un asesino suelto por la isla…

—Soy Abby.

—¡Abby! Sube echando leches. El telefonillo no funciona y no puedo abrirte desde arriba, pero, por suerte para ti, tampoco funciona el cierre de seguridad de la verja.

La puerta se abrió con un empujoncito. Abby bordeó el jardincito de helechos y subió dos tramos cortos de escaleras exteriores hasta el apartamento de Bobbi. Maggie la estaba esperando en el descansillo de la segunda planta, con una mano en la cadera y la otra en el tripón. Llevaba vaqueros premamá y una camiseta blanca de la talla XL. El

embarazo le sentaba bien.

—Ven aquí, Ab —le dijo—. ¡Qué alegría verte! La verdad es que llevo semanas aquí encerrada y me alegro de ver a cualquiera, pero sobre todo de verte a ti. —La llevó dentro. El apartamento era luminoso y estaba calentito. Había tiestos con plantas en todas las superficies y otros tantos en el balcón—. Me pillas con el segundo almuerzo —comentó Maggie—. O igual con la primera cena. En cualquier caso, si te apetece, hay de sobra.

—No, gracias —contestó Abby.

Maggie se instaló en el *office* y mordisqueó una tostada con Vegemite. Abby se sentó con ella.

—¿Está Bobbi en casa? Sé que últimamente hace el turno de noche y he pensado que igual la pillaba antes de que se fuera.

—Se está duchando; enseguida sale. ¿No es una locura todo eso del asesinato? No me gusta nada que Bobbi ande por ahí. No me importaba que mi pareja fuera poli cuando, como mucho, pillaban a Bert Sercombe robando tampones en la farmacia.

—¿Eso llegó a pasar?

Maggie asintió, riendo.

—Clare lo había mandado a comprarlos y llevaba el dinero, solo que le daba vergüenza pasar por caja. Es lo más patético que ha hecho un hombre jamás. Pero yo no te lo he contado.

—Soy una tumba —dijo Abby—. Y no te preocupes por Bobbi: es una tía dura.

Si Maggie hubiera visto a Bobbi en el coche con la botella de tequila, a lo mejor no habría estado tan de acuerdo.

—Ya —contestó—. Es una Sarah Connor.

Joe entró con parsimonia en la cocina, bostezó y se subió al regazo de Maggie. Era un gato fornido, sin dueño, al que Bobbi había empezado a alimentar hacía un par de años. Poco después, el animal se había mudado allí oficialmente. Maggie puso cara de dolor mientras Joe se acomodaba entre sus piernas.

—Pensaba que Joe y tú os odiabais —dijo Abby.

—Cuando me quedé embarazada, tuve que dejar de limpiarle el arenero porque los excrementos de gato pueden llevar ese parásito asqueroso que llaman toxoplasmosis y que puede llegar a producir malformaciones congénitas. —Se acarició la tripa—. Pero no recogerle la mierda a otro te pone un poco a su nivel y ahora Joe me respeta.

—Toxoplasmosis —se burló una voz desde el pasillo. Bobbi entró en la cocina recién salida del baño, vestida con su inmaculado uniforme azul pálido y secándose el pelo con una toalla. Sus cejas, aún mojadas de la ducha, imponían más de lo habitual—. Di la verdad,

Abby, ¿a que parece una palabra inventada?

—Bobbi piensa que todo eso de los excrementos de gato es una conspiración para obligarla a limpiar siempre el arenero de Joe —terció Maggie—. Y, sinceramente, me parece un intercambio justo, teniendo en cuenta lo que estoy aguantando yo: náuseas matinales, hinchazón, micción constante, hemorroides… Y podría seguir.

—Y seguir y seguir y seguir —dijo Bobbi dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué tal estoy?

—Para comerte —contestó Maggie—. Entonces, ¿esta noche te toca otra vez en la oficina de colaboración ciudadana?

Bobbi se preparó un termo de café en la encimera.

—Toda la noche.

—He pasado por allí y estaba hasta arriba de gente —dijo Abby—. ¿Cómo va?

—Para recopilar chismorreos, va de maravilla; para recabar alguna pista válida, aún no lo tengo claro. El tiempo lo dirá, supongo. ¿Va todo bien, Ab? Te encuentro… rara.

Abby le habría respondido instintivamente que todo iba bien, pero, si eso fuera cierto, no estaría allí. En el tiempo que tardó en pensar una respuesta a aquella pregunta, Bobbi intercambió una mirada telepática con Maggie, que enseguida pilló la indirecta.

—Con vuestro permiso, voy a hacer el enésimo pis del día.

Salió del rincón del *office* levantándose con un gruñido y, andando como un pato, entró en el baño, que aún estaba lleno de vapor de la ducha de Bobbi. Joe se puso cómodo en el espacio calentito que ella había dejado.

—Si es por lo de la llamada telefónica, ya se ha aclarado todo —dijo Bobbi—. He llamado a comisaría hace un rato. Ray ha pasado por allí en el descanso de la comida y lo ha aclarado todo. Debí haber supuesto que la llamada era para algún trabajo de mantenimiento. Perdona si te acojoné la otra noche.

—Muy bien —contestó Abby—, pero no he venido por eso. Bobbi, tengo que contarte una cosa, pero antes quiero que sepas que estoy hablando con Bobbi la amiga, no Bobbi la poli.

—Siempre soy tu amiga por encima de todo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —le dijo Bobbi.

—Necesito que me des un día, veinticuatro horas para organizarme; luego Bobbi la poli puede hacer lo que tenga que hacer.

Bobbi se puso muy seria. Se sentó en el *office* enfrente de Abby, con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Qué pasa?

—La otra noche, en el aparcamiento de la iglesia, me dijiste una cosa —contestó Abby—. Dijiste que, en un pueblo tan pequeño como este, siempre hay alguien que sabe algo, ¿te acuerdas?

—Muchas de las cosas de esa noche las tengo borrosas, pero, sí, de eso me acuerdo. ¿Por?

—Pues porque resulta que tenías razón.

La tarde gris se estaba convirtiendo en una noche lluviosa cuando Abby llegó a casa. Aparcó el Volvo delante de casa, bajó e hizo una mueca cuando vio que Dorothy Fancher iba hacia ella.

Dorothy era una mujer menuda, con el rostro fruncido de arrugas de preocupación. Su marido Teddy y ella vivían en la misma calle que Abby. Teddy apenas hablaba, pero Dorothy no paraba. Podía tenerte horas charlando de cosas intrascendentes. Ray la llamaba «el vórtice humano». Una vez dijo en broma que todos los que habían desaparecido en el Triángulo de las Bermudas, en realidad, estaban atrapados en una conversación con Dorothy.

Abby la saludó rápido con la mano y se encaminó a su casa.

—Oye, Abby, ¿tienes un minuto? —le gritó la otra.

—¿Un minuto?

Dorothy cruzó a grandes zancadas el jardín delantero, encogida debajo de un paraguas. Miró de reojo la casuarina llorona cuyas ramas rozaban ya el césped y que ella le había recordado amablemente a Abby, ¡seis veces!, que debía recortar. Si no era la casuarina llorona, era el césped, que dejaban crecer demasiado, o los cubos de basura, que a veces se olvidaban de guardar después de la recogida.

—¿Serías tan amable de pedirle a tu marido que respete el límite de velocidad cuando pasa con el coche por delante de nuestra casa? Ya me conoces y sabes que, en circunstancias normales, me daría igual, pero hay un socavón que los del ayuntamiento no han tapado aún y, cuando llueve, se llena de agua y, si tu marido pasa con el coche a ochenta en una zona de sesenta, salpica barro por todo el césped y ahoga las semillas y…

—Se lo diré —contestó Abby—. Bueno, voy a cobijarme de esta lluvia.

—Mmm… He observado que se te ha olvidado el paraguas. Deberías llevar uno en el coche para emergencias. En el fondo, sigues siendo una urbanita, supongo. Algún día de estos lo entenderás. De todas formas, ¿adónde iba Ray con tanta prisa?

Abby se vio a punto de ser absorbida por el vórtice humano, así que dio un paso hacia la casa y se miró el reloj como si tuviera prisa. Luego vaciló.

—Un momento, ¿cuándo ha sido eso?

—No hace ni veinte minutos —contestó Dorothy—. Conducía como Juan Manuel Fangio. Ya te digo que, en circunstancias normales, no me importaría, pero…

—Tengo que irme —espetó Abby.

—Ay, los jóvenes vais a mil por hora —dijo la vecina—. ¿Qué tienes? ¿Una fiesta? No hace tiempo de barbacoas si es eso lo que tenías en men…

—Ajá… Adiós —la cortó Abby y se notó los ojos de Dorothy en la espalda mientras enfilaba a toda prisa el caminito de acceso.

«¿Adónde iba Ray con tanta prisa?» Buena pregunta. Entró en el garaje por la puerta lateral, encendió la luz y examinó su mesa de trabajo. Recordaba haber guardado la ropa y las botas de Ray, pero no haber puesto la caja en su sitio. Se lo había dejado en la mesa, estaba convencida. Pero ya no estaba… y Ray tampoco.

Se quedó allí plantada un rato, deliberando. La caja y todo su contenido estarían en el fondo del agua, en Elk Harbour. Notó que se le encendía la piel, que acto seguido se le heló hasta hacerla tiritar. Desde el asesinato, vivía en un estado de pánico exacerbado y a veces se preguntaba si sería demasiado para ella, si su espíritu terminaría abandonando su cuerpo, su realidad, un mundo que en su día le había parecido seguro y predecible, pero que de pronto le era ajeno.

Sin embargo, debajo de todo aquello, estaba germinando una nueva semilla. Tenía una sensación rara y muy intensa de otra cosa: alivio. La prueba (porque era eso, una prueba) había desaparecido y, con ella, toda relación tangible con el delito. Pensó en el fulgor azul del luminol y se preguntó si algún día encontraría un modo de vivir con ello. Quizá incluso consiguiera convencerse de que habían sido imaginaciones suyas. Quizá pudiera reprimir el propio recuerdo, empujarlo hasta un sitio tan hondo y oscuro que no…

El ruido de un coche que entraba en la finca interrumpió sus pensamientos. Sonaba como la camioneta de Ray. Si era así, estaban a punto de tener una conversación difícil. Dio una palmada fuerte con la mano abierta en el botón de apertura de la puerta enrollable del garaje, que se activó con un chasquido y fue levantándose centímetro a centímetro, revelando despacio el paisaje que había al otro lado.

Había un coche patrulla a la entrada de la casa (ese era el vehículo que había oído) y otros dos aparcados en el césped, con las ruedas ya hundidas en el suelo húmedo que rodeaba a la casuarina llorona. Las puertas estaban abiertas. Bajaban los agentes con sus cortavientos y sus recias botas negras. Parpadeaban las luces de color cereza en el sombrío atardecer. Dorothy Fancher estaba acurrucada bajo su

paraguas, observándolo todo con espanto.

Los agentes llevaban puestos guantes y traían bolsas y cajas marcadas en letras rojas grandes como «PRUEBAS». Uno de ellos, un tipo corpulento de ojos hundidos y un pantalón que le hacía frufrú al caminar, se acercó a la puerta de la casa, se limpió los pies en el felpudo y entró. Abby se sintió como si un desconocido hurgara en su cajón de la ropa interior.

—¡Eh! —gritó ella—. ¡Eh! —Otro agente, de mejillas sonrosadas, miró un momento y siguió avanzando hacia la casa. Abby se acercó aprisa en medio de la lluvia—. ¡Paren! No pueden entrar ahí. ¿Qué coño creen que están haci…?

—Ab —se oyó una voz.

Al volverse vio a Bobbi acercarse tímidamente. Abby contó las razones por las que no debía agredir a aquella mujer allí mismo, pero no pudo aferrarse a ninguna. Estaba experimentando un instante de rabia pura en el que la lógica, la razón y la ley eran objetos abstractos y lejanos.

—¿Qué cojones haces, Bobbi? —espetó—. ¡Vamos, no me jodas! No me podías dar un día. Un puto día.

—Espera.

—Supongo que ya has decidido entre Bobbi la amiga y Bobbi la poli, pedazo de… —Iba a decir «bollera» y se odió por ello. La palabra le salía de algún rincón escondido y malicioso—. ¿Cómo has podido hacerme esto, Bobbi?

—Basta —le exigió, levantando las manos—. Para ya y escucha. Es importante que ahora te tranquilices. Luego nos ponemos a caldo si quieres, pero no delante de mis compañeros ni de tus hijos.

—¡Joder! ¡Los niños!

—Llévatelos a mi casa. Ahora llamo a Maggie para explicarle lo que ocurre. Se pueden quedar allí hasta que terminemos.

—¿Hasta que terminéis?

Bobbi inspiró hondo y miró a su amiga con profunda compasión.

—Hasta que terminemos el registro de tu casa, la finca y los vehículos.

Dos agentes delgaduchos con chubasqueros largos se colaron en el garaje. A Abby le vino a la cabeza una pregunta absurda y absurdamente divertida: ¿qué iban a pensar de su material de taxidermista? ¿Qué pensarían de Trevor, la zarigüeya de cola anillada, a medio desollar, envuelta en una bolsa del Buy & Bye y metida en la neverita?

—Vamos a intentar incomodaros lo mínimo posible, Ab —le dijo Bobbi—. Te lo prometo.

—Tus promesas valen bien poco ya, agente —le dijo Abby con retintín—. Estás loca si piensas que voy a dejar que mis hijos se acerquen siquiera a tu apartamento y más loca aún si piensas que voy a volver a confiar en ti.

—No me conviertas en tu enemigo, Ab, y contrólate.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Mira, sé que tienes miedo, pero cálmate, por fa…

—Quiero ver la orden de registro.

—¡Abby!

—No tenéis derecho a estar aquí. Quiero ver la orden de registro y quiero verla ya mism…

—No necesitamos orden de registro —la interrumpió Bobbi, seca y rotunda. Se le estaba agotando la paciencia—. Ray nos ha dado permiso para registrar la casa.

Empezó a llover otra vez. Abby se quedó plantada en el césped, mojándose.

—¿Qué les has dicho?

—No le he dicho a nadie lo que me has contado —contestó Bobbi bajando la voz y acercándose. Tenía el pelo empapado, pegado a las mejillas—. Abby, en cuanto te has ido me han llamado para que viniera a hacer un registro en busca de pruebas. Ray está en comisaría. Se ha presentado allí con lo que dice que es una caja llena de pruebas.

—No, eso no tiene sentido… Me estás mintiendo.

—No te miento.

—¡Me estás mintiendo!

Con manos temblorosas, Abby le dio un empujón fuerte a su amiga. Bobbi aguantó el golpe, pero no contraatacó. Abby la empujó de nuevo, pero esa vez, casi en el mismo movimiento, se derrumbó en sus brazos y se echó a llorar. Bobbi la abrazó y le besó con ternura la frente.

—Ojalá te estuviera mintiendo, cielo, pero es verdad: Ray ha confesado —le susurró.

—Nooo…

—Sí, ha confesado el asesinato de David Stemple.

23
La viuda

—A papá lo mataron el invierno de 1996 —dijo Marcus Stemple masajeando con los dedos el brazo del sillón polvoriento—. Traumatismo craneoencefálico. Alguien le pegó en la cabeza con un ladrillo y tiró su cadáver al agua.

—¡Madre mía! —exclamó Kate, inclinada hacia delante en la silla de madera en la que John se había sentado hacía dos semanas—. Lo siento.

Marcus, que acababa de terminarse el botellín y ya miraba la nevera anhelando el siguiente, se volvió hacia ella encogiéndose de hombros.

—¡Qué le vamos a hacer!

A Kate la asaltó una idea perturbadora: quizá tuviera delante una versión futura de su propia hija. Mia era mayor de lo que había sido Marcus cuando murió su padre, pero era demasiado fácil imaginarla siguiendo el mismo camino de drogadicción y autodestrucción.

«Debería estar con Mia —se dijo con una súbita punzada de remordimiento—. Tendría que estar en casa con mi hija en vez de aquí, en medio del océano, persiguiendo al fantasma de John.»

—¿Qué pasó? —preguntó.

Marcus apuró la cerveza, encontró un cigarro a medio fumar en el cenicero y lo encendió.

—No recuerdo muchos detalles. Toda esa época de mi vida es como una película que hubiera visto de crío. Ya tenía diez u once cuando me dijeron que lo habían asesinado.

—¿Tu madre te lo ocultó?

—Se negaba a hablar de ello.

—A lo mejor lo hacía por protegerte —terció Kate pensando en los monstruos de debajo de la cama.

—Puede, pero nunca es buena idea ocultarle algo así a un crío. Lo único que consigues es que se lance a indagar por su cuenta, que fue lo que hice yo. Parte de lo que averigüé me lo contó mi familia o lo encontré consultando periódicos antiguos, pero casi toda la información la obtuve charlando con gente del pueblo en el Belly. Todo el mundo recuerda cuándo ocurrió y por qué lo mataron.

—¿Por qué? —preguntó Kate impaciente.

Le dio una calada fuerte y rápida al cigarrillo, como si quisiera que le saliera un cáncer de pulmón antes de la hora de la cena.

—A papá se lo cargaron por marica.

Kate se estremeció.

—¿Cómo dices?

—Encontraron su cadáver flotando en el agua, cerca de Beech Tree Landing. Lo asesinaron en la antigua terminal de ferris que había allí y luego lo tiraron al mar.

—¿En Beech Tree Landing? ¿Estás seguro? Ahí es donde encontraron el cadáver de John. Tiene que haber alguna relación.

Marcus enarcó las cejas.

—Si la hay, puede que no le guste.

—¿A qué te refieres?

—La terminal era un escondite gay —contestó él—. La usaban los hombres para tener relaciones con otros hombres. Eso es lo que hacía mi padre allí ese día, buscar rollo.

Marcus le dio la última calada al cigarro, lo apagó con fuerza en el cenicero y fue a por otra cerveza. La destapó y se bebió de golpe un tercio del botellín antes de cerrar siquiera la nevera; luego merodeó por la habitación de al lado.

—¿Estás… estás seguro? —preguntó Kate.

—Solo hay una forma de estar seguro, supongo. Ya le he dicho que tengo una güija por ahí si le quiere preguntar. Lo digo en serio. Ahorré de pequeño para comprarme el tablero oficial del Psychic Circle. Tenía que esperar a que mi madre se fuera a la cama porque ella odiaba esas cosas. Me sentaba en mi cuarto con la güija y un cuaderno, todo preparado para anotar los mensajes del más allá. —Se llevó el botellín a la boca, lo miró como si el sabor se hubiera amargado y lo dejó en la encimera de la cocina con un golpe seco—. Supongo que mi padre era de los calladitos, porque su fantasma jamás me contó una mierda.

El ánimo de Marcus empezó a enturbiarse, algo que Kate no habría creído posible, y presintió que era hora de marcharse. Notó que le vibraba suavemente el móvil en el bolso, que había colgado del respaldo de la silla. Tenía dos llamadas perdidas de Fisher. Es probable que se estuviera preguntando dónde se había metido.

—Tengo que irme. Gracias por tu tiempo. —Él la miró ansioso un instante. ¿No quería que se fuera o esperaba algo de ella?—. ¿Qué pasa? —le preguntó.

—La esquela de papá —contestó Marcus meciéndose con timidez—. ¿Le importaría que me la quedara?

Seguramente la esquela de David Stemple era una prueba, pero

entonces Kate recordó cuando Eckman le había dicho que el cadáver de John pertenecía a la policía, y cómo la había hecho sentir. Se sacó el papelito doblado del bolsillo y lo dejó en la mesita de centro, entre el cuenco de fideos rancios y la cachimba.

Marcus cabeceó a modo de agradecimiento desde la puerta de la cocina y preguntó:

—¿A qué ha venido?

—A averiguar qué relación tenía John con tu padre —respondió ella con sinceridad.

—Si tiene alguna teoría, me gustaría conocerla.

Lo cierto es que sí la tenía. Por fuera, a lo mejor parecía muy entera y contenida, pero, por dentro, la cabeza le iba a mil.

—Cuando era joven, John empezó a tener pesadillas —dijo ella—. Peor que pesadillas, en realidad, terrores nocturnos que se convirtieron en un trastorno del sueño en toda regla, y comenzó a ver cosas, a tener alucinaciones. Veía a un hombre con…

—¿Qué? —la interrumpió Marcus.

Kate recordó los bocetos que había encontrado en el cuaderno de John, recordó a la visita, con su pesada cazadora negra, sus zapatillas de deporte y…

—Polillas —dijo—. Veía a un hombre al que le salían polillas de la cabeza rajada. —Marcus no dijo nada. No movió un músculo. Ni siquiera parpadeó. Esperó en silencio a que Kate continuara—. Creo que John sabía algo, vio algo, oyó algo o descubrió algo. Fuera lo que fuese, debió de conseguir dominarlo un tiempo, aprendió a convivir con ello.

—¿Un tiempo?

—La muerte de tu madre fue la hoja que hizo que reventara el dique —susurró Kate en tono poético, recordando las palabras de Holly Cutter—. Cuando Annabel murió, John se volvió oscuro. A mí no me dijo nada, no le dijo nada a nadie, pero debió de venir a Belport a lidiar con esa oscuridad. Creo que por eso vino a verte y que eso fue lo que lo mató. John tenía información sobre el asesino de tu padre.

Marcus soltó una exhalación, larga y lenta, como la de un colchón hinchable al desinflarse.

—Si su marido tenía pruebas que podrían haber ayudado a resolver el asesinato, llegó como veinte años tarde.

—¿A qué te refieres?

—El asesinato de mi padre no quedó sin resolver —dijo—. Pillaron al tío que lo hizo unos días después. Cumple condena de veinticinco años de cárcel a cadena perpetua en la prisión de South Hallston.

Kate no acababa de entenderlo, pero pilló una sola palabra.

—¿Has dicho Hallston? ¿H-A-L-L-S-T-O-N?

Fisher estaba plantado debajo del toldo del exterior de su habitación en el Blue Whale, contemplando la lluvia fría.

—Llevo un rato intentando localizarte —le dijo a Kate cuando esta aparcó el coche, bajó y corrió a refugiarse también bajo el toldo—. ¿Dónde estabas?

—Con Marcus Stemple —contestó ella.

—¿Stemple? ¿El…?

—El hijo de David Stemple.

Mientras arreciaba la lluvia, le explicó lo que había averiguado durante su visita a casa de Marcus. Fisher se encendió otro cigarrillo, fumó y escuchó.

—¡Madre mía! —exclamó Fisher cuando ella terminó y, frunciendo el ceño, hizo memoria—. Recuerdo que asesinaron a un hombre aquí, pero nunca llegué a saber el nombre de la víctima o, al menos, no lo he sabido hasta ahora. ¿De cuándo era la esquela? ¿De 1995?

—De agosto de 1996.

Fisher asintió con la cabeza.

—De 1996. Fue un notición. Era un veraneante, como nosotros, y lo mató uno del pueblo. A saber qué andaría haciendo Stemple aquí en agosto. Aun así, la gente lo vio como un ataque a los turistas, y el día en que dejen de venir turistas a Belport será el día en que probablemente la isla termine hundiéndose en el océano.

Por lo general, los de Belport trababan bien a Kate durante su estancia, pero, bajo la superficie, se percibía cierta tensión. Las sonrisas y los saludos a menudo parecían huecos, oía fuertes suspiros a su espalda en la larga cola del Buy & Bye y en la puerta de alguna tienda de Bay Street colgaban de vez en cuando un cartel pintado a mano que rezaba «APARCAMIENTO SOLO PARA RESIDENTES». Los del pueblo necesitaban a los turistas, pero eso no significaba que les gustaran.

—Después de lo ocurrido, pasamos los siguientes veranos en Noosa, pero terminamos volviendo —dijo Fisher—. No llegó a tener tanta repercusión como pensaban algunos, pero Belport no ha vuelto a ser lo mismo desde aquello. John sería un adolescente cuando ocurrió. Me sorprende que lo recordara siquiera, así que no entiendo por qué estaba tan… volcado con esa familia.

«Volcado» era una forma bonita de decirlo; «obsesionado» habría sido un término más preciso.

—¿Es posible que viera algo? —preguntó Kate.

—Era temporada baja; ni siquiera estábamos aquí. —La miró, le

sostuvo la mirada un segundo y luego siguió viendo llover—. Va siendo hora de que vuelva a casa, Kate. Por eso te llamaba. Aquí ya no hay nada que hacer y Pam me necesita. No… no lo lleva bien. No lo va a reconocer jamás, pero se lo noto. No hace falta que vuelvas conmigo, puedo coger el ferri al continente y el bus a casa después, pero creo que deberías. —No añadió «Mia te necesita», pero Kate estaba convencida de que lo pensaba. En cambio, mientras contemplaba la lluvia, hizo algo que la sorprendió: sonrió. Hacía mucho que no lo veía sonreír, desde mucho antes de que John desapareciera—. Antes de que llegaras me estaba acordando de aquella vez que John se quedó dormido en misa. ¿Te lo llegó a contar en alguna ocasión?

—No —contestó Kate, pero entonces fue ella la que sonrió. Lo de Fisher era contagioso.

—Fue la noche de después de su graduación en el instituto y tenía una resaca tremenda —continuó Fisher—. No conseguía mantener los ojos abiertos. Normalmente no había problema, porque Pam se enfrascaba de tal manera en la misa que, aunque te desnudaras y te pusieras a correr en pelotas por los pasillos del templo, ni se enteraba, pero John empezó a roncar. Entonces, antes de que a Pam le diera tiempo a decir nada, el padre Chang interrumpió el sermón, miró a John y dijo: «Siempre he alentado al joven John a que persiguiera sus sueños, pero no era esto lo que tenía en mente».

Fisher rio y su risa le chocó.

—¿Te acuerdas del apartamento que tenía en Elwood? —le dijo Kate—. La primera vez que fui por allí, la cocina estaba inmaculada, pero, cuando empecé a abrir armaritos en busca de un vaso, vi que había metido todos los platos sucios en el de debajo del fregadero.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Fisher riendo.

—Nada. Cerré la puerta del armarito e hice como si no hubiera pasado nada, pero, cuando nos fuimos a vivir juntos, me aseguré de que el piso tenía lavaplatos.

—Cuando trajo a su primera novia a casa para que la conociéramos, llamó primero. Llevaban casi cuatro meses saliendo y parecía que la cosa iba en serio, pero por teléfono nos contó que ella pensaba que se llamaba James. Debía de haberlo entendido mal cuando se habían presentado y él, en vez de sacarla del error, dejó que lo siguiera llamando así.

—¡No fastidies!

—Te lo juro por mi vida —contestó él—. Y lo peor de todo es que nos llamaba para pedirnos que, delante de ella, ¡lo llamáramos James también!

—¿Y qué hicisteis?

—¿Qué íbamos a hacer? Llamarlo James todo el rato. ¡Menos mal que no estuvieron mucho!

Fisher rio a carcajadas, llorando de risa y meneando la cabeza. Era estupendo verlo reír así y, mejor aún, reír ella también. Sin embargo, la realidad volvió a ocupar su lugar poco a poco, colándose entre ellos como el gas de la risa.

—Ojalá hubiera confiado más en mí —dijo Kate, clavándole una daga en el corazón al buen humor de Fisher—. Ojalá me hubiera pedido ayuda para lo que fuera que perseguía aquí.

La sonrisa de Fisher se esfumó.

—A mí me la pidió.

—¿Cómo dices?

—Que John me llamó, Kate. La mañana que salió de casa para venir aquí. Yo entonces no lo sabía, pero luego lo he visto al mirar el registro de llamadas. Me dijo que iba camino del aeropuerto, que estaba a punto de coger un vuelo a Londres para asistir a un simposio sobre investigación de cuidados paliativos. La misma mentira que te contó a ti. Pero estaba callado y raro.

—Raro ¿en qué sentido?

—Tú estuviste casada con mi hijo lo suficiente como para saber que rara vez iba al grano. Mareaba la perdiz hasta que le sonsacabas lo que fuera. Eso era lo que estaba haciendo cuando me llamó. Algo lo preocupaba. Quería… hablar —dijo Fisher, soltando las palabras de una en una, despacio, como el que lanza piedras desde un puente y las ve caer dando tumbos y perderse en medio de la salpicadura—. Yo estaba en Woolworths, con una lista de la compra tan larga como mi brazo —prosiguió—. Andaba por la sección de la pasta buscando algo que no tuviera gluten, porque Pam y yo estamos haciendo una dieta sin gluten y las etiquetas son pequeñísimas, y encima llevaban toda la mañana llamándome del club de Porsche porque el nuevo presidente es un imbécil de narices y… Estaba liado, Kate. Demasiado liado para hablar con mi hijo. Si me hubiera portado como un padre… En cambio, me porté como el mío.

«Sé un hombre», se dijo Kate.

—Esto no es culpa tuya, Fisher —le dijo Kate—. Ni mía tampoco. Como dijiste, tenía amigos, compañeros, a Pam…, una red de apoyo de la que prefirió prescindir. De eso no se nos puede culpar.

Fisher se limpió el ojo con la manga de la chaqueta.

—Tuvo suerte de tenerte, Kate.

—Tuvo suerte de tenernos a los dos —dijo ella.

Él se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y, dando

media vuelta, se dirigió a su habitación del motel.

—¿Te vendrás conmigo mañana?

—Iré contigo en el ferri y te dejaré en la estación de trenes de Geelong —contestó ella—, pero yo me voy a quedar uno o dos días más.

—¿Estás segura de que esa es la decisión correcta?

—Marcus me ha mencionado una cosa que quiero investigar en el continente. ¿Recuerdas la nota adhesiva que encontramos en la cocina de la casa de veraneo?, ¿la de «S. HALLSTON, 14:00»? Pues resulta que S. Hallston no es una persona, sino un sitio.

Aún no había terminado de perseguir al fantasma de John.

24
La esposa

A Abby la condujeron a un cuarto pequeño y desangelado en la comisaría de Belport. Las paredes eran austeras y no había ventanas. En el techo zumbaba una sola bombilla esférica, encerrada en una pequeña jaula metálica. En el centro de la sala había una mesa metálica y dos sillas de plástico blanco, una enfrente de la otra. Se sentó y esperó a su marido.

Trajeron a Ray casi veinte minutos después, con muy mala pinta y oliendo a perro mojado y a vaqueros de una semana. Vestía una camiseta gris descolorida y unos pantalones de chándal grandotes, la ropa que llevaba en el momento de su arresto, pero no llevaba zapatos; iba con calcetines y unos patucos de papel azules, que le daban un aspecto casi extravagante. Sus ojos eran como una hoja de vidrio empapada de lluvia.

Se sentó enfrente de ella, frunció el ceño y dijo:

—Hola, cariño.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Ray se encogió de hombros.

—Acabo de hablar con el abogado, Bob. Cree que me trasladarán pronto, antes del juicio. Quiere hablar contigo la semana que viene para repasarlo todo, así que le he dado tus datos.

Abby intentaba prestar atención a lo que le decía, pero le costaba entenderlo. Aquello no podía estar pasándoles a ellos. Era como si le estuviera contando algo que le había oído a un amigo de un amigo sobre una familia desafortunada cuya vida había descarrilado.

Puso la mano en la mesa, bocarriba, esperando la de Ray, pero él no se la ofreció.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Ray.

—Confundidos, furiosos, aunque no necesariamente en ese orden —contestó ella.

Parecía reacio a hacerle la siguiente pregunta, pero se la hizo igual.

—¿Y tú?

—Confundida, furiosa, aunque no necesariamente en ese orden —repitió ella—. He venido aquí preguntándome si debía disculparme por agobiarte, por sacar tu ropa del cubo de la basura, por sospechar

de ti para empezar.

—Me lo he buscado yo solito, Ab.

—Joder, ya te digo. Siento todo eso que te he dicho, Ray, pero lo que hiciste es muchísimo peor, lo que hiciste es difícil de creer y…

—¿Qué?

—Puede que incluso difícil de perdonar, Ray.

Él agachó la cabeza y se miró fijamente las uñas. Tenía un anillo de piel blanca donde hasta entonces había llevado la alianza. La policía se la habría quitado. Lo imaginó recibiendo un sobrecito amarillo en algún momento del futuro, cuando llegaran al final de todo aquello. La alianza iría dentro. Él la sacaría del sobrecito, le daría vueltas en la palma de la mano y se la pondría. «¿Le valdrá aún? —se preguntó—. ¿Y cuándo será eso? ¿Dentro de diez, veinte, cincuenta años?»

—¿Sabes lo que más me cabrea? —le dijo Abby—. Lo que más me cabrea es que aún te quiero. Aún te quiero muchísimo, joder.

—Yo también te quiero muchísimo —dijo él.

Se miraron, cada uno desde su lado de la mesa metálica. Abby sintió un anhelo hondo e irrefrenable en lo más hondo de su ser. Jamás había sentido nada igual.

—¿Nos están escuchando? —preguntó ella buscando cámaras de seguridad o dispositivos de escucha en los rincones.

—¿Qué más da que nos escuchen? —dijo Ray—. Se lo he contado todo. Les he contado la verdad.

—Les has contado que mataste a ese hombre —susurró ella.

—Sí… —En su vida le había supuesto semejante mazazo un simple monosílabo. De no haber estado sentada, puede que se hubiera desplomado. Imaginó un huevo imposible de «desrevolver», un cristal imposible de «desdestrozar»—. ¿Esperabas otra respuesta? —dijo Ray —. Tú lo sabías, Ab. Lo has sabido desde el principio. Entonces, ¿por qué te sorprendes?

—Porque una vez te vi llorar sin ruborizarte con un anuncio de una línea aérea. Te he visto echarte aceite de lavanda en el agua de baño. Te he oído reírte como un loco con esos programas de vídeos domésticos graciosos. Porque eres tú. Porque, aun a pesar de todo, lo único que quería era que me dijeras que me equivocaba. Todo este tiempo, eso era lo único que quería. —Cerró los ojos, inundados de lágrimas calientes y saladas, nacidas de un pozo negro y profundo, que le rodaron por las mejillas en gotas gordas y desvergonzadas—. ¿Por qué lo hiciste?

Ray cruzó las manos sobre la mesa, miró a Abby a los ojos y empezó a hablar.

—Déjame que empiece por esas revistas que encontraste —dijo.

Hizo una pausa, como si esperara que las palabras correctas le llegaran cuando las necesitaba; luego, quizá consciente de que Abby ya lo sabía, que no había palabras «correctas», meneó la cabeza y siguió adelante—. Siempre me han atraído las mujeres, así que no es que sea…, ya sabes…

—Gay.

Él asintió con la cabeza.

—Esas revistas solo las compré por curiosidad. Supongo que, en el fondo, siempre me ha… preocupado tener esa inclinación. A ver… Perdona, es que esto es complicado de cojones.

Abby recordó la analogía de Bobbi con la bandera del arcoíris.

—Te intrigaba tu sexualidad —lo ayudó ella—. No pasa nada, Ray. Eso es normal. No creo que nadie sea del todo hetero o del todo gay. Pero ¿alguna vez has dado un paso más? No te hablo de hojear un puñado de revistas porno. Eso, para mí, es investigación. Pero ¿alguna vez has puesto en práctica esa investigación, por así decirlo?

Ray se puso colorado. Negó con la cabeza.

—No… hasta lo de David Stemple. —Abby se recostó en la silla, casi instintivamente, como preparándose para lo que se le venía encima—. Yo almuerzo casi todos los días en Beech Tree Landing —dijo Ray—. Aparco en lo alto de la última rampa de botadura y me como el sándwich de jamón y queso y me bebo el café. A veces escucho la radio, uno de esos programas donde llama la gente, pero la mayoría de las veces solo miro el mar. Se está muy tranquilo allí, al menos antes.

—No sabía que hacías eso —dijo Abby—. ¿Por qué no vienes a comer a casa?

Ray se encogió de hombros.

—Hace un tiempo que no soy feliz, Abby. No es por ti ni por los niños. Eddie, Lori y tú lo sois todo para mí, ya lo sabes. Pero, cuando estoy en esa casa, solo pienso en los recibos de la hipoteca, las facturas, todas las cosas rotas que hay que arreglar y todas las reformas que dijimos que haríamos. —Cerró los ojos y guardó silencio un buen rato—. Estar en casa me hace pensar en trabajo, que es lo único que parece que hago. Todos los días, todas las estaciones, todos los años. Y nuestra cuenta de ahorro está a cero y nuestras deudas cada vez son mayores. Ya sé que la vida es así y todo eso, pero a veces me siento como si intentara derribar un muro de ladrillo a huevazos. He visto llegar a la isla a los putos turistas ricos todos los años desde que era un crío. Se gastan aquí su dinero y nosotros revoloteamos a su alrededor como las gaviotas, pero luego son ellos los que consiguen lo que yo no puedo hacer: se van de aquí, Abby. —Sonrió con tristeza—.

A veces me imaginaba el ferri llegando a la antigua terminal del puerto, esa cosa vieja y desvencijada que usaban cuando era niño. Apenas cabía media docena de coches y no tenía salón ni cafetería, solo un par de sillas de plástico, una máquina expendedora y el mar. Mamá y yo íbamos al continente una vez al mes o así y yo me sentaba con las piernas colgando por la borda, esperando ver delfines. Nueve de cada diez veces los veía. Casi todos los días, cuando estoy tomándome el almuerzo, me imagino aquel viejo ferri llegando al muelle e imagino que me subo a él y me alejo de la isla en aquella carraca y me acerco cada vez más al sol poniente.

—¿Por qué nunca me has hablado de esto? —preguntó ella.

—Venga ya, Abby. ¡No soy una de tus amigas! No soy Bobbi. Los hombres no somos así.

La bombilla del techo parpadeó. Ray se aclaró la garganta y continuó.

—El día que ocurrió yo me estaba tomando el almuerzo en el embarcadero como de costumbre. Fue cuando apareció él. David Stemple. Por entonces, yo no sabía que se llamaba así ni que era el mismo tío que había llamado para contratar un servicio de mantenimiento. Solo sabía que conducía un coche de cincuenta mil dólares y no parecía haber trabajado en su vida. Aparcó el coche al lado de mi camioneta. Debía de haber como cincuenta plazas libres, pero aparcó a mi lado. Ahora que lo pienso, sería una señal o algo así.

—¿Una señal?

—Cuando bajó, me miró a los ojos y saludó con la cabeza. Hasta que no estaba ya casi en la terminal de ferris y se volvió a mirarme no caí en la cuenta de lo que quería de mí. De pronto recordé para qué usaban aquel sitio.

Abby recordó lo que Ray le había dicho mientras estaban sentados a la mesa de la cocina, cuando ella le había preguntado si sabía que la terminal era un escondite gay. Le había salido con aquello del cocodrilo del lago Azul, la red de narcotráfico, la familia de enanos deformes que acechaba la salina… «Los rumores de este pueblo son como cubos perforados», le había dicho.

—No sé bien por qué lo seguí al interior de la terminal —continuó Ray—, pero lo hice. Cuando entré, me estaba esperando medio escondido en un rincón. No me dijo nada y yo a él tampoco. Fue como si una especie de instinto básico se apoderara de mí. Me acerqué a él. Me…

—¿Qué, Ray?

—Me puso las manos encima. Y durante un par de segundos, no duró más, me gustó. Pero luego, de pronto, ya no. Vi que llevaba

alianza y pensé en lo que estaba haciendo y en lo que podía perder si lo hacía. Pensé en ti, Ab.

—¿Qué pasó después? —preguntó ella.

—No lo recuerdo con detalle. Sé que lo aparté de un empujón. Al principio, no aceptó un no por respuesta, así que lo empujé más fuerte. Se resistió. Perdí el control. No sé explicarlo de otro modo. Me cambió el chip de repente. —«El lado oscuro», se dijo Abby—. Debió de pillarme por la espalda, porque entonces fue cuando vi el ladrillo. Entonces fue cuando…

—Para —le pidió ella—. No me hace falta oír esa parte.

Estuvieron un buen rato sin decir nada. El silencio que se hizo entre los dos fue creciendo como el bramido lejano de una sirena antiaérea. Abby leyó el rostro de su marido mientras procesaba todo lo que acababa de contarle. Una sola palabra emergió de pronto, rompiendo la superficie de su pensamiento como el morro de una ballena.

«Mentira.»

No se lo creía. No porque estuviera en fase de negación, al menos no se lo parecía. Se lo decían las entrañas. Igual que había sabido que le mentía al pie del eucalipto caído, sabía que le estaba mintiendo en aquel momento.

—Prométeme una cosa —le dijo Ray.

—¿Qué?

—Que vais a sobrevivir. Lori, Eddie, tú. Prométemelo.

—Si hay algo que esta familia sabe hacer es sobrevivir —contestó ella.

Al salir de comisaría, Abby vio a la mujer a la que le había vendido tabaco en el Buy & Bye. Estaba plantada en un recoveco apenas iluminado, junto a la entrada, metiendo unas monedas en la máquina expendedora. Había un niño con ella, colgado del bolsillo de su chaqueta con una mano y la otra apoyada en el cristal de la máquina, contemplando admirado todas las chucherías que había al otro lado. No tendría más de cinco o seis años, con el pelo negrísimo y un rostro fantasmal.

—¿Qué me cojo, mami? —preguntó el crío con su vocecilla.

—Lo que quieras, Marcus —le contestó la mujer.

El niño exploró sus opciones con los ojos cada vez más abiertos. Eran de color azul luminol.

25
La viuda

Después de dejar a Fisher en la estación de trenes del continente, Kate siguió por la autopista hasta llegar a la salida de South Hallston. Llevaba al volante casi cuatro horas. Cuando el colosal edificio de hormigón de la prisión de South Hallston apareció en el horizonte, notó un subidón de adrenalina por todo el cuerpo que le llegó hasta las yemas de los dedos.

Había una cola de vehículos detrás de la barrera de color rojo fuerte encastrada en la valla perimetral. Sobre la garita de cristal había un letrero que rezaba: «CONTROL DE VISITAS 1». Kate se puso a la cola. Una moto con un manillar exagerado se detuvo detrás de ella. La conducía una mujer de mediana edad que vestía una cazadora de cuero rojo destrozada. Miró a Kate a los ojos por el retrovisor y revolucionó la moto unas cuantas veces de forma repugnante.

La cola avanzaba despacio porque el guardia de la garita cotejaba con una lista de visitas el carné de identidad de todos los conductores. Kate había llamado antes para que añadieran su nombre a la lista, pero, aun así, no tenía la certeza de que Ray Gilpin accediera a verla. Puede que hubiera ido hasta allí para nada.

—Buenas tardes —dijo cuando llegó a la garita.

El guardia era un hombre fornido y vestido de uniforme: camisa negra de manga corta y gorra de béisbol blanca con «PRISIONES» impreso en la visera. A su espalda refulgía un calefactor.

Kate le entregó el carné. Él comprobó la pantalla del ordenador, asintió con la cabeza y se lo devolvió. Luego le recitó la retahíla.

—No se permiten gorros, gafas de sol, ropa provocativa, colores de bandas organizadas ni lenguaje ofensivo.

—Sin problema —contestó ella.

—Siga adelante, por favor.

Hizo lo que le pedían. La carretera estrecha se abría a un amplio aparcamiento. Se quedó sentada en el coche unos minutos, con el motor en marcha, observando la entrada al edificio y preparándose mentalmente para hacer frente a la batería de controles de seguridad que iba a tener que pasar y al hombre que la esperaba al otro lado. Recomponiéndose, se dirigió a recepción. Dentro hacía un calor

sofocante y olía a ratones y a sudor de hombre. Lo primero que vio fue un tablón de anuncios al lado del mostrador de recepción. Sujetos con chinchetas tras una cubierta de plexiglás había folletos y octavillas que ofrecían consejos legales, grupos de apoyo y servicios de atención telefónica. Alguien había hecho un letrero pintado a mano con grandes mayúsculas verdes.

«LA IDEA DE VERLO MAÑANA ME BASTA PARA PASAR EL DÍA»
ANTIGUO DICHO DE UNA VIUDA DE PRESO

Kate enseñó su carné de identidad al guardia que estaba en recepción, un hombre palidísimo que, con una seña, la hizo pasar a la siguiente sala, donde la esperaba un detector de metales. Después, un perro policía, un registro personal llevado a cabo por un empleado de la prisión («Recójase el pelo, abra la boca…») y, por fin, consiguió el codiciado pase de visita de South Hallston, colgado del cuello mediante una cinta con mosquetón.

Kate cruzó una gruesa puerta de cristal y entró en la sala de visitas, en la que todo estaba atornillado al suelo: las mesas, las sillas y hasta las máquinas expendedoras. Las paredes estaban pintadas de rosa y azul pastel para que los presos creyeran que estaban encerrados en una guardería en vez de en una prisión. Encontró una mesa libre, pegada a la pared del fondo, se sentó y escuchó las conversaciones de los presos con sus visitas. Aquella excitación nerviosa le recordó el día del aeropuerto.

Enseguida entró un hombre en la sala y miró alrededor, buscando a alguien. Kate era la única que estaba sentada sola y la vio desde el otro extremo. Percibió un destello de algo en su rostro; quizá la reconoció, pero no estaba segura. Ella levantó la mano como para saludar brevemente y él se encaminó hacia su mesa arrastrando los pies.

Tenía sesenta y tantos años, pero parecía mayor. No era solo el pelo, que se le había puesto gris, sino también la piel. Vestía ropa vaquera gruesa y botas sin cordones. Le cruzaban la frente unas arrugas profundas y o era calvo o se había afeitado la cabeza o ambas cosas. Estaba delgadísimo; tenía los hombros finos y huesudos y la piel del cuello fofa y descolgada. Habría sido un hombre alto si hubiera caminado erguido, se dijo Kate, pero iba encorvado.

Llegó a la mesa de Kate y la miró con cautela.

—¿Es usted Ray Gilpin? —le preguntó ella.

—Sí.

—Gracias por acceder a verme.

Él se encogió de hombros.

—Tampoco es que haya tenido que hacer hueco en la agenda.

Se sentó y echó un vistazo por la sala, observando a sus compañeros presos y a sus visitas. El murmullo de sus conversaciones inundaba la estancia.

—¿Se llama Kate? —preguntó.

—Kate Keddie —contestó ella—. Tengo entendido que mi marido ha venido a verlo hace poco. No sé exactamente cuándo, pero habrá sido en las últimas semanas.

El preso negó con la cabeza. La papada colgandera se le agitó como el cuello de un pavo.

—¿Está seguro? —le dijo Kate.

—Segurísimo. ¿Eso es todo?

—¿Puedo enseñarle una foto de él? A lo mejor le refresca la memoria.

—Mi memoria no necesita refresco. Puedo contar mis visitas con los dedos de una mano —dijo levantando dos dedos de la mano derecha como un *boy scout*—. Pensándolo bien, ni siquiera necesito la mano entera.

Durante el largo trayecto a South Hallston, Kate había dudado en varias ocasiones de su decisión (demasiado esfuerzo por una simple nota adhesiva) y de pronto volvía a hacerlo. Pero había dejado de ser crisálida para convertirse en mariposa. Ahora era otra. Más fuerte.

—Sé que vino a verlo —dijo con frialdad—. Lo que no sé es por qué. Si no me lo dice, me voy, pero, si me voy, mi siguiente parada es en comisaría. Ellos no tendrán problema para acceder al registro de visitas y entonces podrá hablar con ellos.

—¿Con la policía?

—Mi marido está muerto —espetó Kate—. A John lo asesinaron en Belport hace unos días.

Ray se estremeció. Los músculos se le tensaron.

—No tenía ni idea… —dijo él mirando más allá de donde ella estaba—. ¿Cómo?

—Alguien lo atrajo a Beech Tree Landing —respondió ella—. Luego le cortaron el cuello, cerca del sitio donde David Stemple fue asesinado.

Él la miró a los ojos.

—Joder, lo siento —dijo, y parecía sincero.

—Vino a verlo, ¿verdad? —insistió Kate.

Se hizo un silencio incómodo. Mientras lo observaba, Kate tuvo la certeza de que iba a volver a negar que lo conocía. Entonces, de pronto, suavizó el gesto. Asintió y miró a otro lado.

—¿Por qué me ha…?

—Mire —la interrumpió—, siento mucho que esté pasando por esto, pero de aquí no va a salir con grandes revelaciones. Hacía años que no lo veía.

—¿Años? ¿Lo había visto antes?

Ray puso la misma cara que alguien que fastidia una fiesta sorpresa sin querer. Empezó a hablar con mayor cautela.

—Era uno de los críos habituales del verano —dijo con precaución —. Yo me encargaba del mantenimiento de muchas de las casas de veraneo, así que los conocía a casi todos. De cara, por lo menos.

Kate se planteó la posibilidad de indagar más, pero vio que el hombre se estaba cerrando otra vez. Debía ir al grano antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Por qué vino a verlo John? —le preguntó.

Él extendió los dedos en la mesa metálica y los miró fijamente, como si esperara recibir vibraciones de hace tiempo.

—Para contarme que la viuda de David Stemple había muerto.

—Annabel —dijo Kate.

—Ella era más joven que yo, pero tenía problemas de pulmón. No sé qué pulmonar.

—¿Y por qué iba a hacer mi marido algo así?

—Yo tampoco lo entendía al principio —reconoció él—. Hasta que no se fue John no lo deduje. Creo que quería que yo supiera que ella había dejado de sufrir. No solo por la enfermedad, sino por… por el dolor que yo le causé.

—John sabía algo sobre el asesinato, ¿verdad?

Ray miró de reojo a la mesa de al lado. Kate reconoció a la mujer que estaba sentada allí; era la motera que iba detrás de ella en la autovía subida a su llamativa y ruidosa máquina. Sin el casco, le caía por un hombro una buena melena completamente blanca. Estaba sentada enfrente de un preso rechoncho, que estaba inclinado hacia delante sobre la mesa, cogiéndole fuerte las manos a ella. Los dos habían dejado de hablar y miraban fijamente a Kate, que bajó la voz.

—Tenía información sobre David Stemple. Había sido testigo de algo o, de algún modo, sabía alguna cosa.

—¿Qué le hace pensar eso?

Kate pensó en los terrores nocturnos de John, en la visita, y dijo:

—Da igual. Tengo razón, ¿a que sí?

Él cerró los ojos, retiró las manos de la mesa y se las metió debajo de las piernas. La motera de pelo blanco de la mesa de al lado lloraba con disimulo mientras se despedía del preso rechoncho que tenía sentado enfrente. Ray los observó un instante, ceñudo, y luego se volvió hacia Kate.

—Yo antes no leía mucho —le dijo él—, pero cuando entre aquí empecé a leer mucho. No hay gran cosa que hacer por aquí ni tantísimas opciones en la biblioteca. Intenté leer a Tolstói, pero no conseguí que me enganchara. Vonnegut y Salinger me gustaron mucho. Jane Austen tampoco me entusiasmó; seguro que le sorprende saberlo. —Kate no dijo nada—. Ya… Bueno, últimamente he estado leyendo algo de mitología griega. ¿Ha oído hablar de Orfeo? —Kate negó con la cabeza—. En esta historia, Orfeo está casado con una mujer hermosa que se llama Eurídice, pero a ella le pica una serpiente y muere, así que Orfeo viaja al inframundo para salvarla. Hades, el dios del inframundo, accede a que Eurídice vuelva con Orfeo al reino de los vivos, pero con una condición: mientras crucen las cuevas, Orfeo no puede mirar atrás. Ni una sola vez. Imagínese lo que hace el muy imbécil.

—¿Mirar atrás? —preguntó Kate.

—Orfeo mira atrás. Eurídice vuelve a la oscuridad para siempre y a Orfeo lo hacen pedazos unas bestias feroces y hambrientas. La historia me atrapó. Igual me dan la condicional dentro de catorce semanas, tres días, dos horas y… —Se interrumpió para mirar el reloj de la pared del fondo—. Dieciocho minutos. Llevo más de veinte años en este sitio. ¿Quiere saber cómo he sobrevivido?

—¿Cómo?

—Dejando de mirar atrás. Durante los primeros años, era difícil hacer otra cosa, pero, a medida que fue pasando el tiempo, empezó a costarme menos. Luego ya apenas pensaba en el pasado. Podría ser negación, pero, gracias a eso, he conseguido llegar hasta aquí de una pieza, así que qué coño importa cómo lo llames.

—¿Qué tiene que ver todo esto con John? —preguntó Kate.

—Cuando John vino a comunicarme la muerte de Annabel Stemple, le dije lo mismo que le acabo de decir a usted: que yo había dejado de mirar atrás hacía tiempo y él debía hacer lo mismo.

Sin más, se levantó y se fue.

26
La esposa

—No pudo estar en esta casa ahora mismo —dijo Lori.

Cuando Abby había vuelto a casa, se la había encontrado esperando al pie de la escalera con la maleta hecha. Iba envuelta en capas de negro: vaqueros negros rajados, camiseta negra inmensa, Doc Martens raspadas y desgastadas… Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y prieta, y su cara se veía tan tierna y blanca como nieve recién caída. En comparación, el rostro de Abby era como nieve recién pisoteada y aporreada por botas sucias y por la lluvia, gris, hinchado y dolorido.

—Pues como no tengas suficiente dinero ahorrado para pagarte una habitación en el Blue Whale, no te queda otra. Vuelve arriba y deshaz la maleta.

—He llamado a Bobbi —dijo Lori—. Maggie y ella me han dicho que me puedo quedar allí un tiempo. Unos días, una semana quizá.

—No.

—¡Mamá!

—No hay discusión que valga.

—No puedo quedarme en esta casa porque me aterra —espetó Lori. Un hilito de rímel negro le chorreó por la mejilla izquierda—. Tengo miedo. Miedo de lo que vayan a decir de nosotros. Miedo de la policía. Miedo de… papá. Intento decirte que no estoy bien, mamá. —Abby intentó abrazar a su hija, pero Lori se apartó—. No quiero un abrazo.

—Entonces, ¿qué quieres?

—¡No lo sé, joder! —gritó—. ¡Que esto no hubiera pasado! Quiero un padre que no hubiera… Quiero… Quiero que me lleves a la puta casa de Bobbi.

Abby miró a su hija y vio a una mujer con ojos de niña.

—Mete la maleta en el coche.

—¿Sí?

—Sí —contestó Abby.

Sorprendida de haber ganado la batalla, Lori se apartó de la cara un mechón de pelo suelto y se recompuso.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Abby.

—Está en el jardín trasero, sufriendo una regresión.

—¿A qué te refieres?

—Ve a verlo por ti misma.

Abby se acercó a la ventana y se asomó. En el rincón izquierdo del fondo de la finca, calzada entre la valla y una casuarina llorona, estaba la casita de juguete de Eddie. En realidad, más que una casita era un porchecito: una plancha de hierro corrugado por tejado, una tira de moqueta por suelo y unas cuantas cajas grandes de plástico a modo de muebles.

Eddie no había usado la casita desde que tenía doce años y Ray ya había hablado de desmantelarla. Decía que era una monstruosidad y tenía razón, pero Abby nunca conseguía reunir el ánimo suficiente para autorizar su derribo. Era una de las últimas reliquias de la infancia de Eddie y no estaba preparada para perderla de vista. De pronto vio que a lo mejor Eddie tampoco lo estaba. Estaba sentado en uno de los cajones de leche, con los pies empapados por la tierra húmeda, leyendo un cómic de *X-Men*.

Abby salió al jardín y se acercó a él.

—¿Te importa que me siente contigo? —preguntó.

Eddie levantó la vista un instante, se encogió de hombros y siguió con su cómic. Abby se puso a su lado, haciendo un esfuerzo por ignorar el hedor a rancio del aire enmohecido.

—¿Has visto a papá? —preguntó Eddie.

—Sí. Está bien. Os echa de menos a Lori y a ti.

—¿Va a volver a casa pronto?

—No sé, Eddie. No creo.

—Él no le hizo nada a ese hombre, mamá. Todo el mundo dice que sí, pero no fue él. No sería capaz.

—Tu padre ha confesado, Eddie.

—Miente.

—Sé que esto es difícil, pero tenemos que…

—¿No podías haberlo dejado estar?

—Eddie…

—Esto es culpa tuya —le dijo con una mirada asesina.

De algún lugar más allá del jardín, le llegó el azote de las olas en la arena. El orden, la certeza y el control estaban cambiando como las mareas. Abby estaba harta.

—Eso no es justo.

Pero tampoco era mentira.

Eddie se levantó y, presa de una rabia repentina que parecía brotar de la nada, estampó el cómic contra el tronco de la casuarina llorona. El cómic cayó bocabajo en la hierba húmeda, con las páginas abiertas como las alas de un pájaro muerto. Abby se estremeció y, por un instante, vio en el rostro de Eddie el de su padre.

«¿Con qué nos has dejado, Ray?», se dijo.

Lori y Abby no hablaron en el trayecto a casa de Bobbi. Lori subió los pies al asiento, se abrazó las rodillas y miró por la ventanilla. La isla parecía distinta, más siniestra; las sombras de entre los árboles que punteaban la calle, más oscuras; las casas vacías del fondo, más llenas de secretos. Hasta el bloque de apartamentos de Deepwater Living, que Abby había visitado un centenar de veces, ese día tenía un aspecto siniestro. Aquel revoltillo de balcones y canalones en cuatro alturas parecía un disparate, una especie de escalera a ninguna parte. Le recordó a la casa del misterio de Winchester, una mansión de California sobre la que había leído y cuya propietaria aseguraba que se había diseñado con lo que los fantasmas le habían susurrado a ella en plena noche.

Bobbi, que las esperaba junto a la verja de seguridad, saludó a Lori con un abrazo fuerte.

—Sube, anda, que Maggie te está preparando un sitio —le dijo.

—Gracias, Bobbi —contestó Lori. Se volvió hacia su madre, le ofreció un breve abrazo, cruzó la verja y subió al apartamento de Bobbi.

Abby y Bobbi se quedaron en silencio un momento.

—¿Estás bien? —preguntó Bobbi.

—Bobbi, es que lo he hecho fatal. Perdí los nervios y…

—Tranquila —le dijo su amiga—. Tú y yo estamos bien, como siempre.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. ¿Quieres subir?

—Debería volver con Eddie —contestó—. Gracias por cuidar de Lori. En cuanto os empiece a volver locas, me llamas. —Titubeó. Miró a la acera de enfrente, donde había dejado el coche, y suspiró—. ¿Qué hago yo ahora, Bobbi?

—Seguir adelante —respondió la otra—. Comes, te das un baño, te depilas las piernas y continúas mirando al frente. El remordimiento, el miedo, la pena son como el musgo, Ab. Si se lo permites, empieza a crecer y no para hasta haberte cubierto entera.

—Como, me doy un baño, me depilo las piernas… —repitió Abby —. Sobrevivo.

Cayó la noche. Abby subió al cuarto de Eddie a preguntarle si tenía hambre, pero el crío no quiso abrirle la puerta. Ella bajó descorazonada a la cocina, sacó una cena precocinada del congelador

y la calentó. Se sirvió vino tinto en la copa más grande que encontró. Hacía un frío de los que duelen, así que encendió el fuego y se quedó mirándolo. La casa estaba demasiado tranquila. En aquel silencio, era demasiado fácil imaginar que una ola gigantesca se elevaba desde el mar, asolaba la isla y se llevaba por delante todos los errores de su pasado. Los acontecimientos de los últimos días le centelleaban en la cabeza, como lo hacía la luz del sol entre las hojas de los árboles.

Solitaria y abrumada, procuró por todos los medios no perderse en una vorágine de pensamientos. El luminol de la ropa de Ray. Los dos hombres que se abrazaban en la portada de *Y-Mag*. La terminal de ferris. La confesión de Ray. ¡La confesión de Ray! Aquel pensamiento era el más bullicioso de todos. Serpenteaba ladino por su cuerpo como los tentáculos asfixiantes de una criatura oscura surgida de las entrañas del océano y…

¡Zas!

Se fue la luz en toda la casa. La estancia le pareció de pronto anormalmente silenciosa. No se oía el zumbido de la lámpara del pasillo ni el murmullo de la nevera en la cocina, solo el crepitar de las llamas y los sonidos de los insectos a lo lejos. Abby se quedó sentada a la luz del fuego un instante, recobrándose, y luego se acercó a la ventana. Los apagones eran habituales en Belport en aquella época del año cuando hacía mal tiempo, pero la noche estaba despejada y, en la casita de Dorothy y Terry, al pie de la colina, había luz.

—Eddie, ¿todo bien por ahí arriba? —le gritó.

Oyó abrirse y cerrarse la puerta de su cuarto, seguido de unos pasos por el descansillo y luego apareció la silueta de su hijo en lo alto de la escalera, recortada en la oscuridad del pasillo.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha ido la luz —contestó ella—. Voy a ver si han saltado los fusibles. Espera aquí.

Salió con sigilo al vestíbulo, enfiló el pasillo, abrió despacio la puerta de la calle y recibió una bofetada de aire frío. Estaba acostumbrada a que Milt Street pareciera desierta, pero esa noche le daba la impresión de que había demasiadas sombras y objetos oscuros detrás de los que esconderse. Se sentía vigilada. El cuadro eléctrico estaba montado en un lateral de la casa, debajo de un toldillo estrecho, como mucho a una decena de pasos de la puerta, aunque esa noche parecieran más.

Bajó los escalones del porche hasta el césped mojado, acompañada de la linterna de bolsillo que tenían colgada de un clavo junto a una de las ventanas de la fachada principal. El haz de luz era finísimo y penoso. Más que iluminarle el camino, parecía oscurecer aún más todo

lo que lo rodeaba.

A un par de metros del cuadro eléctrico, se quedó pasmada. La puertecita blanca de madera estaba abierta de par en par. Alguien la había abierto y la había dejado así. Alarmada, vio la figura de un hombre alto en la periferia de la linterna. Era grande, de espaldas anchas y estaba completamente inmóvil, observándola.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, haciendo un esfuerzo por sonar grande y valiente—. ¿Qué quiere?

No hubo respuesta. La figura de la oscuridad permaneció inmóvil. Por un momento, Abby temió que fuera el fantasma de David Stemple, que hubiera vuelto a vengarse, sonriendo como un demente entre las sombras. Quien fuera que estaba plantado en el estrecho pasadizo del lateral de la casa medía más de metro ochenta, tenía unos hombros fornidos y la cabeza estrecha, y llevaba unas mangas recias que aleteaban al viento.

—¡Le estoy viendo! —gritó ella—. ¿Quién es?

Nada.

Podía salir corriendo, pero estaba convencida de que el hombre la perseguiría. En su lugar, se armó de valor, dio una zancada larga al frente y levantó la linterna.

—¡Joder! —exclamó.

La figura del jardín era una sombrilla de playa. Había olvidado que la guardaban ahí durante el invierno. Apoyó las manos en las rodillas y exhaló. Aunque un asesino no hubiera ido a por ella, el cuadro eléctrico estaba abierto. Eso no se lo había imaginado.

Moviéndose deprisa, iluminó con la linterna el interior del cuadro. El interruptor general había saltado. Volvió a bajarlo y la electricidad regresó a la casa. La luz del interior iluminó el lateral de la casa y una zona greñuda y descuidada del jardín. Abby la exploró, casi esperando que el hombre que había imaginado acechando allí la asaltara de pronto blandiendo una daga. En cambio, plantado entre la espesura, vio a un adolescente.

—¡Joder! —exclamó ella jadeando.

El niño la miraba en silencio. Era un crío muy guapo, de quince o dieciséis años, rasgos delicados y pelo moreno y fino, repeinado hacia atrás de una forma que ya no se veía a menudo en aquellos tiempos. Vestía vaqueros azules y un cortavientos azul claro. Temblaba.

—Perdone —le dijo—. No quería entrar por la puerta principal por si la poli estaba vigilando la casa, pero necesitaba verla.

—¿Quién eres?

Dio un paso adelante, hacia la luz suave procedente de la ventana del salón.

—Soy John Keddie —contestó—. ¿Se acuerda de mí?

27
La viuda

Kate metió el coche en la zona de embarque de vehículos de la terminal de ferris del continente para esperar a que llegara la penúltima embarcación del día y la llevara de vuelta a la isla.

Pasó casi todo el trayecto fuera, en la cubierta paradójicamente llamada «solárium», agarrando fuerte la barandilla con los dedos enguantados y viendo la isla acercarse cada vez más. El ferri se alzaba con violencia y caía con brusquedad, pero no flaqueaba. El aire fresco la ayudó a despejar la mente; había pasado demasiadas horas en el coche.

En el camino de vuelta de la prisión de South Hallston, había pensado mucho, sobre todo en su casa. En Mia. Echaba de menos a su pequeña. Aunque habían pasado días, no semanas ni meses, desde que la había visto por última vez, le dolía el alma de pensar en ello.

Aun entonces, plantada en la cubierta del ferri, se preguntaba si volver a Belport era lo correcto. En el fondo, sabía que no tenía elección: debía averiguar qué le había ocurrido a John. ¿Cómo iba a volver con Mia y construir una vida medio normal mientras siguieran persiguiéndola aquellos interrogantes?

Pese a todo, la tentación de tomar la salida de Melbourne en la autopista había sido fuerte. De haberlo hecho, ya estaría a mitad de camino de casa. Sus cosas seguían en la habitación del Blue Whale, pero podría haberla dejado fácilmente por teléfono, enviado la llave por correo y pedido al personal del motel que le mandaran sus cosas. Luego habría bastado con que buscara una buena inmobiliaria para vender la casa de veraneo y posiblemente jamás habría tenido que volver a la isla. ¡Qué narices!, ni siquiera hacía falta que la inmobiliaria fuera buena. Una propiedad en Belport podía venderla cualquiera. Lo único que tenían que hacer era limpiar bien la vivienda, airearla un poco, contratar quizá a alguien del pueblo para que le diera una mano de pintura a las paredes y…

De pronto se le encendió una lucecita. Ray le había dicho que trabajaba en labores de mantenimiento. Recordó haber vuelto a la casa de veraneo, el sofá de tres piezas, la moqueta gruesa de color azul en la que a Mia le gustaba sentarse a ver la tele y la pintura blanca

reciente con que se había cubierto el rincón derecho del fondo del salón.

Ella había pasado la mano por la pintura pegajosa y se había preguntado cómo se le había ocurrido a John tapar las decenas de nombres y estaturas anotados allí. La respuesta le vino a la cabeza de repente: no se le había ocurrido a John porque no había sido él quien había pasado la brocha, como tampoco había sido él quien había disparado la alarma.

Por último, recordó la camioneta de mantenimiento que había visto aparcada en la calle y sacó el móvil.

—¿Island Care? —preguntó la inspectora Eckman. Estaban de nuevo en la pequeña sala de interrogatorios de la comisaría de Belport con vistas a un callejón de hormigón. Kate estaba sentada enfrente de la inspectora en la mesa llena de cercos de café—. ¿Qué tiene que ver eso con el caso?

—Lo he investigado. —En la página web desactualizada de la empresa, había descubierto que Island Care era un servicio de mantenimiento en temporada baja especializado en conservación general, reparación de daños por tormentas y vigilancia en invierno. Al fondo de la página estaban los datos de contacto de un tal Ed Gilpin —. No hay muchas empresas de mantenimiento en este pueblo y esta la lleva alguien con el mismo apellido que el hombre que asesinó a David Stemple. Tiene que ser la furgoneta que vi cerca de la casa.

—No la sigo.

Kate le habló a la inspectora de la esquela que había encontrado guardada en el altillo de la casa de veraneo, de la relación que tenían John y Annabel Stemple, y de sus visitas a Marcus Stemple y a la prisión de South Hallston. Eckman escuchó con atención, apoyada en un codo, mordisqueando el extremo del lápiz más fuerte cada vez que Kate añadía un dato nuevo. Parecía sorprendida. «Subestima a la viuda de John Keddie —se dijo Kate—, como lo ha hecho siempre todo el mundo.»

—El sobrino o lo que sea de Ray Gilpin se coló en nuestra casa de veraneo para pintar una pared del salón —comentó Kate cuando llegó a esa parte de la historia—. Su nombre debía de estar entre los de la decena de críos que se midieron en aquella pared. Sabía que lo de la pintura era importante. John y ese hombre se conocían de niños, estoy convencida. Tendrían más o menos la misma edad.

Eckman se sacó el lápiz de la boca y estudió con escepticismo las marcas de sus dientes.

—En primer lugar, Ed es el hijo de Ray.

—¿Los conoce?

—En segundo lugar, ¿por qué iba a tapar su nombre con pintura?

—Para ocultar su relación con John.

—¿Cree que tuvo algo que ver con el asesinato de John? —preguntó la inspectora soltando el lápiz.

—Yo solo sé que tiene algo que ver con todo esto. Está relacionado, como todo el mundo en esta condenada isla. Estaba aparcado a la puerta de la casa. Me ayudó a abrir la caja fuerte que encontré en el altillo. Vio lo que había dentro.

—A ver si me entero. Me está hablando de una caja fuerte que se llevó de la escena de un caso abierto, ¿verdad? Eso se llama «prueba», señora Keddie. Prueba que no solo ha contaminado, sino que ha ocultado a la policía.

—Prueba que ustedes pasaron por alto en su registro —replicó Kate —. Prueba que yo encontré en mi casa.

—Su casa es parte de una investigación policial en curso.

—Soy perfectamente consciente de eso, inspectora. Mi casa es parte de una investigación policial en curso y el cadáver de mi marido es propiedad de la policía.

Eckman se hundió en la silla. Apretó la mandíbula y volvió a relajarla.

—¿Dónde está la esquela ahora?

—No la tengo —reconoció Kate.

—¿Quién la tiene?

—Marcus me preguntó si podía quedársela y se la di.

La inspectora bebió un sorbo de café rancio de una taza de cerámica y meneó la cabeza.

—No quiero discutir con usted, señora Keddie. Hablaré con Ed y con Marcus Stemple e investigaré todo lo que hemos hablado, pero no intervenga más, por favor. No puedo tenerla correteando por la isla como si esto fuera un programa policíaco de barrio para la tele. No puede ser. Lo entiende, ¿verdad?

—Necesito hacer algo —contestó Kate.

Eckman suavizó el gesto.

—Sé que no es esto lo que espera oír, señora Keddie, pero lo mejor que puede hacer es volver a Melbourne. Pase tiempo con su hija, espere, sobreviva… y otra vez.

Kate sonrió con tristeza.

—Por favor, deje de llamarme señora Keddie. Soy Kate.

—Barbara —dijo Eckman—. Pero todo el mundo me llama Bobbi.

Eckman tenía razón. Ya era hora de que Kate volviera a casa. Mia necesitaba a su madre tanto como su madre la necesitaba a ella. Si

hacía la maleta y dejaba el Blue Whale lo bastante rápido, llegaría a tiempo de coger el último ferri al continente. Pero primero debía hacer una cosa.

Enfiló Bay Street hasta la feria del puerto y giró a la izquierda, siguiendo el paseo marítimo. Entró por Old Harbour Road y avanzó hasta que las viviendas dieron paso a zonas descuidadas de bosque costero. No tardó en llegar a Beech Tree Landing, adonde alguien había llevado con engaños a su marido, le había cortado el cuello y lo había dejado caer al mar al volante de su coche. John odiaba aquel sitio, aquella isla. Le parecía superinjusto que hubiera tenido que morir allí.

El embarcadero contaba con una treintena de plazas de aparcamiento extralargas para remolques y estaban todas vacías. Las cruzó en diagonal y aparcó en lo alto de la última rampa de botadura.

Más allá, en el agua, había una decena o así de pilotes de madera que se alzaban desde el mar como dientes romos, los restos de lo que debía de haber sido la antigua terminal de ferris, donde David Stemple había encontrado la muerte.

Contempló la superficie del agua y pensó: «Aquí es donde ocurrió, donde me quedé viuda». La última palabra la dejó tocada. Se había quedado viuda. Peor aún, se había quedado viuda sin haber llegado a conocer de verdad a su marido.

Abrió de golpe la puerta del coche y salió al exterior ventoso. Caminó decidida hasta el fondo de la rampa de botadura, tan al borde que se le mojaron las zapatillas, y gritó. Cuando terminó de gritar, se dejó caer de rodillas en el hormigón mojado. Brotó de su interior la pena, caliente, húmeda y salada. Ojalá hubiera podido dejarla en Belport, pero sabía bien que se la llevaría puesta a casa.

Si Kate se hubiera ido de Beech Tree Landing treinta segundos antes o treinta segundos después, todo habría sido distinto. No habría llegado al cruce de Old Harbour Road con Elm justo cuando la camioneta de trabajo de Ed Gilpin, con su rótulo de «MANTENIMIENTO» en el panel lateral, pasaba por allí. Habría girado a la derecha, vuelto al motel y cogido el último ferri de regreso al continente.

Sin embargo, giró a la izquierda y siguió a Ed hacia el interior de la isla.

28
La esposa

Abby puso el agua a hervir y sentó a John a la mesa de la cocina. A saber cuánto tiempo llevaba el crío allí fuera, en la oscuridad, rondando la casa. Tenía las rodillas de los vaqueros llenas de barro y llevaba agujas de pino pegadas en el cuello del cortavientos, que había dejado hecho un higo en el suelo, al lado de sus zapatos.

John había estado allí antes, una o dos veces, recordó Abby de pronto. Era uno de los amigos de verano de Eddie. Había un grupo grande de adolescentes más o menos de la misma edad que se juntaba en temporada alta. Le costaba memorizarlos a todos y John no destacaba más que los otros.

—Creo que le he pisoteado sin querer alguna flor al saltar la valla —dijo—. Me parece que eran agapantos. Lo siento. Le abonaré los daños.

«Le abonaré los daños.» Abby se preguntó si había oído alguna vez aquellas palabras en una boca tan joven. Pensándolo bien, podía decir lo mismo de «agapantos».

—¿Has saltado la valla? —preguntó ella.

Le dejó un vaso de agua en la mesa y el crío se lo bebió de un trago. Cuando lo hubo apurado, contuvo un eructo y asintió con la cabeza.

—Desde Elk Harbour, en vez de subir por Bay Street, he cogido Hat Island Road y he cruzado por el monte. Se me ha olvidado coger una linterna, pero conozco bastante bien esos senderos y había suficiente luz de luna para verlo casi todo. He seguido el rugir de las olas hasta que he llegado a las dunas; después he entrado por detrás.

—Pisándome los agapantos.

—Insisto, lo siento muchísimo, pero es que estaba convencido de que la policía andaría vigilando la casa.

—Eso ya me lo has dicho —terció ella—. ¿Qué más da que te vea la policía? No has venido a hablar con Eddie, ¿no?

John se humedeció los labios y agachó la cabeza.

—No. Es que… he visto en las noticias que han detenido al señor Gilpin. Se han…, se han equivocado. No ocurrió así.

—¿Qué es lo que no ocurrió así?

—Que a ese hombre no lo mataron así.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Levantó la vista y miró a la derecha. Eddie estaba plantado en el umbral de la puerta de la cocina, llorando. El hervidor empezó a silbar fuerte. Abby se quedó helada en el sitio un instante; luego apagó el fuego. Observó a los niños mientras el pitido del hervidor se iba desvaneciendo.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Eddie a John. Al ver que John no le contestaba, Eddie se volvió hacia su madre con la misma pregunta—. ¿Qué hace él aquí?

—Hay que contárselo, Eddie —dijo John, y volvió a agachar la cabeza. Su pose le recordaba a Abby a la nieve a medio derretir—. Hay que hacerlo.

—¿Contarme qué? —preguntó ella.

—Mamá… —terció Eddie.

Abby procuró tranquilizarse. Se tragó la bola de pánico que le había subido a la garganta y abrió la despensa. Sacó la lata de Milo y preparó dos tazas.

—Siéntate, Eddie —le dijo—. Parece que tenemos que hablar.

A regañadientes, el niño se sentó enfrente de John. Abby se sentía acalorada y fastidiada, triste y temerosa. En parte (una buena parte), no quería oír lo que tuvieran que decirle. Aun antes de que empezaran a hablar, sabía que lo iba a cambiar todo. Pero despacio, tensa y dolorosamente, como el que se arranca una sanguijuela de la piel, fue sonsacándoselo todo.

Los niños hablaron y lo que contaron se parecía mucho a la verdad. Ella rellenó algunos huecos haciendo preguntas y otros tirando de su imaginación. Le vinieron imágenes a la cabeza: piel, agua, sangre. Mientras Eddie y John lo explicaban, vio desplegarse en su mente los acontecimientos de aquel día, tan vivamente como si hubiera estado allí mismo con ellos, viéndolo por el rabillo de…

… la brisa azotaba la terminal de ferris. Las paredes vibraban y la madera gemía a su alrededor como una bestia vieja y cansada. Por la ventana sucia entraban haces de luz polvorientos, iluminándolos con una luz del color de la mantequilla batida. Eran más de las doce, un día de colegio.

—Ni de coña pienso pasar la noche aquí solo —dijo John. Eddie lo provocó cloqueando como una gallina—. No seas capullo —se defendió—. ¿Tú te quedarías aquí conmigo?

—Claro —contestó Eddie—. Habrá que inventarse una bola que contarles a mis padres, pero valdrá con cualquier cosa. Ni se van a

enterar.

John ya les había mentido a sus padres. Les había dicho que iba a pasar las tres noches siguientes en un campamento del colegio. En su lugar, había escapado de la ciudad al alba, cogido un tren, un bus y un ferri y llegado a Belport a media mañana. Eddie estaba encantado de saltarse las clases para pasar el día con él. Por teléfono, John solo le había dicho que necesitaba alejarse un rato, pero Eddie estaba convencido de que había otra razón y estaba casi seguro de que sabía cuál era.

John se había llevado el saco de dormir y tenía pensado pasar la noche en una de las cabañas de materiales de los campings desiertos de la playa, pero todas las cabañas estaban aseguradas con cadena y candado, y tenían un cartel que decía «¡SONRÍE A LA CÁMARA!». Ninguno de los dos había sido capaz de encontrar la cámara de seguridad, pero el riesgo era demasiado alto, así que Eddie había propuesto la terminal.

—¿Qué cojones es este sitio? —preguntó John mirando el colchón sucio y manchado del rincón.

Había ladrillos sueltos y cristales rotos en el suelo, pintadas por todas las paredes («SI BUSCAS POLLA GRATIS, LLAMA A ESTE NÚMERO», «JUDY BRAY ES UN PUTÓN VERBENERO», «LA HIERBA ES GAY») y un condón usado colgando de una de las vigas del techo. Alguien debía de haberlo lanzado allí al terminar.

—Antes era el puerto principal de la isla —contestó Eddie—. Lo recuerdo de cuando era pequeño. Luego hicieron el de Elk Harbour.

—«LLAMA A BARRY SI BUSCAS LA MEJOR MAMADA DE BELPORT» —leyó John de la pared.

—Sí, este sitio es un escondite.

—¿Un escondite?

—Sí, una especie de sitio donde quedan los maricas.

—Genial —espetó John—. Ya sí que no pienso pasar la noche aquí.

—¿Por qué no te quedas en mi casa? —preguntó Eddie.

—Porque tus padres querrían saber qué hago allí entre semana. Seguramente llamarían a los míos, se enterarían de que he venido y no me dejarían volver a salir de casa en la vida.

Eddie se metió las manos en los bolsillos de la sudadera con capucha y le dio una patada a una lata de cerveza vacía. Salió disparada a la otra punta y aterrizó con un estrépito metálico que resonó por toda la sala. Miró a John, dudó de si debía preguntarle, decidió que probablemente era mejor no hacerlo, pero al final decidió lanzarse y se lo dijo de todos modos.

—¿Por qué has venido?

—Porque, si me llego a quedar más tiempo en esa casa, me habría vuelto loco y asesinado a mi familia a hachazos —contestó John con una sonrisa socarrona—. Mis padres me tienen harto, nada más. Mi padre se pasa el tiempo en el trabajo y, cuando viene a casa, se sienta delante de la tele como un robot. Y mi madre es tan falsa que no la aguanto. No para de hablarme de lo importante que es que estudie y entre en una universidad, cuando ella no terminó ni el instituto.

—Tu madre me cae bien —dijo Eddie—. Es maja.

Eddie había estado en la casa de veraneo de John un puñado de veces durante el verano y Pam siempre se había portado bien con él. Hasta lo había medido en la pared del salón y había dejado su marca con las de John y sus primos.

—Ya, pero solo es maja porque tiene que serlo —replicó John—. Porque lo dice la Biblia. Eso es lo que nunca he entendido de los católicos. Lo que se hace solo por temor a Dios no debería valer. En cualquier caso, no sería tan maja si se enterara de dónde he estado.

—¿En Belport?

—En un tugurio para maricas —contestó John—. ¿Sabes lo que dice la Biblia de ser gay?

—«Si un hombre yace con otro como si fuera mujer, los dos habrán cometido una abominación» —contestó Eddie citando el Levítico.

John enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he buscado en la biblioteca del colegio.

—¿Por qué?

—Por curiosidad —contestó el otro—. ¿Sabes qué más dice la Biblia que no debes hacer? Llevar ropa rota, hacerte tatuajes, comer beicon…

John rio.

—¿Comer beicon? Eso te lo has inventado.

—No puedes comer cerdo ni tocar su cadáver porque no rumia o algo así.

—Menudo disparate —espetó John—. ¿Cómo sabes tanto de religión si tus padres no son religiosos?

Eddie se tiró de la oreja y se encogió de hombros.

—A lo mejor es por eso. Nunca nos han hablado de Dios y del cielo y todo eso, así que supongo que quería saber de qué iba. ¿Tú qué piensas?

—¿De qué?

—¿Crees que Dios manda a los gais al infierno?

John miró a Eddie a los ojos, muy fijamente, y meneó la cabeza.

—No, no lo creo.

—Yo tampoco.

Eddie lo besó.

—¿Qué cojones haces? —espetó John dándole un empujón—. ¡Aparta, joder!

—Es que…

—A mí no me va esa mierda, Eddie.

—Ni a mí —replicó el otro forzando una carcajada—. Era broma, por el sitio en el que estamos y…

—¡Mentira!

Eddie se frotó los ojos con los pulpejos de las manos y masculló:

—Joder, joder, joder…

—Yo me largo.

—Espera. —Eddie se interpuso en su camino—. John, espera.

—Déjame salir, Ed.

—Lo siento, ¿vale? Era broma. Me estaba haciendo el gracioso.

—El gracioso —repitió John—. Vale.

—No se lo vas a decir a nadie, ¿verdad?, ni a Craig ni a Gordy ni a los otros.

—¡Déjame salir!

—Pensaba…

—Aparta de una puta vez, Eddie.

—Pensaba que querías… Creía que te iba…

—Pues no.

—Pero…

—No me va, Eddie —contestó John—. No soy como tú. No soy…

—¿Marica?

—Yo no he dicho eso.

Pero eso fue lo que oyó Eddie. Y eso lo incendió.

Empujó a John y John le devolvió el empujón. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, lo justo para que le saliera el lado oscuro, Eddie le dio un puñetazo en la barbilla, no muy fuerte, pero sí lo bastante como para mandarlo dando tumbos hacia atrás, haciendo el molinillo para mantener el equilibrio. Acto seguido se produjo un pequeño caos, un estallido descontrolado e incómodo de violencia infantil. Empujones, tirones y puñetazos, insultos, jadeos y llanto. Se formó una maraña de extremidades, pero, en algún momento, Eddie volvió a besar a John, y esa vez John se dejó.

Rugieron los truenos a lo lejos. Los graznidos de las aves marinas y el romper de las olas se colaron por las grietas amplias de los tablones del suelo, y por la puerta, que colgaba abierta de un gozne.

Eddie se puso de rodillas y manoseó con torpeza el cinturón de John. El otro se soltó la hebilla, se desabrochó el botón y se bajó la

cremallera. Fue raro e incómodo, maravilloso y perfecto. John gimió, se mordió el labio inferior, que le supo a sangre y a pasta de dientes. Enterró los dedos en el pelo de Eddie y fue guiándolo arriba y abajo, hacia delante y hacia atrás, siguiendo el ritmo de su cuerpo, el ritmo de las olas en el exterior.

John miró por la ventana amarillenta y polvorienta. Había una polilla marrón gorda pegada al cristal que luego aleteó y se coló volando por un agujero del techo. Entonces se distrajo. Miró hacia el embarcadero e hizo un aspaviento. Había un coche aparcado junto a las rampas de botadura, un BMW de color azul oscuro. No estaba allí cuando habían entrado, ¿no?

—Eddie, para. Hay un coche ahí fuera. Creo que hay alguien… aquí.

John miró hacia la puerta. Entró un hombre en la terminal. Era alto, con el cuerpo fuerte y grande de un jugador de rugby. Llevaba el pelo muy corto. Vestía zapatillas de lona blancas y cazadora negra muy gruesa. Los estaba mirando. Eddie se apartó de John y vio al hombre. Jadeando, se puso en pie con dificultad. John se subió enseguida la bragueta de los vaqueros y se abrochó el cinturón.

Los chicos no estaban seguros de lo que hacía el hombre allí, pero solo se les ocurría una explicación: buscaba rollo. Traía consigo un pack de seis cervezas. Llevaba una lata abierta en la mano izquierda y las otras cinco en la derecha, colgando de las anillas de plástico. Se acercó con una sonrisa de medio lado. Los cristales rotos crujieron bajo el peso de sus zapatillas.

—Por mí no paréis —dijo—. Estaba disfrutando del espectác… ¡Madre mía!, ¿cuántos años tenéis? —Sus ojos se habían adaptado a la escasa luz de la terminal y había visto dos rostros imberbes y asustados que lo miraban. Torció el gesto—. ¿Qué hacéis aquí? —quiso saber.

—Nada —contestó John.

—Este sitio no es para niños —dijo el hombre—. No deberíais estar aquí.

Si Eddie se hubiera parado a pensarlo, a pensarlo de verdad, habría caído en la cuenta de que, si aquel hombre estaba allí buscando rollo, tenía motivos para guardarles el secreto, pero no lo pensó. Lo único que se le pasó por la cabeza fue «No, este hombre no puede ver esto. Este hombre no puede vernos. Este hombre puede acabar con esto». Aquellos pensamientos le zumbaban en la cabeza, a modo de luces de neón intermitentes.

—¡Que le den! —espetó Eddie con un hilo de voz.

El hombre le lanzó una mirada asesina.

—¿Cómo has dicho?

—No ha dicho nada —contestó John mirando a Eddie de reojo—. Déjalo estar.

Pero Eddie no pensaba con claridad. Apenas pensaba. Una bruma de pánico le había nublado la mente y se había sumado a la rabia, la vergüenza, el deseo, y aquel hombre no podía saber su secreto. No podía.

—He dicho que le den —espetó, más fuerte esa vez.

—¡Eddie! —lo reprendió John.

El hombre parecía molesto.

—¿Tus padres no te han enseñado a respetar a los mayores? —le soltó—. ¿Saben que estás aquí, Eddie? —preguntó con retintín.

—¡Cierre la boca! —replicó el crío.

—Igual les viene bien enterarse de lo que está haciendo su hijo en plena jornada escolar.

—A lo mejor a su mujer también le viene bien enterarse de lo que está haciendo usted —terció John al verle la alianza en la mano izquierda. Notó que Eddie temblaba a su lado.

—Yo solo pasaba por aquí, a mis cosas, cuando he oído lo que parecía una pelea entre chiquillos. —Los miró fijamente, se tomó un momento para considerar sus opciones y, decidiendo quizá que no le apetecía discutir con dos adolescentes, negó con la cabeza y dio media vuelta para marcharse—. Es igual. No es asunto mío. Ya solucionarán esta mierda vuestros pad…

Se oyó un golpe seco y el hombre dio dos zancadas hacia atrás. Se llevó la mano a la frente. Se tambaleó, perdió el equilibrio, cayó de espaldas al suelo y se dio fuerte en la cabeza. John tardó unos segundos en entender qué había pasado. El hombre estaba muy quieto. Eddie estaba plantado a su lado y llevaba en la mano un ladrillo. Debió de encontrarlo en el suelo, cogerlo y…

—¿Qué cojones has hecho? —susurró John nervioso.

—Lo iba a contar —masculló Eddie—. Ya lo has oído. Lo iba a contar. —Las extremidades del hombre se sacudieron una vez. Hizo un ruido como de burbujeo. Le faltaba un trozo de frente en forma de triángulo y de allí brotaba un reguerillo de sangre que formaba una franja vertical hasta la barbilla—. He tenido que hacerlo —seguía diciendo Eddie—. Lo iba a contar. He tenido que hacerlo. Lo iba a contar. He tenido que…

—¡Joder, Eddie! —exclamó John—. ¿Qué has hecho?

—He tenido que…

—Hay que ayudarlo.

Mientras Eddie empezaba a pasearse nervioso de un lado a otro, a

llorar y a maldecir, John se acercó al hombre. Vio que seguía vivo, pero había mucha sangre y no paraba de salir. Ya no era un reguerillo; brotaba a chorro de la herida de la cabeza, como en ráfagas, al ritmo del bombeo del corazón.

—Aún vive —dijo John.

—Venga, vámonos.

—Tenemos que ayudarlo.

—Hay que salir de aquí, John. ¡Ya!

Eddie le tiró del brazo, pero John se negaba a moverse. Era incapaz. No podía más que ver cómo se iba apagando la luz de los ojos de aquel tipo.

El otro soltó el ladrillo y salió corriendo. Sus pasos apresurados resonaron por la terminal. John se quedó a solas con el moribundo. Sí, el hombre se moría. El pecho le subió una vez y luego bajó. Dejó de correrle la sangre por la cara. John miró el charco con fijeza: no parecía una sola cosa, sino cientos de cositas.

—Como orugas —masculló—. Esto no tenía que haber ocurrido… Esto no tenía que haber…

… ocurrido esa noche —dijo Eddie.

Abby estaba atónita, muda. Su primer pensamiento fue: «Ojalá no los creyera». El segundo fue uno de supervivencia. No habría querido que David Stemple no encontrara la muerte aquel día, solo que no hubiera sido a manos de su propio hijo. Habría preferido que hubiera sido John. ¿Por qué no podía haber sido John?

Sin embargo, siendo sincera, no le costaba imaginar a Eddie perdiendo la cabeza. Lo recordó siendo un bebé, cuando le daban lo que Ray llamaba «sus rabietas apocalípticas», gritando y dando patadas sin control hasta que, agotado, se desplomaba en sus brazos. Recordó las veces en que había vuelto a ver aquella ira, lo bastante inusuales como para hacer la vista gorda, pero incómodas en su momento: cuando su hijo de siete años se había tirado al suelo de una tienda de juguetes, chillando y convulsionando de tal forma que ella casi había pensado que le estaba dando un ataque epiléptico; y la rabia con que había pateado una pared a los trece, aterrado e iracundo, después de que una chica de su clase hiciera correr un rumor sobre él; y, por último, en el jardín trasero, estampando un cómic contra la casuarina llorona. Pensó en el lado oscuro y en las cosas horribles que los hijos heredan de sus padres. Había sido estúpida al pensar que una ira de ese calibre podía desaparecer sin más.

—Mamá, por favor, di algo —le pidió Eddie—. Lo siento, mamá. La

cagué. ¡Joder! ¡La cagué! La cag…

—Las revistas son tuyas, ¿verdad? —dijo ella, medio perpleja.

—¿Qué?

—Dame un segundo.

—Mamá…

—¡Silencio! —dijo—. Dame un puto segundo.

Echó un vistazo al pasillo, donde el adolescente se había quitado las zapatillas sucias. Le daban ganas de tirarlas al fuego, de tirarlo a él al fuego. De beber, de romper algo. Las luces de la cocina de pronto eran muy intensas. Demasiados estímulos sensoriales. Se sentía sobrepasada, como un vaso debajo del chorro del agua, como un hervidor que pitaba y silbaba.

—Vale —dijo de pronto—. ¿Qué pasó después?

—¿Después? —preguntó Eddie.

—Después de que salieras corriendo —se explicó Abby, apretando fuerte los puños debajo de la mesa—. Si saliste corriendo, ¿cómo terminó el cadáver en el agua?

—El tío había aparcado su coche en el paseo marítimo —contestó Eddie con una súbita indiferencia que resultaba aterradora—. Cuando llegué a su coche, fue como si volvieran los sonidos o algo así. Empezó a llover y eso me devolvió a la realidad, por así decirlo. El seguro estaba echado y… tenía un teléfono de esos de coche. Pensé en llamar a la policía. ¡Iba a llamar a la policía!…

—Pero no lo hiciste —terció Abby—. Llamaste a tu padre.

Eddie asintió con tristeza.

—No sabía qué hacer.

—¿Qué hiciste tú? —le preguntó Abby a John.

—Me quedé con el hombre hasta que… —contestó John—. Me quedé hasta que llegó el señor Gilpin y me encontró allí. Nos llevó a Eddie y a mí al asiento de atrás de su camioneta y nos pidió que le contáramos lo que había pasado. Se fue a la terminal de ferris y tardó un rato. Al volver, nos dijo que nos fuéramos.

—¿Que os fuerais?

—A mí me dijo que volviera a casa, a Melbourne, y a Eddie lo mandó aquí, a casa. Nos dijo que nunca habláramos de ello. Jamás. Pero yo… Él no lo hizo. Lo han detenido y él no lo hizo, y yo no puedo…

—Sí —respondió Abby—, sí puedes.

Los chicos la miraban desconcertados, así que cerró los ojos con fuerza y, en la honda quietud de aquella oscuridad absoluta, vio a su marido. «Prométeme una cosa. Que vais a sobrevivir. Lori, Eddie, tú. Prométemelo.» De pronto sintió que Ray tenía razón. Inspiró hondo y,

con toda la calma de que fue capaz, dijo:

—Esto es lo que vamos a hacer. John, tú vas a pasar la noche aquí. Mañana por la mañana te dejaré en el ferri y volverás a casa. —Los miró muy seria—. Vamos a enterrar todo esto —continuó—. ¿Entendéis lo que quiero decir con eso? Vamos a enterrar esto en un sitio tan profundo y apartado que ni siquiera vamos a recordar que ha ocurrido. Sois jóvenes. Los dos. Os queda mucha vida por delante.

—Pero papá… —empezó Eddie—. Él…

—Tu padre ha hecho un sacrificio, Eddie. Anda, sé buen chico y prepara el sofá para tu amigo.

Abby se levantó, suspiró hondo y se acercó a la nevera a cogerse una cerveza. Dejó allí a los chicos y salió al porche a bebérsela.

Milt Street estaba tranquila y oscura. Por fin habían quitado las vallas del cruce de Brown con Delahunt. Ya estaba seco. Lo bastante seco para que se pudiera pasar por allí, por lo menos.

Abby se sentó en el escalón más alto y se preguntó si habría salvado a aquellos chicos o los habría condenado. Un peso nuevo le cayó sobre los hombros. Tendría que cargar con él mucho tiempo, lo sabía. Mucho tiempo.

29
La viuda

Una oscuridad absoluta se cernía sobre Belport cuando Kate decidió seguir la camioneta de Ed Gilpin hasta Milt Street. Tomó el acceso a una casa pequeña de tablillas solapadas y dos alturas, apartada de la calle por una buena parcela de césped verde y frondoso. En la hierba había clavado un cartel casero con «CONSERVACIÓN» escrito en mayúsculas grandes y negras.

Ed metió la camioneta en el garaje. La puerta enrollable se cerró a su espalda con un fuerte traqueteo. Kate aparcó en la acera de enfrente y enfiló un sendero estrecho de piedra que cruzaba el césped.

La casa necesitaba atención urgente. La pintura estaba desconchada y medio pelada, la ventanita de encima de la puerta de entrada estaba rajada y uno de los tablones del suelo del porche se había soltado y colgaba de un clavo, por debajo, en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

El jardín trasero, en cambio, estaba inmaculado. No había ni una brizna de hierba fuera de sitio. Un pequeño huerto recorría todo el largo del porche y, colgados de unos clavos, había unos tiestos con helechos que la brisa mecía suavemente.

Kate no se paró a pensar lo que estaba haciendo; de lo contrario, quizá habría visto lo imprudente que estaba siendo, habría reculado y habría vuelto corriendo al coche. En cambio, rodeó con sigilo el lateral del garaje en busca de una ventana por la que poder curiosear.

—¿Se ha perdido? —se oyó una voz procedente del porche.

Con la mosquitera, Kate solo vio la punta incandescente de un cigarrillo. Al otro lado, tintinearon y traquetearon unas campanillas de viento. Luego a Kate le pareció oír que se abría una lata de bebida. Acto seguido, una mujer compacta de sesenta y pocos años asomó por los escalones del porche con una cerveza en la mano izquierda y un libro de bolsillo en la derecha. Vestía una rebeca de punto amplia y un pantalón de pijama con un estampado descolorido de estrellas y lunas crecientes. Tenía una cara redonda y amable, enmarcada en un pelo blanquísimo y revuelto. Su mirada era sombría e intensa, como la de Ed.

—No, no me he perdido —contestó Kate—. Busco a Ed.

—Ed es mi hijo —contestó la mujer—. ¿Es usted amiga suya?

—No, no exactamente. Yo… —titubeó—. Tengo una casa de veraneo en Neef Street y necesito alguien que se ocupe del mantenimiento en invierno. He visto el cartel a la entrada.

No era una mentira perfecta, pero fue lo único que se le ocurrió de repente. No iba a decirle que había ido allí a interrogar a Ed sobre el asesinato de su marido.

—Enseguida la atiende —contestó la mujer—. Tiene que lavar la camioneta y preparar las herramientas para mañana. Si quiere, puede esperarlo dentro.

—¿Seguro? No quiero importunarla.

—Uy, por favor, solo he salido a fumar y aquí fuera hace más frío que en el bolsillo de un pingüino azul. Si entra, tendré una excusa para encender el fuego. Soy Abby, por cierto.

—Kate.

Se dieron la mano. Los dedos de la mujer estaban secos y polvorientos, como las alas de una polilla. La hizo pasar al interior de la vivienda.

Dentro, un zorro montado sobre una tabla de roble pulido miró fijamente a Kate desde una mesita auxiliar, con la cara capturada en pleno rugido y la cola levantada y hacia fuera, en posición defensiva. En cada una de las cuatro patas llevaba unas diminutas Converse All Star. Detrás del zorro había tres ratones ciegos (y muertos), todos ellos con sus minúsculas gafas de sol. Al lado de aquellos había dos conejos muertos que servían para sujetar una pila de menús de comida para llevar. Un sapo sentado sobre las patas traseras, con las manos en alto y los dedos palmeados extendidos, sostenía un cuenco pequeño con monedas sueltas y un juego de llaves.

Kate se quedó pasmada al verlos.

—Los he disecado yo —dijo Abby—. ¿Qué le parecen?

—Son… asombrosos.

Abby rio.

—Bonita forma de decir «raros». Sé que la taxidermia es una afición peculiar, pero procuro hacer una locura al día para no volverme loca. ¿Le importaría descalzarse?

Kate la complació. Se quitó las zapatillas, aún mojadas de la rampa de botadura, y siguió a Abby por un pasillo corto hasta la cocina, repleta de cosas curiosas. A lo largo del techo colgaba una escalera de madera y de sus peldaños, a su vez, diversos utensilios: un wok, un puñado de copas de vino, cazuelas, sartenes y un cucharón solitario. Sobre el dintel de la puerta de servicio, habían clavado una placa robada de «Gilpin Ave». Al lado, había una talla de madera de una

ametralladora semiautomática con el texto «EL PERRO NO HACE NADA; CUIDADO CON EL DUEÑO».

La decoración de la cocina era tan recargada que Kate tardó unos segundos en reparar en lo que Abby tenía extendido sobre la mesa de comedor. Perfectamente colocado encima de una toalla rosa había una caja de guantes quirúrgicos, un juego de ojitos de cristal, un escalpelo plateado con la cuchilla insertada y una criatura peluda a medio desollar que Kate no fue capaz de identificar. De inmediato, dio tres pasos atrás.

—Es una rata de monte —dijo Abby sonriente al verle la cara—. Marnie Conroy se encontró a la pobre desgraciada entre la estufa de leña y la pared. De haber sabido que iba a tener visita, la habría guardado. ¿Le apetece una cerveza?

—No, gracias.

—¿Me va a hacer beber sola? —dijo cerrando de un portazo la nevera—. Es broma. Ya estoy acostumbrada. —Se sentó a la mesa de la cocina y le ofreció a Kate el sitio de enfrente. Kate se quitó la parka, la colgó del respaldo de la silla y tomó asiento—. Ed no tardará —la tranquilizó.

—¿Vive con usted?

Abby bebió deprisa, contuvo un eructo y negó con la cabeza.

—Tiene un apartamento en Deepwater, pero no le caben las herramientas y por eso las guarda aquí.

—Entonces, ¿está usted sola en esta casa?

—Ajá, y así puedo beber tanto como me dé la gana y peerme tan fuerte como me apetezca. Eso cambiará cuando mi marido vuelva a casa, claro. Lo de beber, por lo menos; los pedos no. —Sonrió, se columpió en la silla y se encendió un cigarrillo. La estancia se llenó de humo—. Sé quién es usted.

—¿Cómo dice?

—Es la viuda, ¿a que sí? De aquel pobre hombre al que asesinaron en la rampa de botadura.

—¿Cómo lo sa…?

—Mi marido me ha llamado a los cinco minutos de que usted saliera de South Hallston para decirme que esperara una visita de la viuda de John Keddie. Tendría que haberle dicho algo cuando la he visto merodear por ahí fuera, pero, como se ha tomado la molestia de inventarse todo eso del mantenimiento, no he querido que se sintiera incómoda. Ahora ya es tarde, supongo. —A Kate se le tensaron los músculos del cuello y se le sonrojaron las mejillas—. ¿Qué tal está Ray, por cierto? La última vez que fui a verlo estaba hecho un saco de arrugas y colgajos.

—Yo lo he visto bien —contestó Kate.

—Le agradezco la mentira —dijo Abby y, sosteniendo hábilmente el cigarrillo con los labios, bebió un sorbo de cerveza—. Bueno, ¿qué es lo que quiere de mi hijo?

—Creo que Ed y John se conocían de pequeños. Solo he venido a hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué?

«Ya que estamos…», se dijo Kate.

—Sobre David Stemple —contestó.

Abby se estremeció al oír aquel nombre, de forma apenas perceptible.

—¿Qué sabe usted de David Stemple?

—Sé que John tenía información sobre su asesinato y que por eso vino a Belport —respondió Kate lo más fríamente que pudo.

Abby le dio una calada fuerte al pitillo y echó la ceniza en un molde de porcelana para suflé.

—Usted tiene una hija, ¿verdad? ¿Cómo se llama?

—Mia.

—¿Cuántos años tiene?

—Diez.

—Buena edad —dijo—. ¿Se la ha traído a Belport?

—No —contestó Kate—. Está en Melbourne, en casa de sus abuelos.

Abby apagó el cigarrillo en el molde de porcelana y se terminó la cerveza de tres tragos.

—La vida es curiosa, ¿no le parece? Traemos niños a este mundo, dejamos que nos desgarren el cuerpo, que beban de nosotras, que nos desangren, y encima los queremos. Damos, damos y damos. Nos sacrificamos. ¿Y sabe por qué? Porque somos madres. Para eso estamos. Me voy a tomar otra cerveza. ¿Seguro que no quiere acompañarme?

—No, gracias.

Resintiéndose de un poco de lumbago, Abby se levantó y se acercó a la nevera.

—O sea, piénselo: ¿qué no haría usted por su hija?

—Nada —respondió Kate.

—Pues eso —le dijo Abby con una sonrisa triste y distante—. Entonces, ¿lo entiende?

No le dio mucha importancia a que Abby se situara a su espalda, ni siquiera se dio cuenta de que el escalpelo había desaparecido de la mesa. Hasta que fue demasiado tarde.

—¿El qué? —preguntó Kate.

—Lo que me vi obligada a hacer —contestó la otra—. Y lo que voy

a tener que hacer ahora.

30
La esposa

—¿Necesitas dinero para el billete? —preguntó Abby.

John negó con la cabeza.

—He comprado un billete de ida y vuelta.

—¿Y el desayuno? Deberías comer algo en el ferri. ¿Te doy un par de pavos?

—Llevo yo —contestó—. Además, no tengo hambre. Dudo que vuelva a tener hambre en mi vida. —Metió la mano en el bolsillo delantero de la mochila y sacó unos guantes de lana. Se los puso y miró al mar—. Gracias por traerme —dijo abriendo la puerta del coche.

—Espera, John, que quiero hablar contigo un segundo. —John cerró la puerta—. Necesito estar segura de que vas a guardar el secreto. Ray está sacrificando mucho para que Eddie y tú no perdáis nada. Lo entiendes, ¿verdad? Y supongo que entiendes también que, si se lo cuentas a alguien, a cualquiera, se sabrá todo y mi marido se habrá sacrificado en vano.

—Sigo viendo la sangre de ese hombre —susurró mirándola desesperado.

—Pues cierra los ojos, John. Guárdatelo en algún sitio, en un cuarto bajo llave, y así bastará con que no entres en ese cuarto. ¿Entiendes? Nunca entres en ese cuarto.

John asintió con la cabeza, una sola vez. Seguro que se lo contaría a su familia nada más llegar. La poli no tardaría en irrumpir en casa de Abby ni en encerrarlos a Eddie y a ella, y Lori tendría que apañárselas sola. Claro que también cabía la posibilidad de que no contara nada. Quizá fuera una esperanza vana, pero últimamente la esperanza no abundaba en ninguna de sus formas, así que Abby se aferró a ella.

—Gracias, señora Gilpin.

—De nada, John.

—No, en serio, ¡gracias!

Ella miró al chico un segundo y confió en no volver a verlo en su vida.

—Que tengas buen viaje de vuelta.

John bajó del coche y embarcó en el ferri. Abby lo vio subir y esperó a que la embarcación se alejara de la isla, trazara una parábola lenta y pusiera rumbo de nuevo al continente. Cuando el ferri se convirtió en una figura blanca en el horizonte, arrancó el coche y se fue a casa.

Abby pasó los veintitrés años siguientes como esperando el autobús. Le repateaba la gente que decía cosas como «la vida es muy corta», «el tiempo vuela» o «¡madre mía!, ¿ya es Navidad otra vez?». La vida era larga, el tiempo pasaba despacio y la Navidad se la traía al pairo.

Ella pasaba el tiempo yendo a la prisión de South Hallston, leyendo novelas que sacaba de la biblioteca pública de Belport, trabajando en el Buy & Bye, disecando animales, fumando cigarrillos en el porche y viendo pasar las estaciones. Su cuerpo envejecía y el mundo cambiaba, pero su vida estaba en suspenso hasta que Ray volviera a casa.

Siguiendo su propio consejo, encerró bajo llave todos aquellos recuerdos sombríos en un cuarto de su cabeza al que procuraba no entrar nunca. En general, era fácil, pero de noche, cuando Milt Street estaba en silencio, los oía gruñir y arañar las paredes, y eso le recordaba que continuaban allí y jamás desaparecerían.

Lori se fue de Belport en cuanto cumplió los dieciocho. Estudió Historia del Arte en Melbourne. Encontró trabajo en el campus y se fue a vivir a un apartamento con tres compañeros. Se enamoró de uno de ellos y, cuando a él le ofrecieron un empleo en Sídney que no pudo rechazar, se fue con él y se casaron. En la boda, cuando Abby le preguntó si le daba pena que su padre no estuviera allí para acompañarla al altar, Lori contestó que su padre había dejado de acompañarla hacía mucho tiempo. Esa noche Abby lloró hasta quedarse dormida.

Eddie, que se convirtió en Ed, se quedó en la isla para ocuparse del negocio familiar. Lo llevaba bien. Se pasaba el día deambulando por aquellas mansiones vacías de Neef Street, cada vez más encerrado en sí mismo. Puede que estuviera deseando marcharse, que almorzara en Beech Tree Landing, como lo había hecho su padre, y fantaseara con que llegase un barco que se lo llevara de allí. Abby lo ignoraba porque nunca hablaban de ello.

Ella también se planteó la huida, una o dos veces. Cualquier promotora inmobiliaria le habría dado por la casa el triple de lo que les había costado a ellos, para después derribarla y levantar tres adosados en su lugar. Pero Belport no los dejó marcharse. Aunque fuera David Stemple quien había muerto en el invierno de 1996, eran

los fantasmas de Abby y Eddie los que estaban condenados a rondar la isla.

En el invierno de 2019, Abby Gilpin, ya cincuentona, estaba terminando su turno en el Buy & Bye. Le dolía el pie izquierdo de algo que, según internet, era gota, un callo o cáncer de pie. Bay Street estaba prácticamente desierta.

Solo había un cliente deambulando por los lineales: un hombre de treinta y muchos o cuarenta y pocos con el pelo entrecano y una cesta de la compra bajo el brazo. Llevaba en la zona de parafarmacia cerca de tres minutos, estudiando la escasa selección de la tienda.

Abby estuvo tentada de preguntarle si podía ayudarlo en algo, pero habría tenido que ir hasta allí, con lo que le dolía el pie, y además acababa de sacar de la biblioteca la última novela de Stephen King y, como Biller aún tardaría otros veinte minutos en volver, mientras llegaba le daba tiempo a leer uno o dos capítulos más.

Llevaba solo media página cuando el hombre vació la cesta en su caja: pan, leche, unas botellas de agua, fideos Mi Goreng, galletitas saladas, una caja de Frosties, manzanilla, cápsulas de valeriana, tres tipos distintos de antihistamínicos y una botella de Wild Turkey.

—Hola, señora Gilpin —dijo el hombre—. ¿Se acuerda de mí?

Lo miró a la cara por primera vez desde que había entrado. John era un adolescente la última vez que se habían visto. Le había parecido verlo de lejos en alguna ocasión a lo largo de los años, paseando por Bay Street o sentado en la playa, pero siempre había conseguido evitarlo. O tal vez fuera él quien la evitaba a ella. Estaba un poco más lleno y llevaba una barba de tres o cuatro días, con lo que tardó un momento en ubicarlo.

—¿John? —preguntó. Quiso decir algo más, abriendo y cerrando la boca como un pez, pero no le salió nada.

—¡Cuánto tiempo! —dijo él.

—¿Qué haces aquí?

—La compra —contestó él señalando su cesta.

Estaba ojeroso y demacrado, casi macilento, como si no hubiera dormido desde el día en que ella lo había dejado en el ferri hacía veintitrés años.

—Me refiero a qué haces en Belport —dijo ella con una frialdad no pretendida.

Ray le había hablado de la visita de John. Le había asegurado que no había de qué preocuparse, que ya se había encargado él de todo y John se marcharía enseguida.

—Mi mujer y yo tenemos casa aquí —contestó él—. De hecho,

vengo casi todos los veranos.

A Abby no le quedó claro si no la había entendido o solo lo fingía. Desde luego parecía lo bastante aturdido como para haber olvidado su encuentro con Ray.

—Entonces, ¿estás casado? —dijo ella.

Asintiendo con la cabeza, John sacó el móvil y le enseñó la foto del fondo de pantalla, en la que se veía a una morena guapa pero poco interesante con una niñita monísima en brazos. Abby miró a la mujer a los ojos y se dijo: «¿Lo sabrá? ¿Se lo habrá contado?».

—¿Qué tal Eddie? —preguntó John. Procurando que no le temblaran las manos, ella empezó a pasar los artículos por el lector de códigos para guardarlos después en bolsas—. Hoy he ido en coche a Beech Tree Landing —continuó él—. Se hace raro estar allí sin la antigua terminal de ferris. ¿Cuándo la han derribado?

—Hará como poco quince años —contestó Abby—. Era un peligro.

«Además, después de lo ocurrido, la gente decía que estaba maldita», pensó, pero ocultó ese detalle.

—Yo había conseguido evitarla hasta ahora —dijo John—. He tardado semanas en reunir el valor necesario para ir allí, y un poco más en reunir el necesario para hablar con usted.

La puerta del cuarto en el que Abby había encerrado bajo llave todos aquellos recuerdos sombríos se agitó y traqueteó.

—No hay nada de que hablar —le respondió.

—Cometimos un error, señora Gilpin. Abby —dijo—. Eddie y yo éramos unos críos, pero tú… tú ya tenías una edad.

—Baja la voz.

—Estoy harto de bajar la voz —replicó él—. Harto de guardaros el secreto.

—John, escúchame bien…

—No —la interrumpió él—, no tengo por qué seguir escuchándote, Abby. Estoy hecho mierda por haberte escuchado. Annabel Stemple murió sin llegar a saber la verdad, porque te hice caso, joder.

Al oír hablar de Annabel, Abby se retrotrajo momentáneamente en el tiempo. Recordó a la mujer que le había comprado tabaco en el Buy & Bye y a su hijo, el niño de los ojos de color azul luminol.

—Ray me ha contado que has ido a verlo —dijo Abby intentando controlarse—. ¿Te ha comentado que le van a dar la condicional? Pronto saldrá, John. Esta pesadilla está a punto de terminar.

—No se va a terminar nunca —replicó él—. Y, la verdad, no entiendo cómo no lo ves. Cometimos un error, Abby. Hay que enmendarlo. Debemos confesar. Los tres: Eddie, tú y yo.

—Eso no cambiaría nada —susurró ella.

—¡Lo cambiaría todo!

De pronto empezó a soplar el viento de la bahía.

—Noventa con ochenta y seis —dijo Abby.

—¿Cómo?

—Es lo que me debes.

Él la miró furioso un instante; luego meneó la cabeza despacio. Pagó en efectivo. Después se sacó un bolígrafo del bolsillo de la pechera, garabateó su número de teléfono y su dirección en el dorso del tique de compra y se lo dio a ella.

—Os espero en casa a las ocho. A Eddie y a ti. Entre los tres podemos decidir cómo proceder. Pero quiero que sepas una cosa, Abby: no acepto discusión. No os estoy pidiendo permiso. Tengo que hacerlo y lo voy a hacer, con vuestra ayuda o sin ella.

Cogió la compra y salió. No se giró a mirar ni una sola vez. Cuando se hubo marchado, Abby se agarró fuerte a la caja registradora y rompió a llorar.

La última vez que había ido a South Hallston a ver a Ray, se habían sentado juntos a una mesa metálica en la sala de visitas y habían almorzado cosas de la máquina expendedora.

—¿Qué tal los niños? —preguntó él.

—Bueeeno, ya sabes, tienen sus días —contestó Abby.

—¿Ha llamado Lori?

—Hace tiempo que no llama, pero esa es como una tortuga marina. En algún momento tendrá que salir a coger aire y, cuando lo haga, la estrangularé con mi amor.

—Estrangúlala un poco de mi parte también —dijo Ray—. ¿Y Eddie?

—Ed es…, pues eso, Ed.

—¿Sale con alguien?

—Si sale con alguien, a mí no me lo ha dicho.

—Te veo genial.

—No sé en qué te basas, Ray, porque no creo que me hayas mirado ni una sola vez desde que he llegado.

Ray, que se había pasado toda la conversación mirándose las manos, levantó la vista.

—Hala, ya es oficial; te veo genial.

—Mientes de maravilla.

Él le dedicó una sonrisa, firme, genuina. No le había visto una así desde hacía tiempo.

—He hablado con Bob del asunto de la condicional.

—Sí.

Se inclinó hacia delante, apoyándose en los codos, y bajó la voz.

—Pinta bien, Ab.

—¿Cómo de bien?

—Ya conoces el lema de Bob: «Espera lo mejor y teme lo peor». Pero digamos que se ha mostrado… discretamente optimista. Podría volver a casa antes de lo que pensamos.

A pesar del lema de Bob, Abby no podía borrarse la sonrisa de la cara.

Belport iba unos veinte años por detrás del resto del mundo, razón por la que a la entrada de la oficina de correos seguía habiendo una fila perfecta de teléfonos públicos.

El turno de Abby terminó quince minutos después de que John Keddie saliera de la tienda. A los tres minutos, paró delante de los teléfonos públicos y bajó del Honda (el Volvo se había rendido y muerto ya a principios de los 2000). Llevaba el móvil encima y la isla no tenía mala cobertura desde que habían talado todos aquellos árboles de Harvill Hill para plantar allí el repetidor, pero no quería que pudieran rastrearle la llamada. Salió al frío de la calle, metió monedas en uno de los teléfonos y marcó el número que John le había dado.

—¿Diga? —contestó John.

—Esta noche no nos viene bien, pero podríamos quedar ahora —le dijo.

—¿Los dos?

—Sí —mintió.

—Ya sabes dónde vivo.

—No, ahí no. ¿Puedes venir tú?

—¿Adónde?

31
La esposa y la viuda

El lumbago que parecía haberle dado a Abby al levantarse de la silla debía de haberse esfumado, porque se movió rapidísimo para su edad. Lo único que vio Kate antes de que la cuchilla le abriera un surco caliente en la piel fue un atisbo de pelo cano y el destello del escalpelo.

Abby había ido directa al cuello. Mientras con la mano izquierda le agarraba la cara por detrás, separando los dedos como si fueran garras, con la derecha le había puesto el escalpelo en el pescuezo. Instintivamente, Kate había subido el brazo derecho para detener el golpe y allí se había llevado la cuchillada. La sangre caliente le chorreaba por el antebrazo. Intentó gritar, pero no le quedaba aire dentro.

—¡Serás cabrona! —espetó Abby, esforzándose por retenerla en la silla.

Durante unos segundos, Kate casi se dio por vencida, presa de la tentación de someterse y rendirse como un cachorrillo asustado. Pero esa era la Kate de antes, la que había preferido ignorar los monstruos de debajo de la cama, la que había dejado que los hombres de su vida le dijeran qué hacer y cuándo hacerlo.

Siempre había procurado no pensar en la muerte, pero las pocas veces que lo había hecho había tenido claro que, cuando le llegara su momento, debía ser como unos puntos suspensivos, una frase suavemente interrumpida. Unas palabras susurradas, unos pasos delicados. Que la asesinara una señora de mediana edad desquiciada era demasiado brusco, demasiado violento. Su vida no podía terminar así.

Entonces recordó a Mia, casi pudo verla, oírla.

«Oye, mamá.»

«Dime, bichito.»

«Se fuerte tú también.»

Kate se columpió con fuerza en la silla, volcó y cayó de espaldas al suelo embaldosado. Retrocedió gateando, agarrándose con fuerza la herida sangrante del brazo. Abby se abalanzó sobre ella enseguida, apuntándola con la cuchilla del escalpelo como si blandiera una

espada. Su mirada era intensa, ausente, demente. Parecía decir: «A Orfeo lo hicieron pedazos unas bestias feroces y hambrientas».

Kate se levantó con dificultad y alargó el brazo al techo, buscando a tientas las cazuelas y sartenes que colgaban de la escalera como estalactitas. Su mano topó con el mango de un cazo. Lo descolgó de golpe y se lo tiró a Abby, que se tapó la cara con el codo para protegerse del impacto. Le habría dado igual no hacerlo: la puntería de Kate era pésima. El cazo le pasó rozando e hizo pedazos la puerta del microondas.

De pronto Kate la vio delante, aporreándole el pecho, el hombro, el vientre. Con el subidón de adrenalina, no sentía el dolor; por eso tardó en comprender lo que estaba pasando. Abby no le daba puñetazos, ¡sino pinchazos!, metiendo y sacando la cuchilla tantas veces que Kate perdió la cuenta.

Aunque la cuchilla era corta, la blusa blanca enseguida se llenó de manchas rojas que se expandían rápidamente. Miró la parka de invierno que colgaba de la silla y lamentó habérsela quitado. No habría parado del todo la agresión, pero le habría servido de armadura.

Se sentía aturdida y torpe, lenta y aterrada. Su instinto le pedía huir, pero, con la espalda pegada a los armaritos de la cocina, no tenía escapatoria. Así que se abalanzó sobre Abby y, al llevársela por delante, perdió el equilibrio y terminó estampándose contra la mesa de la cocina, a la que se agarró para levantarse, consiguiendo únicamente volcársela encima con todo lo que había en ella: la caja de guantes quirúrgicos, los ojos de cristal y la rata medio desollada. Los guantes quedaron a su izquierda. Los ojos de cristal botaron en las baldosas con un suave chasquido y rodaron debajo de la nevera. El cadáver del animal medio desollado y medio congelado se le quedó encajado entre las piernas.

Kate lo lanzó a modo de arma arrojadiza; el bicho le acertó a Abby en la mejilla, donde le dejó una película de líquido marrón amarillento, y de ahí rebotó al suelo. Kate quiso levantarse, pero veía borroso. La decena de pinchazos que Abby le había dado en el pecho empezaron a dolerle una barbaridad. Gruñó, se puso bocabajo y empezó a reptar despacio hacia el pasillo.

Algo pesado le golpeó en la espalda. Abby se le había subido a caballo, jadeando y llorando. Las dos lloraban. Kate notó que le hundía la cuchilla en los riñones, en el costado, de nuevo en los riñones.

—No —consiguió decir—. Por favor.

La orina caliente le corrió por la pierna y perdió el control de sus

esfínteres.

Al fondo del pasillo, se abrió la puerta de la calle y entró una ráfaga de aire frío del exterior. Aquello aguzó enseguida los sentidos de Kate, que pudo estirar el cuello para mirar. Por un segundo, pensó «¿Fisher?»; luego reconoció la camisa de trabajo de color gris claro de Ed Gilpin. Ed miró a Kate atónito y después a la mujer que llevaba a la grupa.

—¿Mamá?

—Cierra la puerta, Ed —oyó decir a Abby antes de que la oscuridad la engullera y perdiera la consciencia—. Cierra la condenada…

… puerta —dijo Abby.

Pero Ed se quedó plantado al fondo del pasillo, mirándola, con una mano en el pomo de la puerta y la otra pegada al cuerpo.

Por encima de su hombro, Abby veía perfectamente Milt Street. Estaba desierta, pero bastaba con que pasara un solo coche en el momento más inoportuno y que el conductor mirara al interior de la casa.

La viuda se había quedado muy quieta debajo de ella, pero Abby aún respiraba con dificultad.

—¡Ed, la puerta! —le volvió a gritar.

Ed soltó el pomo, pero siguió allí plantado, mirándola.

Aunque se hubiera quedado lelo, le venía bien que estuviera allí. Ojalá no hubiera tenido que ver aquello y, sobre todo, ojalá no hubiera tenido que verla así, pero iba a necesitar su ayuda.

Abby se había deshecho de John Keddie rápidamente. El pobre no se lo esperaba, y años de lecturas policíacas y de taxidermia la habían vuelto asombrosamente eficiente en aquellas lides. Lo había puesto todo perdido, pero no había tardado nada. En cuanto se lo hubo cargado, no había tenido más que inclinarse sobre él, poner el Prius en punto muerto y dejarlo rodar al mar.

Esa vez era distinto. Como la viuda de John se había plantado de repente, Abby había tenido que improvisar. Cuando acabara con ella, y, por Dios, que fuera pronto, iba a necesitar ayuda para trasladar el cadáver y limpiar bien la casa.

Pero había otra razón por la que se alegraba de que Ed estuviera allí, aunque jamás pensara reconocerlo en voz alta: muy en el fondo, una parte retorcida de su ser pensaba que le venía bien ver aquello. Era el coste de haber guardado su secreto. Así pintaba el sacrificio.

—Ed —le susurró furiosa en el mismo tono en que lo regañaba de niño cuando hacía una travesura—, cierra la puta puerta ahora mismo y ven a ayudar a tu madre.

Él se estremeció y terminó haciendo lo que le pedía. Dio tres pasitos cautelosos hacia delante y se inclinó para mirar a la viuda.

—¿Está…?

—Aún no —contestó Abby—. No hace falta que presencies esta parte, pero luego te voy a necesitar.

La viuda convulsionó, escupió un montón de sangre y se quedó inmóvil de nuevo.

—Fuiste tú, ¿verdad? —dijo Ed—. Tú mataste a John.

—No me vengas con esas ahora, Ed. Seguro que ya te lo imaginabas.

—C-creo que me daba miedo preguntártelo —contestó él—. No quería que tú… ¡No quería esto!

—Bueno, si no te hubieras puesto a merodear por su casa, no habría venido aquí.

—¡Pero yo no quería nada de esto! —repitió.

—Joder, Eddie, yo tampoco, ¿vale? Pero John lo iba a fastidiar todo. Iba a fastidiar el sacrificio que tu padre había hecho, el que habíamos hecho todos por ti. Todo esto es culpa tuya.

—No. Basta ya, mamá.

—Tu padre vuelve a casa, Eddie. Esto se va a acabar. Esto se va a acabar.

Ed sacó el móvil.

—Voy a llamar a Bobbi.

—¡Ni se te ocurra!

Ed lloraba y eso hizo llorar a su madre otra vez. Las lágrimas calientes le rodaban por la cara. Debía poner fin a aquello ya. Con la mano izquierda, le levantó la cabeza a Kate Keddie y, con la derecha, se dispuso a pasarle el escalpelo X-ACTO por el cuello. «Una vez más —se dijo—. Un sacrificio más.»

Unos brazos grandes la atraparon por la espalda, tiraron de ella hacia atrás, la arrastraron por el pasillo. Soltó el escalpelo, forcejeando con su hijo para zafarse de él.

—¡Ya está bien! —dijo él.

Abby, hecha un asco y agotada, se resistió una vez más y luego se derrumbó en brazos de su hijo. Ed marcó los tres ceros en el móvil e hizo la llamada sin soltar a su madre. La retuvo allí, meciéndola como ella lo había mecido cuando era un bebé.

A los pocos minutos, oyó acercarse las sirenas de la policía.

Abby miró a la viuda. Los dedos de la mujer se contraían.

—Creo que se está…

… despertando.

La consciencia fue ganándole terreno a la oscuridad. Kate despertó con un dolor agudo. Tenía los labios húmedos y le sabían a metal. El aire olía a excrementos. Estaba tirada en un charco de su propia sangre en la casa de Abby Gilpin, pero no estaba muerta.

—¡Ayuda! —consiguió decir.

—Ya estamos aquí —la tranquilizó una voz, la de Bobbi Eckman, arrodillada a su lado.

—Yo…

—Procure no hablar —le pidió Eckman—. Las ambulancias están en camino. Se va a poner bien, señora Keddie. Kate. Ya está a salvo.

32
La esposa

Abby estaba sentada en el mismo cuarto sin ventanas de la comisaría de Belport donde, hacía veintitrés años, Ray había confesado el asesinato de David Stemple, esperando a Bobbi, que iba a hablar con ella. Tendría muchas preguntas que hacerle, pero, por primera vez en mucho tiempo, Abby solo tendría que contar la verdad.

Luego la encerrarían, una buena temporada, suponía. Ray saldría cuando ella entrara. La idea la hizo sonreír. «Como dos barcos que se cruzan de madrugada», se dijo.

Bajo el peso aplastante de la pena de todo lo que le había tocado vivir y del horror de lo que había hecho, asomaba algo más, una sensación extraña y casi olvidada: ¡alivio!

Confiaba al menos en que Ed sintiera lo mismo.

33
La viuda

Setenta y dos horas después de la agresión, a Kate le dieron el alta en el hospital. Iba llena de puntos, inflamada y dolorida, con más pinchazos que un alfiletero y vacía por dentro, pero estaba despierta, estaba allí, estaba presente y por fin podía irse a casa.

Fisher y Pam habían ido a buscarla. A las cuatro debían coger el ferri de Belport al continente, pero llegaron temprano a Elk Harbour, así que Kate y Mia bajaron a la playa. Al ver a su hija, Kate recordó lo que Abby le había preguntado la noche de la agresión: «¿Qué no haría usted por su hija?». Nada. Le llevaría tiempo reconocerlo y, aun entonces, le dolería en el alma, pero, en el fondo, entendía a Abby. Incluso empatizaba con ella. Por proteger a Mia, habría liquidado a tantos hombres como fuera necesario. Incluido John.

—El que esté libre de pecado… —dijo.

—¿Eh? —preguntó Mia desconcertada, pero Kate la cogió de la mano y continuó andando.

Pensó en empezar de cero y recordó la pared repintada del salón de la casa de veraneo. Aún no estaba claro cuánto sabía Ed Gilpin de los actos de su madre. Si era cierto, como aseguraba, que no estaba al tanto del asesinato, ¿por qué había hecho desaparecer su nombre de aquella pared? La muerte de John tuvo que haberlo asustado, lo bastante como para ir a la casa con una brocha y un cubo de pintura. Eso era lo más probable, y lo que respaldaban las pruebas, pero no lo más convincente. Había otra posibilidad: que hubiera sido John quien había pintado esa pared, para hacer borrón y cuenta nueva, por Mia, por Kate. En cualquier caso, si al final Kate se quedaba con la casa de veraneo, y tenía sus dudas, dejaría la pared en blanco.

Paseando por la playa, tropezaron con una gaviota muerta en la orilla. Las olas iban arrastrándola para enterrarla en el mar. Más adelante, las gaviotas vivas la observaban pacientes. Mia se detuvo a estudiar el ave, como a un metro de distancia. No había una causa aparente de la muerte. Todo apuntaba a que la gaviota había sufrido un infarto en pleno vuelo y había caído a tierra. Tenía el pico rebozado de arena seca y los ojos muy abiertos, como de susto.

—Parece sorprendida —dijo Mia y, poniendo acento pijo, habló

como si fuera la gaviota—. «No acabo de entender qué me ha ocurrido». —Una ola le alcanzó el ala y la elevó, la soltó, volvió a elevarla y a soltarla, como si el animal se despidiera con la mano—. ¿Las gaviotas hacen nidos? —le preguntó la niña a su madre.

—No lo sé. Creo que no, que deambulan por la arena y se juntan con otras por la noche para darse calor.

—Entonces, ¿no habrá otra gaviota esperando a que vuelva a casa?

—No sé, bichito.

—¿Deberíamos enterrarla?

—Es mejor que se la lleve el mar, ¿no te parece?

—Supongo —contestó la niña.

En el paseo de regreso a Elk Harbour, Mia se metió un poco en el agua, con los zapatos en la mano. Kate se quitó las zapatillas y se mojó los pies también. El agua estaba helada, pero el cielo era azul.

Nota del autor

El clásico tópico de la dificultad del segundo álbum no es ninguna falacia. Mientras escribía esta novela, me obsesionaba que se descubriera que, en el fondo, soy un fraude. Lo único que me impulsó a seguir adelante una y otra vez fuisteis vosotros, los lectores.

Desde la publicación de *La niña de ninguna parte,* he conocido a muchos de vosotros en persona y recibido correos electrónicos de lectores de todo el mundo. Vuestras palabras me han conmovido, alentado e inspirado. Hasta le puse al gato de Bobbi Eckman el nombre del compañero felino de una lectora (gracias, Mary Anne, de Texas; saluda a Joe de mi parte). Así que esto es una pequeña nota con la que daros las gracias y pediros que sigamos en contacto.

Aprovechando que estáis ahí, se me ha ocurrido explicaros un poco el porqué del giro, ese que ya sabéis, así que los que habéis ido directos a esta nota antes de leer la novela, no sigáis leyendo, que no quiero destripársela a nadie.

En *La niña de ninguna parte* fue complicado hacer malabarismos con varias líneas temporales y asegurarme de que cada punto de inflexión se revelaba en el momento oportuno. Contaba, a propósito, una historia sencilla de forma compleja. Por eso, con *La esposa y la viuda,* me propuse contar una historia sencilla de forma sencilla. Quería que la narrativa fuera limpia y lineal. Al final no salió así. Ya sabéis lo que dice el refrán: el hombre propone…

En su lugar, decidí introducir en la narración un complejo giro argumental con salto en el tiempo. Hace años, estaba viendo un episodio de *Perdidos* en el que lo que parecía un salto atrás resultaba ser un salto adelante, y me dejó flipado. Quería hacer algo así, escribir algo que dejara atónitos a los lectores y les hiciera repasar lo leído en busca de las pistas que se les habían escapado. Lo malo era que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Volví loco a mi editor cambiando de planteamiento cada dos por tres. En una de las versiones, el cadáver que se investigaba en los capítulos de Abby resultaba ser el de Kate (no tengo ni idea de cómo lo habría resuelto); en otra, la madre de Ray y el padre de John se liaban y la mitad de la novela transcurría en los años setenta (tampoco sé cómo lo habría hecho). Cuando empezaba a pensar que la idea del

salto en el tiempo era imposible de ejecutar y que había perdido meses intentando montar un rompecabezas irresoluble, me llegó la inspiración. Una vocecilla interior me susurró: «Si quieres arreglarlo, ya sabes, pregúntale a tu mujer, imbécil». Y eso hice.

Cerca de casa hay un lago precioso por donde Summer y yo paseamos a la perra por las tardes. En uno de esos paseos, le expuse las distintas opciones, todas mis esperanzas y temores, todo lo que quería conseguir. Sum lo pensó un momento y me soltó: «¿Y si uno de los hijos de Abby fuera el asesino, el marido de Kate fuera amigo suyo de la infancia y años después Abby matara al marido de Kate para evitar que se descubriera el secreto de su hijo?». «Un momento, que me lo apunto», le dije yo.

Con esa información clave, la historia fluyó sola. Terminé un borrador. Martin Hughes (mi editor) y Ruby Ashby-Orr (mi editora de mesa) me ayudaron a darle sentido y a pulirlo. Las mejores ideas de esta novela son suyas (y de Summer). Lo cierto es que yo no he hecho gran cosa.

Y nada más. Si os ha gustado la novela, contádmelo. Si tenéis críticas constructivas, hacédmelas llegar. Si os ha parecido horrible, llevaos ese secreto a la tumba. Me podéis localizar a través de mi página web (christian-white.com), en Twitter o Instagram, o escribirme directamente a christian@christian-white.com.

Gracias de corazón. Si me seguís leyendo, continuaré escribiendo. Hasta la próxima…

Agradecimientos

Muchísimas personas maravillosas han contribuido a crear esta novela.

Martin Hughes y Ruby Ashby-Orr, el manuscrito que os entregué no era más que una sombra de la obra en que se ha convertido con vuestros consejos, apoyo y genio absoluto. Keiran Rogers, gracias por vender tantísimos ejemplares de mi primera novela y dejarme hacerte fotos mientras duermes. Grace Breen, te tocó aguantarme más que nadie en la gira promocional de *La niña de ninguna parte;* estar contigo nunca me pareció trabajo. Emily Ashenden, eres la Radar O'Reilly de Affirm Press, claro que igual eres muy joven para pillarlo, porque hasta yo soy muy joven para pillarlo. Al resto del equipo de Affirm Press, seguís siendo alucinantes y supercomprensivos y, lo mejor de todo, me dejáis llevarme a la perra a la oficina.

Daniela Rapp, de St. Martin's Press, ha sido un verdadero placer trabajar contigo (¡dos veces!).

Mis agentes, Jennifer Naughton y Candice Thom, seguís cubriéndome las espaldas, tanto en el trabajo como en la vida.

Mis F.R.I.E.N.D.S, Joh Asquith (Ross), Sophie Asquith (Rachel) y Chris Dignum (Kramer), la vida es una autopista y tengo la suerte de viajar con vosotros.

Mis hermanos y sus parejas (Niki y Brian, Peter y Deb, Jamie y Catherine), mis otros hermanos (Monique, Tassy, Bree, Abra y Torre) y todos los sobrinos De-White (sois demasiados para nombraros, pero ya sabéis de quién hablo).

Mi segunda madre, Chris DeRoche, no sé si te has percatado, pero el clímax de esta novela tiene lugar en tu cocina.

Mis padres, Ivan y Keera White, vuestro orgullo y vuestro apoyo me llenan (si alguno de vosotros ha visto a un hombre con barba acechando en la sección de libros del Kmart de su barrio, encasquetándoles a los pobres clientes un ejemplar de *La niña de ninguna parte,* ese es mi padre).

Mi perra, Issy, sigues siendo mi persona favorita del mundo. No sé si algún día tendré hijos humanos, pero, si los tengo, dudo que los quiera tanto como a ti. Fingiré que sí, pero los dos sabremos la verdad.

Y luego está Summer, la mejor de las esposas, la mejor de las mujeres. Sum, no podría hacer nada de esto sin ti. Eres mi mejor amiga, mi primera lectora y el amor de mi vida. Y lo más importante: me dijiste quién debía ser la asesina.

Christian White es un escritor y guionista australiano. Su primera novela, "La niña de ninguna parte", se convirtió en superventas nada más publicarse en 2018. Ganó el premio literario Victorian Premier's, de los más importantes de Australia, al mejor manuscrito inédito, y se han vendido sus derechos de traducción a diecisiete países, además de los derechos para su versión cinematográfica.

En 2020 ganó el premio Ned Kelly a mejor novela negra por "La esposa y la viuda". White también es coautor de "Relic", una película de terror psicológico producida por Carver Films, y de "Clickbait", la serie de Netflix número uno en 41 países. También disponible de Christian White en AdN: La niña de ninguna parte.

Contenido

Sobre este libro
La esposa y la viuda
Dedicatoria
Prólogo
1. La viuda
2. La esposa
3. La viuda
4. La esposa
5. La viuda
6. La esposa
7. La viuda
8. La esposa
9. La viuda
10. La esposa
11. La viuda
12. La esposa
13. La viuda
14. La esposa
15. La viuda
16. La esposa
17. La viuda
18. La esposa
19. La viuda
20. La esposa
21. La viuda
22. La esposa
23. La viuda
24. La esposa
25. La viuda
26. La esposa
27. La viuda
28. La esposa

29. La viuda
30. La esposa
31. La esposa y la viuda
32. La esposa
33. La viuda
Nota del autor
Agradecimientos
Sobre el autor
Índice
Créditos

Título original: *The Wife and the Widow*
Publicado por primera vez por Affirm Press.
Esta edición se ha publicado por acuerdo con Kaplan/DeFiore Rights conjuntamente con The Foreign Office.

Edición digital: 2022

Copyright © 2019 Christian White
© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2022
© AdN Alianza de Novelas
(Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1362-987-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.